Martín Kohan

Narrar a San Martín

la lengua / ensayo

Adriana Hidalgo editora

¿Cómo hay que contar una vida para hacer que, por medio de ese relato, el hombre que ha vivido esa vida resulte un héroe? Este libro tiene como objeto a los relatos de la historia, pero se aproxima y los interroga con las preguntas de la literatura (es decir que se pregunta, les pregunta, *cómo están hechos*).

"Narrar a San Martín" es contar su vida, para hacer de él algo más que un héroe: hacerlo un héroe nacional; y para hacer de él algo más que un héroe nacional: hacerlo el Padre de la Patria. Esas narraciones fundan creencias, consagran valores, inventan imaginarios, definen identidades. Se cuenta la vida de José de San Martín y se crea una poderosa imagen de lo que es la argentinidad. Pero este libro no se pregunta "cómo somos los argentinos", porque esa pregunta ya pertenece al universo de las identidades nacionales. Este libro se pregunta, en todo caso, por lo que hace posible que esa interrogación exista: los mitos de origen, la constitución de un padre fundador, la veneración de un héroe perfecto.

Martín Kohan nació en Buenos Aires en enero de 1967. Publicó las novelas *La pérdida de Laura* (1993), *El informe* (1997), *Los cautivos* (2000), *Dos veces junio* (2002) y *Segundos afuera* (2005); los libros de cuentos *Muero contento* (1994) y *Una pena extraordinaria* (1998); y los ensayos *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política* (1998) (en colaboración) y *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004). Enseña teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de la Patagonia. Realizó su tesis de doctorado en Letras sobre el mismo tema del que trata este libro.

Martín Kohan

Narrar a San Martín

Adriana Hidalgo editora

Kohan, Martín
Narrar a San Martín. - 1a. ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2005.
320 p. ; 19x13 cm. – (Temas y debates)

ISBN 987-1156-30-8

1. Ensayo Argentino I. Título
CDD A864.

temas y debates

Editor:
Fabián Lebenglik

Diseño de cubierta e interiores:
Eduardo Stupía y G. D.

© Martín Kohan, 2005
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2005
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados.

Para mis padres, Are y Sarita,
de su hijo el doctor

En cierto sentido
a los griegos de hoy
no les gusta la Acrópolis
porque
se yergue sobre ellos
como si se burlara
como si los aprisionara
En un abismo de no-puedes-hacerlo-mejor-que-yo

No importa en qué dirección
miren
es imposible esquivar
    esa marca de la historia

Gregory Corso, "Algunos escritos griegos"

"Todo está permitido al héroe"
Jean-Paul Sartre, *A puerta cerrada*

"Pobre del país que necesita héroes"
Bertolt Brecht, *Vida de Galileo*

Un héroe de nuestro tiempo

Tenía razón Luca Prodan, y al mismo tiempo no la tenía, cuando en una canción particularmente nutrida de referencias locales se decidía por esta entonada recomendación: "No vayas a la escuela / porque San Martín te espera". Tenía razón, o parecía tenerla, al impugnar así el culto militarista del sistema escolar argentino. Fue tal vez el desajuste de su pertenencia nacional –no sólo porque Luca Prodan no era argentino, sino porque ofrecía una peculiar mixtura de lo escocés, lo italiano, lo inglés– lo que propició esta desconfianza hacia los más consistentes ritos patrios; el mismo recelo por el que se negó a participar de un gran recital de rock que se hizo durante la guerra de Malvinas, al que casi todos los otros músicos del por entonces rescatado "rock nacional" se plegaron, si bien con un talante pacifista y antibélico. Tenía razón, en este sentido, cuando en medio de una serie de mitos porteños –Carlos Gardel, el barrio del Abasto– y señas populares –una "botella de Resero"–, entreveraba ese reparo al gran mito nacional.

Al mismo tiempo, sin embargo, no tenía razón. No la tenía, si se piensa que dirigir a un público juvenil un consejo semejante –con muchas o pocas expectativas de ser verdaderamente tenido en cuenta– en un país como el

nuestro, que tiene en la deserción escolar uno de sus muchos problemas sociales, resulta por lo menos inoportuno, si no decididamente irresponsable. Después de todo, fundar y promover los valores que hacen a la cohesión nacional es parte de las tareas que, en cualquier país moderno, las instituciones escolares asumen de manera más que razonable, contando para eso, entre otros dispositivos posibles, con la alternativa de celebrar a los grandes hombres consagrados por la historia. ¿A quién habrían de encontrar entonces los escolares argentinos al acudir a las aulas sino a los próceres de la argentinidad, y entre ellos, al más destacado, José de San Martín? ¿La renuncia a la escolarización sería acaso el precio a pagar por el afán de eludir ese encuentro?

Luca Prodan tenía razón, y no la tenía. Y no porque le faltara precisión al orientar su descreimiento, ni mucho menos resolución para declararlo. ¿Acaso no era él quien, con igual acritud y con mayor ironía, cantaba: "Yo quiero a mi bandera / yo quiero a mi bandera / planchadita, planchadita, planchadita..."? Es un caso bien distinto de la versión de la "Marcha de San Lorenzo" grabada por La Pesada del Rock and Roll a fines de los años sesenta, o la versión del Himno Nacional grabada por Charly García a comienzos de los años noventa: una aparente irreverencia que en última instancia se resuelve como refuerzo del rito de homenaje: ambas versiones acatan, aunque le adosen sones rockeros, los tramos en que la marcha militar marca el ritmo . En Luca Prodan no hay tal ambigüedad. Lo que con tanta claridad se desecha no admite luego recuperación ni atenuación. Y no obstante, pese a todo, que en

"Mañana en el Abasto" se diga: "No vayas a la escuela / porque San Martín te espera", es algo que pertenece a un mismo tiempo al orden del acierto y del desacierto; tiene algo de ataque certero y algo de bravuconada para adolescentes; da en el blanco y falla el tiro; pone en jaque a José de San Martín y a la vez lo deja perfectamente en pie.

Este doble carácter, la tensión de esta ambivalencia –el opuesto exacto de la falta de tensión de la ambigüedad– dice menos sobre la frase de la canción que sobre el objeto de esa frase. Dice menos sobre Luca Prodan que sobre José de San Martín. Es precisamente porque el mito rockero cumple con su deber de manera acabada –cuestionar lo establecido, descreer sin ahondar, destruir, destruirse y morir joven– que en este caso puede verse algo del funcionamiento del mito nacional. Es el héroe nacional quien detenta sin dudas como un poder ese doble carácter: allí donde se lo ve vacilar se fortalece, donde parece más frágil resulta invulnerable. Esa, y no una presunta intangibilidad, es la verdadera prueba de su resistencia. Admite la objeción; por eso un desplante como el de Luca Prodan se torna viable y hasta necesario. La admite y la soporta. O mejor: la admite *porque* la soporta. Y allí donde la soporta, ese mismo desplante ensayado por Luca Prodan vira hacia el error o la desubicación.

Como si algún principio de la construcción antisísmica rigiera las leyes de la consagración histórica, el héroe nacional consigue siempre mantenerse en pie precisamente porque tambalea. Se le suele atribuir, pero por error, una extrema rigidez: una celebración compacta que, se supone, no admitiría fisuras. La verdad es distinta, sin embargo, toda vez

que una clave de la persistencia del prestigio del héroe nacional radica justamente en su capacidad de tolerar fisuras. Por las fisuras se preserva, así como bajo el cimbronazo de un sismo, es el edificio que se agrieta el que logra no caer.

El culto sanmartiniano –no se trata de San Martín, eso queda claro; no se trata de su persona, sino de la imagen erigida por y para el culto patrio– ofrece no pocos flancos a una sensata objeción: la santificación, el militarismo, el esencialismo, el deber reverencial. Todo eso merece, por lo menos, desconfianza. En ese sentido puede ser razonable que se aconseje rehuir cualquier sitio –para el caso, la escuela– donde San Martín nos espere. Pero no habría que disociar estas características de algunas otras que dan cuenta, por su parte, de la vigencia del prestigio social de José de San Martín –en tiempos de encuestas, San Martín gana todas aquellas que consultan cuáles son los argentinos más admirados de la historia– y de la legitimidad de una valoración que lo pone por encima de los hombres de su tiempo: pretender, como hacen algunos, ver en él a un hombre como cualquier otro es, a todas luces, un despropósito. Porque San Martín no era un hombre como cualquier otro; no cualquiera podía hacer lo que hizo él, y de hecho nadie lo hizo. Desde este otro punto de vista, con San Martín sucede lo que tiene que suceder: un Estado nacional consagra a sus padres fundadores y luego hace de ellos un paradigma de referencia para los ciudadanos de esa nación. Es lo que puede esperarse de la construcción de una identidad colectiva: que invente su Génesis con un áureo relato de origen, y que en ese relato destaque el heroísmo ejemplar de sus grandes hombres.

San Martín es el héroe por excelencia de la argentinidad. No es un prócer más, es el Padre de la Patria. En los ritos del culto patrio, no tiene parangón; Manuel Belgrano se le arrima, pero no se le equipara; y Sarmiento no ha quedado, como él, por encima de cualquier discusión. Belgrano y Sarmiento son, por lo demás, los únicos que han alcanzado, como San Martín, la plenitud de las efemérides: que el día de sus respectivas muertes sea asueto y fecha patria. En la potencia impar de su subjetividad, en la plenitud del Yo de su condición de Gran Hombre, la Fábula de la Identidad Nacional encuentra la irradiación necesaria para constituir un sujeto colectivo, un Nosotros, el de los argentinos. La figura heroica de José de San Martín abarca todos los tiempos de esa identidad: el presente, porque su vigencia es indudable, su figura es siempre actual; el pasado, porque es el héroe de la historia, pero además es el héroe del origen, es uno de los padres fundadores de la nación; y el futuro, porque es el héroe moral por excelencia, impone su mandato ejemplar hacia el porvenir, el deber ser de la argentinidad (no en vano es el que recientemente estableció: "Serás lo que debas ser...").

San Martín es nuestra certeza, el punto fijo de todas las referencias. Encarna los principios de la nacionalidad, en todos los sentidos de la palabra principio: está en los comienzos de la historia nacional, por eso puede ser un Padre para la Patria; sustenta los más arraigados principios, "principios morales"; funciona él mismo como un principio, en tanto fundamento, una base de sustento para todo lo que viene después. San Martín define así el "más allá" de la identidad nacional argentina, con lo que

define también su trascendencia y la pone a salvo, "más allá" de todas las antinomias, de todas las discrepancias, de todas las diferencias, de todas las pujas, de todos los conflictos. San Martín se coloca más allá, *es* un más allá; y de esa manera desactiva toda oposición entre argentinos, habilita un limbo de fraternidades y reconciliación en estricta correspondencia con esa atribución que Eric Hobsbawm les concede a las naciones mismas: hacer que los conflictos simbolicen su reconciliación en un plano más elevado y abarcador.

Se entiende así que, en Argentina, toda toma de posición aspire a contar con San Martín entre sus premisas de validación. No importa qué tan distintas, o incluso qué tan opuestas, puedan ser esas posiciones en la política o en la historiografía. Se trate de un brote nacionalista por derecha o de un retobamiento contra el imperialismo por izquierda, del peronismo o del antiperonismo, de la mesura aparente de la historia liberal o del revanchismo justiciero de la historia revisionista, no importan esas disidencias porque, más allá del fuego cruzado, más allá de las hostilidades y de no querer saber nada con el otro, lo más probable es que exista al menos un punto en común, y ese punto en común será siempre José de San Martín.

Entonces pasa lo que pasa: que la figura de San Martín preside las empresas de las que podemos llegar a sentirnos más ajenos, aquellas que pueden parecernos incluso deleznables; pero en cuanto se pretende contraponerles algún otro proyecto más potable –incluso uno que pueda merecer nuestra adhesión– que pueda validarse en términos nacionales, invocará también a San Martín como su

sello de garantía. Y así adquiere el héroe nacional su carácter dual; así es que flaquea y se fortalece, vacila y se afirma, se resquebraja y se consolida, convoca al cuestionamiento pero a la vez lo resiste con su vigencia intacta.

En la batalla de San Lorenzo, su bautismo de fuego en América, podría decirse que ya está todo, la lógica completa del heroísmo sanmartiniano: el héroe no es héroe porque nunca se cae, sino porque, cuando se cae, se levanta; y cuando se levanta, mediante el don de rehacerse y de sobrevivir, es más héroe de lo que era antes de haberse caído. La caída en cierto modo lo disminuye, lo fragiliza, casi lo pone en ridículo. El Jefe de los Granaderos a Caballo se cae con el caballo y su pierna queda atrapada debajo del animal. Del episodio en definitiva resulta, no obstante, un héroe pleno que se arriesga y se salva, un héroe que no muere porque está destinado a cumplir una gloriosa misión continental. Su condición heroica se potencia en última instancia hasta tal punto que es capaz de fundar, allí mismo, la existencia de un segundo sujeto heroico, el Sargento Cabral, a quien por ende le corresponderá la estrofa final de la "Marcha de San Lorenzo", de modo de establecer también para él las dotes del heroísmo ("Cabral, soldado heroico"), la gloria ("cubriéndose de gloria"), el sacrificio por la patria ("cual precio a la victoria, su vida rinde") y la inmortalidad ("haciéndose inmortal"). Cabral es una de las primeras piezas del pedestal que habrá de sostener la gloria emblemática de José de San Martín. Pone su cuerpo heroico para sostener al héroe máximo, así como antes, en el combate, interpuso su cuerpo de soldado para salvar al jefe. De esos dos hombres tan en desventaja, uno

caído y el otro muerto, salen dos héroes de la patria con patente de gloria inmortal: el caído porque se repone (y entonces llevará la libertad "a medio continente") y el muerto porque se sacrificó (y puesto a morir, "murió contento").

Esa misma conjunción particular de cuestionabilidad y eficacia que puede detectarse en José de San Martín es también lo que define, en los tiempos que corren, la condición histórica de las identidades nacionales. San Martín no es un héroe sin más, es un héroe nacional, y por lo tanto responde a esa lógica específica. Cuando de definiciones de identidad se trata, hoy el predominio de la pertenencia nacional parece haber entrado fuertemente en crisis. Pero no es menos evidente, en las complejas condiciones del mundo actual, que los valores del nacionalismo han vuelto a ser, o nunca dejaron de ser, esa clase de motivos por los que muchas personas se muestran dispuestas a matar y a morir. La crisis y la reafirmación se superponen así de manera significativa en lo que a los valores de la nacionalidad se refiere.

En cierto modo no habría de qué sorprenderse: si la desestabilización de lo estable es el signo de los tiempos, y en igual medida lo son la crisis de los grandes relatos, el descentramiento del sujeto, el predominio de las derivas sobre las fijezas, de las globalidades sobre los localismos, ¿cómo no habría de entrar en crisis el paradigma de la identidad nacional, toda vez que las piezas principales de su aceitado mecanismo son los grandes relatos –la Fábula de la Identidad Nacional como gran relato–, el sujeto cierto, la estabilidad y las fijezas, la pertenencia arraigada? Y no obstante, en el mismo sentido de lo que podría decirse de José de San Martín, y sin duda por las mismas razones, las iden-

tidades nacionales exhiben a la vez su debilitamiento y su vigor. Es un signo de los tiempos, sí, pero Theodor Adorno lo decía ya en 1959: "Hoy el nacionalismo está de consuno superado y es actual (...). Guarda fuerza suficiente como para interesar a millones de personas por fines que inmediatamente no podrían ver como suyos propios". La ajustada precisión del análisis de la realidad se combina con el intento de hacer presagios y aun con la mera expresión de deseos. Enfoques teóricos diversos proponen categorías también diversas para dar sustento a la hipótesis del presunto ocaso de los valores de la identidad nacional: la huella imborrable de la experiencia del nazismo (para Adorno), la preeminencia inexorable de los valores universales de la modernidad (para Jürgen Habermas), la declinación inexorable de los valores de la modernidad en el post-colonialismo (para Homi Bhabha), la integración global que relega los anclajes nacionales (condiciones que Renato Ortiz, con especiales referencias a los países del tercer mundo, analiza en términos de "mundialización"). Razones diversas y hasta contrarias –porque lo que dice Habermas es lo opuesto de lo que dice Bhabha– para explicar un mismo diagnóstico de agonía irreversible. Pero como si se tratara de uno de esos casos en los que, dejando a los médicos atónitos, el paciente que no daba esperanzas se repone y se salva, hay que explicar también esta evidencia: que la eficacia de los valores de la identidad nacional, ya sea para constituir subjetividades o para movilizar acciones, sigue existiendo. Y entonces los mismos autores que se consagraron a estudiar los procesos históricos de constitución de las naciones –Ernest Gellner, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm–

debieron dar cuenta también de los modos y las razones de su perduración en el presente.

La figura de San Martín, como emblema de la argentinidad, participa de esa misma perduración, no menos jaqueada por crisis y escepticismos. Sin perder el aura que le otorga el peso de la historia, o más bien gracias a ella, San Martín demuestra tener en este tiempo una considerable actualidad. Es todo el pasado: la historia argentina; todo el futuro: "serás lo que debas ser"; pero también todo el presente: el tiempo actual. Una manera posible de calibrar su actualidad –no de avalarla, pero sí de percibirla– es detenerse en las ocasiones en las que San Martín fue noticia del día. Sus más recientes apariciones en las portadas de los diarios se relacionan con tres aspectos medulares de su condición de héroe nacional: en primer lugar, las representaciones de la historia patria; en segundo lugar, los ajustes de la identidad argentina; en tercer lugar, la resolución de conflictos entre un nosotros y un otro, al que se puede refractar o incorporar, según el caso.

En sucesivos 3 de Febrero, aniversario del combate de San Lorenzo, los actuales Granaderos a Caballo, que no han dejado de ser los soldados de San Martín, representaron para un público ferviente el desarrollo del combate que se estaba conmemorando. Fue tapa de *Clarín* esa ficción de guerra donde los hechos históricos volvían a acontecer, la representación de la historia y por lo tanto la historia como representación, San Martín venciendo de nuevo, pero esta vez sin correr riesgos, sin caídas ni Sargento Cabral. La historia en tiempo presente, San Martín en formato de actualidad. Hubo otra vez combate de

San Lorenzo, y salió en los diarios. Una variante de esta experiencia de representación histórica se promocionó, también en los diarios, como propuesta turística: entre otras actividades de eso que se llama "turismo aventura", un aviso que alentaba a los lectores a visitar la provincia de Mendoza destacaba este desafío: revivir, montando a caballo, la travesía andina que colmó de gloria al Gran Capitán. No se hablaba de ser como San Martín ni de ser San Martín, lo que supondría un sacrilegio, pero sí de reeditar su gesta histórica para traerla, como experiencia propia y como representación, al tiempo presente.

En agosto de 2000, San Martín vuelve a aparecer entre los "temas del día". Un libro de moda de un género de moda –la biografía novelada *Don José*, de José Ignacio García Hamilton– promueve, entre otros equívocos, la conjetura de que la verdadera madre del prócer pudo haber sido una india guaraní, y doña Gregoria Matorras, tan sólo su madre adoptiva. La hipótesis desencadena cierto escándalo y acaba por convertirse en un asunto de Estado: en el Senado de la Nación se impulsa el pedido de efectuar un examen de ADN a los restos de San Martín, para "dirimir científicamente quiénes fueron los padres del prócer". El tema ocupa casi toda la portada de *Página/12*, con una amplia ilustración del dibujante Rep en la que se ve a San Martín caído debajo de su caballo en el famoso episodio del combate de San Lorenzo, y a su lado un pintor que, pincel en mano y con su caballete en pleno escenario de la lucha, reproduce esa imagen para una tapa de la revista *Billiken*. El titular del diario reza: "El ADN de la historia". Y el recuadro gráfico con un chiste de Rudy y

Paz sobre la actualidad, que aparece siempre en la primera plana de este diario, se refiere igualmente al asunto: "Hay polémica sobre San Martín... parece que van a hacerle un estudio de ADN", dice un personaje que sujeta un diario abierto, y ante la pregunta que otro le hace sobre la finalidad de ese estudio, replica: "No sé... querrán saber si es realmente el Padre de la Patria". Rudy y Paz entienden así que el debate sobre la figura de San Martín en el nivel de la identidad familiar, involucra también la cuestión de su paternidad, en el nivel de la identidad nacional. Rep, por su parte, juega con otra idea: que los hechos de la historia puedan ser estrictamente contemporáneos de su representación para la historia, lo que equivaldría a suprimir, en una original variante de las transmisiones "en vivo y en directo", la distancia que existe entre el presente y el pasado: la distancia que hace posible, en el tiempo, la existencia de la historia. La historia de San Martín vuelve entonces a hacerse presente, para dirimir en este caso un asunto estrictamente ligado con los problemas de la identidad: de quién era hijo José de San Martín, quién fue la madre del Padre de la Patria; y, en consecuencia: si el Padre de la Patria era indio, godo, criollo o qué.

El debate aparentó más novedad que la que en verdad tenía. No por nada provenía, como provino, de un hecho de la moda, y al igual que todo hecho de la moda, asumió una apariencia falsa de engañosa novedad. También como la moda, pasó pronto, fue fugaz, quedó en la nada. Tanto la filiación hispánica de San Martín como la filiación indígena se han visto ya perfectamente integradas al paradigma imaginario de la identidad argentina; por lo tanto, una discu-

sión como esta nunca implicaría una verdadera revisión de las certezas de la argentinidad. De todas formas, lo que resulta significativo es que en plena actualidad –actualidad y novedad no son la misma cosa–, cada avatar de la definición de lo argentino vuelva a atravesar la figura de José de San Martín. Y en rigor de verdad, no ya su figura, sino su cuerpo, la concreción material de lo que fue su cuerpo y lo que queda de él, toda vez que se habló de efectuarle una prueba de ADN. Esa fue la verdadera prueba a la que se sometió a San Martín, y el héroe la superó sin dudas; no la del ADN, que finalmente no se hizo, ni la del pasado indígena, que no hacía falta, sino la de verificar si la interrogación sobre la identidad argentina y la interrogación sobre la identidad de San Martín seguían siendo, como siempre lo fueron, una misma y sola cosa. Sí: lo eran y lo son, lo siguen siendo.

Otra noticia resonante que mucho tiene que ver con San Martín aparece en la primera plana de *Clarín* el viernes 1º de agosto de 1997, con el título de "No toquen a San Martín". Se destaca porque lleva la única fotografía de la portada del diario: una imagen en colores en la que se ve lo que *parece* ser un busto de San Martín, en una vereda, junto a una cabeza de caballo ladeada (es un caballo blanco: se trata, cómo dudarlo, del caballo blanco de San Martín). Detrás de estas figuras, hay dos contenedores llenos de escombros, y más atrás, un camión con la leyenda: "Vehículo de Salvamento". La noticia se encuentra en la página 44 del diario, en la sección de Información General, firmada por Hernán Firpo. Y presenta el siguiente caso: un local de Palermo es adquirido por Wang Ming Ta, de origen coreano, con la intención de abrir allí un restaurante. Una vez aden-

tro, el flamante dueño se encuentra con una serie de esculturas que le quitan el espacio que necesita para poner más mesas y sillas en su futuro negocio. La que le ocasiona más incordio es, sin duda, una escultura de San Martín a caballo: una escultura de siete metros y medio de alto y cuatro metros de ancho que Wang Ming Ta, con una lógica comercial implacable pero comprensible, necesita sacar de ahí. Ocurre que, extrañamente, esa gran escultura fue concebida para permanecer allí adentro. Tiene, por una parte, el diseño y las dimensiones favorables a la exhibición en espacios públicos: es la clásica imagen de centro de plaza de cada ciudad argentina. Los materiales con que está hecha, sin embargo, desalientan una instalación al aire libre (así lo explica a *Clarín* Ricardo Ostuni, titular de la Subsecretaría General del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires). Y sobre todo: la escultura fue concebida para permanecer allí adentro porque, a causa de sus dimensiones, es imposible sacarla por la puerta del lugar. No pasa.

La historia parece inverosímil, pero tiene su explicación. Esa casa de la calle Scalabrini Ortiz (antes Canning) perteneció al escultor Juan Carlos Oliva Navarro. Nacido en 1888 y muerto en 1951, es el creador del monumento a Pedro de Mendoza que está en el Parque Lezama de Buenos Aires, el del Perito Moreno que está en Bariloche, el de Estanislao López que está en Santa Fe, y el de Justo José de Urquiza que está en Caseros, entre otras obras. *Clarín* nos informa que si bien "su especialidad eran los próceres argentinos" en general, "su preferido era San Martín". Pues bien, sucede que el hijo de Oliva Navarro dejó la casa hace muchos años, y que al parecer no hay parientes directos

que vayan a reclamar las obras. Así es que Wang Ming Ta, el gastronómico coreano, se encuentra con todo un legado artístico que se ha quedado sin legatario. Su problema, sobre todo con la gran figura ecuestre de José de San Martín, es muy concreto: "La estatua es linda, muy bonita... Pero acá molesta. No deja que entren las mesas, ¿comprende?", le explica con elocuencia al cronista del diario *Clarín*.

¿Qué hace entonces Wang Ming Ta? Lo único que le queda: se vale de una buena motosierra y comienza a cortar en pedazos la escultura de San Martín. Se entiende así que, un rato después, aparezca en plena vereda la cabeza tronchada del caballo blanco, y lo que parece (pero no es) un busto de San Martín: su torso segado. Exageró Wang Ming Ta cuando exclamó –según testimonian los vecinos– "cortamos el cuello del prócer", y exagera Hernán Firpo cuando en su crónica declara que "San Martín había sido decapitado". Pero indudablemente la decisión de cortar el torso del Padre de la Patria resulta tan estremecedora que no puede menos que remitir a un degüello (en el interior del restaurante queda, según se ve en la foto que aparece en la página 44 del diario, el caballo decapitado, y siniestramente ajustadas a él tan sólo las piernas de lo que fue su jinete). Lo que no calculó Wang Ming Ta, sin dudas por ser nuevo en el barrio, es que Palermo cuenta con una Asociación de Vecinos Sensibles. De manera que una integrante de esta asociación vecinal, sensible según corresponde, alertó con diligencia a la Comuna acerca de "las intenciones de los comerciantes coreanos". Se presentó entonces la División Guardia de Auxilio y Catástrofes, con su "Vehículo de Salvamento": había que auxiliar a San Martín,

salvamentarlo, había que evitar la catástrofe de que el prócer máximo de los argentinos resultara impiadosamente seccionado por una mera cuestión de espacio comercial.

La historia terminó bien para San Martín, y mal para Wang Ming Ta. La escultura fue trasladada a los depósitos municipales de la Dirección de Monumentos y Obras de Arte, para trabajar en su restauración y luego procurarle un destino adecuado. El local que Wang Ming Ta preparaba para hacer "un restaurante enorme" fue clausurado, porque a raíz del episodio con la escultura de San Martín el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires descubrió que los nuevos propietarios no habían presentado como debían los planos para demoler y reconstruir el comercio, y que por lo tanto no contaban con el obligatorio permiso de obra.

La salvación de la escultura de San Martín fue una empresa conjunta de los Vecinos Sensibles y de la División de Catástrofes de la Ciudad de Buenos Aires. Y el agresor, un inmigrante. Un inmigrante de estos tiempos: ya no uno de los italianos o uno de los judíos que hacia fines del siglo XIX inquietaban, amenazantes, las flamantes certezas de la argentinidad, y que hacia el Centenario justificaban el esfuerzo de una "restauración nacionalista" (a propósito: el trabajo del escultor Oliva Navarro, hacia 1910, no era otro que el de "restaurador"). Por entonces, la figura de San Martín servía a un mismo tiempo para la contención de la amenaza inmigratoria y para la incorporación de los nuevos ciudadanos al paradigma identitario de la argentinidad. En 1997, la figura del inmigrante se concreta en un coreano. Un coreano que, según se puntualiza en la crónica de *Clarín*, se presenta "hablando un

castellano precario" y que parece no responder a otra cosa que a sus ambiciones comerciales. De un fin de siglo al otro, todo parece haber cambiado; algunas constantes, sin embargo, se destacan por su persistencia: la idea de que un Otro, filisteo y ambicioso, llega al país; la idea de que un Nosotros debe preservarse de ese Otro, incorporándolo o excretándolo, hasta neutralizar el poder disolvente de su falta de escrúpulos y de su misma Otredad; y por fin, sobre todo, la evidencia de que es San Martín quien opera el mecanismo simbólico que resguarda al Nosotros y resuelve la amenaza de la intromisión de ese Otro. También en este sentido, San Martín no ha dejado de ser el héroe nacional de los argentinos, el Padre de la Patria, el prócer por excelencia. Las buenas razones que existen para descreer de estas veneraciones, o para cuestionarlas, en nada afectan la comprobación de la eficacia simbólica del heroísmo sanmartiniano, tan manifiestamente verificable como el resto de los dispositivos de las identidades nacionales.

Cuanto mayor sea la conmoción de estos valores, mayor será la nitidez de su poder de resistencia. Es en medio de una debacle que puede dirimirse la mejor manera de contrarrestar los efectos devastadores del descalabro: en medio de un paisaje de escombros, aquello que ha sabido mantenerse en pie se distingue por sí solo. ¿Y cuál fue, en los últimos tiempos, el más profundo sismo que sufrió la identidad nacional argentina? Sin dudas la guerra de Malvinas. Esa guerra, o mejor dicho esa derrota, deslizó y debilitó las bases fundamentales de los fervores nacionalistas, de una manera tan radical que la imagen del derrumbe sísmico no parece exagerada. No sólo porque se perdió la

guerra, sino porque se perdió una guerra que no podía ganarse de ningún modo. Así la adhesión a la causa nacional, aunque hubiese contenido –y no siempre lo hizo– reparos a la conducción política, resultó ser un verdadero rapto de obnubilación; porque se perdió una guerra que carecía de legitimidad, toda vez que se la percibiera, más allá de la eventual validez de la pretensión de soberanía, como una treta final del poder militar declinante; porque se perdió una guerra que "no convenía" que se ganara, en tanto la derrota derivó en la caída de la dictadura militar; porque se perdió una guerra que abundó en vergonzantes inconductas por parte de los militares argentinos, afectando severamente las bases del militarismo de nuestra cultura; porque se perdió una guerra que aportó muy poco en términos de heroísmo bélico, por eso tuvo "chicos de la guerra", más que "héroes de guerra"; porque se perdió una guerra que vació severamente la confianza en los discursos de la verdad: las mentiras oficiales excedieron los parámetros normales de la propaganda de guerra, para superponerse con los ocultamientos y las tergiversaciones de los años precedentes de represión clandestina.

Los cimientos de la consagración sanmartiniana –el heroísmo bélico, la rectitud castrense, la evidencia de la verdad histórica, la trascendencia de los valores nacionales– se vieron minados por la derrota de Malvinas (por la derrota; no por la guerra que, de por sí, los reforzaba). Se diría que no puede concebirse una coyuntura más corrosiva para los fundamentos de la consagración de San Martín y de los valores nacionales que le son inherentes. Sin embargo, es preciso remitirse a la representación literaria

de la guerra de Malvinas para encontrarse con una versión que verdaderamente atente contra las premisas ideológicas del credo de la nación. Incluso en los testimonios de los soldados que venían de la guerra –o sobre todo en ellos–, ya fuese que se los recogiera en aquel mismo momento o quince años después, los valores de legitimación de la identidad nacional muestran haber sobrevivido intactos. Los ex combatientes que dan testimonio, como "chicos de la guerra" en 1982 o como "veteranos de guerra" en 1997, discuten tácticas y estrategias, cuestionan la conducción de la guerra, denuncian los abusos cometidos por los oficiales argentinos en contra de sus propios soldados; pero no dejan de invocar ejemplos paradigmáticos como el de José de San Martín, no dejan de decir que, con mejor preparación y mejor conducción, volverían a pelear en Malvinas. En la literatura hay otra cosa: en la literatura, la guerra de Malvinas se narra como anti-épica, como picaresca, como parodia, como farsa; en la literatura puede escribirse lo que escribe Fogwill en *Los Pichy-ciegos*: "El primero era un boludo, un amargado que recibía a los vueltos en grupitos de a diez cuando ya les habían dado ropa nueva y los habían hecho bañar y les hablaba, tristón, de que se había perdido una batalla, pero que la guerra era más que eso y que ahora había que ganarla obedeciendo y respetando al superior, porque ese era un ejército de San Martín. Era un boludo. (Una vez un teniente habló en la isla de que los oficiales tendrían que hacer como San Martín y un capitán le dijo que a San Martín, en las Malvinas, se le hubiera resfriado el caballo.)" O lo que escribe Carlos Gamerro en *Las islas*, contando la guerra

como si fuese la conquista de América: "Del lenguaraz obtuve una curiosa información. En su simplicidad, los nativos confundieron el catequismo con la lección de historia, y creen que San Martín es uno de los santos del cielo. Lo que es más, creen que yo mismo soy San Martín, y que vengo del cielo –en este caso, claramente, el helicóptero que nos trajo. Estuve a punto de reunirlos inmediatamente para disipar semejante malentendido, pero luego lo pensé mejor. ¿Qué mal puede hacer esta pequeña confusión, si los mantiene sumisos y bien dispuestos?"

En cierto modo se dice "las Malvinas son argentinas", como también se dice "Dios es argentino". O sea que, más allá de la solidez de los argumentos sobre los principios de soberanía, hay en eso un arranque de vehemencia nacionalista y aun un acto de fe. Cuando la guerra de Malvinas se pierde –y cuando se pierde como se pierde: con errores garrafales, con mentiras copiosas, con cobardías, con abyecciones, con mezquindades– hay todo un mundo de certezas que colapsa. Por todo esto, Malvinas es más que Malvinas. En esto acierta el discurso nacionalista: las islas son un símbolo. Pero también lo son por una reconocida consecuencia política: con la caída de Puerto Argentino, cayó también la dictadura militar que se había impuesto en la Argentina desde marzo de 1976. El descrédito de todo un régimen de valores y sentidos tocaba así su punto más crítico; no era sólo la guerra de 1982, que duró dos meses, era un vasto accionar de muchos años, del que la sociedad argentina se declaró víctima antes que cómplice, lo que corroía visceralmente los pilares de la fundación de los valores argentinos: esos valores que, con los rela-

tos de la Independencia como fábula de origen, anudaban para siempre la guerra, el heroísmo y la identidad nacional.

¿Cómo suponer que la santidad de San Martín podía no verse afectada? En aquel período, durante la transición hacia la democracia de 1982 y 1983, Hermenegildo Sábat publica, también en el diario *Clarín*, una caricatura del que sería el último presidente de facto antes del llamado a elecciones, Reynaldo Bignone. En esa imagen se ve a Bignone montando un caballo que se encabrita, a la usanza de los emblemas castrenses del siglo XIX. Bignone aparece con la mirada elevada y señalando al horizonte con un poderoso dedo índice. Sólo que el recio militar está montando exactamente al revés: el caballo se yergue en una dirección, y Bignone apunta en la dirección contraria. La cita evidente de la efigie sanmartiniana se resuelve así como inversión burlesca; releída en clave risible, la imagen solemne del prócer a caballo necesariamente se deteriora. Pero a la vez, de todas formas, es preciso advertir que la eficacia de una inversión paródica, como la de esta caricatura, requiere siempre la persistencia del modelo original, sin el cual el efecto de contraste de la parodia no podría producirse. Entonces San Martín, que por un lado se debilita, por el otro se revigoriza: el dibujo de Sábat precisa que se tenga presente un deber ser del héroe militar respecto del cual el general Bignone sería lo opuesto, un deber ser al que nadie, si no San Martín, podría responder adecuadamente. En tanto se ve a Bignone torcido en relación a su caballo, lo que decae es toda una imagen del prócer militar, San Martín incluido; si se lo ve, en cambio, como en verdad lo está, torcido en comparación con una imagen adecuada, que es la de las

estatuas de San Martín, Bignone estará torcido respecto de la postura recta, que no ha dejado de ser la de José de San Martín.

Una resolución semejante, pero en un ámbito decididamente más significativo, se verifica un par de años más tarde, hacia 1985. La sociedad argentina avanza –aunque después, ya se sabe, empezará a retroceder– en sus emplazamientos a los militares que habían usurpado el poder político y dirigido la represión ilegal en los años de la guerra sucia. Transcurre el juicio a las juntas militares. Los argentinos se enfrentan, como nunca antes en su historia, para enjuiciar a esos nueve comandantes, y por el solo hecho de hacerlo, a una extensa saga de prestigios militares y al efecto de autoridad que esa saga irradia. En el origen de esa tradición, y a la vez en su punto culminante, se ubica, por supuesto, el general San Martín, el Padre de la Patria, nuestro primer militar de carrera. En un momento determinado del desarrollo del juicio, el fiscal adjunto, doctor Luis Moreno Ocampo, toma la palabra para demostrar al jurado la profunda indignidad castrense de Jorge Rafael Videla. Y lo hace invocando, primero, una enseñanza sanmartiniana: "La patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes...", para concluir de inmediato: "Si es cierto que cada comandante en jefe impone a su tropa su sello personal, resulta claro que el sello impreso por el general Videla no fue similar al del general José de San Martín".

Una vez más, en el momento histórico del más completo repliegue del heroísmo militar y su condición fundacional de la identidad argentina, en la coyuntura más exacerbada de cuestionamientos críticos y desconfianza

moral hacia ese paradigma de valores nacionales, la figura de San Martín se mantiene perfectamente erguida. El descrédito de Videla no arrastra a San Martín; por el contrario, lo lleva a un punto todavía más alto. En el paisaje de escombros de este desmoronamiento, queda de pie, más destacado que nunca; porque aun las más agudas parodias o las más drásticas impugnaciones morales se apoyan en él, remiten a él, postulan su vigencia, lo necesitan, lo toman de ejemplo para evidenciar contrastes, lo revalidan.

San Martín parece ser un héroe completamente indeleble. La eficacia simbólica de su consagración como prócer de la historia nacional no deja de asombrar. Puede que no sea exagerado considerarlo, acaso, invulnerable.

El fundador y sus fundadores

Las guerras son la más perfecta fábrica de héroes: los producen en cantidad. Los viajes, o por lo menos cierto tipo de viajes, van a la par de las guerras, toda vez que un viaje conlleve una sucesión de pruebas y desafíos, y su feliz superación. Cuando son guerreros los que viajan o, más aun, cuando viaja haciendo la guerra, la capacidad de hacer héroes se potencia y casi queda garantizada. Desde Ulises o desde Eneas, pasando por el Cid Campeador o por Garibaldi, hasta llegar a Napoleón o a Bolívar, los viajes de la guerra producen grandes héroes.

La manera ostensible en que San Martín fija y estabiliza posiciones no debería impedir que se lo perciba, ante todo, como un héroe itinerante. San Martín funda, es cierto, reposa, se establece; pero todo eso lo hace desplazándose. La gesta sanmartiniana traza un periplo, y su recorrido no es uno cualquiera: es el que dibuja el mapa del espacio nacional y define sus fronteras, constituyendo así la homogeneidad relativa de la identidad de un nosotros (de la frontera "para acá") y distintas formas de la alteridad y la diferencia (de la frontera "para allá").

El de San Martín es el viaje fundador de lo nacional. De ahí la marca particular de su condición heroica: es un héroe

de la nación. Por eso no basta con decir que viaja hasta las fronteras, hay que advertir que las establece, y que las establece por medio de su propio viaje. San Martín se ve promovido, ante todo, como un héroe de frontera; es así que el cruce de los Andes se destaca, notoriamente, como su hazaña máxima. Nunca es más héroe San Martín que en la proeza impar de trasponer ese límite: allí toca literalmente el cielo; allí se equipara con Aníbal el Cartaginés y con Napoleón Bonaparte, al tiempo que los supera moralmente por la mayor nobleza de los propósitos de su acción; allí refulge como héroe victorioso, montando apuesto con envoltura de capa y trasfondo cordillerano, no menos que como héroe del sacrificio, al trasponer más tarde esos mismos pasos de montaña pero en camilla, bajo el agobio de sus males, soportando estoico el dolor y el ahogo.

El héroe y el viaje se hacen mutuamente. Pero el Padre de la Patria consigue algo más: que por medio de su trayectoria pueda esbozarse el contorno de lo que será el territorio nacional argentino. ¿No es el suyo, acaso, un viaje de transparentes coordenadas? Primero el Este, en el borde litoral, librando su primer combate contra la invasión de un desembarco enemigo; luego el Norte, al frente del Ejército del Alto Perú, sucediendo a Manuel Belgrano en el mando; por fin el Oeste, la frontera por excelencia, en el cruce de los Andes. Es cierto que queda vacante la travesía del Sur, y es Julio Argentino Roca quien va a cumplirla con su Campaña al Desierto en 1879. San Martín es el héroe de la fundación nacional, pero no el de la consolidación del Estado, que deberá esperar justamente hasta 1880, como los restos de San Martín deberán esperar hasta mayo de

1880 para que se concrete su demorada repatriación.

Al desplazarse en su acción de guerra, San Martín ensaya el contorno de un futuro mapa nacional. Lo dice Bartolomé Mitre: "Bosqueja con su espada las grandes líneas de la geografía política de Sud América, y las fija para siempre"[1] (HSM, I, 89). José de San Martín, que había nacido, él mismo, en una zona fronteriza –de hecho Yapeyú fue destruida en una invasión de los portugueses–, toca y define fronteras, lo que adquiere una significación simbólica crucial para un héroe de la identidad, ya que trazando fronteras se escinde un nosotros y un ellos. Allí se percibe a San Martín en plenitud: San Martín en los Andes, o mejor, como el nombre que tiene una ciudad de Neuquén: San Martín *de* los Andes.

Ahora bien, habría que tener en cuenta que, además de trazar lo que serán las fronteras nacionales, San Martín las excede. Lo hace, en primer lugar, porque su acción libertadora continúa, más allá de los Andes, en dirección a Chile y a Perú, con ambiciones continentales; y en segundo lugar, porque al cabo de su campaña de guerra, San Martín se va al exilio, es decir que el héroe nacional traza las fronteras de la nación y luego se pone afuera de ellas.

El exilio: San Martín se inscribe en esta tradición tan argentina de próceres desterrados o la funda, porque parte hacia Europa en 1824. Como los exilios se prolongan, y duran a menudo bastante más que la vida de los exiliados, a esta tradición se agrega otra: la de la repatriación de restos. Se trate

[1] Las citas de Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, se integran al cuerpo del texto con la indicación HSM, y a continuación la referencia al tomo y la página correspondientes.

de Echeverría, que murió en la Banda Oriental y cuyo cuerpo nunca apareció; de Rivadavia, que murió en Cádiz en 1845, fue repatriado en 1857 y trasladado a un mausoleo en la Plaza Miserere en 1932; de Sarmiento, a quien la muerte sorprendió en Paraguay en 1888 y debió ser traído en barco por el río Paraná; de Juan Manuel de Rosas, repatriado desde Inglaterra tan tarde como en 1989 (en la misma época en que accedió también a figurar en los billetes de moneda nacional), la historia argentina abunda en cuerpos y en restos que van y vienen. Las lúgubres peregrinaciones del cadáver de Eva Perón pueden sumarse a esta secuencia con el macabro detalle de que fue al exilio después de muerta. Y así San Martín, muerto en Francia en agosto de 1850, es repatriado recién unos treinta años más tarde, para reposar definitivamente en el ámbito sacro de la Catedral de Buenos Aires, aunque no bajo el amparo de su nave central.

El héroe inmortal viaja en vida y viaja muerto. Expatriado, repatriado o haciendo la patria, adquiere su esplendor heroico en el doble despliegue de viajar y guerrear. No obstante, como es bien sabido, no basta con la sola acción para que un héroe se consagre como tal; precisa al rapsoda que celebre sus hazañas y lo exalte. Las audacias de la guerra se prestan bien a los brillos de la épica, pero no hay épica en sentido estricto hasta tanto no haya relato épico. Las virtudes que detenta y las acciones que lleva a cabo son los materiales que componen al héroe, pero la condición misma del heroísmo, el estatuto de la heroicidad, se los otorgan las representaciones que se hagan de él. No es preciso, en ningún sentido, suscribir a la difundida banalidad de que la historia es una ficción como cualquier otra, o de que los hechos no existen

más allá de sus representaciones, para advertir, de todas maneras, que la significación de los acontecimientos históricos proviene de su ordenamiento narrativo y no de los acontecimientos mismos. La historia no es una ficción, por supuesto, cualquiera sabe que no lo es, y cualquiera sabe que los hechos reales existen objetivamente, tan concretos e inasibles como la propia realidad en la que transcurren. Pero es la narración la que imprime en ellos un sentido, ya sea por cómo los selecciona, con un determinado criterio de relevancia, o por cómo los conecta, por medio de una determinada lógica causal o temporal. Los hechos de la historia existen en la realidad, pero los hechos en la historia existen como narración. Indagar en la heroicidad de un prócer –la heroicidad no es un dato real, es un acto de significación– supone entonces preguntarse por los modos narrativos en que se lo representó; indagar en la heroicidad de San Martín como Padre de la Patria supone indagar por ejemplo en los relatos de su vida y en la manera en la que fueron tramados. Sin disminuir ni relativizar su espesor de realidad, por lo tanto, ni mucho menos concebirlo lisa y llanamente como un personaje de ficción, se puede establecer en cualquier caso que la figura heroica de José de San Martín, su condición de Padre de la Patria, su jerarquía de prócer sin igual, resultan de la manera en la que fue representado y en la que fue contada su vida. Por eso quien inquiera por San Martín en tanto héroe nacional –esto es, no por él, sino por el modo en que llegó a constituirse en el prócer máximo de la argentinidad– se preguntará por las condiciones de su representación y por las formas en las que fue narrado. No son las preguntas que la historia le dirige al pasado, acerca de lo que pasó y sus razones;

tampoco son las preguntas que la historiografía le dirige a la historia, acerca de sus enfoques o sus criterios metodológicos. Son más bien las preguntas que la crítica literaria puede hacerle a cualquier texto narrativo, así sea un texto de historia.

La centralidad de la consagración de San Martín como prócer argentino multiplica sus signos. Su nombre se disemina como nombre de calles –en Buenos Aires, sólo el de San Martín se triplica: hay calle San Martín, hay Avenida San Martín y hay Avenida del Libertador–, nombre de ciudades o de localidades, nombre de escuelas, ferrocarriles o teatros, nombre de clubes de fútbol, que a veces juegan entre sí (San Martín de Mendoza contra San Martín de San Juan), nombre de cuaderno escolar (ya inexistente, pero inmortalizado por otro prócer, el de la literatura). Su figura se multiplica en igual medida: estatuas casi siempre ecuestres, bustos, láminas escolares, cuadros ceremoniosos; aparece en monedas, en estampillas, en billetes de moneda nacional, donde por mucho tiempo San Martín y Belgrano detentaron un virtual monopolio. (Pero San Martín doblemente: unas veces se lo ve en su juventud; otras, en su vejez). También está presente en textos diversos: himnos, marchas, cantos, elegías, obras teatrales, biografías noveladas, novelas, manuales escolares, ensayos, tratados de escrutación espiritual. Y en un lugar predominante, entre todos estos dispositivos, en los relatos de la historia: en la manera en la que los textos de la historia nacional contaron al héroe nacional, precisamente para convertirlo en héroe.

San Martín, héroe nacional, Padre de la Patria, se gesta así, se encuentra ahí. En ese punto donde las acciones de dimensión épica se concretan precisamente como épica, en la

potestad de la organización narrativa para dar significación a los hechos ocurridos, en esa instancia primordial del repertorio simbólico de la identidad argentina que consiste en dar cuenta de un pasado y de un origen. Se gesta y se encuentra en los relatos que le dedicaron otros "grandes hombres" de la argentinidad: Juan María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre, Ricardo Rojas. Se trata, como se ve, de otros fundadores, a su manera; no de la dimensión de San Martín, que es el Padre Fundador por excelencia, pero sí en cuanto a abundar en fundaciones claves para la historia y la cultura argentinas. El sistema escolar del país, la crítica literaria, la Escuela de Guerra, la tradición historiográfica oficial, el diario tradicional por antonomasia, el Colegio Nacional, la Cátedra de Literatura Argentina, el Instituto de Literatura Argentina: fundaciones. Fundaciones dispares pero siempre determinantes, efectuadas por Gutiérrez o por Mitre, por Sarmiento o por Rojas, que abarcaron la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del siglo XX.

Estos cuatro fundadores también fundaron, de algún modo, a José de San Martín, el héroe fundacional de los argentinos, por haber sido quienes contaron su vida de prócer de manera decisiva. El ciclo completo abarca unos noventa años: de 1841 a 1933. Empieza en 1841, cuando Sarmiento publica en Chile un artículo sobre la batalla de Chacabuco. Es el primero de los muchos textos que Sarmiento va a dedicarle al viejo general de la independencia, que por entonces estaba todavía vivo pero lejos de América; en lo sucesivo, Sarmiento escribiría también sobre la entrevista de Guayaquil, breves biografías para la Galería de Hombres Célebres, una pormenorizada reseña del en-

cuentro que él mismo había tenido con San Martín en Grand Bourg en 1846, una nota necrológica en 1850, y por fin, acaso como culminación, el discurso de recepción para los restos de San Martín, a su llegada al puerto de Buenos Aires en mayo de 1880. Sin haberle dedicado un libro íntegro, Sarmiento no obstante aportó, con esos textos más sucintos pero siempre contundentes, varias de las premisas de rigor en la representación de San Martín, esas que lo hicieron héroe nacional y que hoy forman parte del repertorio de referencias de cualquier argentino.

Más reposado, más entregado a la constancia, Juan María Gutiérrez es responsable del primer relato integral de la vida de San Martín que se publicó en Argentina. Fue en el año 1863; hacía apenas trece años que San Martín había muerto, pero habían pasado casi cuarenta desde su partida a Europa. Gutiérrez cuenta la vida entera de San Martín, aunque su versión puede lucir comprimida. "Bosquejo" es la palabra que él emplea para definir lo que ha hecho: la que entrega es una visión completa, la primera visión completa, pero los detalles habrá que pulirlos todavía. Hasta entonces existían relatos biográficos que debían quedar necesariamente inconclusos, porque la vida misma del biografiado lo estaba. En ese mismo año, en Chile, aparecía un texto de ambición semejante al de Gutiérrez. La vida de San Martín empezaba a ser un todo, en el sentido de que cualquier muerte hace de una vida un todo, y empezaba también a ser contada como un todo, antes que nadie por Gutiérrez.

La verdadera mirada total, sin embargo, le corresponde a Bartolomé Mitre. Mitre es realmente quien, puesto a narrar, sugiere con absoluta eficacia la ilusión de que logra

verlo todo. Y ese todo no se circunscribe ya a la vida de San Martín, lo que puede darse por descontado; ese todo es ahora la historia entera del país. La historia argentina enmarca el relato de esa vida y es, a su vez, en un juego de escalas, enmarcada, en primer lugar, por la historia entera del continente, y en segundo lugar, por la consideración analítica del progreso de las tendencias democráticas en el mundo. Totalidades, siempre totalidades, que por una parte capturan el detalle (el todo no es la generalidad: el todo es lo que va y viene del panorama al detalle y del detalle al panorama) y por otra explican el sentido cabal del transcurso de la historia en su conjunto. Por eso Mitre aporta a la representación de San Martín como Padre de la Patria el gran relato de dimensiones monumentales. Es el año 1887; el prócer reposa en su tierra porque ya se lo repatrió y el orden político del Estado se ha estabilizado en cuanto al proceso de organización nacional, más allá de esas otras zozobras que pronto comenzarán a producirse. La *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* de Mitre expresa, como relato de la vida del héroe, ese estado de equilibrio; la consistencia y la escrupulosidad forman parte de sus procedimientos historiográficos y narrativos, es un momento de estabilidad y de firmeza, es un momento de consolidación.

Mitre es así quien asienta la figura de San Martín como héroe nacional de los argentinos y consolida igualmente la figura de su *adláter*: Manuel Belgrano. En Mitre encuentra San Martín su punto justo. De ahí en más, los valores de su consagración pasan a integrar ese tesoro de certezas que en Argentina nunca se cuestionan. El Centenario pone a prueba la eficacia de la operación de Mitre: entre los

rediseños y las restauraciones que el nacionalismo va teniendo que encarar con mayor o menor urgencia, la heroicidad de San Martín se cuenta como un capital simbólico bien logrado y disponible, un verdadero fondo de reserva. Por eso no hay reformulaciones del relato de la vida de San Martín a fines del siglo XIX ni a principios del siglo XX: porque con lo dicho por Mitre basta, y por lo tanto basta con remitirse a él. Mitre pone en grandes dimensiones lo que Gutiérrez bosquejaba en formato más chico, y compone orgánicamente lo que Sarmiento dejaba diseminado en fragmentos de circunstancia. Su versión da así una forma definitiva a la consagración de San Martín. En los años sucesivos, nadie podrá, ni tendrá necesidad, de exceder los parámetros de su representación del héroe.

Hay que deslizarse algunos años más hacia el futuro, y llegar hasta 1933, para dar con otro acontecimiento narrativo en la historia de los relatos de la vida de José de San Martín. Es *El santo de la espada* de Ricardo Rojas. Después de 1930 puede decirse lo mismo que en 1910, y lo mismo que siempre: que la figura de San Martín es indispensable. Pero después de 1930 ya no puede decirse lo mismo que en 1910: que con el San Martín de Mitre sea suficiente. Un escritor como Rojas, de tan relevante intervención en uno y otro contexto, percibe bien esos matices. Por eso en el Centenario retoma a Mitre y nada agrega. Y por eso después de 1930 retoma a Mitre pero lo continúa con variantes, variantes que apuntan en una dirección crucialmente definitoria. La idea de que hay una canonización del héroe, en el sentido de una consagración oficial, se promueve con Rojas al nivel de un sentido literal: con Rojas hay canonización porque hay santi-

ficación. Estrictamente, y ya desde el título: Rojas hace santo a San Martín. Sobre el nombre de San Martín, que ya de por sí detenta el fulgor de la santidad, caen la aureola y los ecos de una veneración que, siendo laica, recibe cierta inspiración de índole religiosa. Hacerlo santo es mucho más que agregarle una nueva virtud: valiente, desprendido, modesto o bienintencionado. Es más que eso: santificando a San Martín, Rojas amplía el espectro de su heroicidad, le adosa una nueva y decisiva dimensión. San Martín ya era un héroe nacional con Mitre, esto es un hecho. Pero con Rojas adquiere su plusvalor: el fundamento de ese reconocido heroísmo ya no se debe tan sólo a la acción militar que llevó a cabo. Rojas retoma el San Martín de Mitre y lo potencia con un salto de trascendentalismo espiritual.

Entonces sí, el ciclo concluye. La figura de San Martín como Padre de la Patria se ve plenamente consumada una vez que Rojas lo corona en santidad. Con este momento hagiográfico culmina el ciclo que empezaban Sarmiento y Juan María Gutiérrez a mediados del siglo XIX. José de San Martín, Padre de la Patria, Santo de la Espada, existe, desde entonces, como el más precioso capital simbólico de que se dispone en el universo de nuestra identidad nacional. San Martín es el mejor garante posible para cuanta empresa aspire a la validación que otorgan los signos de lo argentino: quien cuente con él, prevalecerá (pero todos pretenden estar contando con él, ésa es la cuestión). De Sarmiento a Rojas, pasando por Gutiérrez y por Mitre, San Martín queda consagrado de manera tal que no hay para la imaginación argentina –se la indague en un linde o en otro, aunque sean muy remotos entre sí– una presencia tan cierta, tan autori-

zadora, tan elevada y tan unánime como la de San Martín.

Su representación narrativa ha quedado completa. Lo mucho que habrá de escribirse sobre su vida, desde Rojas en adelante, no aporta modificaciones esenciales en este aspecto específico, el de la representación narrativa de su consagración oficial. A esos efectos, podría decirse que en 1933 ya está todo San Martín. Lo que no deja de suceder, de Rojas en adelante, es que la figura de San Martín, ya glorificada y ya santificada, queda disponible: es un objeto a invocar para validar y validarse, es un bien simbólico de uso simbólico, al que todos aspiran. Ya no cuenta tanto lo que todavía contaba para Mitre o para Rojas, esto es, enriquecer la representación del héroe nacional, como –dando ese proceso por concluido– enriquecerse con esa figura que porta en sí la condensación de todas las legitimaciones.

El peronismo llevó esta mecánica a límites de paroxismo con la conmemoración del centenario de la muerte de San Martín en 1950 (quienes la vivieron, sobre todo si fue en la infancia, se declaran definitivamente marcados por ella). Se trata de un caso límite, pero no de un caso único, ni mucho menos excepcional. Ese esfuerzo de apropiación –para apropiarse de San Martín, o tal vez mejor, para desapropiarse en él, para pertenecerle– es recurrente. El peronismo lo hizo asociando a San Martín con Perón, el revisionismo lo hizo asociando a San Martín con Rosas, la izquierda lo hizo asociando a San Martín con el Che Guevara. Las variaciones están ahora en los usos posibles, en el "modo de empleo"; pero ya no en lo estrictamente atinente a la representación histórica de San Martín. El ciclo de esa representación queda bien delimitado en el tiem-

po, como delimitado queda el campo de textos que, contando a San Martín, fundaron un héroe para la nación argentina. Las vehemencias de Sarmiento, la ajustada modulación de Gutiérrez, el rigor en gran escala de Mitre, el salto espiritual de Rojas, hicieron de San Martín el héroe incomparable, en sucesivos relatos que ocuparon más de noventa años o en un único gran relato consagratorio que, a lo largo de esos más de noventa años, se fue tramando con repeticiones y variantes. La fuente inagotable de valores y de prestigio que, desde entonces, queda resueltamente establecida, y la manera evidente en que se acude a ella una y otra vez –en nombre de los más dispares propósitos– para obtener bendiciones como quien las obtiene de un Papa, dan la pauta del grado de eficacia de esa consagración histórica.

No basta con decir que, en Argentina, San Martín está fuera de discusión. Desde luego que lo está. San Martín en Argentina es el afuera de la discusión, el afuera de todas las discusiones, es el espacio asegurado de reconciliación y suspensión de conflictos, la zona liberada de todo campo de lucha. En su vida, él mismo se fue poniendo por encima de disputas y antinomias, él mismo pareció estar siempre para otras cosas, y así inventó su más allá. Eso mismo pasa luego con su figura histórica tal como nos la proporcionan los relatos de su consagración heroica: una misma exterioridad para todo conflicto, una misma elevación moral para ponerse por encima de toda confrontación, un mismo deber ser que establece, por su sola existencia, cuáles son las dignidades y cuáles son las mezquindades de cuanta cosa se haga, la altura o la miseria de cualquier emprendimiento nacional.

La promesa infinita: el juicio justo de la posteridad

Juan María Gutiérrez publica su *Bosquejo biográfico del General D. José de San Martín* en 1863. Casi treinta años antes, exactamente el 29 de enero de 1836, Gutiérrez había participado, en su carácter de primer ingeniero del Departamento Topográfico, de la medición del ancho de la nave central de la Iglesia Catedral de Buenos Aires. Es decir que Gutiérrez interviene doblemente en la construcción del panteón que ha de encumbrar a San Martín como Padre de la Patria: en el monumento edilicio, que es el templo que contendrá su mausoleo, y en el monumento textual, el de los relatos sobre su vida. Gutiérrez aparece, en uno y otro caso, como ingeniero constructor.

No es extraña esta relación entre monumentos y relatos, ya que erigir estatuas y narrar hazañas son dos mecanismos esenciales a la hora de hacer justicia con San Martín y ofrendarle una consagración histórica que se juzga imprescindible. De hecho, el relato de la vida de San Martín elaborado por Juan María Gutiérrez se publica originalmente bajo el título *La estatua del General San Martín*, y aparece con motivo de la inauguración de la estatua ecuestre ubicada en la plaza de Marte (que luego

se llamaría, en honor a la insistencia, Plaza San Martín). La erección de esta estatua en homenaje a San Martín se debe, fundamentalmente, al impulso de Domingo Faustino Sarmiento. Sarmiento opera, en este sentido, en términos de una duplicidad similar a la de Juan María Gutiérrez: los monumentos que se levantan en la ciudad se corresponden con la monumentalización textual. Sarmiento, que a lo largo de unos cuarenta años dedica diversos escritos a la recuperación histórica de la figura de San Martín, se aboca igualmente a la tarea de hacer que se le levante una estatua en Buenos Aires, cosa que ocurre el 13 de julio de 1862, doce años después de la muerte del Padre de la Patria.

El panteón que de alguna manera había dispuesto Gutiérrez, trazando el arco de la nave de la Catedral de Buenos Aires, recibe los restos de San Martín el 28 de mayo de 1880. Para entonces, San Martín ha sido ya distinguido entre los próceres nacionales y se lo ha integrado a un calendario oficial de efemérides: el 25 de febrero de 1878 se celebra, como fiesta nacional, el centenario de su nacimiento (y Juan María Gutiérrez muere exactamente un día después de esa celebración). Pero el cuerpo de San Martín no será repatriado y trasladado a la Catedral de Buenos Aires hasta dos años más tarde; una vez llegados sus restos al muelle de Catalinas, el encargado de pronunciar el discurso de recepción no es otro que Sarmiento. Juan María Gutiérrez y Domingo Faustino Sarmiento aparecen así en las instancias constitutivas de la consagración de San Martín como héroe nacional: la inauguración de su principal estatua en la ciudad, la repatriación de sus restos, su descanso eterno en la Catedral de Buenos Aires. No por ca-

sualidad, Gutiérrez y Sarmiento son también quienes, dentro de estas mismas instancias de consagración, le dedican a San Martín los primeros textos que sostendrán, a través del relato de su vida, su definición como Padre de la Patria.

La cuestión de la estatua es recurrente en estos textos sobre San Martín. En torno a la estatua se marcan los distintos momentos que van desde su acción heroica hasta su canonización histórica, pasando por un tramo intermedio de ingratitud y olvido. Un primer movimiento, enfático por cierto, consiste en considerar que San Martín es él mismo una estatua; que es ya una estatua, aún estando vivo. Sarmiento lo define así al describirlo en su vejez: "El *monumento* que los americanos solicitan ver allí es un anciano de elevada estatura, facciones prominentes y caracterizadas, mirar penetrante y vivo en despecho de los años"[1] (O, XXI, 14). Gutiérrez, por su parte, insiste en el empleo de la metáfora del bronce para caracterizar determinadas actitudes de San Martín (por las cuales San Martín, en vida, ya parece ser de bronce): "La fuerza de su espíritu debía naturalmente avasallar a la larga a la ingratitud y a la calumnia. No les salió al encuentro: las esperó como el bronce de que hoy se le labran efigies para que rompiesen en él sus dientes venenosos"[2] (BSM, 47).

---

[1] Las citas de las *Obras* de Domingo Faustino Sarmiento se integran al cuerpo del texto con la indicación O y a continuación la referencia al tomo y la página correspondientes.

[2] Las citas de la *Biografía de San Martín* de Juan María Gutiérrez se integran al cuerpo del texto con la indicación BSM y a continuación la referencia a la página correspondiente.

Tanto para Gutiérrez como para Sarmiento, los años de injusticia y de olvido que sufrió San Martín se advierten en la ausencia de monumentos conmemorativos, y será mediante estatuas que las distintas naciones de Hispanoamérica procurarán más adelante reparar su ingratitud. Las estatuas vienen a subsanar esas injustas omisiones, o incluso a desagraviar a San Martín, y acaban funcionando como una especie de fetiche en torno del cual los pueblos se reúnen a modo de veneración religiosa. El regreso de los restos constituye –bajo la nave que midió Gutiérrez y bajo las palabras que pronunció Sarmiento– el monumento final de San Martín: su literal ingreso al templo, su conversión de fetiche pagano en ídolo oficial.

San Martín es entonces, en primer término, un monumento en vida; luego sobreviene la ingratitud, expresada por la falta de monumentos; la hora de la reparación histórica se plasma en la múltiple disposición de estatuas en los espacios públicos; y la Catedral de Buenos Aires contiene su monumento final. De esta manera, los textos de Gutiérrez y de Sarmiento, que son, en sí mismos, medios de incorporación de San Martín al panteón nacional, narran a su vez los mecanismos de esa incorporación.

El libro de Juan María Gutiérrez y la inauguración de la estatua que le sirvió de impulso se enlazan en el transcurso de dos años cruciales, 1862 y 1863, cuando se producen la unificación nacional y la llegada a la presidencia de la Nación del principal historiador de San Martín: Bartolomé Mitre. Por entonces, Gutiérrez, después del exilio en los tiempos del rosismo, y después del protagonismo político que adquirió a partir de su apoyo

al proyecto urquicista, pasa a una relativa marginación del escenario de la política. Durante la presidencia de Mitre, ocupa el cargo de Rector de la Universidad de Buenos Aires (también durante la presidencia de Sarmiento; está en ese cargo desde 1861 hasta 1874). Se verifica en Gutiérrez una nítida tensión entre su voluntad de autonomía literaria y la imposibilidad objetiva de alcanzar tal autonomía. Dice Jorge Myers: "...como historiador y crítico literario, estableció tácitamente la legitimidad de una concepción que privilegiara la autonomía del campo literario" (...); "el escritor, pues, dadas las condiciones imperantes en la sociedad argentina de la segunda mitad del siglo XIX, no podía aspirar a ninguna autonomía real: toda su actividad literaria giraba en torno al Estado". En esa tensión, que su cargo universitario parece expresar muy bien, se inscribe la publicación del libro sobre San Martín.

Los textos de Sarmiento, por su parte, son más numerosos y aparecen en fechas diversas: un primer artículo, dedicado a la conmemoración de la batalla de Chacabuco, aparece en *El Mercurio* de Chile en febrero de 1841; su discurso de recepción para el Instituto Histórico de Francia, que fue dedicado a una comparación entre San Martín y Bolívar, es de julio de 1847; en noviembre de 1850, Sarmiento publica en *La Tribuna* una necrología de San Martín; en 1854 y en 1857, sendas biografías para la Galería de Hombres Célebres y para la Galería de Celebridades Argentinas; en mayo de 1880, como quedó dicho, pronuncia un discurso para la recepción de sus restos repatriados. Los textos que Sarmiento ha escrito sobre San Martín responderían así a tres tipos de circunstancia: en primer lugar, hay textos que

aparecen para replicar otras intervenciones o para cuestionar la manera en que en Argentina o en Chile se recuerda o se deja de recordar a San Martín; en segundo lugar, hay textos que reseñan su entrevista con un San Martín ya anciano, que recibe a los visitantes argentinos en el destierro de Grand Bourg; finalmente, hay textos dedicados a la celebración de efemérides sanmartinianas y a su inserción en el panteón histórico que se está constituyendo. Es decir que, a través de los textos de Sarmiento, se definen los dos momentos fundamentales de la canonización como proceso histórico (y también la transición que va de uno a otro momento): un momento en el que San Martín está sujeto todavía a los debates del juicio de sus contemporáneos, y un momento posterior en el que ya se ve elevado a la consagración del juicio definitivo y unánime de la historia.

Para producir este pasaje entre uno y otro momento, pero a la vez borrarlo como transición histórica y convertirlo en una única condición atemporal de pertenencia al canon patrio, Gutiérrez y Sarmiento postulan una misma certeza: los contemporáneos nunca juzgan con justicia. No se trata entonces de que haya algo en la trayectoria o en la figura de San Martín que torne dudosa su elevación a la condición de prócer argentino, sino una limitación que existe siempre a la hora de dar un veredicto sobre los actores de los acontecimientos públicos. El juicio justo sólo es posible por la mediación de la distancia temporal; no importa de qué o de quién se trate: hay un defecto que es propio de toda mirada requerida para el juicio de la historia, por el cual no se aprecia con justeza aquello que se tiene demasiado cerca. No es entonces que San Martín

haya demorado su ingreso al panteón de los héroes nacionales, al que siempre, por mandato y por destino, perteneció; sino que fue víctima –y, a mayor victimización, mayor glorificación– de los fallos apresurados y equívocos de sus contemporáneos. La imparcialidad, el juicio justo, corresponden siempre al discurso de la historia; la inexorable injusticia de las apreciaciones de los contemporáneos se corrige siempre con el inequívoco fallo de la posteridad.

Esa distancia temporal que habrá de garantizar la justicia del juicio histórico no queda, sin embargo, meramente librada al paso de los años; es más bien un efecto de distancia que tanto Gutiérrez como Sarmiento de alguna manera inventan en sus textos. El bosquejo biográfico que publica Gutiérrez, y que precisamente se presenta como "bosquejo", es apenas trece años posterior a la muerte de San Martín. Sarmiento va más allá: sus escritos de consagración de San Martín son bien próximos o aun inmediatos a la muerte del héroe, si es que no la preceden en algunos años. No ha pasado el tiempo suficiente para que pueda hablarse de distancia histórica en un sentido cabal; en todo caso, vemos a Gutiérrez, y sobre todo a Sarmiento, dar un cierto paso atrás y reclinar un poco el cuerpo, para ensayar esa separación que una buena perspectiva requiere.

La posición de Gutiérrez es ambigua, puede oscilar entre la paciencia en un momento y la impaciencia en otro. Sarmiento se muestra siempre más urgido; no es que no admita las ventajas del paso del tiempo histórico, es sólo que, para sus propias necesidades, ese paso del tiempo resulta algo lento. Gutiérrez dice por ejemplo: "(...) el tiempo ha desvanecido las sombras para dar tránsito a la luz y los

historiadores imparciales se han encargado de revelarnos lo que pasó" (BSM, 84), con lo que establece esa separación cronológica que parece necesaria para ver las cosas con claridad. Pero en otros tramos dispone una relación distinta entre las sombras de lo contemporáneo y la luz de la posteridad: "...y sin embargo, el fallo definitivo que se pronuncie sobre ellos será una luz, que todavía no aparece bien clara" (BSM, 48); y este "todavía", que prolonga hacia el presente la incomprensión del pasado de los contemporáneos, contrasta con los "entonces" o con expresiones como "aquella aciaga época" que tienden, en cambio, a subrayar el corte y la lejanía temporal.

Sarmiento, por su parte, asume en este sentido una posición mucho más resuelta, con una certeza se diría que absoluta de ser quien está en condiciones ideales para reparar injusticias y olvidos y dar a los héroes el lugar que les corresponde. También para Sarmiento es evidente que el juicio justo lo promulgará la posteridad, pero no es menos claro para quien dijera en *Recuerdos de provincia* "...a mi progenie me sucedo yo", que él mismo es la posteridad que el juicio justo sobre San Martín estaba esperando. Sarmiento pone la cuestión en términos generacionales: "...el trabajo más ingrato de la generación que les sucede es el de restablecer los hechos y la verdad en despecho de las aseveraciones interesadas de los personajes" (O, XXI, 42). Como los contemporáneos son todavía parciales, es tarea de la generación siguiente la de hacer justicia y consagrar a los héroes. Pero este mandato sobre la generación que sigue a la de San Martín funciona con cierta complejidad en los textos de Sarmiento. El primer artículo que le

dedica al asunto de la gesta sanmartiniana es "12 de febrero de 1817", y aparece en Chile en 1841, nueve años antes de la muerte de San Martín. Sarmiento produce en ese artículo una operación muy particular sobre la perspectiva del narrador: el texto aparece firmado por "Un Teniente de Artillería en Chacabuco". Mediante un recurso netamente ficcional, Sarmiento inventa la figura de un narrador supuestamente contemporáneo de los acontecimientos, que además ha participado en ellos. Con esa voz ficcional atribuida a un contemporáneo, se le dirige un reclamo de justicia a la generación posterior: "Tendamos la vista sobre esta época presente, aquí y en los otros puntos de América. Escuchemos los juicios de esta generación ingrata que nos ha sucedido, y extrañado como elementos gastados e inútiles" (O, I, 5). Claro que, si la voz ficcional del contemporáneo lanza esta recriminación y este desafío a la generación siguiente, es porque con este mismo artículo, Sarmiento –que es miembro de esa generación– responde al desafío y repone la justicia donde dominaba la ingratitud. Con este solo texto, Sarmiento traza un movimiento doble: desde la voz ficcional del contemporáneo, formula la necesidad de una tarea de reparación, y desde su posición efectiva de autor del artículo, la cumple; primero declara vacío un lugar discursivo, y de inmediato lo ocupa.

De este modo, Sarmiento se consagra a sí mismo como el primero que atinó a rescatar a San Martín del olvido, el primero que supo sacarlo de las opiniones controvertidas de quienes observaban los hechos con algún interés parcial, para elevarlo a la merecida consagración del fallo definitivo de la historia. Sarmiento subraya y completa el

gesto que Gutiérrez marcaba con alguna vacilación: él mismo es quien produce un corte en el tiempo, dando así el primer paso que lleva del olvido a la conmemoración: "Hasta 1840 no se había levantado una voz en defensa y rehabilitación del nombre de San Martín (...). Con ocasión del aniversario de la batalla de Chacabuco, un escritor novel, a guisa de ensayo de fuerzas, hubo de resucitar con encomio el nombre de tan famoso capitán" (O, XXII, 81 y 82). En los textos de Sarmiento, la distancia temporal que permite el pasaje del juicio parcial de los contemporáneos al juicio justo de la siguiente generación, la crea él mismo, a través del juego ficcional con que construye al narrador de su artículo sobre la batalla de Chacabuco.

Con Juan María Gutiérrez y Domingo Faustino Sarmiento se establecen entonces las condiciones de posibilidad para el discurso de canonización de San Martín en Argentina, porque, después de las versiones consignadas en libros de memorias, libros de viajeros o biografías demasiado prontas, aportan textos cuya separación temporal, incluso cuando es imaginaria, da comienzo a la promesa de que la posteridad le procurará al héroe un juicio justo y definitivo. Mitre acude a cumplir esa promesa con particular resolución. Avales no le faltan: con Mitre la historia y la nación (y la nación "ahora elevada a protagonista única del proceso histórico", según definió Tulio Halperín Donghi) adquieren la consistencia indisoluble de lo que ya no ofrece dudas. La historia verdadera y la entidad de la nación son ahora certezas acabadas; con la firmeza de tales premisas, la consagración histórica del héroe nacional puede alcanzar su punto culminante y consumarse en plenitud.

Con Mitre se verifica "el tránsito de la crónica facciosa a la historia rigurosa" (Halperín Donghi nuevamente), superando los dilemas que todavía afectaban a la generación del 37 y habilitando para el discurso histórico una legítima ambición de objetividad y fundamentación documental. ¿Quién si no Mitre podía enunciar: "Son los documentos los que hablan" (HSM, III, 127)?. La historia es para Mitre un suelo donde se pisa seguro, y la nación lo es en igual medida. Su concepto de "nación preexistente", que había propuesto en la legislatura en 1854 al discutirse la Constitución del Estado de Buenos Aires, aporta esa seguridad. Para la generación precedente, la de 1837, "la 'nación' no era algo dado de antemano" (Jorge Myers), sino más bien algo por definir y por construir; no obstante, dentro de esa concepción general, Juan María Gutiérrez se mostró siempre particularmente dispuesto a recuperar tradiciones y a establecer continuidades. Con Mitre esa tensión se acaba: la nación detenta una existencia –y aun más: una preexistencia– plena; la historia, por lo tanto, ahora como discurso de la verificación y la prueba, no puede ser sino historia nacional: la Historia de la Nación. Sólo resta contemplar el peso que Mitre le concedía (y sobre esto, entre otras cosas, discrepó de Vicente Fidel López) a la acción de las figuras individuales, para entender que tenía que ser él quien consagrara a Manuel Belgrano –con *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, de 1858– y a José de San Martín –con *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, de 1887– como los dos grandes hombres de la argentinidad en el siglo XIX.

Mitre atiende, como lo habían hecho Gutiérrez y Sarmiento, a la cuestión de las estatuas de San Martín. Esas estatuas son una extensión del héroe mismo; por eso, de acuerdo con Mitre, las mismas preguntas que alguna vez se formularon en su presencia pueden luego formularse ante las imágenes celebratorias que lo representan para la posteridad. Pero no se trata solamente de que esas estatuas sean San Martín después de su muerte, sino también –como en Gutiérrez, como en Sarmiento– que San Martín es ya una especie de estatua estando aún con vida. Dice Mitre: "San Martín, como la estatua viva de sus fuerzas equilibradas, era alto, robusto y bien distribuido en sus miembros" (HSM, I, 90). Basta con detenerlo en una postura paradigmática para que, aún en vida, pueda vérselo tal como luego se lo verá representado en las estatuas: "...y extendiendo el brazo hacia la Cuesta nueva, en la actitud en que lo representa su estatua ecuestre, gritó a su ayudante de campo, Álvarez Condarco" (HSM, II, 218). Por una extraña inversión en el tiempo y en el orden de la representación, San Martín parece ser quien representa a las estatuas, y no las estatuas las que lo representan a él. Así, Mitre comparte y extiende la disposición a monumentalizar a San Martín por medio de los textos que cuentan su vida. Sólo que su *Historia de San Martín* resulta además, ella misma, una obra monumental. La vida del prócer porta el signo de la grandeza, pero con Mitre la grandeza existe también en la materialidad de la representación textual (algo semejante a lo que ocurre con el monumento a San Martín que está en el Cerro de la Gloria, en la ciudad de Mendoza, que para acentuar el efecto de monumentalidad incorpora a la representación la grandeza de la propia montaña).

Mitre escribe una historia monumental de San Martín, ese héroe de los monumentos que, ya en vida, lograba adoptar la apariencia de un monumento. Ahora todo, la vida del héroe y el relato de esa vida, lucen por su grandeza. Este salto a la grandeza, después de la concisión del bosquejo de Juan María Gutiérrez y después de la fragmentariedad de las intervenciones de Sarmiento, supone mucho más que un efecto cuantioso de acumulación de páginas: habilita, para Bartolomé Mitre, un modo narrativo más potente y ambicioso. La vida de un gran héroe desborda, por definición, los límites de la individualidad. Todo escritor de impronta romántica ve, en la figura del "grande hombre", la cifra condensadora de toda una época, de tal manera que contar la vida de José de San Martín implica contar la historia del continente entero. Tanto Gutiérrez como Sarmiento participan de ese credo, pero sólo Mitre puede, en un sentido específicamente narrativo, llevarlo a cabo. De manera semejante, la idea general de que la historia debe suministrar una verdad probada tiene en Mitre a su primer gran ejecutor, el que puede concretamente valerse de un archivo documental para dar a su relato un valor probatorio. Mitre consigue construir por fin un gran relato, en todos los sentidos de la expresión, donde la proyección de la vida individual hacia la historia continental no sólo se enuncia, sino que se realiza narrativamente. El modo narrativo que Mitre logra le permite trazar un juego metonímico: la emancipación sudamericana cabe en la vida de José de San Martín. La misma proyección efectuó antes con la vida de Belgrano, pero en términos más acotados, ya que la vida de Belgrano alcanzaba solamente a la Independencia argentina.

En este sentido, la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* emula a las grandes novelas de su tiempo, y hoy puede resultarnos incluso un relato con cierta impronta cinematográfica. Mitre puede ampliar el enfoque hasta dar a la narración el efecto de un panorama, o puede cerrar ese enfoque para que el texto se detenga en un detalle menor; puede combinar planos y construir perspectivas cambiantes alrededor de una misma figura; puede cambiar de escena y producir el efecto narrativo de un "mientras tanto", para abarcar de ese modo la compleja simultaneidad de los procesos históricos. Mitre pasa del relato de las acciones concretas a la explicación panorámica de los procesos históricos de la revolución; o bien hace lo inverso: reseña el estado de cosas en el marco de todo el continente sudamericano, la historia de su colonización y de sus focos revolucionarios, el análisis de sus tendencias republicanas o monárquicas, para luego hacer aparecer en él a San Martín, narrando el día concreto de su llegada a Buenos Aires en la fragata inglesa George Canning. Además de graduar así las formas de focalización, Mitre combina perspectivas: la consideración sobre las condiciones necesarias para emprender la campaña a Chile se hace tanto desde el punto de vista del virrey como desde el punto de vista de San Martín, a un lado y al otro de la cordillera. Ya el título de la obra anuncia lo que luego se hará; pero la coordinación que expresa no funciona por simple agregación: Mitre no cuenta la vida de San Martín *y además* la historia de la emancipación sudamericana; Mitre cuenta la vida de San Martín *en tanto que* historia de la emancipación sudamericana, y la historia de la emancipación sudamericana *en tanto que* vida de San Martín. Con

Mitre sí, finalmente, el relato de la vida del gran héroe es el relato de la historia de todo un continente y de toda una época.

Mitre publica esta obra después de haber sido Presidente de la Nación (lo fue entre 1862 y 1868). Sarmiento, en cambio, escribió la mayor parte de sus textos sobre San Martín antes de ocupar la presidencia (lo hizo entre 1868 y 1874). Para Sarmiento, esos textos –en última instancia, al igual que todos los que escribió– contribuían, ante todo, a su propia legitimación intelectual y política. Para Mitre, en cambio, que hacia 1887 no solamente ya había dejado la presidencia sino que además era políticamente opositor, parecen funcionar más bien como un intento de justificación retrospectiva. Sobre todo –con la abundante exhibición de saberes militares– de lo sucedido en la Guerra del Paraguay. En todo caso, el lugar de enunciación de los relatos de la vida de San Martín parece estar siempre ligado con cierta forma de marginación política: Gutiérrez en el ámbito universitario, Sarmiento en el exilio o apartado de Urquiza, Mitre en la oposición. Pero el texto de Mitre cuenta, no obstante, con otra base de solidez, tanto por sus procedimientos heurísticos como por las circunstancias en que se verifica su publicación. Para entonces, y para Mitre, no sólo la nación es un dato cierto: también lo es el Estado nacional. Y el Estado nacional activa a pleno todos los dispositivos de su maquinaria simbólica exactamente en el año en el que Mitre ofrece la publicación final de su obra sanmartiniana: "Desde 1887, precisamente, los esfuerzos por revitalizar las fiestas desembocaron en la organización de grandes celebraciones conmemorativas, la construcción de un conjunto de referentes materiales, como monumentos y museos, y la elaboración de

una legitimación de la identidad nacional basada en la apelación al pasado patrio", dice Lilia Ana Bertoni, y señala una presencia cada vez mayor del Estado y del ejército nacional en las fiestas patrias a partir de la década de 1880, aunque liga también toda esa reacción nacionalista a la oposición política al roquismo, donde por cierto revistaban tanto Sarmiento como Bartolomé Mitre.

Un nuevo ciclo de fervor nacionalista, el que se despierta con el Centenario de la Revolución de Mayo, recoge el legado narrativo que dejó Mitre, aprovechando su más palpable resultado: la consagración acabada de los héroes de la nación. El Centenario opera con el relato monumental de San Martín, hecho por Mitre, de la misma manera que con el propio monumento de San Martín hecho por el escultor francés Daumas, ese que inspirara, en su inauguración, el bosquejo biográfico de Gutiérrez: retoma esa misma figura ya existente, la eleva a un punto más alto y no le agrega más que algunas alegorías laterales. Según refiere Francis Korn, la estatua ecuestre de la Plaza San Martín fue colocada, en el momento de su inauguración en 1862, "sobre un pedestal de ladrillo de poca altura". Hacia 1910, "con la euforia del Centenario, la estatua fue cambiada de emplazamiento y su basamento fue sobreelevado con exceso para dar lugar a la colocación de alegorías a la trayectoria triunfal del héroe".

La posición de Ricardo Rojas es clara al respecto. Ciertamente avaló la ratificación y la sobreelevación de la figura ya resuelta de San Martín, pero a cambio discrepó de las imágenes que se agregaron en las partes laterales del monumento. Hacia 1910, a Rojas lo inquieta menos la pregunta por cómo escribir la historia que la pregunta por

cómo enseñarla en las escuelas, cómo ordenar y transmitir los contenidos de esa historia que ya ha sido escrita. Por eso se ocupa, sobre todo, de escribir ensayos sobre la nacionalidad, como *Blasón de plata* (1910), o estudios sobre educación, como *La restauración nacionalista* (1909). Puede hablar de "restauración", porque cuenta con la existencia previa de una nacionalidad; y puede discutir los programas y la metodología de enseñanza en las escuelas, porque cuenta con la existencia previa de una historia nacional ya conformada. No es tiempo, para Rojas, de narrar las vidas de los grandes próceres. Puede, por ejemplo, pronunciar en 1911 una conferencia sobre Sarmiento, como parte de la celebración del centenario de su natalicio; pero no será sino hasta 1945 cuando le dedique la verdadera gran biografía, bajo el título, pomposo según corresponde, de *El profeta de la pampa*. En 1922 edita aquella conferencia, junto con otras cinco, en el volumen *Los arquetipos*, y en su prólogo aclara: "En mis libros *Blasón de Plata* y *Argentinidad*, he mostrado a nuestra raza en su ser colectivo; aquí la muestro en diversos arquetipos individuales". Esta división entre "ser colectivo" y "arquetipos individuales" explica también que, en *La restauración nacionalista*, Rojas refiera la guerra independentista sin detenerse en ninguno de sus héroes en particular. Rojas puede decir tan sólo "los héroes", como de hecho lo hace en *La restauración nacionalista*, y lograr que se sepa bien de quiénes está hablando, porque antes Mitre efectuó las especificaciones correspondientes. A Rojas no se le escapa la conexión que existe entre el "ser colectivo" y los "arquetipos individuales", ni la manera en que lo segundo contribuye a la con-

formación de lo primero. Es que en el Centenario puede dar por descontada esa parte del mecanismo, la de los grandes individuos, remitiéndose explícitamente a la obra de Mitre. En cambio necesita aplicarse a la otra parte, la del ser colectivo, con especial dedicación.

No es entonces el momento de *El santo de la espada*. Ese momento llega bastante más tarde, a comienzos de la década del treinta, después del primer golpe militar de la historia argentina y el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen. Luego de esos hechos, Rojas se afilia a la Unión Cívica Radical, decisión que explica en el libro *El radicalismo de mañana* (1932), y su militancia le cuesta un proceso por desacato durante el gobierno del general Uriburu y la prisión, en la isla Martín García primero y en Ushuaia después, durante el gobierno de Justo. En ese período concibe su libro sobre San Martín: la posición desde la cual se escribe sobre el héroe nacional vuelve a ligarse así con alguna forma de marginación o de repliegue político. Un nuevo debate nacionalista se instala en el país. Rojas interviene otra vez en él, ahora sí, en el terreno específico de las grandes biografías heroicas. Un año antes de que apareciera *El santo de la espada*, se publica la *Historia del Libertador General Don José de San Martín* de José Pacífico Otero, un autor vinculado con los sectores nacionalistas de derecha. El libro de Otero se publica en Bruselas en 1932, y se anuncia su pronta distribución en Argentina. *El santo de la espada*, anunciado desde 1931, aparece finalmente en junio de 1933. Ya en 1933, más exactamente el 5 de abril de ese año, se funda el Instituto Sanmartiniano en la sede del Círculo Militar: el Instituto y el Ejército preservan sus profundas empatías hasta

el día de hoy. Otero participa de esa fundación y es nombrado primer presidente del Instituto. Rojas sale al cruce de esa versión de San Martín con su propia versión, la de la santificación laica, la de la relativa desmilitarización del héroe militar, desde las amplitudes del nacionalismo liberal. Todo esto sucede en 1933. También en 1933 se instituye la celebración del 17 de agosto como "Día de San Martín", que desde 1938 pasará a ser, además, feriado nacional. El día de la muerte de San Martín se convierte en fecha patria. San Martín ya es santo, y tiene su día santo.

Han pasado más de ochenta años desde esa muerte, y más de noventa desde aquel texto precursor de Sarmiento sobre la batalla de Chacabuco; en su transcurso, se conmemoró el centenario del nacimiento de San Martín y se repatriaron sus restos póstumos. Si el juicio justo para San Martín iba a llegar con la visión ecuánime de la posteridad, con Rojas esa posteridad parece ser ya una circunstancia segura. En *El santo de la espada* se retoman algunos tópicos sobre esta cuestión: "(...) esto, que sus contemporáneos no comprendieron, lo hemos comprendido un siglo después (...)"; "(...) por eso no se comprendió su actitud después de Guayaquil. Pero hoy la comprendemos (...)"; "(...) estas injurias, como él lo preveía, han sido reparadas por la posteridad (...)"[3] (SE, 472, 312 y 448). Ya no le ocurre a Rojas, como le había ocurrido a Sarmiento, que se deba forzar el ordenamiento temporal para producir el efecto de que la

[3] Las citas de *El santo de la espada* de Ricardo Rojas se integran al cuerpo del texto con la indicación SE y a continuación la referencia a la página correspondiente.

posteridad –y el veredicto de la historia, que siempre es justo– ya han llegado. Y sin embargo, cierta ambivalencia, cierta vacilación entre concretar finalmente la reparación histórica y dejarla, pese a todo, aún pendiente, vuelve a manifestarse en *El santo de la espada*. En el caso de Sarmiento, esto sucedía porque la idea de que la posteridad ya había llegado mantenía aún algo de impostación y de voluntarismo. En esa tensión, se pretendía estar haciendo justicia con San Martín, pero al mismo tiempo se difería hacia el futuro el momento del rescate definitivo, suficientemente alejado de las deformaciones de los contemporáneos. Rojas, en cambio, no tiene problemas en considerar que está colocado en ese ajustado punto de mira de la posteridad, pero se encuentra con que las injusticias persisten pese a todo: "Fue destino de San Martín el soportar injusticias, que aún perduran hasta en los textos escolares de las naciones que sirvió con su espada"; "...la desobediencia al gobierno argentino; acto vituperado en su tiempo y mal comprendido aun por la posteridad..." (SE, 176 y 243).

La justicia de la posteridad no es, por lo tanto, una circunstancia real a la que se llega con el transcurso de un tiempo suficiente. La justicia de la posteridad es un artificio retórico que se activa una y otra vez al narrar a San Martín, ya sea en 1841 o en 1933. Forma parte de un mecanismo sistemático de desagravio el hecho de marcar una distancia con respecto a la deformación del juicio de los contemporáneos y a la vez sostener la promesa de una plena reparación en el futuro. Rojas habla de "(...) la malignidad contemporánea (...)", pero también, de inmediato, habla de "la malicia póstuma" (SE, 357). Es decir que re-

sulta ficticia la manera en que se piensa la serie agravio-desagravio, maledicencia-justicia, ingratitud - reconocimiento, en términos de un paso cronológico de la contemporaneidad a la posteridad. Porque Sarmiento, que escribió sus primeros textos sobre San Martín cuando el prócer estaba todavía vivo, inventaba una posteridad y quedaba en una posición dual entre el rescate ya efectuado y el rescate todavía pendiente. Pero Ricardo Rojas define una posición análoga, sólo que en su caso se debe a que advierte que la injusticia y la incomprensión se mantienen aún después de que ha pasado un siglo, y que la posteridad no ha conseguido despejar del todo la maledicencia. Resulta evidente, por lo tanto, que se puede inventar una posteridad, estando aún cerca de los hechos, como lo hace Sarmiento, o se puede seguir augurando una justicia futura, aunque ya hayan pasado más de cien años desde los acontecimientos, como lo hace Rojas. Contar a San Martín es siempre rescatarlo y reivindicarlo; contar a San Martín es siempre salvarlo de la injusticia de la contemporaneidad, y es siempre remitirlo a una justicia que está por venir.

Retrato de un héroe, o el decálogo de la virtud

Un héroe es un destinado. Bajo esa figura, la del destino, se resuelve cierta tensión que existe entre la narración del devenir héroe del héroe y la narración del héroe siendo un héroe desde siempre. Por una parte, San Martín llega a ser un héroe en el transcurrir del tiempo y de la historia; por la otra, sin embargo, tiene que quedar por encima de las incidencias y los accidentes de la historia, porque no se debe admitir que el héroe sea héroe pero pueda no haberlo sido. Ese posible conflicto se salva con la idea de la predestinación: el héroe no es todavía un héroe, pero está destinado a serlo; no lo es todavía, y sin embargo ya lo es: "ya era el que sería", podría decirse, parafraseando la fórmula que Borges inventó para Emma Zunz, su heroína - traidora.

Cuando Juan María Gutiérrez caracteriza la infancia de San Martín y dice: "(...) fueron sus pasatiempos de niño, alardes de guerra, voces de mando y aspiraciones a distinguirse en una carrera ilustrada ya por su familia (...)" (BSM, 48), apunta precisamente a mostrar que lo que San Martín sería más adelante estaba ya, como vocación, como mandato familiar, pero fundamentalmente como destino, en sus años de infancia. "San Martín estaba destinado a

ser un grande hombre..." (BSM, 48), establece, según Gutiérrez, un condiscípulo de su niñez. Sólo bajo la presuposición de la condición de destinado puede narrar Gutiérrez el hacerse héroe de José de San Martín: sólo si la figura final está ya fatalmente contenida en la imagen inicial.

Esta manera de concebir lo que es un héroe no puede sino determinar la manera en la que se contará su vida. La premisa del destino inexorable imprime sobre ese relato la limpidez de una línea recta, como si se siguiese la trayectoria de una flecha que da en el blanco y no podría dejar de hacerlo. También le aporta otra característica saliente: una pronta estabilización narrativa. La premisa del destino inexorable tiene, en este sentido, un apreciable poder de fijación, y tal vez es por eso que para contar la vida de José de San Martín se establecen tan rápidamente los núcleos narrativos fundamentales, que por lo demás permanecerán casi invariables en el tiempo. Se los distingue ya en la temprana *Biografía del general San Martín* que Juan García del Río publica en 1823 (los núcleos narrativos que allí faltan corresponden a hechos que todavía no han ocurrido). Se preservan luego constantes, intactos incluso, de Gutiérrez a Sarmiento, de Sarmiento a Mitre, de Mitre a Rojas, consolidando así una matriz narrativa estable. Por eso el relato de la vida de José de San Martín progresa bajo una ley de acumulación sin pérdida, por la cual cada autor retoma a quienes lo precedieron sin necesidad de revisar o desarticular nada. Los componentes narrativos básicos se ven continuamente ratificados en las sucesivas versiones, y los cambios que cada coyuntura va requiriendo se introducen como agregados más que como corrección, rectificación o divergencia; funcio-

nan como un suplemento más que como un complemento, porque con lo que agregan nunca se pretende que eso que se agrega antes faltara. Cada relato aporta así un refuerzo a la consagración sanmartiniana, sin admitir desvíos ni pasos atrás. La versión liberal de la historia –la que produce la consagración oficial de los héroes– determina un relato primordial de la vida de San Martín, cuyos nudos y sentidos pronto se estabilizan y se fijan, y luego se reiteran intocables.

Esa matriz narrativa se ordena en cuatro períodos. En primer lugar hay un período de iniciación, de 1778 a 1812, que abarca desde el nacimiento de San Martín hasta su regreso a América a los treinta y cuatro años de edad, pasando por los años de formación militar en España. En segundo lugar, de 1812 a 1817, hay un período de acción militar y política nacional que incluye la formación del Regimiento de Granaderos a Caballo, la participación en el derrocamiento del Primer Triunvirato, la batalla de San Lorenzo, el paso por el mando en el Ejército del Norte, las influencias sobre el Congreso de Tucumán, el traslado a la gobernación de Cuyo y la preparación de la campaña a Chile. Luego, de 1817 a 1822, hay un período de acción militar y política continental que abarca el cruce de los Andes, las batallas de Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú, la Declaración de la Independencia de Chile, la preparación y la ejecución de la campaña a Perú, la Declaración de la Independencia y la acción de gobierno en Perú, llegando hasta la entrevista de Guayaquil. Finalmente hay un período de retiro, de 1822 a 1850, que abarca el renunciamiento en Guayaquil, la partida a Europa, el fallido regreso a América en 1829, y el exilio definitivo, recluido en la vida familiar, hasta su muerte.

Los primeros treinta y cuatro años se organizan alrededor de un ciclo de iniciación, que en el caso de San Martín es una iniciación básicamente militar que lo liga con España de un modo bastante complejo. Ese primer período se cierra con una significativa conversión de San Martín que, reconociendo que la guerra independentista americana representa su verdadero lugar de lucha, abandona España y pasa a pelear contra ella. No se trata cabalmente de una conversión, en el sentido de que San Martín, más que transformarse en otra cosa, descubre o reconoce en él algo que de algún modo ya estaba: se trata menos de una conversión que de una revelación. La constitución de la figura heroica no está, sin embargo, más que en germen. El relato de Juan María Gutiérrez marca un quiebre exacto en la batalla de San Lorenzo, sin contar todavía el episodio clave del Sargento Cabral. Es allí cuando San Martín, pasadas ya su iniciación y su revelación, consigue recortarse en la escena global de los personajes del momento y singularizarse: "Hasta ese momento la vida del General San Martín se había confundido con la de la generalidad de los militares valientes. Pero desde la jornada de San Lorenzo comenzó a tomar lugar en el catálogo de los hombres célebres del siglo" (BSM, 57). Este es el punto de inflexión en la constitución de San Martín como héroe: una vez singularizado, sólo resta hacerlo ingresar en el panteón; es decir, hacerlo pasar de ese lugar destacado que lo torna singular, al lugar consagratorio en el que se vuelve único, o casi único, y en el que los nombres se inscriben definitivamente. Gutiérrez define el primer momento de singularización en la batalla de San Lorenzo, y el segundo, de ingreso en el panteón, en la batalla

de Chacabuco: "El vencedor de Chacabuco quedó inscripto desde el memorable 12 de febrero, en el número de los grandes capitanes del mundo" (BSM, 75). Pero hay aún un nuevo movimiento que resulta decisivo, porque San Martín no es solamente un héroe nacional, sino el Padre de la Patria. Una vez inscripto en ese panteón nacional que comienza a perfilarse, San Martín se constituye también en héroe moral, mediante el gesto abnegado del renunciamiento y el retiro de la escena pública. Cuando renuncia a la gloria, en el umbral de la gloria, San Martín se convierte en ejemplo moral y encarna así todo un mandato. Retirándose a la vida privada, se convierte, literalmente, en padre.

El relato de la vida del Padre de la Patria define e integra, por lo tanto, no solamente una secuencia de hechos, sino también diferentes momentos de una subjetividad: un sujeto que se inicia (y para iniciarse, se va); que se revela ante sí mismo (y entonces regresa); que se singulariza (revelándose también ante los demás); que se vuelve único (y entra en el panteón); y que se sacrifica (alcanzando la superioridad moral que lo convierte en el padre supremo de la argentinidad). Falta aún una última instancia para conformar por completo el relato de la vida de San Martín como prócer argentino: la instancia de la repatriación, que equivale a la justicia de la posteridad, pero aplicada a esa realidad de lo que fue un cuerpo.

San Martín, por lo demás, es el héroe moral por excelencia. ¿No es acaso por su superioridad moral que se impone a Aníbal o a Napoleón con el cruce de los Andes? ¿No es acaso por su superioridad moral que se impone a Simón Bolívar en Guayaquil, aunque en los hechos se vea

relegado? El repertorio de sus virtudes morales forma parte de la "memoria genética" de cualquier argentino: San Martín es modesto, abnegado, desdeña la popularidad, renuncia a los honores, sacrifica su amor propio en aras de los intereses de la patria, hace donaciones que dan muestra de gran desprendimiento, etcétera. Claro que San Martín, además de ser un héroe moral, es un héroe moralizador. Es decir que detenta esas virtudes morales, pero además las irradia, y al irradiarlas es capaz de moralizar. El genio individual, por lo tanto, no solamente tiene el poder de representar a otros –ser por los otros, ser en lugar de los otros, expresar lo que esos otros son– sino de conformar y modificar a otros, darles su ser, convertirlos en otra cosa. San Martín ejerce este poder de un modo bien específico: como héroe nacional, va a establecer y a transformar los rasgos del carácter argentino; como héroe militar, va a ejercer esa función mediante la aplicación de una disciplina estricta sobre sus soldados; como héroe moral, va a basar su influencia en un principio riguroso de ejemplaridad: tal como ocurre en la anécdota de la prohibición de entrar al polvorín con botas de espuela, las reglas de San Martín se aplican, antes que a nadie, a él mismo.

Mitre capta muy bien el sentido en que la confluencia de la disciplina, la ejemplaridad y la capacidad de conformación de un ser se resuelve en San Martín bajo la figura de un Padre: "En cuanto a los soldados... los sujetaba con energía paternal a una disciplina minuciosa, que los convertía en máquinas de obediencia" (HSM, I, 133). Esta paternidad, ejercida en el ámbito de los cuarteles, se intensifica hasta hacer de San Martín algo más que un pa-

dre, hasta hacer de él un Padre Creador, que puede dar un nombre y así dar el ser: "Por último, daba a cada soldado un nombre de guerra, por el cual únicamente debía responder y así les daba el ser, les inoculaba su espíritu y los bautizaba" (HSM, I, 133). Sólo que San Martín no es un padre solamente para los soldados; su paternidad es militar y se basa en lo militar, pero alcanza igualmente a la sociedad civil: "(...) y de este modo San Martín se identificaba con la vida civil de la sociedad, que veía en él un padre a quien amaba y un mandatario a quien respetaba con cierto temor" (HSM, II, 39). Este padre, a medias amado y a medias temido, desde sus funciones de general y de gobernador, alecciona –basta recordar las famosas máximas que escribe para su hija Merceditas: San Martín es un padre que da consejos–, corrige, moraliza, y además da el ejemplo, da el nombre, da el ser. La potencia del héroe como sujeto individual se expande y determina la existencia de un sujeto colectivo: ese gran Yo, el del héroe de la argentinidad, funda un Nosotros, el de los argentinos. Por eso es un héroe de la identidad y por eso es el Padre de la Patria.

Ahora bien, San Martín no es solamente el héroe moral de la abnegación y del sacrificio –aunque eso, en definitiva, propicia su santificación–, sino también un héroe caracterizado por la sagacidad y la sangre fría. Hay una zona considerable de su heroicidad que se resuelve en términos del ingenio, de la astucia de la que es capaz. En estos episodios lo que se privilegia no es la sinceridad sino la capacidad de engaño; no es la transparencia sino el disfraz. San Martín define entonces todo un orden de identidades, pero su propia identidad a menudo tiene que ver con la simula-

ción, con las definiciones ambiguas, con los disfraces. Juan María Gutiérrez puntualiza, literalmente, que en 1816 San Martín envió a Chile a Alvarez Condarco "disfrazado con el carácter de parlamentario" (BSM, 73). Detrás de esta apariencia falsa, se oculta una forma de lo auténtico, ligada con la verdad y con la memoria: Álvarez Condarco no viaja para parlamentar, sino para grabar en su recuerdo cómo son los caminos propicios para atravesar la cordillera. La finalidad del viaje está en el viaje mismo, y no en el lugar al que se llega. En relación con estas mismas operaciones –es decir, con lo que se dio en llamar "la guerra de zapa"–, San Martín aparece en el centro de una red de manipulación de ficciones. Maneja a los oficiales chilenos para que vuelvan a su país a jugar el papel de falsos arrepentidos: les inventa así una falsa subjetividad. Maneja a los realistas que están en Mendoza, cuya correspondencia hace fraguar: lo que inventa, en este caso, es una falsa escritura. Maneja a los indios, a los que sabe traidores, y les revela secretos falsos porque sabe que ellos van a su vez a revelarlos a los realistas de Chile: convierte así a la mentira en un instrumento militar y se vale del doblez de los indios, que es moral, para construir su propio doblez, que no es moral, sino estratégico. Domina de este modo, finalmente, a los propios españoles, de quienes consigue, mediante ardides, que hagan exactamente lo que él quiere, lo cual es la definición misma de la victoria estratégica: hacer que el enemigo actúe según lo que uno desea. Hay pues un uso militar de la ficción histórica, un juego entre lo verdadero y lo falso en toda la "guerra de zapa". La ficción del parlamentario (la verdad no está en sus palabras, sino en su memo-

ria), la ficción de los géneros de la verdad (falsas confesiones culposas de los aliados que van a territorio enemigo, falsas confidencias epistolares de los enemigos que están en territorio propio), la ficción del traicionado (la falsía de los indios se potencia con la falsedad de los datos que se les confía: su traición no revierte en verdad, sino en estrategia y en cálculo). Este juego de ficciones históricas se despliega a un lado y al otro de la cordillera de los Andes, transcurre como un ir y venir de disfraces, traiciones manipuladas o cartas fraguadas. La cordillera se cruza primero con estas historias falsas pero verosímiles. Las tropas irán después.

San Martín maneja no sólo a sus soldados argentinos, sino también a los chilenos, a los españoles y a los indios. Se convierte, precisamente en la empresa del cruce de la frontera nacional, en un operador de identidades. Maneja a los indios, que representan el pasado prehispánico y que van y vienen a través de los Andes sin reconocerlos como frontera; maneja a los españoles, que representan el período colonial y a quienes hay que convertir en intrusos en América; maneja a los chilenos, que son los hermanos a quienes ayudan los argentinos. También esta distribución de roles y de posiciones forma parte de la hazaña del cruce de los Andes y consagra a San Martín como héroe nacional, como héroe de las identidades.

En cuanto actúa por medio de esta digitación de identidades, no sorprende que San Martín ensaye un recurso que a Gutiérrez ciertamente no se le pasa por alto: el cambio de ropa. Dice Gutiérrez: "...se despojó San Martín de su traje de parada, apenas terminó la fiesta cívica, y tomando sus

viejos arreos de granadero se trasladó al campamento del general O'Higgins" (BSM, 97). San Martín es ante todo un héroe militar, por eso sus ropas son las del soldado y su lugar es el cuartel; pero San Martín es también el héroe de la fundación nacional, y como tal participa de las respectivas ceremonias ataviado para la ocasión. Va de un lado al otro, de la plaza principal al cuartel, del discurso dirigido al pueblo a la arenga dirigida a los soldados, y del traje de parada al uniforme de granadero: la polifuncionalidad de San Martín lo lleva al travestismo. Shoshana Knapp señala una duplicidad semejante en el uso de la indumentaria por parte de Napoleón. Por momentos, procuraba marcar su excepcionalidad y por momentos procuraba marcar su parecido con los soldados, diferenciando así su apariencia en determinados rituales y en sus acciones específicamente militares: "El mismo hombre que ansiaba la pompa y el protocolo para su coronación vestía para la batalla un ordinario abrigo gris". Claro que no sólo el cambio de ropas va a caracterizar a San Martín, sino también el disfraz. De ahí que pueda aparecer disfrazado, cuando bajo el impulso de la modestia y procurando evitar las aclamaciones populares, se viste de incógnito para entrar en una ciudad donde lo esperan. Mitre agrega a esta variante del disfraz, atribuida a la virtud heroica de la modestia, la variante del camuflaje militar: la encubierta vigilancia que precedió al combate de San Lorenzo es comandada por un San Martín "disfrazado con un poncho y un sombrero de campesino" (HSM, I, 157). Pero el disfraz –y más específicamente, el cambio de ropa, que Gutiérrez señalaba en un sentido literal– entra como expresión figurada en el texto de Mitre, para señalar con tono de fábula la

combinación heroica de fuerza y de astucia: "En tal apuro, se despojó de la piel del león vistiendo la del zorro" (HSM, II, 58. Véase también I, 256. Mitre recurre a estas mismas imágenes para caracterizar a Manuel Belgrano). El héroe disfraza y se disfraza, se cambia de ropas, se camufla o va de incógnito: manipula identidades. Como dador del ser –del ser nacional, nada menos– es prenda de absoluta autenticidad. Sólo que el camino límpido de esta absoluta autenticidad contiene, sin por eso debilitarse, atajos y torcimientos hechos de ardides, de engaños o de falsas apariencias. El héroe se sostiene en una cosa tanto como en la otra: tanto en la prístina transparencia de su moralidad como en el solapado ingenio de sus astucias, porque no es sino mediante astucias que podían llevarse a cabo los altísimos propósitos que alienta la moralidad. Y no es sino mediante la manipulación artera de identidades fingidas que va a alcanzar la fundación sublime de la más verdadera de las identidades.

La santificación que Ricardo Rojas propone en 1933 no puede menos que retomar el espectro virtuoso que se había definido fundamentalmente entre 1863 y 1887, vale decir, entre Gutiérrez y Mitre. Lo que en *El santo de la espada* se modifica va más allá de la exaltación en continuo de estas cualidades. Rojas afecta todo un orden de la representación de la subjetividad en relación con los acontecimientos históricos. En la *Historia de San Martín* de Mitre, el relato pasaba de la dimensión biográfica, ya de por sí amplia, a la siempre más amplia historia de la emancipación continental, y transcurría en ese ir y venir. Pero en *El santo de la espada* el personaje principal no va entrando y saliendo de escena sucesivamente: San Martín está todo el

tiempo en primer plano, en un seguimiento narrativo lineal y focalizado, y el desarrollo de los acontecimientos a gran escala sirve de marco para su propio desarrollo subjetivo y para su propia trayectoria personal. Esta diferencia básica en el ordenamiento de la narración conlleva una variación de fondo en cuanto a la concepción del sujeto y de la heroicidad con la que se configura a San Martín. Rojas privilegia siempre el modo en que los acontecimientos se procesan en el propio personaje, y no necesita, como Mitre, salir de él para dar cuenta del desarrollo de tales acontecimientos en el panorama mayor de la guerra de independencia. En *El santo de la espada*, los sucesos se registran siempre como un eco subjetivo en el espíritu de San Martín. Ya no es tanto que el gran hombre represente a su época, por un principio de correspondencia, como que la contiene dentro de sí, por un principio de elevación espiritual.

Tal vez por esta misma clase de deslizamiento, Rojas acata el fundamento épico del heroísmo sanmartiniano, pero al mismo tiempo, y aun sin omitir ese "perfil épico", tiende a apartarse de una concepción puramente épica de la historia. Para Rojas parece no haber épica que no acabe por derivar, tarde o temprano, en tragedia. De hecho, en 1920 llega a afirmar en una conferencia sobre Manuel Belgrano: "(...) pues he dedicado muchos años al estudio de la historia argentina en sus fuentes, he dejado de imaginarla como una epopeya, para comprenderla como una tragedia". A lo largo de *El santo de la espada*, Rojas no escatima signos de epicidad. Insiste, por ejemplo, con el tópico del caballero andante o con las referencias a Lohengrin. La recuperación hispanista, que está en la base de su diseño de la argentinidad, lo

alienta a la asociación recurrente de San Martín con el Cid Campeador, con lo que satisface a un mismo tiempo el requerimiento épico y la afirmación de la filiación castiza. El fervor hispanista promueve aun otra asociación: la de San Martín con Don Quijote de la Mancha; pero no porque a Rojas pueda interesarle la devaluación paródica del héroe épico –para Rojas la historia se repite una vez como épica y una vez como tragedia, pero nunca como comedia–, sino porque lo atrae la melancólica resignación al destino, de evidentes resonancias trágicas, que muestra Don Quijote al regresar a su aldea: "Ahora volvía por el camino de regreso a la aldea como Don Quijote después del combate, ya maltrecho el arnés, la lanza rota. 'El destino lo dispone así', murmuraría al andar de su mula" (SE, 342).

San Martín, héroe épico, es también, con Rojas, un héroe trágico. Y el modelo esencial para desplegar esta veta lo provee, como era de esperar, la tragedia clásica. En diversos pasajes de *El santo de la espada*, Rojas narra a San Martín como si se tratara de Edipo Rey. Ya en el comienzo del libro, hay una esfinge a la que se interroga sobre los padres de San Martín y hay un oráculo misterioso que insinúa el anuncio de un destino fatal. Y en el final, hay un exilio, un exilio por el que Merceditas se vuelve resueltamente Antígona: "En la tragedia de Edipo, el coro consuela a la hija del rey ciego, por la muerte del padre (...). Así Mercedes –Antígona– se consagró a ese culto póstumo" (SE, 510 y 511). San Martín se presenta entonces, en *El santo de la espada*, como una especie de Edipo. No puede decirse, sin embargo, que quede estrictamente superpuesto con esa figura; también se aparta de ella, y hasta la invierte. Michel

Foucault oportunamente ha resaltado, para marcar diferencias con la lectura de la hermenéutica psicoanalítica, que en la historia de Edipo hay que ver más que nada una disputa por el poder político. A partir de las consabidas relaciones entre saber y poder, Foucault pone en evidencia que la cuestión del poder político es la que está en juego ante todo, al subrayar que el título de la obra de Sófocles no es otro que "Edipo *Rey*". Edipo es rey porque ha sabido resolver el enigma de la esfinge y ha salvado a la ciudad, pero no ha podido salvarse a sí mismo. Es cierto que Rojas imagina a San Martín como una especie de Edipo, para hacer pasar a su personaje de la épica a la tragedia. Pero, a diferencia de Edipo y de acuerdo con Rojas, San Martín es en cambio "(...) el hombre que sabe. Quien no ha querido gobernar a los demás, sabe gobernarse a sí mismo" (SE, 358). Mientras que Edipo es quien intenta preservar el poder político de la ciudad y, en ese intento, pierde el gobierno de sí mismo, San Martín es quien sabe gobernarse a sí mismo porque renuncia al poder político (y a la vez: si atina a renunciar al poder político es porque sabe gobernarse a sí mismo). San Martín no ambiciona, sino que renuncia; y al renunciar su figura adquiere un sentido trágico diferente. De él puede decir Rojas que "(...) sabía muy bien cuál era su destino (...)" (SE, 254), porque a San Martín el destino trágico no lo sorprende, como a Edipo, en el vano intento de escapar de él. San Martín conoce ese destino y lo acata con abnegación. Su exilio, por lo tanto, es voluntario: no lo expulsan de la ciudad, como a Edipo, sino que él mismo decide alejarse para no intervenir en la guerra civil. En la adaptación de "Edipo Rey" que Rojas hace para represen-

tar a San Martín, el drama familiar no es el incesto, sino el fratricidio. La épica en Rojas se subsume así en la tragedia, pero la tragedia adquiere un sentido particular, ya que su impronta no es la de la fatalidad del destino que se ignora, sino la de la dignidad de la entrega a un destino que se sabe. Esa entrega se expresa entonces como un acto de sacrificio.

Para consagrar a San Martín como héroe del sacrificio, a Rojas le resultan insuficientes tanto el Cid Campeador como Edipo. Es el propio Rojas quien explicita esta necesidad de complementar su modelo, al definir a San Martín como "(...) Cid de nuevas Castillas fundido en un Loyola de misticismo laico (...)", y al agregar de inmediato: "(...) su cuartel de Retiro es como un monasterio" (SE, 58). El sentido del sacrificio tiñe la figura de San Martín de un aura ya definitivamente religiosa. Al Cid y a Edipo hay que adosarles a Loyola, para que el héroe épico y el héroe trágico se completen con un héroe místico, cuyo cuartel militar se transforma en monasterio. Pero es fundamentalmente con el renunciamiento que San Martín adquiere en el texto de Rojas una superación religiosa. Es su renunciamiento el que lo convierte en misionero: "(...) el angustiado misionero de la liberación por el renunciamiento (...)" (SE,378), dice Rojas. Y es en la abdicación donde concretamente se santifica: "(...) la abdicación de San Martín es un acto de santidad laica (...)" (SE, 311). A partir de esta forma de consagración –la que corresponde, en sentido estricto, a la idea de la canonización– proliferan las imágenes cargadas de religiosidad: San Martín es "un misionero de amor", "un mensajero del Eterno", un "místico de la patria", o un "asceta de la libertad" (SE, 328, 244 y 403).

Las imágenes provenientes del universo cristiano, a las que Rojas apela en más de una ocasión para sus consideraciones sobre la historia nacional, se vuelven más precisas y contundentes en el momento de la santificación de San Martín. San Martín lleva esos raptos metafóricos a su consumación, porque a él se lo puede equiparar ya directamente con Jesucristo: "Él es el predestinado al sacrificio para nuestra salvación. No tendrá la corona de oro del Rey, que le adjudicarán sus adversarios, sino la corona de espinas del Crucificado, que le pondrán sus calumniadores (...). Perdonará a sus enemigos (...). Después de morir en el destierro (...), resucitará en América, sobre la montaña radiante" (SE, 116). Es a partir de su sacrificio –el sacrificio que nos salva– que San Martín no se corona al modo de Edipo, sino al modo de Jesucristo, con la corona de espinas y no con la del rey de la ciudad, y que el paso del héroe épico al héroe trágico debe completarse con un tercer paso, el de la santificación. La perfección moral del prócer, nutrida por el encomio continuo de sus virtudes, alcanza de este modo su expresión más pertinente y acabada. San Martín es dios.

El heroísmo civil del héroe militar

Rojas narra a San Martín haciendo que su campaña militar se sublime como lucha espiritual. Puede hacerlo porque organiza todo su relato desde la subjetividad del personaje, lo que lleva a que, en definitiva, todos los acontecimientos tiendan a enfocarse desde el procesamiento espiritual de San Martín. La idea misma de un "santo de la espada" resulta de esta espiritualización de la lucha armada: "El Santo de la Espada venció entonces, sistemáticamente, con el espíritu y para el espíritu" (SE, 280). San Martín es un santo armado, y sus virtudes militares se superponen con otras virtudes a las que Rojas les imprime un carácter sacerdotal. Es necesario considerar, sin embargo, que la figura del santo armado que construye Rojas no resulta de una operación por la cual se arma a un santo, sino de una por la cual se santifica a un soldado. Las dos formulaciones no son intercambiables. San Martín ya está consagrado ante todo como militar a través de la *Historia de San Martín* de Bartolomé Mitre, un texto en el que las consideraciones sobre tácticas y estrategias militares quedan netamente en primer plano (algo que el historiador requería tanto como su historiado). Rojas tiene que volver sobre ese personaje que ya está consagrado como militar, que fue elegido precisamente por ser militar, y

es a ese personaje al que debe impregnar de espiritualidad y de religiosidad. Aunque se trata de un santo armado, Rojas viene a decir que no es con las armas que San Martín vence a sus enemigos. Dentro del imaginario cristiano, Rojas prefiere concebir a San Martín como crucificado y no como cruzado. Prevalece, al igual que Jesucristo, por su superioridad espiritual y no por la violencia.

Rojas da la impresión de haber escrito su libro con la vista puesta en la hilera de estampas de un santoral. Con todo, esta disposición piadosa aporta una ventaja indudable: sirve para desmilitarizar a San Martín, tanto como es posible hacerlo con un personaje que prácticamente no actuó sino desde un ejército regular, un militar neto. Es una premisa establecida que la patria nació en una guerra, la guerra de independencia, y de esa premisa parece colegirse que los padres de la patria no podían ser sino militares: un militar de carrera, San Martín, y un civil puesto a militar, Manuel Belgrano. Rojas no discute estos principios, sin los cuales, por lo demás, la consagración de San Martín como héroe máximo habría sido imposible. No los discute, en primer lugar, porque el desarrollo histórico de la representación narrativa de San Martín no admite tales fracturas, sino más bien la eventual introducción de variaciones sobre una base primordial de estricta permanencia; y en segundo lugar, porque en la concepción netamente integradora de la identidad nacional que tiene Rojas, se aspira a sumar sin restar, en una utopía de incorporación infinita. La capacidad de asimilación que Rojas le atribuye a la nacionalidad no tiene límites. Y esa especie de compulsión de agregar se transfiere a su manera de configu-

rar a San Martín. Rojas no pone en cuestión al héroe militar –hacerlo implicaría lo imposible, poner en cuestión al propio San Martín–, pero procede a agregarle las virtudes que lo completan con la dimensión del heroísmo civil.

También estas son las razones por las que puede decirse que *El santo de la espada* es el punto culminante de la consagración histórica de San Martín en el panteón de los héroes de la patria: porque consigue integrar a San Martín en una definición ampliada de la identidad argentina, sin las restricciones del anti-indigenismo o el anti-hispanismo, pero igualmente sin las estrecheces de un nacionalismo exclusivamente castrense al que Rojas se está enfrentando inmediatamente después del golpe militar de 1930. Casi desde un primer momento, Rojas puntualiza que "la iconografía del guerrero deber completarse con otras imágenes" (SE, 11). Y más adelante agrega, por ejemplo, que "su figura de héroe militar se proyecta en una silueta de héroe civil" (SE, 522) o que "su sencilla grandeza excede las medidas usuales del heroísmo militar" (SE, 311). En este aspecto específico radica, para Rojas, ese momento clave de la composición de la figura heroica, el de su singularización: "El alma de este héroe poseía temple de santidad civil y en eso se diferenciaba de los otros héroes militares" (SE, 326). Aquí tenemos, por fin, a San Martín completo, en cuerpo y alma; el cuerpo militar hace la guerra, pero en el alma existe un "temple de santidad civil".

Rojas desconfiaba del predominio de lo militar en la historia argentina ya en los días celebratorios del Centenario. En *La restauración nacionalista* dejaba constancia expresa de sus reticencias: "(...) por un error inveterado

suele comenzarse nuestro pasado histórico en la Revolución de Mayo, y semejante origen impone un carácter dramático y militar a todo el resto de nuestra evolución". No obstante estos precedentes, la relativa desmilitarización de San Martín que Rojas pone en práctica con *El santo de la espada* resulta indisociable de las exasperadas circunstancias que se presentan después del golpe de 1930. Sobre todo si se repara en la reacción que asume Rojas al cabo de esa primera intervención del poder militar sobre el orden político, y aun frente al gobierno fraudulento que le siguió: afiliarse al partido derrocado, soportar la prisión, enfrentarse al rígido nacionalismo castrense con la relativa elasticidad de su nacionalismo liberal, oponer su San Martín de temple civil al San Martín de Otero y el Instituto Nacional Sanmartiniano. En este marco, la ejemplaridad de San Martín, y su correspondiente carácter aleccionador, asumen un sentido muy especial que Rojas no deja de subrayar: "(...) no había querido en 1812 usar su sable para conquistar el poder (...), ni había querido aceptar la dictadura argentina en 1829. Si todos los hombres de espada hubieran seguido su ejemplo, otra habría sido la suerte de nuestras democracias. Nadie siguió su ejemplo, nadie escuchó sus profecías y enseñanzas, como si un hado fatal arrastrara estos pueblos a la tragedia" (SE, 422). Una vez más, lo que comenzó como épica termina como tragedia. Rojas establece así un mecanismo retórico de considerable importancia: el que permite dirigirles objeciones o recriminaciones a los militares argentinos a partir y a través del propio San Martín, demostrándoles que no han seguido su ejemplo ni han acatado su mandato. Dice Rojas en el

principio de su libro: "El San Martín de estas páginas viene para dar oportunas lecciones de abnegación a los que militan bajo la misma bandera libertadora que él llevó en triunfo por el continente americano" (SE, 9).

Unos cincuenta años después de su creación, el mecanismo retórico vuelve a activarse: el fiscal adjunto Moreno Ocampo lo emplea, según quedó dicho antes, para calibrar la bajeza del proceder del dictador Videla, en el marco del juicio a las juntas militares de 1985. La ejemplaridad moral de San Martín es una herramienta propicia a la hora de apuntarle a la última dictadura militar, tal como antes lo fue, para Ricardo Rojas, a la hora de apuntarle a la primera. Esa vigencia es prueba de la eficacia de la intervención de Rojas en la serie histórica de representaciones del Padre de la Patria. Y también es prueba del grado de invulnerabilidad que, al cabo de su santificación civil, ha llegado a adquirir San Martín. Las más agudas crisis de valores del paradigma militar no solamente ya no lo tocan, como podrían o deberían haberlo hecho, sino que la medida de referencia desde la cual esas crisis pueden mensurarse y juzgarse, no es otra que la figura del propio San Martín. El prócer se nutre de las glorias castrenses, tanto como de las desgracias y las miserias castrenses. Lo que no lo mata, lo engorda. Y al parecer, nada lo mata. El héroe de Mitre todavía podía presentar esta flaqueza: que decayera con el decaimiento de la exaltación militarista. El héroe de Rojas queda listo para sobreponerse aun a ese avatar, y por lo tanto, ya no presenta flaqueza alguna. Rojas completa a Mitre –sin suponerlo incompleto– y San Martín ya no ofrece probables flancos débiles. Está blindado.

Mitre, en efecto, había destacado a un héroe eminentemente militar, y en su narración otorgaba un lugar preponderante a los asuntos de la guerra con la evidente intención de demostrar su propia competencia teórica al respecto. No es mera especulación suponer que este enfoque podía resultar objetable, y que la validez de la consagración de San Martín quedaría envuelta en esa eventual objeción. La objeción existió concretamente y constituye el más severo cuestionamiento a la configuración de San Martín como máximo prócer nacional. La sostuvo, con particular lucidez y en habitual soledad, Juan Bautista Alberdi. Alberdi confrontó resueltamente con la mirada histórica de Mitre y con su criterio de erección de grandes héroes. El indiscutible San Martín recibe de él una impensada discusión. Una discusión que, lejos del repertorio de reticencias triviales –si San Martín cruzó o no los Andes en camilla, si era o no dependiente de la morfina, si tuvo o no hijos ilegítimos–, que tan lejos están de poner al héroe verdaderamente en cuestión, afecta en profundidad los pilares que sostienen el sistema completo de la identidad nacional y sus héroes históricos, y amenaza con hacerlo colapsar. Porque Alberdi toca exactamente ese principio de articulación: el que va de San Martín al paradigma general de lo que es un héroe ejemplar, el que va de ese paradigma a una manera determinada de concebir la historia, y el que va de este modo de concebir la historia al modo de concebir la identidad nacional. Alberdi discute con el San Martín de Mitre porque discute en qué forma va a entenderse, y a disponerse, lo que es la argentinidad.

No se trata, desde luego, del Alberdi que se encuentra

con San Martín en Francia en septiembre de 1843 y brinda una versión elogiosa y admirada del episodio: "Me paré lleno de agradable sorpresa al ver la gran celebridad americana, que tanto ansiaba conocer (...). Cuando se paró para despedirse acepté y cerré con mis dos manos la derecha del gran hombre que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y el Perú". Se trata de ese Alberdi relegado y declarado traidor por Bartolomé Mitre, y de ese tramo de su obra escrito alrededor de 1870 que se posterga hacia una publicación póstuma, a cargo de su sobrino, a partir de 1895. Desde luego, Alberdi se basa en lo que Mitre expresaba sobre San Martín ya en la *Historia de Belgrano*, lo que torna especialmente lúcida su intervención. Alberdi retoma el relato de la vida de San Martín, pero alterando o invirtiendo algunos de sus núcleos fundamentales. Así, por ejemplo, los años de formación en España son definidos como un servicio a la monarquía, en neta hostilidad al liberalismo francés, con lo que San Martín se ve apartado de los signos ideológicos atribuidos a la Revolución de Mayo. El regreso al país natal se explica no ya bajo el tópico de la revelación repentina de su verdadera pertenencia y de su verdadero lugar de lucha, sino como respuesta al interés de los ingleses: una observación que reaparece a menudo en los textos sobre San Martín, y que por alguna razón se presenta siempre, cada vez, y extrañamente, como un descubrimiento. En cualquier caso, lucha por la causa americana la mitad de los años que dedicó a luchar por la causa española. Por último, el destierro final en Europa, sacrificial en las versiones consagratorias, es considerado por Alberdi ante todo como una disposición a vivir bajo el poder borbónico, como si

dijera: de la monarquía vino y a la monarquía vuelve. Nadie había osado decir, como lo hace Alberdi, que "San Martín no era genio sino entre mediocridades (...). ¿Dónde está entonces el genio de San Martín? ¿En que pasó cañones a través de los Andes? ¿Por eso sería otro Aníbal? Comparaciones pueriles. Desde la conquista los españoles tenían dominados a los Andes como a carneros". Pero Alberdi hace más que someter a inversión los relatos sobre San Martín, por lo que supera una conversión mecánica de la virtud en defecto o de la grandeza en miseria. Alberdi detecta algunos de los mecanismos cruciales en la representación de San Martín como Padre de la Patria, algunas de las estrategias narrativas más importantes para su consagración como héroe nacional, y las desarma con la misma eficacia que tienen, para construirlas, Mitre, Sarmiento o Juan María Gutiérrez. Alberdi procede, por ejemplo, a rediseñar el trazado del mapa nacional, y de esta manera resignifica una de las operaciones esenciales en la consagración simbólica de José de San Martín. Alberdi inscribe las fronteras de la nación en otras coordenadas, considerando que los territorios del Alto Perú eran parte integrante del territorio argentino. La certeza de que esos territorios eran provincias argentinas implica una reformulación absoluta del sentido de la gesta sanmartiniana. Por empezar, se la despoja de su sentido continental y del mérito de la solidaridad fraternal para con las otras naciones. Por ende, el retiro de San Martín después de Guayaquil pierde la carga virtuosa del abnegado sacrificio, del renunciamiento a la gloria, para pasar a ser lisa y llanamente un abandono de la campaña a mitad de camino: el objetivo de esa campaña no era liberar para

América a Chile y a Perú, sino liberar para la Argentina a sus cuatro provincias norteñas. Como resultado de la gesta sanmartiniana así concebida, la Argentina no sólo no gana nada, sino que pierde territorios: es una verdadera derrota. Pero además de efectuar estas impugnaciones medulares, Alberdi va todavía más allá, y abre un debate historiográfico de avanzada: discute la historia "constituida en biografía de reyes" y su corolario: que la historia se convierta así en "la historia de la guerra". Es decir que lo que objeta Alberdi (lo que le objeta, muy concretamente, a Mitre) es la disposición a escribir la historia como historia bélica, y a utilizarla como fundamento y como justificación de un poder político que estará necesariamente impregnado del prestigio de la guerra que le sirve como legitimación. "De la guerra es nacido el gobierno de la espada, el gobierno militar, el gobierno del ejército", dice Alberdi. Esta es la dimensión cabal de la revisión que lleva a cabo de la figura de San Martín como Padre de la Patria; aquí se encuentra la plena disonancia de su voz aislada en el marco del coro uniforme de exaltación sanmartiniana. Alberdi cuestiona la lógica misma del militarismo: su sistema de valores y su propensión a crear una nueva aristocracia; y cuestiona el modo en que el culto de los héroes militares acaba por asemejarse a las burladas idolatrías paganas. Desde su perspectiva, una cosa son los héroes de la guerra y otra cosa son los héroes de la libertad: "...la gloria de Washington no es la de la guerra: es la de la libertad (...). ¿Pero San Martín puede ser el tipo de los patriotas que la República Argentina necesita para ser un país igual a los Estados Unidos?". De acuerdo con Alberdi, hay que constituir un nuevo paradigma de

heroicidad que desestime el puro mérito de la fuerza y de la violencia: que exalte a los héroes de la ciencia, y no a los héroes del sable; a los grandes ingenieros, y no a los grandes militares; a los ciudadanos brillantes, y no a los soldados brillantes. Alberdi puntualiza, en este sentido: "La gloria desde entonces no está del lado de las armas, sino vecina de los mártires; ejemplo: el mismo Cristo". Dice más adelante: "Es imposible establecer que la guerra es un crimen, y al mismo tiempo santificar a los guerreros". Y dice también: "La ley de paz, o el cristianismo, ha beatificado a muchos guerreros que ocupan los altares católicos, tales como San Jorge, San Luis y tantos otros santos de espada. Pero esto ya es menos asombroso que un vicario de Jesucristo armado de cañones rayados y de fusiles Chassepot, es decir, de las armas más destructoras que conoce el arte militar".

Los términos precisos de tan contundentes apreciaciones no pueden sino remitir a Ricardo Rojas. ¿No es Rojas acaso el que va a beatificar a San Martín, a verlo como un mártir, a equipararlo con Cristo, a declararlo el santo de la espada? Es exactamente lo que dice Alberdi; sólo que, mientras que Alberdi lo dice para debilitar la glorificación de San Martín que hacía Mitre, Rojas da vuelta ese planteo, pone esos valores otra vez por la positiva, y refuerza con ellos la glorificación de San Martín. La imposibilidad moral con la que Alberdi emplaza a Mitre es transformada, por Rojas, en una posibilidad. Sí: se puede hacer de San Martín un mártir, un Cristo, un santo. Rojas lo hace. Y salva así al Padre de la Patria de los reparos fulminantes que podía recibir en la definición que dejaba Mitre, y que de hecho recibe por parte de Alberdi. El más allá de lo mili-

tar que inaugura *El santo de la espada* pone a San Martín a resguardo de un ataque como el de Alberdi.

Alberdi dañó sin dudas un principio estructural de la elevación de San Martín a prócer nacional (algo que no podrían dañar, por anecdóticas, la morfina, la camilla o la ilegitimidad de un hijo). Alberdi apuntó al blanco preciso: las implicancias que la sanción de los valores militares tenían en el orden político, en el orden historiográfico y en el orden de la identidad nacional. Sus textos adquieren un verdadero poder de horadación sobre ese dispositivo consagratorio, por lo demás tan compacto y tan bien ensamblado. Tanto, que habría que considerar que la decisiva intervención que realiza Ricardo Rojas con *El santo de la espada* se produce tanto sobre las formulaciones positivas de Mitre, que Rojas retoma y suplementa, como sobre las formulaciones negativas de Alberdi, que Rojas retoma y revierte. *El santo de la espada* tiene como presupuestos tanto aquello que Mitre construyó, y es lo que toma como base, como aquello que Alberdi horadó, y es lo que neutraliza. *El santo de la espada* es, decididamente, la etapa superior de la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Con ese ajuste determinante de la representación de San Martín, el héroe nacional queda por fin fuera del alcance de los tan certeros como bien apuntados argumentos críticos de Juan Bautista Alberdi. Con Rojas, después de Rojas y gracias a Rojas, la definición misma de la identidad nacional argentina, con San Martín como astro supremo en el cielo de los héroes, se confirma y se inmuniza. Las poderosas reservas del antimilitarismo más razonable ya no bastan para hacer que el gran héroe tambalee.

Entre la voz de Mitre, que enuncia al héroe militar, y la voz de Rojas, que enuncia al héroe civil, debe sonar, desde luego que en contrapunto, la voz de Juan Bautista Alberdi. El movimiento ascendente que sigue el curso histórico de la representación narrativa de San Martín no excluye para nada este trance dialéctico, signado por la contradicción o por la doble negación. Se entiende mejor al héroe civil de Rojas como versión superadora del héroe militar de Mitre, si en ese transcurso se interpone el planteo de fondo que esgrime Alberdi, que da por válida la premisa de que en el héroe nacional se prefigura la identidad nacional, y por eso mismo, para discutir una cosa, discute la otra. Pero sería equivocado entender que el héroe civil de Rojas, que logra sin dudas desactivar la discrepancia alberdiana, actúa por supresión del héroe militar de Mitre. Lo cierto es que se agrega a él sin anularlo, lo que no hace sino responder a la lógica acumulativa y suplementaria que rige el despliegue histórico de los relatos de San Martín. El héroe civil viene a superponerse con el héroe militar, sin por eso hacerlo desaparecer. Lo fortalece ante las deficiencias del modelo del heroísmo de guerra, pero lo preserva para que aproveche las ventajas que ese mismo modelo, tal vez en circunstancias históricas distintas, no deja de proveer.

Así se establece, en definitiva, el carácter dual del heroísmo de San Martín, y la ambivalencia de las miradas que puede recibir: es el héroe militar que vuelve desaconsejable ir a la escuela o es el héroe integral que incluye y representa a toda la sociedad. En todo caso, el héroe militar, aún después de Rojas, ahí queda y ahí está. No conviene, en ningún sentido, desestimar esta perseverancia, porque

en ella se explica que el héroe puramente militar, exaltado por sus méritos estrictamente bélicos, pueda volver a proponerse, en desmedro de las atenuaciones o de los suplementos de civilidad que pueda haber establecido Rojas. Un ejemplo muy nítido de este retorno al paradigma militar se verifica precisamente con *El santo de la espada*, pero ya no con el libro que Rojas publica en 1933, sino con la versión cinematográfica que Leopoldo Torre Nilsson filma en 1968 y estrena en 1969. De manera que tenemos lo que hace Mitre, lo que hace Alberdi con Mitre y lo que hace Rojas con Alberdi. Pero también tenemos lo que hace Torre Nilsson con Rojas, al trasponer *El santo de la espada* al cine.

Con la adaptación cinematográfica del libro de Rojas se produce un regreso del soldado en la representación de San Martín. Ese mismo soldado que Rojas relegaba en el libro, vuelve en la película a ocupar el primer plano y el centro de la escena. Es cierto que esta versión decide tomarse unas cuantas libertades, que por momentos sigue el texto de Rojas y por momentos se aparta de él, y que por momentos sigue otros textos; pero también es cierto que en definitiva la película se presenta como una "Adaptación de la obra original de Ricardo Rojas por Ulyses Petit de Murat y Leopoldo Torre Nilsson". Por fortuna Torre Nilsson no cae en la trampa del pretendido desafío a la representación canónica del prócer. Por el contrario, declara con lucidez: "Ese San Martín solemne y broncíneo, el que nos enseñan en la escuela, es el único que conozco". Tampoco cae en la trampa de la supuesta necesidad de rescatar al ser humano que el héroe fue (con estos equívocos términos se propondrá, años después, otra película sobre San Martín: *El general y la fiebre*, de Jorge Coscia).

Una de las variantes más significativas que introduce Torre Nilsson es la supresión del marco definido por Rojas para el relato de la vida de San Martín. Rojas destacaba en el comienzo la franja inicial de la infancia, el mundo familiar donde San Martín era antes que nada un hijo y un hermano; y en la conclusión, la franja final del retiro europeo, otra vez un mundo familiar donde San Martín era primero padre y después abuelo. En el traspaso a la versión fílmica, ese marco desaparece. La película comienza a narrar desde el momento de la llegada de San Martín a América y llega hasta el momento en que pasa a buscar a su hija para partir a la emigración. Hay entonces dos grandes zonas que Torre Nilsson decide no incluir: la del origen familiar y la del destino familiar. Las reemplaza por una breve introducción y por un breve epílogo que, en la reiteración, dan a la película una estructura circular, y que muestran a San Martín, con ropas de paisano, regresando desde Perú. Se lo ve cruzar los Andes en el sentido inverso al de la gran gesta mientras, con voz en *off*, recapitula toda su historia. Una historia que empieza en 1812, con su llegada a Buenos Aires, y terminará en 1824, con su partida a Europa. De esta forma, el marco de la vida familiar de San Martín, que es también el marco de su vida fuera de América y en gran medida el marco de su vida exclusivamente civil, se adelgaza al máximo en la película, hasta verse casi suprimido.

Fuera de estas sucintas muestras de apaisanamiento, San Martín se nos presenta siempre con su impecable uniforme militar. Incluso en las escenas de mayor intimidad con Remedios, que la película no escatima, lo vemos así, en su esplendor de guerrero, con sus majestuosas ropas de sol-

dado, refulgente de charreteras y botones dorados, tieso como su cuello y sus botas. La película transcurre básicamente en tres ámbitos: terrenos militares (cuarteles, campos de batalla y expediciones), salones de sociedad y cuartos privados. San Martín prescinde en lo posible de los salones, porque rehuye esa clase de sociabilidad, y los hace menguar también en la película. Sus idas y venidas son tan prolijas como constantes: San Martín va del cuartel a Remedios y de Remedios al cuartel, como quien va de casa al trabajo y del trabajo a casa. *El santo de la espada* de Torre Nilsson se escande así más que nada por las escenas donde San Martín aparece en su carácter de jefe de milicia, con sus colaboradores y sus soldados, y las escenas donde San Martín aparece en su carácter de jefe de familia con Remedios (o a lo sumo con una simpática criada negra). Y en todo momento, en todo lugar, San Martín luce su uniforme de soldado. El poncho y el chambergo, o la gran capa negra, quedan casi totalmente relegados, cediendo el protagonismo exclusivo al uniforme auriazul (o luego, en Perú, al uniforme rojo y blanco). Ese uniforme llega así a cumplir literalmente su función de tal: todo lo uniforma, todo lo iguala, todo lo convierte en vida de soldado.

En *El santo de la espada*, la película, San Martín se manifiesta siempre bajo su condición de militar. Incluso en las situaciones que no se refieren directamente a la guerra, se presenta listo para la guerra. No importa que las escenas pertenezcan a la esfera familiar o que transcurran en las penumbras de una alcoba: a San Martín lo vemos siempre en su rol eminente de soldado eminente ("Mi soldadote", le dice Remedios cuando él llega a su casa, se encuentra

con Merceditas recién nacida y admite que no sabe cómo levantarla en brazos). Es decir que Torre Nilsson retoma no solamente el perfil del héroe escolar, sino también esas inflexiones que Ricardo Rojas había matizado o había discutido: las de la consagración de un héroe exclusivamente militar. Torre Nilsson lleva a cabo, no ya una *versión* del libro de Rojas, sino una *reversión* del libro de Rojas. Su película incide en las concepciones de la representación del héroe nacional más allá de los cambios que imponen el hecho mismo de la adaptación cinematográfica y los correspondientes cambios de formato y de soporte. La película demuestra que, más allá de la operación narrativa de Rojas en los años treinta, San Martín como soldado puro siempre puede regresar, o más aun, que nunca va a terminar de irse.

La santificación libresca del héroe civil de 1933 se revierte en la santificación fílmica de 1969: aquí se trata otra vez del prócer militar. Los agradecimientos que encabezan la película incluyen, de hecho, al Instituto Nacional Sanmartiniano, al Ejército Argentino y aun a la Escuela de Policía Juan Vucetich. Es necesario, sin dudas, considerar ciertas circunstancias particulares; es necesario contemplar las eventuales concesiones que Torre Nilsson puede haber hecho a la censura del onganiato o a sus propias necesidades económicas de asegurarse una película exitosa. Tal vez pueda decirse, como asevera Homero Alsina que Thevenet, "...si Torre Nilsson se hubiera propuesto un enfoque revisionista o simplemente crítico sobre la época o el personaje, su libreto no habría sido aprobado". Pero tal vez haya que detenerse en lo que admitió el propio Torre Nilsson: "Si pudiera volver a filmar *El Santo de*

la Espada en las condiciones más ideales, mi trabajo no variaría demasiado". Lo que cuenta, de todas formas, no es establecer dónde comienzan y dónde terminan las presiones de la dictadura de Onganía, ni dirimir hasta dónde primaron las decisiones estéticas o las especulaciones comerciales. Lo cierto es que el recorrido sinuoso de la figura de San Martín, definido en este tramo por el traspaso al cine de *El santo de la espada*, pero con la polémica entre Alberdi y Mitre como precedente puntual, revela hasta qué grado tiene el héroe un don excepcional para la ubicuidad. Héroe ubicuo, para todos es propicio y para todos es fuente de valores. Accede a las vehemencias del militarismo patriótico no menos que a las reservas que la sociedad civil tenga para con él, sin que entre una instancia y la otra pueda distinguirse más que un progreso sin vuelta atrás. San Martín es el héroe simultáneo del militarismo y del antimilitarismo. Lo es, después de todo, así como es también el héroe simultáneo de la hispanofobia (¿no fue acaso el que decidió la guerra anticolonial?) y de la hispanofilia (¿no eran acaso castizos su origen, su familia, su educación, su sangre?), el héroe simultáneo del anticlericalismo (¿no fue acaso un masón?) y del clericalismo (¿no era acaso devoto de la Virgen? ¿no fue acaso él mismo un Cristo?), el héroe simultáneo del indigenismo (¿no fue acaso la suya una infancia entre indios en la "cuna indígena" de Yapeyú) y del desprecio a los indios (¿no es acaso la de San Martín la tradición de campañas militares a la que Roca se pliega?), el héroe simultáneo de los liberales (¿no es acaso quien corona el panteón de próceres, que definió la historia liberal?) y de los

revisionistas (¿no donó acaso su glorioso sable corvo a Juan Manuel de Rosas? ¿no es acaso el principio de autoridad también para esta otra visión de la historia?).

Todas las posiciones, incluso las más crispadamente opuestas, encuentran su tregua y su promesa de conciliación en José de San Martín: por eso es el héroe nacional por excelencia.

Héroe argentino, héroe americano

La vida de San Martín se organiza en una secuencia de partidas y de regresos (en la película de Torre Nilsson se nota especialmente: el prócer se la pasa entre bienvenidas y despedidas, casi todas a cargo de la tersura de su esposa Remedios). Hay tres partidas que son indispensables para dar a esta vida un sentido: primero, la partida a España, para adquirir una formación militar reglada; luego, la partida a Chile y a Perú, para llevar al resto de América la libertad que los argentinos gozaban desde 1810; finalmente, la partida a Europa, para ir al exilio. Los regresos abundan más: el regreso de 1812, para sumarse a la lucha de la independencia americana (San Martín, como el personaje de "Tema del traidor y del héroe", pasa a luchar en contra de aquellos con quienes había combatido hasta entonces); siguen los diferentes regresos a Buenos Aires, desde Mendoza o desde Chile, casi siempre para negociar con el poder político central la obtención de fondos que solventaran la prosecución de la campaña libertadora; después, el regreso fallido de 1829, cuando al cabo de un largo viaje a través del océano, San Martín desiste de desembarcar en Buenos Aires a causa de las disputas políticas internas con las que se encuentra; y por fin, el más intenso de los regre-

sos, el regreso definitivo de 1880, cuando ya está muerto pero no por eso deja de irradiar valor.

Hay una especial alternancia por la que San Martín vuelve la espalda a su patria o vuelve la vista a su patria. Volver la espalda es el gesto que acompaña las partidas y volver la vista es el gesto que preanuncia los retornos: así lo ilustran quienes cuentan su vida para hacer de él un prócer nacional. Entre una cosa y la otra, entre cada volver la espalda para irse y cada volver la vista para regresar, San Martín, el Padre de la Patria, oscila entre la plenitud colmada del que tiene patria y el vacío vertiginoso del que no tiene patria o se ha quedado sin ella. Aludiendo a la hora del destierro, por ejemplo, Sarmiento dice de él que "ya no tenía patria" (O, XXII, 78). Lo dice en su discurso de mayo de 1880, en la escena final de la repatriación, y está claro que para Sarmiento el ser expulsado de la patria es una de las condiciones de todos los grandes patriotas: "Si vamos a recorrer nuestra historia, necesitamos ir a escarbar los camposantos del extranjero en busca de los restos de nuestros grandes hombres, porque los más esclarecidos fueron expulsados" (O, XXII, 83). Cuando ofrece una imagen de San Martín en el período de su desempeño militar en España, dice Sarmiento en cambio que "...su genio argentino se reveló en sus peculiares aptitudes para la bizarra arma de la caballería, en que debía distinguirse como soldado" (O, III, 327). Aquí la patria no es ya un lugar, un lugar en el que se nace o se está, un lugar del que alguien puede ser expulsado y despojado, quedándose sin patria, sino un carácter, un temperamento, un genio, una aptitud, una manera de hacer las cosas, algo que se nota

en el sentido en que dice Sarmiento que a San Martín se le nota el "genio argentino" cuando cabalga, algo que fatalmente una persona lleva consigo y que sería muy costoso hacerle perder (tan difícil como hacerle perder a San Martín su dominio del caballo). Según cómo se entienda esa noción, San Martín se verá alternativamente sin patria –porque la patria es una tierra y él está desterrado– o como llevando la patria en sí mismo, y entonces porta la patria en el cuerpo, en los saberes del cuerpo. Literalmente, la encarna.

Mitre señala esta misma duplicidad en su relato sobre San Martín: los vínculos con el lugar de nacimiento, por una parte, y por otra, la pertenencia a una "raza criolla". Aunque las instancias de socialización –su familia y su educación– lo inscriban en el mundo hispánico, San Martín queda definitivamente marcado por lo criollo, porque tal es su raza, y por lo indígena, porque tal es el lugar donde nació. En Yapeyú están los indios, asociados con el origen y con la naturaleza. En este sentido ocupan, en la vida de San Martín, un lugar semejante al que se les concede en la historia de las naciones sudamericanas, donde los indios son también naturaleza y origen, o la naturaleza como origen. La mirada que Mitre aplica al mundo indígena no puede ser sino ambivalente: "Su sueño infantil era con frecuencia turbado por las alarmas de los indios salvajes que asolaban las cercanías. Sus compañeros de infancia fueron los pequeños indios y mestizos a cuyo lado empezó a descifrar el alfabeto en la escuela democrática del pueblo de Yapeyú, fundada por el legislador laico de las misiones secularizadas" (HSM, I, 95). La presencia indígena implica entonces salvajismo y turbación, por un lado, cuando se

trata de las incursiones agresivas de los malones, pero también habilita una apacible convivencia educativa, cuando la escuela laica une a criollos, mestizos e indios en una integración que la infancia y la democracia hacen posible.

Por más que el mundo de los indios suscite una sensibilidad ambivalente, no hay ambivalencia en la pertenencia de San Martín a su lugar de origen. Ese origen es imborrable y la deuda que funda es definitiva: "El niño criollo nacido a la sombra de palmas indígenas, borró tal vez de su memoria estos espectáculos de la primera edad; pero no olvidó jamás que había nacido en tierra americana y que a ella se debía" (HSM, I, 95). La memoria voluntaria tiene sus artilugios, con los que bien puede lograr tal o cual supresión retrospectiva; pero la otra memoria, la más auténtica, la que sella una identidad, resguarda siempre una verdad más profunda. La filiación hispánica debía funcionar por fuerza en oposición a este comienzo esencial. Mitre lo expresa con una imagen drástica: "La madre patria no era ni podría ser para los americanos ni una patria ni una madre: era una madrastra" (HSM, I, 54). Un dictamen tan categórico queda perfectamente a tono con las vehemencias antihispánicas de Sarmiento, para quien el desmembramiento de lo español es el precio que San Martín debe pagar si quiere acceder al reino de los héroes impolutos. Pero Mitre, a diferencia de lo que suele pasar con Sarmiento, se muestra razonablemente dispuesto a contemplar atenuaciones. Y entonces, ante determinadas circunstancias, concede que la terrible madrastra pueda llegar a mutar en una querible madre patria: "Los americanos, revolucionarios de raza en presencia de la madrastra España, eran ante todo españoles

de corazón en presencia de los enemigos extraños de la madre patria, como lo demostraron en Cartagena de Indias en 1740, en Buenos Aires en 1806 y 1807, y por último en la gloriosa guerra de la Península en 1808" (HSM, I, 108/9). España es entonces, alternativamente, madre o madrastra, así como los indios de Misiones eran motivo de alarma y turbación, o bien condiscípulos razonables en una democrática convivencia escolar. Hay así una doble maternidad, la de la tierra de nacimiento y la de la familia y la educación, y hay, por lo tanto, una doble deuda. San Martín, siendo criollo, paga su deuda con la madre patria: "(...) el criollo americano había pagado con usura su deuda a la madre patria, acompañándola en sus días de conflicto, y podía a la sazón desligarse decorosamente de ella sin desertar la causa de la desgracia" (HSM, I, 111). Luego retorna y paga la otra deuda, la que mantiene con la "verdadera madre": "(...) se decidió a regresar a la lejana patria, a la que siempre amó como a la verdadera madre" (HSM, I, 112). Estas dos maternidades no guardan entre sí equilibrio o simetría, una siempre acabará por prevalecer sobre la otra, además de contener en sí sus propias ambivalencias. Los términos con los que San Martín puede apoyar la filiación de un origen –entre indios, como criollo, entre españoles– no dejan de estar complicados por conflictos diversos, pasajes tensos y lealtades entreveradas o inestables.

Las modificaciones que introduce Ricardo Rojas en 1933 provocan un cambio radical en este sentido, porque afectan a un mismo tiempo el perfil de lo que debe entenderse como un héroe y la propia concepción de lo que es la identidad argentina. El propósito fundamental de Ricardo Rojas, en

lo que hace a su definición de la identidad nacional, es desactivar ciertas dicotomías sustanciales para conseguir la integración de sus términos, hasta entonces excluyentes en las tradiciones argentinas, en un paradigma superior y más abarcativo, que lime asperezas y pacifique las cosas. Toda la empresa de Ricardo Rojas –desde el informe sobre educación de *La restauración nacionalista* hasta la voracidad megacrítica de la *Historia de la literatura argentina*; desde la consagración de San Martín con *El santo de la espada* hasta la consagración de Sarmiento con *El profeta de la pampa*– puede verse como un constante esfuerzo por disolver conflictos y componer un todo sin expulsiones en torno a la identidad nacional. El proyecto nacionalista de Rojas se caracteriza así por un afán, sin quiebres de inclusión y de integración. Hay algo en sus textos del orden del "alto el fuego", sobre todo si se toma como punto de referencia a la belicosa generación del 37, que colmaba sus definiciones de lo nacional de tachaduras y exclusiones tan nítidas como expeditivas. La tradición hispánica y la tradición indígena, por lo pronto, aunque excluyentes una respecto de la otra, eran igualmente descartadas por las contundentes sentencias de Sarmiento. Rojas se propone, en cambio, reintegrarlas en una nueva definición de lo argentino, para lo cual es preciso contemporizar y aun disolver las tensiones que ambas tradiciones mantienen entre sí. Obviamente, resulta más viable hacerlo después de 1879, cuando ya se ha llevado a cabo la Campaña al Desierto de Roca y, después de 1898, cuando España ya ha perdido su última colonia en América.

La preocupación por evitar una dispersión cosmopolita, consecuencia a temer ante la inquietante inmigración masi-

va que recibe Argentina, justifica los planteos con los que Rojas se pronuncia en tiempos del Centenario. Rojas promueve una múltiple incorporación de indios y mestizos porque decide recuperar el pasado previo a la Revolución de Mayo, pero también lo hace por su manera de entender la revolución misma. Su empresa, sin embargo, no es meramente indigenista, en tanto incluye además un considerable esfuerzo por rescatar la tradición española, tópico de las formulaciones generadas en torno al Centenario. Rojas determina una decidida incorporación de España a la tradición nacional, valorizando la conquista –sin que esto contradiga el rescate indigenista– o el período colonial –sin que esto contradiga la exaltación de la revolución de independencia–, o bien atribuyendo a España precisamente aquello que la generación romántica le había negado: un carácter europeo. "No podemos olvidar, sobre todo, que si somos latinos por mediación de España, somos también europeos por conquista de España. Conocer a este país será tanto como conocerse a sí mismos", dice en *La restauración nacionalista*. Rojas se aparta así del anti-indigenismo no menos que del anti-hispanismo, apuntando más bien a la conciliación del pasado colonial español y de las culturas indígenas precolombinas. Una posición que se asemeja mucho, por no decir que se identifica, con la tarea que el propio Rojas le atribuye al cristianismo en *Blasón de plata*: "(...) la obra del cristianismo en América, donde al mediar entre ambas razas, acercólas dignificando la conciencia del indio y suavizando la voluntad del soldado".

Veinte años más tarde, al ocuparse específicamente de la vida de San Martín, Rojas mantiene los rasgos fundamentales de su concepción de la identidad nacional. Lo notable,

en este sentido, además de su perseverancia personal, es ver hasta qué punto el relato de la vida de San Martín, sin que sus núcleos narrativos esenciales se alteren, puede responder aun a esta coyuntura de recuperación indigenista e hispanista por parte de Rojas, teniendo como punto de partida a un escritor como Sarmiento, que se situaba, en este sentido, en las antípodas. Hay una apreciable plasticidad en estos materiales narrativos, y en buena medida por esa plasticidad San Martín ocupa el lugar que ocupa: porque permite que la identidad nacional argentina se exprese a través de su figura en momentos diversos y desde concepciones diversas. No hay muchos San Martín, ni siquiera hay varios: hay uno solo. Pero ese solo congrega y unifica, reúne y articula, las muchas maneras –diversas y además cambiantes con el paso de la historia– con que puede plasmarse alguna noción de lo argentino. El de Rojas es el proyecto de nacionalidad más abierto y abarcativo que se pueda imaginar: absorbe todo, asimila todo, quiere todo: lo español, lo criollo, lo mestizo, lo gaucho, lo indio, lo europeo y lo latinoamericano. La de San Martín es la figura capaz de abarcar todo eso, de asumir y expresar todo eso. No es extraño, definitivamente, que el ciclo de relatos de la vida de San Martín culmine con Ricardo Rojas. Tampoco es extraño que el proyecto de nacionalidad de Ricardo Rojas pueda culminar con la figura de José de San Martín.

La hispanofilia de Rojas reaparece, y hasta se acentúa, en *El santo de la espada*. Previsiblemente, el recurso más accesible para dar forma a este fervor es subrayar el origen familiar de San Martín y sus años de formación en España: le dan el ser. Por lo tanto, la decisión del retorno hacia Améri-

ca resulta particularmente desgarrada en este libro: el héroe lo hace, "aunque no sin antes vencer recios escrúpulos en lo profundo de su alma", ya que "en la austera conciencia de San Martín, aquel fue un trance terrible" (SE, 46). Estos "desgarramientos" se producen en la medida en que todo comienza, también aquí, a volverse doble: hay dos cunas, la de los padres y la propia, y en ambos casos la defensa es legítima; hay dos patrias, la patria de sangre y la patria de espíritu; hay dos madres, una madre literal y española, y una madre metafórica, la tierra americana; y hay dos fraternidades, la de sus hermanos reales, que se quedan en España, y la de la hermandad continental en América. Si existe un desgarramiento es porque no existe un corte; para Rojas esas dos dimensiones coexisten y, aunque en más de un caso se traben en conflicto, están destinadas a consustanciarse. Es cierto que, en definitiva, San Martín responde al llamado de la revolución americana; pero una compleja combinación de sangre, raza, cuna, subconsciencia, maternidad y fraternidad hace que nunca renuncie del todo a América estando en España, ni a España estando en América. Esa misma dicotomía es la que Rojas pretende disolver, como conciliación o como fusión, aunque atraviese las decisiones de su personaje. Por eso se esfuerza tanto para conseguir una aproximación. Destaca el carácter anti-imperialista de la lucha de San Martín en favor de España –ya que será el mismo signo de su posterior lucha americana–, con lo que se supone que también las aspiraciones de independencia americana surgen en cierto modo de la propia España: "San Martín está de parte del pueblo contra el invasor imperial. Se oyen gritos de venganza y de independencia. Surgen las

primeras juntas populares (...). Sopla ya un espíritu nuevo que no tardará en pasar al Nuevo Mundo" (SE, 34). Luego, al referir el último tramo de la gesta sanmartiniana en América, Rojas exalta el liberalismo compartido por americanos y españoles, lo cual funda cierta comunión de intereses en la que los conflictos se ven despojados de toda hostilidad de principio en contra de lo español. El liberalismo, ya se lo entienda en términos estrictamente políticos y económicos, o ya se lo entienda, como lo hace Rojas, en los términos más amplios de un sistema filosófico, funda también fraternidades: "...los liberales del mundo son hermanos en todas partes..." (SE, 260), dice, y esto arma una nueva saga familiar. Hay, fundamentalmente, una fraternidad hispanoamericana –que a San Martín le cuesta el sacrificio de la fraternidad literal, enfrentándolo con sus hermanos de sangre–, pero hay también una fraternidad liberal, y en ella los americanos y los españoles se acercan y se compenetran. En esta dirección apuntan las palabras de San Martín en Lima, tratando de imponerse sin violencia, y es allí donde Rojas lo concibe nada menos que como profeta: "Estas palabras impresionaron a todos los oyentes. La historia no ha reparado suficientemente en ellas, y nosotros debemos subrayarlas. El cuadro que San Martín traza en ellas es el de la América española reconciliada con la Madre Patria a principios del siglo XX: visión de profecía" (SE, 261). Esta "profecía", obviamente, es producto de una construcción retrospectiva, un doble movimiento de retroceso y avance temporal que produce un extraño efecto de "volver al futuro": San Martín, en 1821, parece estar viendo a Rojas, a principios del siglo XX, reconciliando a América con España; aunque en

verdad sea Rojas el que, en 1933, se ve a sí mismo a principios del siglo XX, pero no con sus propios ojos vueltos al pasado, sino con los ojos de San Martín vueltos al futuro.

La pasión inclusiva de Rojas no se limita a lo español (justamente, porque es muy inclusiva); alcanza también a los gauchos y a los indios en su reformulación de la argentinidad. Y la vida de San Martín, contada siempre con los mismos materiales y con los mismos hechos, se adapta aun a esta versión. Nada sustancial se agrega y nada de lo anterior se rectifica: es esa misma vida, de ese mismo héroe, la que permite tramar las diversas fábulas de la identidad nacional. Yapeyú pasa a ser entonces "la cuna indígena" –y así se titula el primer capítulo de *El santo de la espada*–, un lugar que propicia el contacto infantil con los indios. Pero a Rojas ya no le pasa lo que le pasaba a Mitre: en los indios ya no percibe signo alguno de violencia. Por el contrario, conjetura que "...debió el niño recibir alguna caricia de los indios" (SE, 23). La tensión ambivalente aquí se ha desvanecido. Nada de esto habilitaría a identificar a San Martín como indio, pero Rojas lo acerca lo suficiente para activar la respectiva incorporación: lo acerca por su lugar de nacimiento, por su apariencia física, por la tradición americana, por el destino de su vida. No es él mismo un indio, pero queda en el lugar ideal para ser el enlace de los indios con la identidad nacional que se incuba. En una negociación con los caciques araucanos que acuden a Mendoza en 1816 para traerle informaciones sobre Chile, San Martín llega a afirmar: "Yo también soy indio". Los indios, como se ve, son ahora, en la versión de Rojas, los aliados propicios para la guerra de zapa, y ya no los traidores compulsivos que San Martín sabía utilizar con astucia. La identificación lisa y

llana que San Martín les propone ("yo también soy indio") tiene algo de maniobra y de exageración, son tretas del manipulador de identidades. Pero Rojas no lo desmiente del todo, tan sólo lo entibia, mediante el paso atrás de un prudente entrecomillado: los caciques, dice Rojas, "...prorrumpieron en alaridos y aclamaciones al 'indio' San Martín, a quien abrazaban prometiéndole morir por él" (SE, 162). San Martín no es un indio pero puede representarlo, puede presentarse como indio y que esto sea verosímil a los ojos de otros indios. Para el lector de *El santo de la espada*, basta con el guiño cómplice de unas discretas comillas.

Rojas cuenta otro episodio que ocurre en Mendoza por esos mismos días: San Martín asiste a una fiesta popular en la que hay, entre otras atracciones, algunas corridas de toros. Participan en ella "indios, gauchos, moros y negros, debidamente caracterizados y a caballo" (SE, 165). Viendo el ardor con que lidian, San Martín comenta: "La patria necesita de estos locos" (SE, 165). La frase revela dos puntos de vista decisivos: la locura de los indios, de los gauchos, etc., pero también la necesidad de su incorporación a la patria. Una cosa no quita la otra. San Martín puede aparecer, en otro momento, dominado por un sentimiento de escepticismo casi sarmientino: "Oía hablar quechua a los paisanos, veíalos comer algarroba, y pensaba que aquellos hombres tan recios para la guerra, iban a ser los ciudadanos de las nuevas repúblicas. Una sombra de escepticismo caía sobre su alma" (SE, 144). No obstante, y anteponiendo siempre las necesidades de la patria, San Martín sabe relegar esta desazón y emplea él mismo las lenguas indígenas, como lo hace también Belgrano,

para conseguir el alcance necesario sobre la población: "(...) escritos en quichua y aymará, circularon entonces entre las poblaciones del Norte. Belgrano se dirigió en guaraní a los pueblos del Litoral y Paraguay. San Martín lo hizo en araucano para hablar a los pampas, pehuenches y mapuches de la cordillera" (SE, 161). Hará lo mismo en Perú, con un manifiesto "escrito en la lengua de los Incas".

Para hablar con los gauchos se requiere igualmente una competencia lingüística específica, de la que San Martín dispone, por lo que puede entenderse con ellos al igual que con los indios: "(...) poseía el don difícil de hablar a cada hombre en su lenguaje, sin perder el rango y así fuera su interlocutor un gaucho" (SE, 134). La incorporación militar de los gauchos, efectuada por alguien que, sin ser uno de ellos (San Martín no es Güemes), sabe hablarles en su lengua, desborda el sentido limitado del reclutamiento a la milicia, y se potencia como modelo de la inclusión nacional. En esa inclusión, San Martín, ahora devenido maestro, incluye pero transforma, suma pero adecenta: "Así vienen a sus filas gauchos mocetones (...): se los entregan desaliñados y toscos y el maestro los transfigura en la estampa y el ánimo" (SE, 59). Y es que en San Martín se vuelven inseparables el ser y el deber ser. Por eso los gauchos se incorporan a las filas ("la patria necesita de estos locos"), pero una vez allí, el maestro va a convertirlos en lo que corresponde que sean.

San Martín, héroe políglota, sabe hablar a cada cual en su lengua. De ahí que su ejército sea visto por Rojas como esa máquina de inclusión que, según su criterio, la nación misma habrá de ser. Los gauchos y también los jóvenes de origen español tienen cabida en él, manteniendo, en la es-

tratificación jerárquica que dispone todo ejército, a cada uno en su lugar: "A los jóvenes de origen español y buena cuna, hacíalos oficiales; a los gauchos, más o menos mestizos, hacíalos granaderos a caballo" (SE, 153/4). A los gauchos los incorpora tal como les habla: "sin perder el rango". Pero los incorpora. El ejército de San Martín aceita entonces el mecanismo de la inclusión y la desactivación de conflictos, y así también tendrá que proceder el mundo hospitalario de la argentinidad. De los indios San Martín obtiene caricias en la infancia y aclamaciones en la adultez. Aprende a hablarles en su lengua y puede (puede y quiere) hacerse pasar por uno de ellos. A los gauchos también sabe hablarles en su lengua. Luego los recibe y los mejora. Les da un lugar (un lugar subalterno, pero un lugar) en su ejército, les quita la tosquedad y el desaliño, los pone a tono con el deber ser del ideal argentino. San Martín es un héroe performativo: expresa lo nacional, pero también lo funda y le da forma. El argentino entonces nace, pero también se hace: lo hace San Martín. Por lo demás, la máquina de inclusión queda exenta, con Rojas, de resquemores contra España: para los jóvenes de ese origen también hay lugar, los mejores lugares en realidad, ya que de una "buena cuna" sólo pueden provenir buenos oficiales.

En todo esto se ve, también, al Padre de la Patria. Maestro formador, traductor plurilingüe, adiestrador de temperamentos, validador de jerarquías, estratega de las inclusiones, experto en la desactivación de conflictos: San Martín despliega, desde las funciones específicas de la organización militar, las múltiples pericias simbólicas de los héroes nacionales. Eso que Rojas ha hecho, como histo-

riador de la literatura, con la cultura argentina –anular dicotomías e integrarlo todo– San Martín lo ha hecho, como jefe del ejército y como personaje de Rojas, con la realidad histórica y con la imaginación de una identidad nacional argentina. Nunca fue tan amplia ni tan abarcativa la definición de un nosotros.

Pero un héroe nacional no solamente constituye un nosotros, sino que, necesariamente, designa también a los otros, porque no hay identidad sin esa producción de diferencia. Como San Martín traza fronteras, circunscribe el ámbito que contiene al nosotros; pero como luego traspone esas fronteras, define también a sus otros, los otros del nosotros, y define asimismo el tipo de relación que va a establecerse entre ambos. Esos otros son varios y concretos –no la "otredad" como entelequia abstracta– y no ocupan posiciones fijas. Unas veces quedan enfrentados, lejos, afuera; otras quedan cerca, o acaban por integrarse al nosotros. Son los españoles, los españoles antiliberales, los monarquistas, los indios, los gauchos, los ingleses inquietantemente situados entre la alianza y el recelo. En relación con los ingleses basta con ver el papel de Lord Cochrane, que en verdad era escocés: funciona como un aliado, pero merece todas las prevenciones; de hecho los revisionistas acabarán por alistarlo entre los "enemigos de San Martín". Ante él, San Martín ya no aspira a mostrarse diestro en idiomas: en ocasión del conflicto que los enfrenta en Perú, le rechaza el escrito que presenta en inglés y lo intima a presentarlo en castellano.

Entre todas estas manifestaciones de la alteridad, las otras naciones de América del Sur ocupan un lugar más que sig-

nificativo. ¿No es acaso la cordillera de los Andes la frontera por excelencia que se debe trasponer? ¿No es el cruce de esa frontera la hazaña mayúscula de José de San Martín? Ahí va el héroe: cruza a Chile. San Martín es un héroe argentino. No es un héroe nacional en general; es, en lo particular, un héroe argentino, que atraviesa la cordillera para empezar a ser lo que será: un héroe latinoamericano. Así queda también consagrado en el diseño histórico de la identidad nacional. Héroe nacional, héroe continental. San Martín, Padre de la Patria, extiende su gesta y se consagra además como Libertador de América. Y los relatos de su vida definen así la manera en que la identidad argentina imagina su inserción en una identidad latinoamericana.

Esos relatos, los que lo ponen en la cima de nuestro panteón de próceres, encuentran diversos puntos de apoyo para convertir en un acto encomiable aquello que, en su momento, resultó una problemática actitud de desobediencia: partir hacia Lima en 1820, a pesar de la orden del gobierno argentino de regresar con el ejército al país para combatir la anarquía. Esa conflictiva determinación de sacar del territorio argentino a su principal fuerza militar, y negarse luego ante la orden dada por el poder político a retornar con ella, es puesta fuera de los términos de la deserción o del abandono. No se trata de desamparo, porque San Martín es un padre que nunca desampara a sus hijos; se trata de situarse por encima de las diferencias políticas internas, de elegir una dimensión más elevada, la de la unificación nacional, la de la gesta continental. San Martín es un padre que cuida de sus hijos; pero, por eso mismo, jamás interviene en las luchas que se declaran entre ellos. Cuando pelean entre sí,

en lugar de involucrarse y ser cómplice de un fratricidio, lo que hace San Martín, en tanto que padre, es recordar a los hermanos que son hermanos, y que un hermano no debe derramar la sangre de otro. San Martín prefigura a otro Martín, a Martín Fierro, también héroe y también emblema de la identidad nacional, pero desde la literatura. Cuando se niega a participar de las contiendas internas de su país de origen, San Martín demuestra su repulsión hacia el fratricidio. Él no derramará sangre de hermanos. Pero además de este mandato moral sobre la fraternidad entre compatriotas, San Martín funda así otra fraternidad. Su partida hacia Perú, como antes hacia Chile, se narra en términos de un socorro fraternal: San Martín acude en ayuda de los hermanos del continente. Así como, en un primer movimiento, de las fronteras hacia adentro, San Martín disolvía las diferencias internas para establecer los lazos de una fraternidad nacional, en un segundo movimiento, indisociable del primero, disuelve las diferencias nacionales para establecer los lazos de una fraternidad continental. Juan María Gutiérrez destaca la decisión de anteponer "la guerra contra el enemigo común, dejando al cuidado de la política el arreglo de las desavenencias internas" (BSM, 113). Sarmiento enfatiza: "Sangre chilena y argentina correría mezclada en adelante, juntos irían a rescatar a otros hermanos, su suerte quedaba unida para siempre, sus glorias y sus quebrantos serían comunes" (O, I, 42).

Al desalojarse narrativamente el estigma de la deserción, la campaña continental deja de estar en contradicción con los intereses nacionales y pasa a ser considerada, por el contrario, como su extensión. Para ser un héroe latino-

americano es preciso separarse de la guerra civil, pero no de las funciones del héroe nacional. Lejos de apartarse de los intereses nacionales, aunque tenga que apartarse del territorio nacional, nunca es San Martín más argentino que cuando parte hacia Chile o hacia Perú. Gutiérrez lo dice con toda claridad: "(...) consideraba a su expedición como un gran punto de apoyo ofrecido por quienes ya gozaban los beneficios de la independencia, al resto de los americanos que aun gemían bajo el régimen colonial y aspiraban a gobernarse por sí mismos. Este modo de considerar su misión era verdaderamente argentino (...). Donde nuestros ejércitos han puesto el pie, allí han dejado el germen fecundo de la libertad, de la independencia y de la política generosa" (BSM, 119). Si en la delimitación de fronteras se constituye una primera instancia de la definición de San Martín como héroe nacional, una segunda instancia se establece en el modo en que traspone esas fronteras. Ese modo es "verdaderamente argentino", según puntualiza Gutiérrez. Y por lo tanto, en ningún otro tramo de la vida de San Martín podría vérselo con tanta nitidez como representante de una peculiaridad argentina, como en el que narra la proyección de sus hazañas hacia América del Sur.

Con San Martín se instituye la fraternidad continental con chilenos y peruanos, que luego se prolongará hacia Colombia; la forma en que ese pacto se establece dice mucho sobre la identidad argentina. Se trata, en efecto, de un vínculo de fraternidad, pero en esa relación de hermanos, Argentina funciona siempre como hermano mayor. Este es un componente constitutivo de la identidad argentina: la manera en que, aun integrándose a una iden-

tidad colectiva continental, lo hace desde cierta presunción de predominio. Argentina es en América Latina un hermano mayor que asiste y protege a sus hermanos menores, menos influidos por Europa y más desvalidos. A veces se pondrá en esto una carga mayor de dominación (así lo hará, por ejemplo, José Ingenieros); otras veces, es tan sólo la dominación que presupone necesariamente toda relación de protector y protegido, aun cuando se la conciba en términos de solidaridad. En la vida de José de San Martín, que primero se forma militarmente en Europa y luego viene a llevarles la libertad a los hermanos de América del Sur, se cifra este doble componente, medular en la manera de pensar la condición de los argentinos. De San Martín al Che Guevara, podría decirse, Argentina exporta libertadores a los países hermanos de América Latina.

En "El Abrazo de Maipú", el óleo del chileno Pedro Subercasseaux, se plasma con transparencia esta formulación de la fraternidad argentina, en su aspecto dual de identidad y diferencia; porque los chilenos son otros, estando al otro lado de la frontera nacional, pero no tan otros como los españoles, que son el "enemigo común". El cuadro representa, en medio de la algarabía por la victoria en la batalla de Maipú, el abrazo del héroe chileno, Bernardo O'Higgins, con el héroe argentino, José de San Martín. En ese abrazo se sella la fraternidad, pero sobre ese plano de paridad y de semejanza, se distinguen dos órdenes de diferencia simbólica. En primer lugar, aparece la representación de la diferencia política a través de los símbolos nacionales: detrás del abrazo de San Martín y de O'Higgins ondean las dos banderas, la bandera de Chile y

la bandera del Ejército de los Andes (que en su escudo y en sus colores, remite a la argentina). En segundo lugar, la diferencia se marca en la forma en que los dos héroes se abrazan: el abrazo, en sentido estricto, le corresponde solamente a O'Higgins, que apoya su mano izquierda sobre el hombro derecho de San Martín. No puede decirse, sin embargo, que San Martín esté también abrazando a O'Higgins. Su brazo derecho no lo vemos: queda oculto por los caballos que los héroes están montando cuando se encuentran. El brazo izquierdo San Martín lo eleva, y en su mano sujeta el sombrero bicorne. Pero ese brazo se dirige en sentido contrario a aquel en que se encuentra O'Higgins, en lugar de ir en busca de su abrazo, y asciende hacia lo alto en un movimiento que acompaña al de las armas y al de las enseñas (los sables y los fusiles, así como las banderas, se levantan como signo de celebración). Falta aún, para sellar la disparidad de este abrazo, considerar el brazo derecho de O'Higgins. Ese brazo está inutilizado por una herida que O'Higgins recibió en Cancha Rayada, y se lo ve sostenido desde el cuello por un pañuelo. Ese brazo niega físicamente el abrazo, pero le da por eso mismo su carácter. San Martín ya es, en esta imagen del abrazo de Maipú, en el orden simbólico, lo que luego será, en el orden político, en Perú: un protector. En "El abrazo de Maipú", entonces, San Martín no tanto se abraza con O'Higgins como se deja abrazar por él; el abrazo de O'Higgins es, además, incompleto, porque O'Higgins está desvalido, y es por ese desvalimiento que San Martín queda en el lugar de la protección hacia el otro. Por otra parte, se advierte que el caballo de San Martín aparece de frente:

la silueta de San Martín se recorta impecablemente como efigie de la heroicidad; su imagen es, de por sí, la imagen del vencedor. O'Higgins, en cambio, adopta una postura que sólo adquiere su significación en relación con San Martín: su figura no podría recortarse como emblema autónomo. Su brazo izquierdo –amén del derecho, que aunque gloriosamente está anulado– llega a lo más alto tan sólo porque la línea en que se curva se prolonga en el brazo izquierdo de San Martín. Sólo por la mediación de José de San Martín cobra altura esta imagen del abrazo de Maipú.

Otro célebre cuadro de Pedro Subercasseaux también pone a San Martín en el punto más alto de la escena representada. Se trata de "El Himno Nacional en la sala de María Sánchez de Thompson, donde se cantó por primera vez". Momento fundacional, escena fundacional: el héroe fundacional no podía faltar, y no faltó. No faltó en la sala de doña Mariquita y no falta en el cuadro de Pedro Subercasseaux. En la sala, sin embargo, aunque debió de ser sin dudas una figura muy destacada, no tenía aún motivo para ocupar el lugar más elevado o más importante de todos. Era el jefe militar que daba esperanzas de afianzar en la guerra eso que ya se desarrollaba en el plano simbólico y en el plano político, pero no era todavía el héroe de la fundación nacional. En la representación del cuadro, en cambio, ya es el que sería. Por eso, sin que lleguen a marcarse desniveles exagerados, la suya es la figura más alta de todas las que aparecen en la escena (más que la de Balcarce o la de Carlos de Alvear, por ejemplo, que lo flanquean). El recio perfil de San Martín alcanza el punto más elevado; está por encima de cualquiera de los hombres –todos los hombres escuchan erguidos y de

pie, salvo uno, que se inclina levemente, acaso para ver mejor el rostro de la mujer que canta, y otros dos que permanecen sentados: uno, el que toca el clavecín; otro, el que queda en el fondo de la imagen y que, acaso, desde allí nos contempla– y más alto que cualquiera de las mujeres, que aparecen sentadas, salvo dos que están de pie pero se inclinan, una sobre el respaldo de un sillón, otra para hacer pasar las páginas de la partitura, y una que está de pie y perfectamente erguida. No es para menos, es nada menos que Remedios de Escalada, y está cantando el himno nacional por primera vez. La línea de altura de las figuras de esta escena destaca a San Martín: San Martín supera a todos. Pero también lo destaca otra línea (hay que imaginarla punteada) no menos importante que la primera: la línea que sigue la mirada de Remedios entonando la canción patria con carácter de estreno. ¿A quién mira esta cantante, sino a José de San Martín? ¿Para quién canta, en cierto modo, sino para él, especialmente para él, aunque todos los otros puedan escuchar también su canto? ¿Acaso no alza la vista para cruzar su mirada con la mirada de San Martín, que por cierto también la observa, y con ademán napoleónico? La mujer que se inclina sobre el sillón, ¿no lo hace para que esas dos miradas puedan cruzarse sin interferencias? La luz del cuadro destaca a la mujer que canta; vemos su figura completa, es la protagonista del episodio y de esa noche. Pero su postura –el rostro de perfil, el cuerpo en tres cuartos, un pie adelantado– se corresponde con la postura de San Martín –el rostro de perfil, el cuerpo en tres cuartos, una pierna adelantada– y su mirada lo destaca del conjunto, un conjunto en el que ya era, por lo demás, el más alto.

En el centro de la significación, y en el lugar de más altura, se sitúa San Martín; tanto en una escena capital de la fundación simbólica de la argentinidad, como en una escena capital de la fraternidad latinoamericana. De arriba hacia abajo: así mira San Martín, de perfil la cara pero no el torso, en la sala de Mariquita Sánchez de Thompson, a su mujer que canta el himno, y así mira, en el llano de Maipú, al héroe de los chilenos. Una y otro se le dirigen, mirándolo de abajo hacia arriba. Y San Martín, en literal condescendencia, se deja hacer. Se deja cantar, se deja abrazar. El estreno del himno nacional argentino –lo mismo que un salón tan renombrado de la alta sociedad porteña– no puede sino convocar una audiencia de lo más selecta, por eso es tan significativo que San Martín se destaque allí, porque lo hace entre personajes ya destacados. Pero es más importante todavía que se destaque entre los vítores de la confraternidad latinoamericana, porque así no sólo se está situando en la cima de una epifanía argentina, sino que le está concediendo a la presunción argentina un lugar predominante respecto del socorrido hermano continental.

San Martín queda por sobre O'Higgins, por más que vaya en su ayuda, o por eso precisamente, porque va en su ayuda. Esta operación primordial de la autoestima argentina –nunca es tan argentino San Martín como cuando cruza a Chile y a Perú, nunca es tan héroe como cuando cruza la cordillera de los Andes– se complica sensiblemente cuando, en el desarrollo triunfal de su travesía libertadora, se encuentra con Simón Bolívar. No ya con Manuel Belgrano, en la posta de Yatasto; con el gaucho Güemes, en el norte argentino; con Bernardo O'Higgins, en el llano de

Maipú; con el mariscal Sucre, en Lima; sino con Simón Bolívar, en Guayaquil. Con ninguno de esos otros héroes que, incluso cuando puedan quedarle a la par, ceden en esa paridad al menos un escalón de las jerarquías de la gloria. No con ellos, sino con Simón Bolívar, en Guayaquil, en abril de 1822. Bolívar es un escollo indisimulable para las expansiones de la vanidad argentina. En el cara a cara secreto de las dos entrevistas que mantuvieron, no menos que en el desenlace culminante de la guerra de independencia contra España, y no menos que en cualquier relato histórico que no sucumba a las necesidades del orgullo argentino, lo evidente es que Bolívar se impone a San Martín. Le disputa –por no decir que ni siquiera necesita disputar– el bien más preciado de la glorificación sanmartiniana: el título de Libertador. Es notorio, en todos los textos, que a partir del momento en que Bolívar se incorpora a la trama, San Martín pasa a ser designado como Protector, el título que asumió al ponerse al frente del gobierno en Perú. Desde entonces, y mientras dura su presencia en los relatos, el Libertador es Bolívar.

Los relatos de la vida de José de San Martín deben esmerarse para construir una ficción de paridad y legarla al imaginario histórico de los argentinos. El recurso parece haber sido razonablemente eficaz, porque lo cierto es que la fábula de identidad argentina ha procurado una vigorosa ilusión de equivalencia entre Bolívar y San Martín. Nadie podría imaginar, por ejemplo, que la Avenida del Libertador, en Buenos Aires, designara al prócer venezolano. Imposible. El Libertador es San Martín. Y cuando se habla, como por ejemplo en la denominación de la copa que disputan

todos los campeones de las ligas de fútbol sudamericanas, de los "Libertadores de América", se da por descontado que en ese rótulo San Martín y Bolívar quedan en un pie de igualdad, y que el resto de los próceres de la liberación continental acompañan, en todo caso, a esas dos figuras estelares, a la manera de un muy decoroso y digno elenco. Los relatos de la vida de San Martín establecen una insistente relación simétrica entre ambos héroes: el Libertador del Norte, el Libertador del Sur. Las acciones de uno y de otro se corresponden especularmente y siguen un movimiento de convergencia que en Guayaquil termina teniendo su punto de fusión. No se puede dejar de admitir que, al cabo de ese contacto, es Bolívar quien prevalece y quien habrá de concluir la tarea de independizar a América del Sur. La sola duplicación de las figuras heroicas ya le plantea un problema a la consagración de San Martín, porque relativiza su condición de ser único e incomparable. Pero, además, es Bolívar quien acaba preponderando sobre San Martín, y lo relega. Los relatos de su vida resuelven este problema mediante la enfática postulación de la superioridad moral de San Martín, una superioridad ya anticipada en las diferenciaciones establecidas entre uno y otro prócer a partir de la representación de sus vidas privadas. Frente al ambicioso Bolívar, el modesto San Martín acepta hacerse a un lado y antes acepta, incluso, ponerse sumisamente a las órdenes del otro. Se salva de esta manera el predominio del heroísmo sanmartiniano, mediante un movimiento que se verifica en todo caso en el orden narrativo, ya que el orden de los hechos tal como al parecer ocurrieron plantea otras posibilidades: que San Martín debió hacerse a un lado porque el

ejército de Bolívar se encontraba en mejores condiciones y con mayor apoyo económico y político; que San Martín debió hacerse a un lado porque Bolívar detentaba un grado más alto que el suyo en ese otro gran sistema de hermandad, el de la masonería; o que Bolívar era un personaje que tenía, lisa y llanamente, mayor envergadura que San Martín. El atajo narrativo de la victoria moral de San Martín –que ratifica, de paso, esa zona fundamental de sus virtudes de héroe– salva el principio de su prevalecimiento personal sobre los otros próceres, a la vez que el prevalecimiento argentino sobre las otras naciones del continente. La imagen de San Martín como vencedor moral de Bolívar da comienzo a una insistente disposición argentina a considerarse, ante cada derrota que se verifica en los hechos, los perpetuos vencedores morales. Algo de esta resolución pudo activarse incluso con la guerra de Malvinas. Y en el deporte argentino abunda: se aplicó a Luis Ángel Firpo en el box, a Roberto de Vicenzo en el golf, a Carlos Reutemann en el automovilismo, a la Selección del Mundial 1990 en el fútbol: todos ellos perdieron, pero moralmente ganaron.

San Martín resulta así un héroe de renunciamientos, o el héroe de los renunciamientos. Porque renuncia a la gloria supera a Bolívar. Pero antes renuncia a la vida familiar para entregarse a la gesta patriótica; renuncia a los cargos políticos para desentenderse de las reyertas internas y abocarse a la lucha contra el enemigo común; renuncia a los premios monetarios para donarlos y seguir viviendo con humildad; renuncia a los homenajes oficiales o populares, organizados o espontáneos, para sustraerse a las aclamaciones y preservarse en la modestia; renuncia a su patria

misma, al punto de quedarse sin ella, y se marcha al exilio hasta tanto estén dadas las condiciones para regresar a vivir en un pacífico retiro (pero hasta 1880, el año de la consolidación del Estado nacional, no estuvieron dadas esas condiciones. Para entonces, él ya estaba muerto, y muerto volvió). El héroe de los renunciamientos renuncia también, y sobre todo, a los fulgores de la gloria. Modesto, y además abnegado, le cede todo eso a Bolívar, y se va. No renuncia a la gloria desde un principio, ni tampoco a mitad de camino; de hacerlo así, bien podría estar renunciando a algo que de todas maneras queda fuera de su alcance. Renuncia a la gloria en sus umbrales, en su inminencia. Renuncia a ella cuando la tiene verdaderamente al alcance de la mano. Se supone que lo que falta a la libertad de América es tan sólo la coronación final, como quien dice la última puntada, cuando, en Guayaquil, se encuentran San Martín y Bolívar, los dos más grandes hombres, los dos Libertadores. La gloria absoluta está ahí nomás. Bolívar es ambicioso: la quiere para sí. San Martín es modesto: lo único que quiere es la libertad de los americanos, y nada para sí. Entonces San Martín se va. Bajo la apariencia del sometimiento, los relatos de su vida determinan que se ha impuesto moralmente. Desde el punto de vista moral, que es el que cuenta, es más que Bolívar. Ha sabido renunciar a la gloria cuando había dado ya todos los pasos, menos uno, para alcanzarla completamente.

Este gesto ha de ser el más visible, pero al mismo tiempo el más discreto, porque el secreto es la forma que recubre la entrevista de Guayaquil. Nada se sabe de lo que conversaron los dos próceres, ni tampoco de las motivaciones

que hicieron que uno continuara con la campaña libertadora y el otro se apartara para siempre. Es un enigma, es el enigma por excelencia de toda la historia argentina, porque todo sucedió a puertas cerradas. La del secreto es, a la vez, una forma perfectamente adecuada para la entrevista, ya sea que se considere que los dos jefes confrontaron y disputaron –entonces la discreción del secreto es lo que más conviene a la situación, porque no parece aconsejable exhibir semejantes grietas en tiempos de guerra– o que se considere que San Martín descolló en modestia y abnegación, y entonces la discreción del secreto se ajusta al pudor del que no se finge modesto, sino que es modesto de verdad. Al mismo tiempo, no deja de ser inquietante que este momento decisivo en la resolución de una identidad argentina y latinoamericana asuma la forma del secreto. Que asuma esa forma es tanto o más importante que el contenido del secreto que pueda llegar a albergar, porque todo secreto oculta un contenido pero a la vez muestra su forma, hay algo que escamotea pero hay algo que exhibe: su propia existencia; no revela su contenido, pero sí revela que hay un secreto. Guayaquil es la mostración de un secreto, es casi su ostentación.

Cada uno de los grandes narradores de la vida de San Martín resuelve a su manera el dilema de este enigma. Sarmiento, siempre propenso a la autoexaltación, se atribuye a sí mismo el mérito del develamiento, ya que pretende que nadie más que él supo volver locuaz al por lo general parco Padre de la Patria, hasta hacerle confesar la verdad de lo ocurrido: "Sabéis, señores, que fui el primer confidente a quien comunicó San Martín, en 1846, lo ocurrido

en la memorable entrevista de Guayaquil" (O, XXII, 78). Bartolomé Mitre, por su parte, paladín de la comprobación documental y la indagación en archivos, no puede resolver el enigma sino por medio del hallazgo de nuevas pruebas documentales (la famosa "carta de Lafond"). Rojas hace, en este sentido, un esfuerzo redoblado, porque, además de lo que dejaba dicho en *El santo de la espada*, dedica un libro entero a la cuestión: en agosto de 1950, durante la apoteosis de las liturgias sanmartinianas instigadas por el peronismo, publica *La entrevista de Guayaquil*. Este libro puede ser leído como un verdadero tratado sobre los problemas de la interpretación y la sobreinterpretación: dónde y cómo la verdad se revela, dónde y cómo la verdad se pierde. Pero puede ser leído también como un esfuerzo sostenido para desalojar del hecho histórico todo lo que pueda haber en él de secreto o de conflicto. Rojas no admite estas negatividades: el misterio de Guayaquil para él no existe. Sencillamente, no hay misterio; pudo haberlo habido en su momento, por razones de una estrategia política y militar que recomendaba el silencio, pero ya no lo hay en el presente. Y sobre todo, para él no hay conflicto. La entrevista de Guayaquil entra también en la vasta empresa de disolución de conflictos que encara Rojas. Ese encuentro debe entenderse como una forma de complementariedad, antes que de rivalidad, entre Bolívar y San Martín, un acontecimiento de "concordia hispanoamericana" y "solidaridad continental". El conflicto y el secreto desaparecen así en la versión que Ricardo Rojas trama sobre la entrevista. Queda claro que Rojas no *resuelve* el enigma de Guayaquil, más

bien lo *disuelve*. Por ese motivo dice que habría preferido no hablar del "misterio de Guayaquil", y ni siquiera de la "entrevista de Guayaquil", y titular a su libro en cambio, más despojadamente, más lacónicamente, "Guayaquil".

Y ése es, por cierto, el título que, despojado y lacónico, Borges le pone veinte años más tarde a uno de sus cuentos de *El informe de Brodie*: "Guayaquil". Con Borges, la entrevista ingresa en la literatura argentina, si bien siempre tuvo mucho de especulación imaginaria, mucho de conjetural; siempre fue algo así como un resto de ficcionalidad incrustado en medio del discurso de la historia. El texto de Borges no trata, como podría suponerse, del encuentro histórico entre los dos héroes en el siglo XIX, sino de los avatares contemporáneos de los historiadores que investigan ese episodio, procuran dilucidar por fin su secreto irresuelto y luchan, desde sus respectivas interpretaciones, contra las interpretaciones de los otros. Borges devuelve así a Guayaquil al espacio del secreto y del conflicto: Borges revierte a Ricardo Rojas. En la red de disputas que se despliegan en su texto, hay cruces entre sanmartinianos y bolivarianos; pero también pelean entre sí los historiadores y las universidades del Caribe, y los historiadores y las universidades argentinas. El cuento pone el foco en la disputa entre dos argentinos, cada uno de los cuales quiere acceder a un documento que promete esclarecer el misterio histórico de aquella entrevista; un típico duelo borgeano, pero escrito en clave historiográfica. Son dos argentinos los que pelean, sólo que, en un sentido inquietante, cada cual es argentino muy de otra manera, cada cual representa una forma bien distinta de la argentinidad: uno –el que narra– es descendiente de un

guerrero de la independencia y "lleva la historia en la sangre"; el otro –su rival– es un "historiógrafo extranjero" que se ha naturalizado argentino y no tiene otro lazo con la historia que el que le procuran los libros. Como era de esperar, tratándose de Borges, es el segundo el que prevalece: el que se nutre de fuentes librescas. Al igual que en "La muerte y la brújula", donde también compiten dos investigadores, se impone el que pertenece al mundo de los libros, y no el que pertenece al mundo de las huellas de lo real; prevalece el emigrado, el que es argentino porque se ha hecho argentino.

Con Borges, la entrevista de Guayaquil deja de ser un episodio enigmático que contiene, como su tesoro, la clave del predominio moral de San Martín en su conflicto con Bolívar, una cifra de la identidad argentina en su inserción latinoamericana. Con Borges el conflicto se desplaza, para convertirse en rivalidad entre los propios argentinos. Pero, aunque se trate de dos argentinos, no por eso hay acabada identidad: uno es "natural" y el otro es "naturalizado". Y el que vence es el que encarna la argentinidad como artificio, como un hacerse, el que la detenta como forma adquirida. Ya no puede decirse entonces que las formas artificiosas del secreto de Guayaquil encubran un contenido de verdad de la identidad de los argentinos. También esa identidad se expresa, en "Guayaquil", bajo la ley de las formas artificiosas. No hay un predominio argentino en el conflicto, como en la versión de Mitre o de Sarmiento, ni hay un predominio argentino sin conflicto, como en la versión de Ricardo Rojas; no hay un secreto que encierre una esencia argentina, ni hay una esencia argentina que se manifieste sin que exista secreto alguno. Para Borges, en Guayaquil, hay se-

creto, pero un secreto que no contiene nada esencial. Es la forma de un contenido, sin contenido. Tal vez por eso el relato desaloja a San Martín: un héroe nacional no tolera una representación en semejantes términos.

Más allá y más acá de la política

Siempre bajo el supuesto de que los monumentos de San Martín son la continuación de San Martín, dice Gutiérrez que "alrededor del monumento se presentan generosos los parciales de Carrera y los amigos de O'Higgins, y se reconocen hermanos ante el héroe de su independencia" (BSM, 47). En la repentina armonía del comportamiento de estos chilenos, Gutiérrez detecta la eficacia impar de la figura del héroe en una de sus funciones específicas. De ese mismo modo, en presencia de San Martín –o en su defecto, en presencia de su imagen–, reaccionarán los argentinos o los peruanos, vale decir, los que reconocen en él a un Padre (lo que los lleva, indefectiblemente, a reconocerse entre ellos como hermanos). El héroe que produce alteridades hacia afuera, neutraliza alteridades hacia adentro. Son las dos caras de la fundación de un nosotros: definir una otredad y situarla afuera, y suprimir, o por lo menos subordinar, las otredades que permanezcan adentro. El héroe disuelve diferencias y garantiza así, en la supremacía de la identidad nacional por sobre las otras identidades, la homogeneidad relativa de un nosotros. Produce diferencias y las exterioriza, a la vez que despeja el espacio del nosotros de las diferencias o las

discrepancias que amenazarían con hacerlo estallar en una multiplicidad de otros, o bien con mostrar que ese nosotros –el de la identidad nacional– es apenas uno de los muchos nosotros posibles. Eso que decía Hobsbawm, que toda nación tiene el poder de producir una reconciliación de sus conflictos internos en un plano más elevado y más abarcador, es una facultad que se extiende a los héroes de la nación. Aseguran el reconocimiento de un nosotros, eliminando conflictos y diferencias. La identidad nacional es su premisa (y a la vez, su consecuencia): ese otro no es tan otro, ese otro es como yo.

Este principio general regula cualquier definición de identidades colectivas (las de género, las de clase, las generacionales, las barriales). La identidad nacional tiene, sin embargo, y siempre en el sentido de lo que plantea Hobsbawm, el poder de revelarse más elevada y más abarcadora, con lo que las otras tenderían a desvanecerse o a quedar relegadas. Se entiende así que, en torno de San Martín, o en torno de su monumento, los partidarios de Carrera y los partidarios de O'Higgins cedan en su divergencia partidaria y se hermanen en un mutuo reconocimiento: el del nosotros, más elevado y más abarcador, de la nación. El héroe nacional liquida, con su sola presencia, o con su sola representación, toda la crispación de las diferencias políticas. Acaba con ellas porque les imprime de inmediato el sello de la mezquindad, transforma la confrontación en confluencia y convierte, porque es Padre, a los adversarios de la política en los hermanos de la nación. Así es, en última instancia, como San Martín hermana: haciendo de las diferencias políticas una cuestión secundaria, toda vez que los valores de la naciona-

lidad, que él funda y al mismo tiempo encarna, quedan siempre por encima de los demás.

Podría pensarse –es lo que se busca– que San Martín alcanza esta potestad sobre la base de su neutralidad y de su prescindencia en la política, todo lo cual justamente le daría trascendencia. Desde luego que no es así como procede. En Chile, por lo pronto, para no salir del ejemplo que da Gutiérrez, toma partido (también lo hace en Argentina y en Perú). Sabemos que San Martín se volcó decididamente en favor de O'Higgins, cuyo acceso al gobierno respaldó con su ejército, y que resolvió de un modo por lo menos polémico el asunto de los hermanos Carrera. Esta evidente toma de partido para nada atenúa la eficacia de la función unificadora que cumple el héroe nacional; más bien ilumina la forma en la que esa función se instrumenta. El hecho de poner los valores nacionales por encima de las diferencias internas no siempre significa respetar esas diferencias y subordinarlas a los intereses superiores de la nación. A menudo, y éste sería el caso, lo que se hace es identificar a los valores nacionales con los de una de las fracciones, y eliminar a la otra, no ya en nombre de sus diferencias políticas, sino por contradecir los intereses nacionales.

Quien mejor comprende el sentido de esta compleja operación es Sarmiento. No porque la explique, sino porque la hace funcionar exactamente igual en sus primeros textos sobre San Martín. Sarmiento parte, naturalmente, del reconocimiento de San Martín como una figura en la que las divergencias partidarias se neutralizan. El olvido en el que ha caído –y del que, según Sarmiento, él mismo lo rescatará– proviene de las "miserias de partido".

San Martín, al igual que los valores nacionales que representa, debe estar por encima de tales miserias: no hay más que elevarse hasta su altura para empequeñecerlas y desestimarlas. Sin embargo, al mismo tiempo, Sarmiento impregna permanentemente sus textos sobre San Martín de alusiones, a veces solapadas y a veces explícitas, a la lucha política interna que el rosismo le plantea. Es decir que, por un lado, suspende toda consideración a las "luchas intestinas" por considerarlas miserables en relación con la altura de la gesta sanmartiniana; pero, por el otro, se vale del relato de esa gesta para intervenir sobre la disputa política interna que se sostiene en contra de Rosas. Puede decirse, sin dudas, que Sarmiento se vale de San Martín para sumar otra arma a sus ataques contra Rosas. Pero en este sentido, lo que estaría haciendo, de acuerdo con sus propios términos, es rebajar a San Martín, que nunca cayó en disputas internas, al nivel de la lucha política entre hermanos. Sólo que Sarmiento practica igualmente la otra mitad de la maniobra, que consiste en excluir a Rosas de la dimensión de los valores nacionales, y atacarlo, no ya en el terreno de la lucha política interna, sino en nombre de la defensa de esa clase de valores superiores condensados en San Martín. El recurso es el mismo del que se valen Esteban Echeverría en *El matadero* o José Mármol en *Amalia*: identificar a los unitarios con los colores patrios, con los ideales de la Revolución de Mayo, con las glorias de la guerra de independencia, y a Rosas con el atraso teñido de rojo de la colonia hispánica. De este modo, la lucha contra Rosas ya no va a ser una lucha entre parcialidades políticas que dejarían de reconocerse en la fraternidad establecida por San Martín,

sino una lucha concebida, desde los valores nacionales, frente a aquel que atenta contra ellos. San Martín es el aval infaltable con que dar a esta posición un respaldo definitivo.

Se presenta, no obstante, una dificultad muy concreta para conseguir que esta última formulación se sostenga, y es el hecho, ciertamente perturbador para Sarmiento, de que San Martín decidiera legarle a Rosas su glorioso sable corvo. Con este complicadísimo legado, el andamiaje –por lo demás tan equilibrado y tan resistente– del relato liberal de la historia argentina parece volverse de cartón o de cristal. Y el sable corvo, en manos de Rosas, es la bomba de tiempo que, alojada en su interior, amenaza con desplomarlo. De hecho, los arrebatos reivindicativos del revisionismo tienen en esa donación un argumento de contundencia: qué más hace falta para que Rosas sea admitido en el panteón de los grandes hombres de la patria, si San Martín, el héroe máximo, el más autorizado de todos para ejercer ese derecho de admisión, le brindó su reconocimiento. San Martín vio en él a un destacado defensor de la integridad nacional. Eso debería ser suficiente para dar el visto bueno a la incorporación de Rosas a la galería de las celebridades argentinas.

Gutiérrez corta por lo sano, y directamente omite en su breve relato el hecho de que San Martín donó su sable corvo a Juan Manuel de Rosas. Ventajas de la brevedad, Gutiérrez ya antes había prescindido de contar la caída del caballo de San Martín en San Lorenzo. Para Gutiérrez lo breve es dos veces bueno: se reserva un poder de exclusión, y lo ejerce. Sarmiento, en cambio, se hace cargo del problema, un problema nada menor para la consagración liberal de San Martín. No es que el alegato rosista quiera poner en

cuestión la centralidad de la gloria sanmartiniana, al contrario, la ratifica, pero la ratifica para hacerla llegar hasta Rosas, así como San Martín hizo llegar hasta Rosas su sable corvo. El lugar de San Martín está fuera de discusión, desde luego, porque es indiscutible por principio y porque de hecho nadie lo discute; pero aun así, con el premio a Rosas, corre peligro. Si San Martín constituye el centro de irradiación y el principio de sanción de los valores nacionales, ¿cómo hacer para refutar su gesto radical de validación de Rosas? Y luego, en caso de lograrlo, ¿cómo dar a esa refutación el necesario énfasis, sin hacer que corra riesgos el principio de autoridad que sustenta el propio San Martín? El desmerecimiento de Rosas bien podría llegar a arrastrarlo consigo. Hay que provocar entonces un corte tan nítido como el que se da, precisamente, con un buen sablazo: que de un lado caiga Rosas, con el prestigio atrofiado del legatario fallido, para que del otro lado se mantenga San Martín, con el prestigio ileso del legador ímprobo.

Sarmiento escribe en 1854, cuando San Martín acaba de morir y Rosas acaba de caer: "Nada de particular presentan los últimos años de San Martín, si no es el ofrecimiento hecho al dictador de Buenos Aires de sus servicios en defensa de la independencia americana que creía amenazada por las potencias europeas en el Río de la Plata. El poder absoluto del general Rosas sobre los pueblos argentinos no era parte a distraerle de la antigua y gloriosa preocupación de independencia, idea única, absoluta y constante de toda su vida. A ella había consagrado sus días felices, a ella sacrificaba toda otra consideración, la libertad misma" (O, III, 322). Sarmiento se aferra a la regla que tan buenos resultados daba

y daría para hacer de San Martín el Padre de la Patria por unanimidad. Se afirma en su convicción, y no hay sable que valga: San Martín no está de ninguna manera interviniendo en los asuntos de la política interna; por el contrario, y en la misma tesitura que mantuvo toda su vida, lo que está haciendo es obviar las arideces de los conflictos entre argentinos para priorizar, una vez más, y como siempre, los más altos intereses del destino nacional. Sarmiento prefiere admitir a un San Martín cercano a la monomanía, que admitir a un San Martín cercano a Rosas y al rosismo. Más vale reconocer que tenía una sola idea, una sola, una idea "única, absoluta y constante", la de la independencia, y que para semejante fijación de la atención y de la voluntad cualquier otra cosa, así fuese el poder tiránico del dictador de Buenos Aires, resultaba un desvío o una distracción, un asunto lateral al que no había que dejar interferir. San Martín no apoya a Rosas, tan sólo deja en suspenso lo que, llegado el caso, sería su seguro repudio para con el tirano aberrante. Lo que hace, según se esfuerza Sarmiento por argumentar, es anteponer el mérito de haber defendido la soberanía nacional ante los invasores de Francia y de Inglaterra y brindar ese reconocimiento puntual.

El argumento funciona. San Martín queda preservado. Pero Sarmiento queda incómodo. Y entonces no puede dejar de decir que, pese a todo, San Martín ha cometido un error: "A la hora de su muerte, acordóse que tenía una espada histórica, o creyendo, y deseando legársela a su patria, se la dedicó al general Rosas, como defensor de la independencia americana!... No murmuremos de este error de rótulo de la misiva, que en su abono tiene su disculpa en la

inexacta apreciación de los hechos y de los hombres que puede traer una ausencia de veintiséis años del teatro de los acontecimientos y las debilidades del juicio en el período septuagenario. En todo caso, los hombres pasan y sólo las naciones son eternas y aquella espada quedará algún día colgada en el altar de la patria" (O, III, 322). Más adelante insiste, hasta rozar la impiedad: "San Martín era hombre y viejo, con debilidades terrenales, con enfermedades de espíritu adquiridas en la vejez (...). Aquella inteligencia tan clara en otro tiempo, declina ahora; aquellos ojos tan penetrantes que de una mirada forjaban una página de la historia, estaban ahora turbios (...) y todas sus ideas se confundían".

Éste es sin dudas el momento crítico de la consagración histórica de José de San Martín. El otro momento crítico, el que señalaba Alberdi, no formaba parte de los textos consagratorios. Aquí el prohombre es tan sólo un hombre, el superhombre es tan sólo un hombre. El héroe infalible ha fallado. Es intachable, pero aquí constan unas cuantas tachaduras. Se las tiene merecidas. En su descargo, se dice que está viejo. El joven Sarmiento, que alguna vez se congelará como prócer en el emblema del viejo sabio, aquí no asocia para nada a la vejez con la sabiduría: la asocia con las "debilidades del juicio", con las "enfermedades del espíritu", con la declinación de la inteligencia, con la turbiedad de la vista, con la confusión de las ideas. En el altar de los próceres, Sarmiento ingresará tan sólo como un viejo: los billetes, las estampillas, los bustos y las láminas escolares, nos proporcionan siempre la imagen de un Sarmiento en la vejez (Belgrano sólo existe joven y San Martín ofrece las dos alternativas). Pero hacia 1854, Sarmiento tiene algo

más de treinta años, y no se ahorra este arranque juvenil de desmerecer los achaques de la vejez, mostrando a un San Martín endeble, confuso, declinante, a un viejo que chochea.

No le queda otra opción: San Martín le ha donado su sable corvo a Rosas, y alguna explicación hay que encontrar a tan infortunado hecho. En cualquier caso, Sarmiento no deja de interponer atenuantes. Por empezar, no alza la voz: "no murmuremos", dice, ya murmurando. Hay disculpas para San Martín: la distancia y la larga ausencia explican que se cometa algún error. Ese error, por otra parte, es sólo "de rótulo". No hay error de juicio ni lo hay en la intención, San Martín no ha dejado nunca de pensar en la patria y de dirigirse a la patria, tan sólo se equivocó en el nombre del destinatario a quien dirigía su envío. Queda claro que esta equivocación es de todas formas gravísima, porque supone haber confundido a Rosas con la patria. Para Sarmiento, es una confusión exasperante. Toda su estrategia se basa, justamente, en separar y excluir a Rosas de los signos de la nacionalidad, lo que implica apartarlo y oponerlo al propio San Martín, que es la patria hecha héroe. Y resulta que es San Martín mismo el que confunde a Rosas con la patria. Hay que advertir entonces, sin permitirse vacilar, que San Martín está ausente, que está lejos, que está viejo, que está "ido" en todos los sentidos de la palabra. Al decir que los hombres pasan y las naciones quedan, Sarmiento está tratando de quebrar una identificación que se le vuelve intolerable. Rosas no es la patria, y eso se advertirá cuando, con el paso del tiempo, la patria perdure y Rosas no. La salida es elegante, pero en algo deteriora la construcción de la figura de San Martín como héroe nacional, por-

que su identificación con la nación ya no es del todo compacta. Admite, al menos, una grieta, al menos esta grieta.

Conseguir que la construcción narrativa del Padre de la Patria se sostenga en pie, incluso con esta notoria resquebrajadura, es uno de los aspectos más esforzados de la representación histórica de José de San Martín. El resultado es inobjetable: el héroe se preserva perfectamente erguido y con irreprochable solidez. Pero fue necesario un arreglo, y las huellas del arreglo se notan. Si bien el traje de héroe no deja de irle a medida, en esta parte no le sienta con tanta gracia, ni le cae con tanta soltura. La pose heroica en San Martín es siempre rígida, pero nunca forzada. En este tramo de su vida, sin embargo, que es el último, pierde su naturalidad.

El héroe nacional queda, de todas maneras, y desde todo punto de vista, por encima de las desavenencias de la política interna. Después de todo, nadie considera que San Martín haya descendido de su pedestal para enlodarse en esa clase de luchas. Los revisionistas lo mantienen en su posición elevada, la de los valores nacionales, y por eso mismo exigen la inclusión de Rosas entre los próceres argentinos. Sarmiento lo preserva igualmente en las altitudes de las obsesiones patrias, por eso pone a salvo sus buenas intenciones y se aboca, laborioso, a explicar lo que entiende como un mero error de remitencia. En cualquier caso, que el lugar de Rosas haya cambiado –sus restos repatriados en 1989, su nombre en algunas calles, su figura en los billetes–, sin por eso alterar la hegemonía liberal de la historia argentina, trae algo de alivio al episodio de la donación del sable corvo en la vida de San Martín, contribuye a que resulte todavía menos grave de lo que ya empezaba a ser, por comparación con Sarmiento, para Bartolomé Mitre.

San Martín persiste así, pese a todo, en su definitorio más allá, que es, principalmente, un más allá de la política. Al ratificar su ubicación por encima de las pugnas entre facciones, los relatos de la vida de San Martín convierten a la prescindencia política en una de las más considerables virtudes del héroe. La destacan tanto Domingo Faustino Sarmiento como Bartolomé Mitre, que fueron, ellos mismos, figuras claves de las disputas partidarias en la segunda mitad del siglo XIX y que llegaron a ocupar el cargo de Presidente de la Nación. No se contradicen, sin embargo, ni mucho menos contradicen a San Martín, al hacer el panegírico de la neutralidad política para luego entregarse en pleno a las disputas partidarias. El héroe militar relegaba la política facciosa y la subordinaba: la lucha contra la dominación colonial debía prevalecer sobre cualquier confrontación política interna, y postergarla; las disputas entre hermanos no debían tener lugar hasta tanto se consolidara la independencia respecto de España. Pero, justamente por ser quien consigue y quien asegura esa independencia, San Martín es el que habilita la posibilidad de una confrontación por la dirección del Estado; postergarla no era dejarla en segundo lugar, sino dejarla para después. Sarmiento y Mitre *son* ese después, con lo cual no solamente no se desvían de San Martín por no imitar su prescindencia política en la lucha de facciones, sino que se constituyen en sus continuadores. Se produce así un relato que establece la fundación militar de las posibilidades de una acción política, posibilidades que se difieren hacia el futuro. Quienes narran tal diferimiento se sitúan a sí mismos en ese futuro, como continuadores políticos y militares del héroe fundador, que es héroe por haber sido militar y por no haber

sido un actor político. Si bien una acción política destacada es una vía casi obvia para llegar a constituirse en un prócer nacional, puede también, paradójicamente, ser un factor que debilite y desaliente ese reconocimiento. En el caso de San Martín, de hecho, su posicionamiento por encima de las diferencias internas para afirmar la necesidad de la unificación nacional se basa en una sostenida actitud de prescindencia política, antes que en alguna voluntad de intervención. Es curioso que uno de los Padres Fundadores de la Nación lo sea, no por haber participado de la organización política del país, sino por haberse negado a participar de ella.

Sostener, sin embargo, que San Martín se abstuvo de actuar políticamente supone un verdadero desafío narrativo para los autores de los relatos de su vida. No parece sencillo tramar una historia así y darle además verosimilitud, porque los hechos objetivos que le ofrecen resistencia a la imagen del héroe del renunciamiento político son tan visibles como abundantes. Es cierto que San Martín se aparta del fratricidio de la guerra civil: sin ese desistimiento no habría paternidad tan límpida como la suya. Pero es igualmente cierto que presionó con sus tropas en las calles para que cayera el Primer Triunvirato el 8 de octubre de 1812, que gobernó Mendoza, que determinó que en Chile gobernara O'Higgins, que ocupó el poder político en Perú. ¿Cómo contar entonces la historia de un héroe que, sin contemplar jamás otra cosa que la independencia americana, se niega a inmiscuirse en las luchas facciosas y en la miseria de las ambiciones de mando?

Son varios los recursos empleados para narrar a San Martín preservándolo del desgaste de la disputa política.

La omisión lisa y llana es el más fácil, pero también el menos efectivo (para revertirlo, bastaría con mencionar lo que antes fue omitido). Gutiérrez y Sarmiento recurren a ella cuando se trata de la asonada militar de 1812: la pasan por alto. Mitre se arriesga con un intento más complejo; reconoce esa acción y le da cabida en su texto, pero le atribuye una paradójica impronta de pasividad: "A la cabeza del regimiento de Granaderos a caballo con sus sables envainados estaban San Martín y Alvear. Su actitud fue pasiva" (HSM, I, 148). ¿Será porque los sables quedan en las vainas que Mitre se siente habilitado a decir que hay pasividad en este hecho? San Martín, entonces, en materia política, no actúa, o bien, en raro oxímoron, actúa pasivamente. Otro recurso a mano en estos relatos es diluir su responsabilidad personal en una instancia más general; por ejemplo, la Logia Lautaro, hacia la que Mitre suele desviar las culpas que, de otra manera, podrían haber recaído en San Martín. La Logia, una evidencia de que San Martín estaba ciertamente involucrado en las maniobras de la política, pasa a funcionar en cambio como un factor que pone distancia entre San Martín y esa clase de maquinaciones, como si en cierto modo pudiera decirse: no fue San Martín, fue la Logia. Mitre por momentos queda a un paso de decirlo. Y aun puede aumentar en un grado más este juego de despolitización, porque en otros casos dice: no fue la Logia, era el orden natural de las cosas.

Las intervenciones políticas de San Martín, cuando resultan indisimulables, irreductibles a la pasividad, o resistentes a la transferencia, dejan todavía dos salidas posibles –casi podría decirse, dos coartadas– a los narradores

de su vida: una es la necesidad, la otra es el accidente. Cuando la ocupación del poder político no deja dudas, San Martín es presentado en la necesidad de hacerlo; aceptando y asumiendo esa necesidad, más que tomando una decisión. ¿Asumir la gobernación de Mendoza no es acaso una necesidad, para que la campaña a Chile pueda organizarse y ejecutarse debidamente? ¿No es el protectorado en Perú una necesidad, para evitar la anarquía en el país y asegurar la victoria contra los españoles? San Martín accede al poder político porque se somete a estas necesidades. Incluso en estos casos, que lo muestran en el poder, se presenta como un héroe del sacrificio. No tiene ambiciones personales, toma el gobierno porque la necesidad se lo impone y porque él está siempre dispuesto a sacrificarse a la necesidad.

Lo que no se hace por necesidad, se hace por accidente. Es la otra solución para el relato de las acciones políticas de San Martín: son siempre las excepciones y nunca la regla. No importa la frecuencia que tengan las excepciones, ni la tendencia a repetirse que tengan los accidentes . La política en San Martín es siempre accidental, un traspié –cuando no un sacrificio– que va a quedar prontamente corregido, con la promesa de no volver a ocurrir. Así es que Mitre dice: "Esta fue la primera vez que se vio a San Martín tomar parte directa en un movimiento revolucionario, y sólo por accidente otra vez más tomó parte indirecta en la caída de un gobierno" (HSM, I, 149). Y dice también: "San Martín estaba decidido a abandonar para siempre el terreno de la política en que sólo por accidente había entrado" (HSM, I, 176). Porque actúa por accidente, o porque se inmola en sacrificio, la política es una esfera en la que San Martín se muestra

siempre dispuesto a renunciar. El héroe de los renunciamientos reaparece aquí, muy oportuno, para expulsar la más mínima posibilidad de que se vea en el prócer a un ambicioso como tantos. San Martín renuncia: a la gobernación de Mendoza (una vez que cumple su verdadero cometido: contribuir a la gesta de la emancipación sudamericana), a la jefatura de gobierno en Chile (lo eligen los vecinos en voto unánime, pero él declina y convoca a otra votación), al protectorado en Perú (una vez que ha puesto en orden el país, salvándolo del caos, renuncia y se retira de la escena pública).

La acción política de San Martín se ve así desplazada una y otra vez: si no es silenciada, es contada como pasiva, como difusa, como un sacrificio, como un accidente o como algo a lo que renunciará. De este modo, incluso frente a la evidencia de los datos objetivos, San Martín sigue siendo el héroe que se mantiene ajeno a las luchas políticas. No son los datos, sino la organización narrativa de los datos, lo que imprime este sentido a lo narrado. Cuando le toca desempeñar funciones políticas, San Martín puede desplegar las mismas virtudes que en su gesta libertadora (así será para Gutiérrez y para Sarmiento, aunque no para Bartolomé Mitre); se mostrará modesto, sacrificado, enérgico, ahorrativo y eficaz. Y es que, en definitiva, tal como en el episodio de la donación del sable corvo, San Martín no responde a ninguna motivación de la política interna, sino a los objetivos supremos de la libertad continental.

Muchos próceres (Bolívar, O'Higgins) soportan el peso de haberse entreverado en las luchas de la política facciosa y aun así se sobreponen y acceden a la consagración de ser héroes nacionales. Otros (Washington) son consagrados

como padres fundadores precisamente porque actuaron en la política, porque fundaron y condujeron el Estado nacional, porque diseñaron el orden político de la nación. A San Martín se lo consagra en estado de prescindencia. Es el que se puso por encima de las fricciones políticas, el que nada hizo, el que nunca actuó. No importa si la consagración de esa figura tan aséptica requirió algunas astucias narrativas; de hecho, la representación funciona. San Martín habita un cielo desde donde las divisiones políticas lucen como miserias terrenales. Él es un dios al que esas flaquezas no le incumben. Ocasionalmente puede haber descendido al mundo de los seres comunes; pero si lo hizo, a la manera del modelo cristiano, fue para el sacrificio y la redención. Su lugar más propio es otro: ese cielo donde se lo reverencia en el brillo vaporoso de los grandes valores trascendentales.

El héroe imperfecto

La asociación retórica de San Martín con sus estatuas –San Martín siendo ya una estatua, las estatuas siendo todavía San Martín–, que promueven con insistencia los relatos de su vida, tuvo una derivación probablemente impensada. Hoy existe la convicción social de que la historia erigió un héroe tan rígido y tan frío como el bronce del monumento o como el mármol del pedestal. Esta convicción se generaliza, parece ser poco menos que inamovible. Se expandió como los lugares comunes, pero además se arraigó como los hechos de fe. Se da por cierto que, en su exaltación del gran hombre, los relatos históricos habrían despojado a San Martín de toda su dimensión humana. Suprimiendo, en honor de la consagración, las flaquezas, las debilidades, los errores, las vacilaciones, habrían suministrado a los argentinos un héroe distante, demasiado perfecto, un héroe deshumanizado. Se le señala esta falencia, por lo común, a la historia sin más, a la historia en general, pero Mitre tiene en ese panorama un lugar bien destacado en el siglo XIX. En un proceso gradual –que los historiadores subsiguientes y los manuales escolares en especial, no habrían hecho más que agudizar–, Mitre resultaría ser el primer gran responsable de haber imbuido a

San Martín de una perfección exagerada, arrebatándonos, en consecuencia, al "hombre de carne y hueso" más real y falible, que San Martín debió de ser. Cuanto ensayo se ha escrito para indagar en "la verdad de San Martín" y cuanta biografía haya sucumbido a la tentación de novelarse, incurren en esta certidumbre y se dejan presidir por ella: que es necesario rescatar al héroe humano que vivió una vida real con fallas y con dolencias, por sobre (o por debajo, o por detrás) del héroe deshumanizado que diseñó la historia, pretendiendo que nunca se equivocaba y que nunca disminuía. Hay pocas creencias tan arraigadas entre los discursos sociales sobre el héroe nacional, como ésta que presume que existe un héroe de la historia sin humanidad, y en consecuencia un héroe humano por recuperar. Es la manera casi excluyente que se plantea para apartarse algo de los ritos reverenciales sistemáticos del santuario de la argentinidad.

Que estas premisas sean falsas en lo fundamental, resulta tanto o más significativo de lo que sería que fuesen verdaderas. Acaso sea el discurso escolar el que, en los trazos condensados de los manuales de estudio o en la fluida oralidad del magisterio, delineó el perfil plano del héroe sin desmayos. No es, sin embargo, el relato histórico, que en definitiva el discurso escolar toma por base, el que postula a un San Martín inmaculado. No es así como San Martín fue contado por la historia, ni es así –mintiendo perfecciones, eliminando defectos– como se consagra al héroe nacional. Ese héroe demasiado perfecto, que las empresas de humanización presuponen una y otra vez, no existe en el discurso de la historia, como tampoco existe, a decir verdad, en las páginas ilustradas de la revista *Billiken*. La representación

de San Martín no adquiere, ni aun en las obras consagratorias que redactara Mitre, la pareja linealidad de la mera exaltación. Lo que hace Mitre lejos está de armar un sistema unívoco de adulación sin matices. Si así fuera, bastaría con oponerle a la apología el vituperio, al elogio la denostación, y de esta forma podría enfrentarse el canon con un anti-canon. Pero la canonización de San Martín como Padre de la Patria es bastante más compleja que la sola alabanza, y por lo tanto es bastante más difícil de desarticular.

La pretensión de Mitre de contarlo todo –verlo todo, contarlo todo y demostrarlo todo; tramar un Gran Relato y verificarlo con pruebas documentales– elimina por definición cualquier recurso a la omisión evidente. El sucinto Gutiérrez podía pasar por alto el mal paso de San Lorenzo o la perturbadora donación del sable corvo a Rosas. Pero Mitre no puede hacer lo mismo sin arriesgar la promesa de exhaustividad que alienta todo su emprendimiento de historiador. En sus textos no falta el San Martín caído, el San Martín en camilla, el San Martín vacilante ni el San Martín errático. No es cierto que Mitre expulse de la historia estas particulares figuraciones del héroe. Ya en uno de los textos de Domingo Faustino Sarmiento, el de la breve crónica de Cancha Rayada, puede encontrarse la imagen del héroe abatido; pero allí también lo vemos rehacerse, mediante una significativa intervención femenina: "San Martín huía de aquel campo sin darse cuenta bien de lo que le pasaba, y es fama que a su habitual confianza en el éxito, se sucedió mortal abatimiento de que lo sacó una Juana de Arco chilena que le salió al paso en Maipú, alentándolo a nuevos esfuerzos (...). Desde aquel

momento el general San Martín halló en sí mismo el antiguo jefe improvisador de prodigios; el genio de la estratagema reapareció más alerta y fecundo" (O, III, 316). San Martín decae, pero se recompone; por lo demás, se trata de Cancha Rayada, una mala noche por donde se la mire, en el más pleno sentido de la expresión.

Mitre va más allá. Va más allá de Gutiérrez, porque no se refugia en la omisión, y más allá de Sarmiento, porque no se ensaña tan sólo en la derrota. Mitre se extiende en objeciones diversas, sin escatimarle críticas al héroe, pero sin dejar por eso de sostenerlo como héroe. Incluso en el terreno donde San Martín pisa más firme, el de la estrategia militar, y tanto en las luminosas jornadas de la victoria como en la noche en la que le tocó perder, Mitre le opone cuestionamientos severos. Dice por ejemplo que, en la campaña de Chile, no saca toda la ventaja que puede de la superioridad de su caballería; que antes de Cancha Rayada, pasa por alto "una de las reglas más elementales de la guerra" (HSM, II, 354) y conserva una posición que no debió mantener; que después de Maipú (y lo mismo después de Chacabuco) comete el error de no activar de inmediato la persecución de los enemigos dispersos, desaprovechando así algunas ventajas que le daba la victoria; que tras la toma de Lima comete "graves errores militares, que revelaban la falta de un plan fijo de operaciones" (HSM, IV, 113), por lo que paralizó indebidamente la guerra y abandonó equivocadamente al enemigo las provincias de la sierra; que reincidió en el error de Chacabuco y de Maipú, al no perseguir inmediatamente a La Serna; que ordenó la campaña de Tristán en base a "triviales precep-

tos de guerra" (HSM, IV, 298). Si así se expide Mitre en el rubro de la competencia militar, donde sin dudas San Martín se muestra más sólido, qué puede esperarse que diga sobre las incursiones del jefe militar en los asuntos de la política (doble traspié para el héroe despolitizado: que se admita que en verdad sí se ha metido en política y que se señale que esas intrusiones fueron más bien deficientes). Mitre ataca con severidad los diversos pronunciamientos de San Martín a favor de la organización monárquica de los países que él liberó (es como si dijera: "eso no le da derecho"): "San Martín resolvió por sí y ante sí, con el acuerdo secreto de los figurones políticos de que se rodeaba, que el Perú sería una monarquía (...), ese es el hecho descarnado, según va a verse, que acusa tanta precipitación como falta de cordura" (HSM, IV, 249). Precipitado y falto de cordura, el héroe abunda –en Perú con más constancia– en atropellos y desaciertos de orden político, errores que Mitre no cesa de criticar. El bando que proclama en Lima revela un tono airado, intemperante; la creación de la Orden del Sol merece el reproche de haberse creado con objetivos poco elevados; la partida de Perú, dejando el gobierno acéfalo, es para Mitre menos un acto de sublime abdicación que un liso y llano abandono del mando.

Tantos desaciertos acaban por afectar el bien más preciado del altar sanmartiniano: su perfil moral. La rectitud moral de San Martín es esa parte de su patrimonio simbólico que no se puede negociar ni reducir (es lo que lo impone, no hay que olvidarlo, a los otros grandes cruzadores de cordilleras, Aníbal y Napoleón, y en especial, en Guayaquil, al otro gran Libertador de América). No obstante,

es tal la infelicidad de su participación política, y es tal la resolución de Mitre para atacar estos errores del héroe, que aun su "fuerza moral" llega a atrofiarse: "El plan de monarquizar al Perú despojó a San Martín de su fuerza moral" (HSM, VI, 210). La fábula del rey desnudo no puede nunca resultar bien con San Martín; queriendo ser rey, San Martín queda siempre desnudo (desnudo de aquello que mejor lo reviste: su dignidad moral).

Hay que notar, en estos segmentos, tanto la vulnerabilidad de San Martín como la impiedad de Mitre. En un sentido puede decirse que, porque existe la primera, es preciso que exista la segunda. Pero en otro sentido podría decirse que, en tanto que existe la segunda, hay posibilidad de que percibamos la primera. Mitre no se muestra demasiado dispuesto a atemperar sus objeciones para salvar la premisa del héroe perfecto. Por el contrario, no vacila en señalar falta de cordura en San Martín cuando se aventura en un proyecto político, y tampoco en afirmar que ha perdido la cabeza al tomar ciertas decisiones propias de la acción militar: "¡Pero verdaderamente no se concibe dónde el gran capitán americano tenía la cabeza cuando resolvió tal expedición y dictó tan insubstanciales como mal calculadas instrucciones!" (HSM, IV, 299). Poco y nada, como puede verse, del héroe de bronce, del prócer sin fallas ni defectos. Y sin embargo, ¿qué es lo que hace que, en el mismo párrafo en el que se aprecia que ha perdido la cabeza, que calcula mal y que dicta instrucciones insustanciales, se siga designando a San Martín como "el gran capitán americano"? Mitre no lo dice con ironía. No hay en su visión doble sentido (uno falso, de superficie, y

uno de fondo, verdadero), sino dos sentidos, aparentemente contradictorios, que en realidad coexisten: uno que no deja de consagrar a San Martín como gran capitán americano y otro que no deja de reprocharle defecciones y tropiezos. Sólo si se supone que la historia erige un héroe perfecto se puede entender que hay contradicción en ese sintagma. Si se considera, en cambio, que no hay contradicción, la conclusión es otra: que la consagración del héroe no implica privarse de reconocerle errores y debilidades humanas.

Mitre lo comprende bien. No así los que le objetan, a él o a la historia en general, haber confeccionado a un héroe sin rasgos de humanidad. En el balance que propone en el final de su obra, establece con elocuencia: "Según este criterio y esta síntesis, puede formularse su juicio póstumo, sin exagerar su severa figura histórica, reducida a sus proporciones naturales, ni dar a su genio concreto, de concepciones limitadas, un carácter místico" (HSM, VI, 272. Véase también tomo I, pág.86 y tomo VI, pág.60, en los que Mitre emplea exactamente la misma expresión). Son las páginas finales de la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, el texto consagratorio de San Martín como prócer, son las conclusiones del Gran Relato de la vida del héroe, el que le aseguró su acceso definitivo al panteón de los grandes patriotas; y es allí, allí precisamente, donde se habla de "concepciones limitadas", es allí donde se establece la necesidad de reducir al héroe a "sus proporciones naturales". Estas precauciones se encuentran, como puede verse, en el interior del relato de consagración sanmartiniana; mal podrían entonces solventar su impugnación o proponerse como contravoz o como complemento.

La constitución narrativa del héroe nacional contempla estos reparos y los contiene. Su corolario es simple: los grandes hombres no son aquellos que no merecen críticas, son aquellos que las soportan. Este hacerse héroe es como una prueba de supervivencia que fija el valor en la capacidad de sobreponerse; no exige una travesía sin ripios ni sobresaltos. El héroe perfecto se construye con imperfecciones, su fortaleza se compone también de sus debilidades. Aquiles, después de todo, tenía su talón, y fue héroe con el talón y hasta por el talón, más que a pesar de él. Y los santos, ya que San Martín además de héroe (con Mitre) será santo (con Rojas), se exponen a las tentaciones, a sus propias debilidades, y se hacen santos porque las resisten y las vencen, no por estar desde un principio inmunizados contra ellas.

Mitre afirma en la *Historia de Belgrano*: "Estas miserias, de que no están exentos los grandes hombres, no son indignas de la historia, porque ellas constituyen una especie de lección que nos enseña que todos los héroes son amasados con el barro humano" (HB, II, 109).[1] Juego de alquimia –el barro humano se convertirá en el bronce de la estatua– y de proporciones –la escultura de "proporciones naturales" trocará en estatua–, la historia es para Mitre el medio adecuado para endilgar a los grandes hombres sus miserias, porque luego permite extraer de todo eso "una especie de lección". Retoma la idea en la *Historia de San Martín*: "la historia debe poner de relieve como lección los errores y los lunares de los gran-

[1] Las citas de Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, se integran al cuerpo del texto con la indicación HB, y a continuación la referencia al tomo y la página correspondientes.

des hombres" (HSM, IV, 197). San Martín, padre y maestro, enseña con el ejemplo, pero también con el contraejemplo.

Se entiende así que Mitre ofrezca esas imágenes tan implacables para con el Padre de la Patria, donde lo muestra errático, vacilante o redondamente equivocado. Desde luego que todos estos señalamientos críticos van encontrando, a lo largo de su narración, diferentes mecanismos para atenuar o revertir eso que, de todos modos, queda dicho y sin medias tintas. Los errores se reparan o se compensan, los defectos se neutralizan con los catálogos de la virtud. Mitre se entrega, como arquitecto del matiz, a una profusa construcción de adversativas y concesivas. Según el orden en que se dispongan estas formulaciones, será la virtud la que aparezca para subsanar el error o serán los errores los que aparezcan para minar la virtud plena. Como si dijera, en un caso, "buscaba la monarquía, pero sin ambiciones personales", y en otro, "no tenía ambiciones personales, pero buscaba la monarquía". Adversativas y concesivas aplicadas a San Martín: monarquista, pero desinteresado; aunque republicano por instinto, monarquista; imprudente en una decisión, pero preocupado por corregirla; aunque jactancioso en una proclama, modesto en el fuero personal. San Martín se presenta atravesado por estas tensiones, porque la lógica de su consagración no es la de la celebración uniforme. En la construcción narrativa de un héroe nacional, no todo suma; más bien debe demostrarse que, del cotejo entre lo que suma y lo que resta, entre el debe y el haber, resulta un saldo favorable.

Esta figura del balance monetario se vuelve literal cuando se tratan, en efecto, cuestiones de dinero: "un punto negro

en la vida de San Martín (...) deprimiría su elevación moral como hombre. Tratábase de la remisión de una suma para ser colocada en aquella ocasión en Londres por cuenta de O'Higgins y San Martín (...). Sea cual fuere el monto de la cantidad (...), San Martín la cubrió con usura, no sólo con sus grandes servicios, sino también con dineros que legítimamente le pertenecían, y a que renunció con desinterés" (HSM, II, 293 y 294). El hecho en sí es indisimulable, y Mitre no parece demasiado preocupado por disimularlo (mucho menos por silenciarlo). Hubo un desvío de fondos, y por lo tanto "un punto negro en la vida de San Martín", una maniobra que deprime su "elevación moral como hombre"; pero también hubo una compensación, en parte monetaria y en parte no, que deja el asunto, si bien no completamente limpio, sí con un literal saldo a favor.

En la *Historia de San Martín*, Mitre reparte culpas y disculpas: es fiscal, abogado defensor y juez. A veces es el propio San Martín el que resuelve sus fallas o sus deficiencias, porque reconoce sus errores y los corrige, o porque nivela y revierte defectos con virtudes. Otras veces son los otros los que lo excusan; ya sean sus aliados, que lo aconsejan mal y se convierten en los verdaderos responsables, o sus enemigos, que cometiendo exactamente los mismos errores que él, los neutralizan. Pero, en un sentido más abarcador, es el modo en el que Mitre concibe el desarrollo de la historia lo que le permite resolver esos momentos del relato en los que San Martín defecciona. Para Mitre, el transcurso de la historia no es otra cosa que el desarrollo de la lógica fatal de los propios acontecimientos. Según él, hay un "orden natural de las cosas" (HSM, I, 40), hay

leyes inexorables que tienen que cumplirse fatalmente. En principio, se diría que una concepción historiográfica de esta especie excluiría la posibilidad de consagrar a un héroe. Si la emancipación sudamericana va a producirse de hecho, por la propia fuerza de las cosas, la figura del héroe que consigue llevarla a cabo pierde sentido. Mitre concilia, no obstante, ambos aspectos: los hechos sucederán por sí mismos y siguiendo su propia ley, y sin embargo, resulta fundamental la aparición de un hombre de acción que sea capaz de ejecutarlos. No es posible forzar esas leyes inexorables, que son el motor de la historia, pero el hombre de acción bien puede desconocer esas leyes y contradecirlas, y de esta forma fracasa; o bien puede reconocerlas y responder a ellas, y de esta forma se convierte en el agente de la historia: "San Martín no fue ni un mesías ni un profeta. Fue simplemente un hombre de acción deliberada, que obró como una fuerza activa en el orden de los hechos fatales (...). No es el precursor de los hechos fatales a que sirve; pero es el que mejor los discierne, y el que en definitiva los hace triunfar" (HSM, I, 88 y 89). San Martín se encumbra entonces cuando advierte cuáles son las leyes que impulsan la historia, se pliega a ellas y las concreta; y cae cuando contradice el sentido del curso fatal de los acontecimientos y, no pudiendo desviarlos, acaba por sucumbir a ellos. El hombre de acción resulta indispensable para que los hechos se concreten, pero a la vez, en la medida en que hay una "fuerza de las cosas" y "un curso fatal de los acontecimientos", la dimensión de la intervención individual se reduce al mínimo. La historia, según sostiene Mitre, transcurre "más por la fuerza de las cosas que por la potencia

del genio individual" (HSM, I, 89. Mitre reproduce literalmente la misma frase, en el tomo VI, pág. 272). Al aliviar todo lo que tiene que ver con el peso de la decisión individual de los personajes, Mitre alivia también el peso de su responsabilidad ante los desaciertos. La misma regla que a veces sirve para atribuir culpas a San Martín –no seguir en Perú el curso fatalmente republicano de los acontecimientos–, otras veces sirve para eximirlo de toda culpa: la desobediencia de San Martín en Chile, cuando se lo llamó a regresar con su ejército al país y no lo hizo, es defendida por Mitre contra las objeciones que le dirigieran sus contemporáneos: "...no era simplemente un acto aislado de la voluntad individual...: era un síntoma de los tiempos" (HSM, III, 227).

En el grado de ajuste o de desajuste que el héroe tenga respecto del "motor de la historia" se mide su mérito o su fracaso. En esto, José de San Martín dista sin dudas de la absoluta perfección. No es un héroe fallido, por supuesto, ni es un héroe deficiente, porque el saldo del balance de su desempeño histórico es ostensiblemente favorable; pero es un héroe al que le caben, en todo sentido, los traspiés de cualquier ser humano. Los héroes de Mitre no lucen impolutos. Sus vidas son prístinas, sí, pero no obstante ese fulgor, dejan ver también algún borrón, alguna mancha, un "punto negro". "Toda la pureza y, en esa pureza plena, una sola mancha", es la fórmula que emplea Mitre para caracterizar a sus héroes. De Belgrano dice, en su respectiva *Historia.:.*: "El nombre de Belgrano, el más puro de todos, quedó tiznado" (HB, II, 340). Y dice también: "...es un borrón que mancha esta página, que es tal vez la más hermosa de su vida, porque representa el acto más notable

de fecundo desinterés que se registre en la historia argentina" (HB, II, 151). Y dice de San Martín, a raíz de su desobediente partida hacia Perú: "Esta conducta de San Martín en aquella época ha sido juzgada de diversos modos. Ella ha contribuido a esparcir una sombra sobre su frente iluminada por la gloria" (HB, III, 190). En la página más hermosa, en el nombre más puro, una mancha; en la frente más luminosa, una sombra. La historia que Mitre cuenta produce los héroes más admirables, pero esos héroes no alcanzan su perfección sino teniendo algunas imperfecciones. La página más hermosa, la más limpia, la más pura, es la que presenta, pese a todo, un borrón que la mancha. Ésa es la regla que Mitre aplica para componer a sus héroes y entregarlos a la veneración argentina. Es el punto negro, la sola mancha, la sombra circunstancial, lo que permite afirmar la completa blancura y la luminosidad. Es su medio de comprobación, antes que su impedimento.

Por lo demás, así se presentan, en la perspectiva de Bartolomé Mitre, todos los grandes hombres de la historia, y no solamente los dos que les tocaron en suerte a los argentinos. Se trata de leyes de validez general: "Los hombres que se elevan a las grandes alturas, pierden con frecuencia las nociones que dirigieron con seguridad sus pasos, y el delirio o el cansancio se apoderan de sus almas" (HSM, IV, 175) o: "Hay momentos de descreimiento o cansancio en la historia de los grandes hombres, en que, no encontrando inspiraciones dentro de sí mismos, se entregan al acaso de los acontecimientos o eligen ciegamente el peor de los caminos sin medir sus proyecciones. San Martín pasaba por uno de esos momentos" (HSM, IV,

251). Por delirio, por cansancio o por descreimiento, las alturas del heroísmo pueden provocar también, de acuerdo con Mitre, un efecto de vértigo, el presentimiento de una caída, o la ceguera de una decisión irreflexiva. En lo que hace a los errores cometidos en la acción militar, la regla del héroe imperfecto es igualmente general: "Por este momento psicológico pasan todos los generales en circunstancias análogas, poniéndose a veces en contradicción sus planes improvisados con sus planes madurados" (HSM, IV, 33). También: "Los más renombrados generales han tenido eclipses de genio. Napoleón en la campaña de Rusia cometió los más groseros errores técnicos, aun en el arma en que era maestro" (HSM, IV, 299). Esta clase de generalización disculpa, es la versión aceptable del refrán consabido sobre el "mal de muchos". Pero el carácter general de la regla, su aplicación universal a todos los grandes hombres o a todos los generales renombrados, expresa algo más que el recurso de una exculpación: expresa que los errores, los extravíos, el desconcierto, las flaquezas, las miserias, deben incorporarse a la narración de la vida de los héroes, ya que de esta manera se le puede dar una forma más acabada a la conformación de su subjetividad.

Desde luego, las debilidades y las caídas siempre se definen en términos de estados transitorios: son siempre *momentos* de delirio, de cansancio, de improvisación. La metáfora del eclipse, que Mitre aplica a todos los generales, expresa esta cualidad de los grandes hombres, que tienen un brillo incomparable pero pueden sufrir alguna pasajera atenuación en su fulgor. Los eclipses son, por definición, transitorios; no se deben al decaimiento de la luz

propia del astro, sino a la interposición de un obstáculo; ese obstáculo es infinitamente menor que el astro, y si lo interfiere es por una efímera cuestión de posiciones y de perspectivas. En definitiva, aun mientras dura el eclipse, por detrás de la oscuridad del obstáculo, se sigue advirtiendo el contorno brillante o el reflejo postergado de los destellos del astro. La luz regresa al cabo del eclipse, y de las sombras no queda más que una mancha, un punto negro en la blancura renovada. Se entiende así que un relato como el de la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* arribe a los tonos más fervorosos de la exaltación altisonante, pero que en el tránsito hacia esa glorificación recorra las modulaciones atemperadas del reparo o el reproche. En la última página de su gran obra, Mitre determina: "Con todas sus deficiencias y sus errores políticos (...), y a pesar de sus desfallecimientos en el curso de su trabajada vida, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sudamericana (...). Por eso vivirá en la inmortalidad" (HSM, VI, 274). Podría pensarse que el veredicto final de la inmortalidad no debería reconocer matices o atenuantes, y sin embargo no es así: la canonización de San Martín como héroe nacional puede contener la concesión del "a pesar de", sin ser por ello menos enfática o menos decisiva, aun en este tramo tan significativo, la cabal culminación del relato culminante de la glorificación del prócer.

Así termina el libro de Bartolomé Mitre en 1887: con la evidencia de un San Martín heroico pero humano. Y sin embargo, así comienza el libro de Ricardo Rojas en 1933: "A pesar de su enorme bibliografía, la persona de

San Martín había quedado un tanto cubierta por el cúmulo de los acontecimientos políticos, económicos y militares que la historia describe. Lo que yo me he propuesto, en cambio, es pintar la personalidad de San Martín como hombre (...). Todas estas imágenes del prócer son tan verdaderas como las de sus retratos con uniforme, y no se parecen a sus estatuas ecuestres ni a sus oleografías escolares" (SE, 9 y 11/12). Aunque los textos de Mitre evidencien que la constitución de un héroe nacional no le exigió una disciplina ferviente de elogios a ultranza, sino más bien el reconocimiento de un héroe "humano, demasiado humano", Rojas da inicio a su propio texto de canonización de San Martín con la manifestación declarada de que se propone humanizar al prócer, rescatándolo de las visiones de la historia oficial, de los monumentos y de las escuelas. Rojas determina la necesidad de rescatar al "hombre", la "personalidad" de San Martín, haciendo a un lado la bibliografía histórica establecida, los retratos escolares, las estatuas ecuestres, el "bronce momificado de sus monumentos" (SE, 12). Lo que también está haciendo a un lado, junto con el fárrago escolar de veneración irreflexiva, es la evidencia de que el relato de Mitre no expulsa de su representación la reclamada consideración de "San Martín como hombre". Con Mitre comprendemos que el señalamiento de las imperfecciones humanas forma parte de la narración canonizadora de José de San Martín. Con Rojas comprendemos otra cosa: que el reclamo de humanización es igualmente consustancial a la representación del prócer. Mitre demuestra que se puede consagrar a un héroe de la nación sin por eso deshumanizarlo. Rojas de-

muestra que una buena operación retórica para apuntalar a ese héroe es reclamar su humanización.

Este reclamo surge tan pronto como el propio relato de glorificación de San Martín. Ya Lucio V. Mansilla, desde la aparente informalidad de sus *causeries*, le expresaba a Mitre, en plena contemporaneidad y con la inmediatez del *entre nos*, que en su gran obra histórica él echaba de menos a un San Martín más próximo y más humano. Unos cuarenta años después, Rojas vuelve sobre este asunto y lo convierte en el punto de partida de su propia obra: *El santo de la espada*. Pero *El santo de la espada* de ninguna manera se aparta de la consagración histórica oficial de José de San Martín como Padre de la Patria; por el contrario, es su continuación y su broche perfecto. Puede decirse, por lo tanto, que el reclamo de humanización también forma parte del discurso de canonización de San Martín. No guarda una relación de exterioridad respecto de ese discurso, es más bien otro de sus núcleos determinantes, como lo es, de hecho, la hagiografía esgrimida por Ricardo Rojas. La idea, por lo demás generalizada, de que existe una historia oficial que deshumaniza al héroe, y luego un discurso alternativo a esa historia que apela a su humanización, es completamente falsa. Lo que va de Mitre a Rojas –es decir, lo que existe en el corazón mismo de la consagración histórica de San Martín– es algo muy distinto: primero un discurso que reconoce al héroe en su humanidad, y luego un discurso que lo declara deshumanizado y encara la empresa de su humanización. Los dos discursos, y sus tres instancias, se articulan y se ensamblan; pertenecen por igual a los dispositivos de la consagración histórica oficial.

Si en la lectura de *El santo de la espada* nos sentimos más próximos de la humanidad de San Martín, más cerca de su personalidad, eso se debe, en todo caso, a que Rojas compone su figura heroica en clave "espiritual", y en consecuencia, con mayor percepción de los procesos de una subjetividad. Para Mitre, en cambio, el heroísmo de San Martín se sustancia en la acción. Sería deseable que también lo hiciera en la doctrina, pero el pensamiento doctrinario de San Martín a Mitre le parecía insostenible. Claro que ese héroe de la acción es igualmente falible, también vacila y también se equivoca, es tan "humano" como el de Rojas. Y el de Rojas, por su parte, que emerge ni más ni menos que como "santo de la espada", se presenta no menos sublime y divinizado, tan refulgente como se lo encarama en el más exagerado de los cantos patrióticos. Rojas desconfía del "bronce momificado de los monumentos", y hace bien. Acaso los manuales y los ritos de los actos patrios escolares simplifican una figura plana y congelada, más o menos inverosímil incluso durante la infancia. Pero esos son, de todas maneras, los rituales de la celebración, la liturgia sanmartiniana desplegada en ceremonias. En la constitución narrativa del relato de la historia, en la configuración del héroe que efectúa la historia al contar su vida, no hay tal "bronce momificado de los monumentos". Es cierto que hay bronce, pero es un bronce amasado con "barro humano". Y es cierto que hay monumento, pero no necesariamente se trata del monumento rígido del centro de plaza; en todo caso, se parece más a esas "estatuas vivas" que vemos en algunas calles de la ciudad, que de pronto se quedan perfectamente quietas, fingien-

do la rigidez del mármol, y de pronto "cobran vida", se mueven, parpadean y hasta sonríen. Los niños advierten tan sólo entonces que la estatua aparente es en verdad una persona de carne y hueso, los adultos ya lo saben desde antes.

La consigna de humanizar a San Martín consigue, no obstante, tanto éxito como su propia glorificación nacional, a la que, pretendiendo atenuar, en verdad pertenece. Ya es del orden del sentido común; ya es ideología. En efecto, la presunción de que la humanización de los próceres cuestionaría o revertiría el discurso de la historia oficial, echa sus anclas en la falsa conciencia (pero además con la ambición, muchas veces irritante, de arrogarse un plus de lucidez y sentido crítico). Si ese postulado preside, como acaba de verse, la gran obra de la santificación del prócer, mal podría servir entonces después para desafiarla o para deconstruirla, y ni siquiera para oponerle una variante alternativa. No hay allí nada que no esté ya dicho en *El santo de la espada*, justamente porque el pedido de humanización forma parte del discurso que canoniza. Pese a todo, sin embargo, el afán de humanizar a San Martín insiste y se renueva. Muchos libros se han publicado con ese propósito declarado. Es fácil apuntar una lista. En 1939, por ejemplo, Ismael Bucich Escobar publica *San Martín. Diez capítulos de su vida íntima* y dice: "Alguna vez la austera personalidad del Libertador ha de mostrársenos en la plenitud de su aspecto substancial, con sus pasiones –que las alentó intensamente–, con sus defectos –de que no careció porque era de envoltura humana–, substraído al medio heroico donde la imaginación se complace en admirarlo". En 1950, Carlos Ibarguren publica *San Martín íntimo* y dice: "Todos los argentinos (...)

lo vislumbran como al héroe de una leyenda y lo contemplan en la personificación estatuaria, montado en su caballo de guerra, evocándolo en los hechos culminantes de sus gloriosas acciones épicas. Pero (...) el hombre íntimo es ignorado (...). La imagen de San Martín, estereotipada en la mente popular, es la de una personalidad deshumanizada". En 1954, A. Oriol i Anguera publica *Agonía interior del muy egregio señor José de San Martín y Matorras*, donde dice: "Estamos acostumbrados a un San Martín monumental. Esto tiene la ventaja de magnificar las cosas. Pero tiene la tremenda desventaja de deshumanizarlas. Todos los monumentos de bronce se parecen. Y son fríos (...). Es menester humanizar a San Martín". En 1964, Santiago Wienhauser publica *Fortaleza sanmartiniana. Bosquejo psicológico*, variante psicológica, con más de un siglo de atraso, del bosquejo biográfico de Juan María Gutiérrez. En 1978, Erwin Félix Rubens publica *Perfil humano de San Martín* y afirma: "Este trabajo se propone (...) captar al San Martín verdadero, no al de la historia popular ni al del mito. Tampoco el de la historia para niños". Y así, casi sin interrupciones, hasta llegar a nuestro presente, el de *Don José* de José Ignacio García Hamilton, que vuelve a revelarle a los argentinos lo que la historia oficial presuntamente le había escamoteado: la hipótesis de que San Martín pudo tener una madre indígena; cosa que, como quedó dicho, llegó con escándalo a las tapas de los diarios, aunque fue considerada oportunamente, y descartada sensatamente, por Ricardo Rojas.

La humanización tantas veces prometida, a lo largo de todos estos textos, queda en anécdota, se pierde en anécdotas. Con las variantes del caso –humanidad, psicología, fi-

siología, interioridad, intimidad–, tenemos, en definitiva, al mismo San Martín de siempre: tan héroe como siempre, tan listo como siempre a reponerse de las caídas, tan edificante en su interioridad como en su exterioridad. Estos libros profusos obtienen algo que tal vez no merecen: un éxito de lectores, y algo que sin dudas merecen: un prontísimo olvido. La justicia de ese olvido tan sólo sirve, sin embargo, para dar cabida a la siguiente empresa de humanización del héroe. Se trata, evidentemente, de un olvido funcional, no de un olvido justiciero. La denuncia de que el héroe fue deshumanizado por la historia oficial, y la correlativa invitación a humanizarlo por fin, necesita, en efecto, de la periódica sedimentación de varias capas de olvido. Olvido, en primer lugar, de que el héroe nacional ya es humano en la así llamada historia oficial (es decir, en Mitre). Olvido, en segundo lugar, de que el héroe nacional ya ha sido humanizado en la así llamada historia oficial (es decir, en Rojas). Y olvido también, finalmente, en tercer lugar (y en cuarto, en quinto, en sexto lugar) de que la empresa de humanización se viene reiterando, cíclicamente, con tanta pertinacia como periodicidad. Porque hay un olvido necesario , cada edición de esta empresa se presenta una y otra vez como flamante, inédita, nunca antes intentada, siempre pendiente; cada uno de estos libros decreta, siempre como por primera vez, que ha llegado la hora de humanizar a San Martín.

Es fácil pensar que estos textos son inútiles, porque no existe ningún San Martín deshumanizado por la historia al que haga falta humanizar. Es fácil pensar que fracasan, porque lejos de revertir o de revisar nada, vuelven sobre los tópicos de la representación sanmartiniana sin otro

agregado que su predisposición a la minucia y una equívoca inclinación a lo "imaginativo" (que los desprevenidos acaso podrían llegar a tomar por literatura). En otro sentido, sin embargo, estos mismos textos, aunque pobrísimos en su concepción y en su ejecución, bien podrían no ser del todo inútiles y tampoco fracasar del todo. En algo sin duda se imponen: en la creencia, evidentemente aceptada, de que en la historia existe un héroe perfecto. ¿Y si fuese esa, en definitiva, su verdadera función? Ningún rescate de la carne y el hueso, ninguna recuperación del héroe humano. Tan sólo la creación de esa ilusión: que el héroe de la historia ya es inhumano de tan perfecto, y que precisa ser recuperado en su dimensión de hombre común. Desde este punto de vista, serían precisamente estos textos, estos textos tan menores y olvidados, tan episódicos, tan tenues, tan efímeros, los que acertarían en los términos con que se imagina socialmente a San Martín y a la historia que lo contó. ¿Dónde existe, al fin de cuentas, sino en los libros que se suceden proclamando humanización, el héroe sin humanidad? En cierto sentido se han impuesto al propio Mitre.

La mirada del valet

Se entiende la insistencia en ver a los grandes hombres de la historia como seres comunes y corrientes: se los quiere sentir más cerca. Después de todo, un héroe no es estrictamente un dios, sino más bien un eslabón entre los dioses y los hombres, y para ocupar ese lugar de mediación debe exhibir también cualidades ordinarias. No obstante, para calibrar ajustadamente su heroísmo, es preciso no reducirlo a la condición de los hombres comunes y corrientes, por una razón bastante simple: un héroe no es un hombre común y corriente. La gesta continental de San Martín, por caso, luce bastante extraordinaria, parece un hecho fuera de lo común, y no se ve muy bien qué se ganaría disipando esa evidencia. No habría por qué pretender que San Martín era un hombre como cualquier otro, porque en última instancia, esta clase de inofensiva irreverencia ramplona tiene el mismo aire de escolaridad que los ritos de la reverencia obediente. Ambos son, como suele decirse, las dos caras de una misma moneda: la irreverencia escolar es a la reverencia escolar lo que los recreos son a las horas de clase, el complemento contrastante que les permite funcionar.

Para que el héroe quede al alcance de los hombres, y no completamente del lado de las divinidades, es preciso

detectar la parte de sencillez y normalidad que hay en él, pero sin por eso pretenderlo un ser del todo común. Ya sea que se conciba a la historia como una máquina impulsada por el motor de los grandes hombres, o que se sostenga que la historia sigue su curso agenciada por individuos que nunca son irreemplazables, hay algo en los próceres que los pone fuera de la serie. Se puede pensar que, aun sin San Martín, habría habido independencia igual, que si no hubiese sido él habría sido otro el que ejecutara los hechos ineluctables, pero como se trató de él, y no de otro, ya no parece posible, ni justo, hundirlo en la planicie del promedio general de los hombres grises. El héroe se ha ganado su lugar de excepción. Sobre ese horizonte esplendoroso, y para sentirlo más cerca, se busca su sencillez, su cotidianeidad, todo aquello que más que destacarlo lo iguala.

Esta búsqueda, sin embargo, no se define como búsqueda sino como rescate, lo que promueve un equívoco similar al del supuesto héroe perfecto que precisaba atenuaciones. Se razona de igual forma: que el discurso histórico, en el afán de pulir a su héroe de estatua, habría escamoteado de la narración todo el universo de la vida privada, el día a día de su vida común y silvestre. San Martín en cierto modo favorece estas presunciones. Lo hace en tanto héroe de los renunciamientos porque, en su rosario de renuncias, además del dinero, las ovaciones populares, las condecoraciones oficiales, el poder y la gloria, se cuenta la vida familiar. Al asumir sus obligaciones de organización militar y política, San Martín relega a un segundo plano a su flamante esposa (como luego lo hará con su pequeña hija), resigna la calidez hogareña, se desprende, de hecho,

de las bondades de la vida familiar. Con esta renuncia comienza su carrera en América: aquí empieza San Martín a libertar. Años más tarde, después de San Lorenzo, de Chacabuco y de Maipú, y en especial, después de la entrevista de Guayaquil, San Martín vuelve a descollar en la humildad de una renuncia. Renuncia esta vez a la gloria de concluir la guerra de la independencia americana, cediendo ese halago a Simón Bolívar. Este renunciamiento invierte el primero: en aquel renunciaba a la vida privada, para entregarse a los deberes de la acción pública; en éste renuncia a desempeñar cualquier otra función pública, para replegarse a la paz de la vida privada. Aunque invirtiéndose, ambos renunciamientos se corresponden: en la vida de San Martín, al parecer, lo público y lo privado se excluyen entre sí; cuando una esfera se ilumina, la otra se esfuma. Por eso puede darse un caso tan especial como el de la *Biografía del general San Martín*, escrita por Juan García del Río y publicada en 1823: un relato que pretende haber completado lo que debe decirse sobre la vida de José de San Martín y que, sin embargo, se edita veintisiete años antes de su muerte, exactamente después del momento en el que San Martín renuncia y se retira a la vida privada; como si, concluida su vida pública, estuviese concluida su vida entera. Se pretende entonces, en un comienzo, que la vida del héroe podría pensarse exclusivamente en términos de su fase pública, o bien en una ajustada escisión donde vida pública y vida privada nunca llegan a superponerse.

Los textos de Juan María Gutiérrez y Domingo Faustino Sarmiento tienden a responder a esta misma pauta. En los relatos que hacen de las intervenciones públicas de San

Martín –tanto en su carrera militar como, con mayor complejidad, en su participación política–, la vida privada queda completamente de lado: los relatos la descartan y priorizan una representación exclusiva de la esfera pública, haciendo, de algún modo, lo mismo que hizo el propio San Martín: suprimir toda distracción proveniente de los asuntos de la vida personal para concentrarse exclusivamente en la gesta patriótica. La primera mención de Remedios de Escalada en el texto de Gutiérrez, por ejemplo, aparece recién hacia el final del relato, cuando San Martín decide retirarse de la escena pública y se entera de "la amarga noticia del fallecimiento de su esposa" (BSM, 137). También para el lector, en la economía informativa del texto, hay un enfático enterarse: sabemos, en el mismo instante, que San Martín ha quedado viudo y que, por lo tanto, alguna vez se había casado. Sarmiento produce el mismo tipo de organización narrativa: la vida privada no entra en el relato sino cuando el propio San Martín se retira a ella, y entra como un ámbito de sencillez sin nada extraordinario: "La vida de San Martín, desde que se separó del mando del ejército que había educado y formado, tiene el interés de la vida íntima de los grandes hombres, en la que la fascinación pública se admira de no encontrar nada de extraordinario y más todavía de encontrarlos tan sencillos y pequeños con nombres tan grandes" (O, III, 345). Sarmiento destaca el hecho de que San Martín se entregue a la familia con la misma intensidad con que antes lo hiciera a la causa de la independencia de América, pero más allá de este significativo paralelismo, no se adentra en la representación de las escenas del padre edu-

cador de la hija malcriada, ni en las del abuelo jovial que juega con sus nietas. Ese mundo le resulta prescindible.

El acopio documental, como base fundante del relato histórico, le permite a Bartolomé Mitre una mayor minuciosidad –nadie había podido contar con tanta precisión el período de formación militar de San Martín en España, por ejemplo–, un mayor desarrollo y una mayor penetración –allí donde los relatos precedentes eran someros o generales, Mitre se extiende y profundiza–, o una compleja articulación de planos narrativos. Mitre, como quedó expuesto, combina niveles más o menos abarcadores de la trama del relato, pasa de la mirada panorámica a la focalización en primer plano, o viceversa. Sin embargo, la manera en que se narra o se deja de narrar todo lo atinente a la vida privada de San Martín, prolonga en la *Historia...* de Mitre las características fundamentales de los textos anteriores, sin verse modificada en lo sustancial por una disponibilidad de información evidentemente más amplia. Está claro que Mitre cuenta con mayores posibilidades de exhaustividad en cuanto a los datos recabados, lo que queda demostrado en su recorrido por los primeros años de la vida de San Martín, en la minuciosidad con que presenta la historia de sus padres o del lugar en el que nació, o en las referencias a su educación militar europea. Sin embargo, a partir del momento del regreso a América, Mitre no deja de reproducir narrativamente eso que es, en el propio San Martín, el gesto definitorio fundamental: la postergación de la vida privada: "(...) él no debía tener en adelante más hogar que la tienda del soldado, ni más familia que la militar, ni más compañera que la soledad" (HSM, I, 133/4).

Ahora bien, por más que San Martín sea un héroe de la renuncia, y que una de esas renuncias se aplique a su vida privada, es evidente que la representación de una subjetividad –aun de una subjetividad heroica– no puede limitarse a la unidimensionalidad de la vida pública. Los relatos de la vida de José de San Martín reconocen la existencia de dos planos; uno expuesto a las miradas ajenas, otro retraído y reservado con más discreción. Mitre lo define: "San Martín tenía siempre dos cuerdas en su arco: una visible y otra oculta (...), dando gran importancia a los manejos misteriosos" (HSM, IV, 308). En los textos de Juan María Gutiérrez y de Sarmiento aparecen inflexiones que son propias de lo íntimo: zonas de la privacidad en las que predominan la reserva y la recatada ocultación a los ojos de los demás. Hay en San Martín una inclinación bien sostenida al misterio y al secreto, que crea núcleos privados en los que no cualquiera puede penetrar. Aunque, en algunos casos, esta predilección por la reserva sólo deja espacio para la conjetura y el rumor, en otros, tanto Gutiérrez como Sarmiento pretenden tener el poder de atravesar esa barrera y conocer el contenido de lo que celosamente se guarda en el misterio. Gutiérrez llega a construir un narrador omnisciente capaz de indagar incluso en los pensamientos de San Martín; penetra hasta tal punto en su intimidad que es capaz de establecer lo que San Martín "se dijo a sí mismo". Sarmiento, por su parte, pretende ser quien obtiene las "confidencias íntimas" de San Martín cuando lo entrevista en Grand Bourg, venciendo sus habituales reticencias. Es decir que Gutiérrez construye una tercera persona que tiene el poder de asimilarse a una

primera, penetrando en ella; mientras que Sarmiento lo apuesta todo a una segunda persona, esto es, a su capacidad de apelación y de interrogación. Mitre confía, por su parte, una vez más, en el poder de revelación de los datos acumulados en los archivos. Allí se advierte de qué manera San Martín convierte al misterio en una estrategia militar, de la misma forma en que hace un uso político del secreto como arma. El misterio forma parte de su manera de intervenir.

Para narrar a San Martín se torna entonces más importante la mostración de estos misterios que su eventual develamiento histórico, porque esa impronta misteriosa pasa a ser una de las cualidades que definen al héroe, y no ya una deficiencia informativa o una traición a la verdad de la historia. En el relato de la vida del héroe nacional no dejan de aparecer, por lo tanto, estos espacios reservados, envueltos en la discreción y en el sigilo, ocultos en la intimidad. Funcionan en los textos como ámbitos privados, pero lo que se guarda en ellos nunca son secretos correspondientes a la vida personal, sino cuestiones atinentes a la guerra de la independencia o al rumbo político de las naciones hispanoamericanas. Son ámbitos que adoptan las formas propias de la privacidad, pero aquello que los ocupa no proviene nunca de la vida privada, aun cuando se lo preserve en la privacidad. Lo que San Martín se dice a sí mismo, en el texto de Gutiérrez, es el plan militar para atacar a Perú por mar y no por tierra; lo que, en otro caso, "se expresaba él mismo" era la intención de doblegar la resistencia limeña por la fuerza de la opinión y no librando combates; el secreto que se preservó aun de la prensa y de los archivos públicos es el encargo a Manuel Aguirre de

una misión en Estados Unidos para hacer construir dos fragatas de guerra. Lo mismo ocurre en los textos de Sarmiento: si se registra "una de esas expansiones íntimas por parte de San Martín" (O, XXI, 24), su contenido es el plan de asedio a la capital de Perú; la revelación que implicaría decir "tenemos a la vista una larga correspondencia íntima de San Martín" (O, III, 312), no deriva sino en el sigilo de su influencia sobre el Congreso de Tucumán para que se declarara de una vez la Independencia; si, contrariamente a sus costumbres, San Martín se confiesa cierta vez con su secretario, no lo hace sino para confiarle una cuestión de carácter político: sus dificultades con el gobierno de Buenos Aires para seguir adelante con la campaña a Perú. Mitre reitera la operación narrativa básica en este sentido; así, por ejemplo, una carta que San Martín "escribía sigilosamente a un amigo íntimo" (HSM, I, 263) versaba sobre su decisión de no avanzar militarmente por el lado del Alto Perú; del mismo tenor –porque se referían a la falta de un mayor número de soldados para intervenir en Chile– eran "las cartas a otro de sus confidentes, que... esparcen nueva luz sobre este período obscuro de su vida, revelando sus sentimientos más secretos" (HSM, II, 101).

El sacrificio de la vida privada que lleva a cabo San Martín desencadena este reordenamiento general de términos. La esfera privada ya no se recorta de la esfera pública, no se opone a ella, no es la zona de repliegue y contracción donde el sujeto puede sustraerse transitoriamente de la vida pública. San Martín se entrega por entero a la gesta de la emancipación sudamericana. Su mundo privado, en consecuencia, también le pertenece a esa gesta. El

casamiento con Remedios de Escalada, por ejemplo, expresa ante todo una "señal" política para la sociedad porteña de la época. Luego la propia Remedios aparecerá como personaje del relato de la vida de su marido, sobre todo en el acto de encabezar la donación de joyas para contribuir a la preparación del ejército libertador que se apresta a cruzar a Chile. En San Martín sí puede decirse que *lo personal es político*, pero preservando la noción tradicional de lo que es la política y no porque deba decirse, como lo afirman las teorías de nuestro tiempo, que "todo es político". Lo personal es político porque San Martín es un libertador *full time*. Libertador de tiempo completo, Mitre puede mostrar que "estaba en su hogar al lado de su esposa", pero la actitud con que allí se lo ve es "ocupado en allegar recursos para su grande empresa" (HSM, III, 53). La esfera privada puede entonces aparecer en el relato que hace Mitre de la vida del héroe: lo vemos casarse, vemos a su esposa, lo vemos en el hogar; sólo que todo esto forma parte también de la campaña libertadora y es la prueba definitiva de la entrega total del héroe a la causa de la Independencia. Esta imbricación sin fisuras de esferas por lo común contrastantes, sostiene la configuración del prócer con dedicación exclusiva, al tiempo que favorece que la esfera privada preste sus formas a la esfera pública, para que ella proteja allí sus contenidos. Están ahí los secretos, las confidencias, las escenas del hogar, las cartas privadas, las confesiones personales, la intimidad: están ahí, pero como formas empleadas para la acción militar (el sigilo de las astucias de guerra) o para la acción política (el sigilo de las maniobras conspirativas en torno al poder político).

En el libro de Gutiérrez y en los artículos de Sarmiento –sobre todo los de la década de 1850, cuando Sarmiento se concentra más en las formas biográficas–, la esfera estrictamente familiar queda limitada sólo a los bordes de la vida de San Martín. Aparece al principio, en los años de infancia, y al final, en los años del destierro. En el primer borde, San Martín es ante todo un hijo. Tiene un padre que lo anticipa: un militar que cumple funciones políticas. Y tiene sobre todo una madre, la Madre Patria, porque sus padres son españoles, y su educación la recibirá en España. Ese borde inicial culmina con una doble impronta: la partida a Europa (la familia San Martín parte a España) y el deber de la educación filial (el pequeño José, siendo un niño, inicia su formación en un colegio militar). El borde final, el del destierro voluntario, se inscribe sobre esos mismos tópicos: otra partida a Europa (San Martín se marcha al exilio) y otro deber de educación filial (San Martín se hace cargo de la educación de Merceditas, a la que en buena medida parece necesario corregir). En el borde inicial, siendo ante todo un hijo, San Martín encuentra una madre y esa madre es la Madre Patria. En el borde final, San Martín es ante todo un padre, y en la proyección amplificadora de ese padre de Mercedes se consagra como el Padre de la Patria. La regla del sacrificio de la vida privada impone así sus condiciones a la narración: en principio, que las dos esferas aparentemente se excluyan, luego que las dos esferas se imbriquen y se impregnen –la vida privada aparece, pero puesta al servicio de la vida pública– y por fin que funcione entre ambas un sistema de correspondencias: el padre se proyecta como Padre, el Héroe (de la nación) es también un héroe (de la vida diaria).

Mitre se detiene en un curioso episodio, que en otros casos queda omitido. La historia es la siguiente: cuando San Martín hace su entrada triunfal en Lima, una dama se echa en sus brazos y lo tiene estrechado por más de medio minuto, manifestándole su admiración. Ella le está expresando ante todo el fervor patriótico de los limeños, pero como no se trata de los limeños en general, sino de una limeña en particular, resulta insoslayable que hay otras resonancias en este episodio: San Martín, abrazado por la mujer, se muestra "impresionado por su entusiasmo y su belleza" (HSM, IV, 113). Si los asuntos personales deben ingresar siempre en continuidad con los asuntos públicos con los que se entrelazan, este literal aprieto de la entrada en Lima deja en claro que tanta efusión es a la vez erótica y política. Este doble carácter es fundamental para comprender el modo en que se narra la vida del héroe. Pero la moderación que asume San Martín no lo es menos: "(...) la detuvo respetuosamente, y le dijo sonriendo: 'Debiera ser permitido demostrar la gratitud con un beso'; pero se abstuvo, y encargó a un edecán que la acompañase del brazo hasta la puerta" (HSM, IV, 113). El párrafo carga todo un nudo de tensiones: San Martín detiene a la mujer, pero la detiene respetuosamente; dice una frase que sirve para poner distancia, pero la dice sonriendo; quiere besarla, pero se abstiene; se preocupa de que la mujer no se retire sola, pero le encarga el asunto a un edecán. Con este episodio vuelven a superponerse la dimensión política y la dimensión personal, bajo la forma del festejo triunfal y de la tentación erótica; pero el modo de proceder de San Martín demuestra claramente cuáles son los límites de esa superposición, de

forma tal que la duplicación y la mutua impregnación de lo público y lo privado acaben siempre por desembocar exclusivamente en la dimensión pública de la representación.

El sistema de correspondencias por el cual, cuando San Martín sacrifica su vida privada, los relatos de su vida hacen lo propio, continúa luego en el movimiento inverso: cuando San Martín se retira y se entrega a la vida familiar, los relatos de su vida lo siguen en esa misma interiorización. Así funcionan los textos de Gutiérrez y de Sarmiento, con el trazado de su borde final. Pero el texto de Bartolomé Mitre, aunque sostiene la primera parte de este sistema de correspondencias, no sigue a San Martín en su último repliegue a la vida privada. Mitre privilegia, en este sentido, su propósito de proyectar la acción personal del héroe argentino al conjunto de la guerra independentista hispanoamericana. Cuando, después de la entrevista de Guayaquil, San Martín decide su retiro, Mitre considera que el relato de su vida debe continuarse con el desarrollo subsiguiente de la guerra anticolonial, y no con las circunstancias de su vida familiar en el retiro europeo: "La vida pública de San Martín termina aquí: pero su acción se prolonga todavía en la historia, acompañando, aunque ausente, la lucha de la emancipación sudamericana hasta su triunfo final" (HSM, VI, 116). En su juego de focalizaciones, Mitre decide ampliar en este punto el encuadre, para volver a abarcar el proceso de la guerra continental en su conjunto, en lugar de concentrarlo particularmente en la vida de San Martín. Cuando San Martín se repliega hacia la esfera de su familia, la narración entonces lo abandona y vuelve a desplegarse en una proyección continen-

tal. En lugar del repliegue a la vida privada que produce San Martín en los hechos, Mitre produce un nuevo despliegue en su relato: de la vida pública del héroe a la historia política del continente, que es esencialmente su prolongación. En el final de la *Historia de San Martín* de Mitre, no son los años finales de la vida del prócer sino los años finales de la guerra de independencia: lo que con más detalle se cuenta. Considera que es allí, y no en el mundo familiar del destierro, donde esa vida culmina y concluye.

Esta determinación narrativa implica representar a San Martín allí donde está ausente y no allí donde está presente. Para prescindir de las imágenes finales del abuelo y de sus nietas, Mitre prefiere verlo en el desarrollo de esos combates en los que en verdad el prócer ya no estuvo. No puede decirse, sin embargo, que Mitre suprima de su obra el retrato de la vida cotidiana de San Martín. Tampoco en esto le cabe el estigma de la deshumanización histórica del héroe, tal como antes no le cabía la sospecha de que postulaba a un héroe perfecto al que ninguna crítica podía hacérsele. La lógica compositiva de la heroicidad sanmartiniana es otra: no recomienda el escamoteo de la rutina diaria o de la intimidad del héroe, para esconder esas miserias que son comunes a todos los hombres. Al contrario, sostiene decididamente que la grandeza de San Martín es tal que puede leerse en todos los ámbitos de su vida, y que todos por lo tanto deben ser narrados, para dar cuenta de ese heroísmo en toda su integridad. El héroe no precisa discreciones: brilla siempre.

Mitre dedica algunos segmentos de la *Historia de San Martín* a la representación de la lisura cotidiana de su personaje. Pero se ocupa más claramente de esta clase de cuestiones en

otro texto, *Las cuentas del Gran Capitán*, donde escruta las notas de gastos del héroe argentino. Se trata de un texto menor, y sustancialmente más breve, que Mitre redactó mientras preparaba la obra monumental, la definitiva, que publicaría nueve años después. *Las cuentas del Gran Capitán* se apoya, tanto como lo hará la *Historia...*, en las fuentes documentales que maneja Mitre, porque sólo la exhaustividad documental le permite tener precisión incluso en los detalles menores. Los documentos sirven para asegurar la verdad de lo que se afirma, pero sirven también para penetrar en los pormenores de la vida de San Martín. Sólo así resulta posible conseguir el objetivo que Mitre se propone con esta publicación, leer al gran hombre aun en las cosas pequeñas: "(...) son los gastos modestos de un grande hombre en medio de un gran triunfo" (CGC, 463).[1]

Si la canonización de San Martín como Padre de la Patria supone, entre otros factores, una recuperación de su figura respecto del juicio de sus contemporáneos, parcial e inexacto por definición, en *Las cuentas del Gran Capitán* son los números –lo que presupone la verdad fría y objetiva– los que refutan y ponen las cosas en su justo sitio: "Se ha dicho de San Martín que era sibarita, glotón, borracho, ladrón y avaro. Su cuenta de gastos nos dirá lo que haya de cierto en todo esto" (CGC, 461). Los números –como los niños, los locos y, en este caso, también como la historia– siempre dicen la verdad. Pero además de no falsear nunca,

[1] Las citas de Bartolomé Mitre, *Las cuentas del gran capitán*, se integran al cuerpo del texto con la indicación CGC, y a continuación la referencia a la página correspondiente en el volumen XII de la edición de *Obras completas*.

tienen la posibilidad de penetrar en la capilaridad de los hábitos cotidianos del sujeto. El registro de gastos funciona como un diario personal –para San Martín, que nunca escribió diarios ni memorias–, sólo que escrito principalmente con números y apenas con unas pocas palabras. Este tipo de registro ilumina incluso esos aspectos de la vida de una persona que otra clase de enfoques dejaría en las sombras. De esta forma, en cambio, se supone que todo se ve. La monumentalidad narrativa de Bartolomé Mitre y el prolijo registro de las cuentas de José de San Martín se tocan, en este punto, bajo una misma premisa: la que sostiene que ya nada es incontable. Además de hacer la historia magna de su vida heroica, Mitre se plantea "(...) la historia interna del hombre, principio y fin de sus acciones exteriores" (CGC, 452). Nada hay, por lo tanto, del supuesto de que un gran hombre, captado en su intimidad, se muestra común y corriente, y nada hay tampoco del supuesto de que los grandes historiadores de San Martín omitieron las referencias a su intimidad o a su vida diaria. Mitre se vale del registro de gastos de San Martín para demostrar su grandeza incluso en la pequeñez de lo cotidiano. A pesar de ser una figura permanentemente asociada con el secreto, cuando se trata de abordarlo en los detalles de su intimidad, San Martín aparece como un personaje que no tiene nada que ocultar.

La expresión fría e impersonal del "lenguaje matemático" será, curiosamente, la que mejor sirva para captar a San Martín en el aspecto más personal de su subjetividad. Su registro de gastos es un inesperado catálogo de sus gustos personales: "parece que gustaba de perfumes"; "revela su pasión por las flores"; "su plato predilecto era el asado";

"su bebida favorita era el café"; "la lectura –otra de sus grandes pasiones" (CGC, 460, 461 y 473). Es en la relación entre gastos y gustos donde Mitre consigue reponer lo más personal y lo más cotidiano de la figura de San Martín. Aunque las huellas de ese universo de minucias no tengan en San Martín a un testimoniante aplicado –San Martín dice poco de sí mismo–, quedan registradas, como rastros imprevistos, en las cifras escuetas de la libreta donde contabilizaba su administración del dinero.

En la vida de San Martín, el espacio mediante el cual se escinde lo público de lo privado funciona más como un pasaje que como un corte; incluso la reserva es un rasgo que se presenta en los dos ámbitos, y por lo tanto los comunica. Todo funciona como las puertas de las habitaciones donde se aloja San Martín al llegar a Santiago de Chile, que no tienen cerradura: "El 14 de febrero de 1817 entra triunfante en la capital de Santiago (...) y es alojado en el palacio de los obispos, con escasos muebles, y con puertas que no tenían cerraduras, como que tenían poco que guardar" (CGC, 458). Lo privado está comunicado con lo público, y no separado u oculto respecto de él. El flujo del dinero marca esa misma comunicación: San Martín, que recibe su sueldo de los fondos públicos, hace un uso privado de una parte de él –sus gastos personales y una pensión para su familia– y una porción considerable la devuelve a la esfera pública bajo la forma de la donación: "Nombrado en 1812 comandante de Granaderos a Caballo, con ciento cincuenta pesos de sueldo, cedió al Estado la tercera parte de él para los gastos públicos" (CGC, 456); "(...) el Cabildo de Santiago puso a su disposición la cantidad de diez

mil pesos en onzas de oro (...). El general contestó aceptando el regalo, pero destinándolo a la formación de una biblioteca pública en Chile" (CGC, 464). Más que una libreta de gastos, la de San Martín es una libreta de ahorros: ahorra para donar y no para acumular. El dinero circula entre los gastos estatales y los gastos personales, comunica la esfera pública con la esfera privada, y sostiene a su vez la duplicidad de la representación de San Martín como un héroe sin cara oculta. Es tan héroe en su vida corriente como al cruzar la cordillera de los Andes o al vencer a los españoles en Maipú. Sus gastos personales ratifican las virtudes que se le reconocen como gobernador o como jefe del ejército: es moderado, es desinteresado. Sus pocos vicios son medidos –gasta "poco más de un real y cuartillo diario" (CGC, 462) en cigarros– o son necesarios: si emplea una partida de treinta y siete pesos para renovar el botiquín, es porque necesita la morfina: no puede conciliar el sueño sin ella. La proyección que llevaba a San Martín de padre –de Mercedes– a Padre –de la Patria–, la aplica Mitre a los asuntos monetarios, pero tomando esta vez a San Martín como hijo y no como padre. El dinero lo demuestra: el hijo de la esfera familiar será como el héroe de la esfera nacional: "(...) su madre, al enviudar, decía de él que era 'el hijo que menos costo le había traído'. Hijo barato, como después fue héroe barato a su madre cívica" (CGC, 454).

La aparición de este texto en 1878, en el marco de la conmemoración del primer centenario del nacimiento de San Martín, tiene aun otro propósito. *Las cuentas del Gran Capitán* es también un intento de saldar cuentas *con* el Gran Capitán. En los términos de un "sentido del deber"

–el ahorro, la donación, la falta de deudas–, Mitre reconoce la deuda simbólica que la Argentina mantiene todavía con José de San Martín. Pero esa deuda no sólo es simbólica. El gesto predominante de San Martín es la donación, es decir la propensión a devolver a la esfera pública el dinero que le corresponde privadamente. Más adelante, sin embargo, en su exilio europeo, se encontrará sin ese dinero que, bajo la forma de pensiones vitalicias, debían enviarle las naciones americanas por él libertadas: Argentina, Chile, Perú. Despojado así del sostén que los caudales públicos debían proporcionarle, San Martín encuentra algún auxilio económico en una fortuna privada: Alejandro Aguado, un viejo amigo personal que ahora es banquero, se decide a sacarlo de la miseria. La donación pública, que signa la vida activa de San Martín, se vuelve luego, en su retiro, deuda pública, paliada por la fortuna privada de un amigo personal. Con *Las cuentas del Gran Capitán*, Mitre se hace cargo –tan sólo en el plano simbólico, porque San Martín hace casi treinta años que está muerto– de las deudas que aún se mantienen con él. Esas deudas no pueden aplicarse, y no pueden saldarse, de otro modo que con sus restos. ¿Hay algo más simbólico, y al mismo tiempo más material, que los restos del Padre de la Patria? Esas cenizas son, a la vez, lo más terrenal y lo más sublime que pueda existir. San Martín reitera, en lo atinente a sus restos, el gesto del gran donante: dona su corazón. Así consta en su testamento, donde dice que quiere ser enterrado en Buenos Aires. Es lo que pide, pero en ese pedido también se percibe un dar, y así lo entiende Mitre: "Y además de todo esto, nos dio al morir su corazón, como un

legado de remisión y de amor que aún yace helado en tierras extranjeras" (CGC, 475). La despareja combinación de donación y deuda vuelve así a verificarse. San Martín dona su cuerpo y la Argentina le debe "los siete pies de tierra de la tumba". Siete pies de tierra argentina, se entiende, que lo rescaten de las "tierras extranjeras" donde yace "helado". Esta deuda se paga de una sola manera: con la repatriación de los restos. Mitre sigue "haciendo números": "Ese día se habrá cerrado el balance de la histórica cuenta" (CGC, 477).

Se trata de repatriar al Padre de la Patria. Si dos de los presidentes argentinos, Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento, se abocan a narrar la vida de San Martín, a otro presidente, Nicolás Avellaneda, le toca concretar el regreso al país de sus gloriosos restos. Esta deuda, que ya es simbólica, se paga, no obstante, mediante una muy concreta financiación monetaria: dinero contante y sonante, que Avellaneda se propone reunir con una fervorosa campaña pública de recolección de fondos. "En nombre de nuestra gloria como Nación, invoco la gratitud que la posteridad debe a sus benefactores, invito a mis conciudadanos desde el Plata hasta Bolivia y hasta los Andes, a reunirse en asociaciones patrióticas, recoger fondos y promover la traslación de los restos mortales de D. José de San Martín, para encerrarlos dentro de un monumento nacional bajo las bóvedas de la catedral de Buenos Aires", dice Avellaneda en un discurso pronunciado el 5 de abril de 1877, al cumplirse sesenta años de la batalla de Maipú. Puede notarse que Avellaneda está empleando todavía el mapa de tres puntos cardinales –el Plata, Bolivia, los Andes– que delineó San Martín. Faltan tan sólo dos años para la campaña al desierto de Roca.

Pasan unos cincuenta años de todo esto, y Ricardo Rojas publica el gran tratado de la santificación de San Martín. Lo comienza, como ya sabemos, planteando que quiere aplicarse al rescate del héroe humano, decidido a recuperar a José de San Martín como persona y no como estatua. Este planteo, también lo sabemos, tiene más de sofisma que de otra cosa; pero aun así, pese a todo, expresa en parte una verdad. Es cierto que Rojas va más allá que cualquiera de los otros autores del canon histórico sanmartiniano en las referencias a la vida personal del héroe. Dice Rojas que "casi toda" la materia de su libro ha sido ya previamente divulgada; las partes que agrega, y por eso dice "casi", tienen que ver más que nada con asuntos de la intimidad o de la privacidad del héroe. Rojas preserva, desde luego, los rasgos más importantes de la representación histórica de este universo más personal: la vida privada se sacrifica, como corresponde al héroe de las renuncias, o bien es contada de tal manera que queda en perfecta sintonía con los destellos heroicos de las acciones públicas. Basta con apreciar cómo se enamora Remeditos de él –"sintió el deslumbramiento en el fuego de aquellos ojos, en la mirada profunda y magnética del héroe" (SE, 85)– y cómo funciona ese romance para San Martín –"a través del corazón de su novia comunicó su ardor patriótico a las amigas de Remedios y a los amigos del padre" (SE, 88)– para advertir que, en la historia de amor, el héroe patriota no sólo no se atenúa sino que se refuerza. Podemos verlo también diletar entre mujeres amenas de la buena sociedad, pero ni aun en eso se permite Don José ser un Don Juan: "San Martín fue vinculándose con la mejor sociedad porteña, dando algunas horas de es-

parcimiento a la amenidad femenina, más bien por cálculo político que por aficiones galantes" (SE, 86). Rodeado de mujeres lo vemos otra vez más adelante, en ocasión de la entrada triunfal en Lima, aunque es en exclusiva atención al fervor patriótico que San Martín se deja rodear y abrazar por ellas. Sabemos lo que pasa en esas circunstancias, porque Mitre ya lo contaba: que del conjunto de damas exaltadas se desprende una en particular. Rojas destaca, por su parte, que esa mujer dejó a San Martín "deslumbrado por su hermosura", que el prócer "la besó dulcemente" (SE, 273), que le preguntó si estaba contenta y que la dejó perderse entre el gentío. Las dos versiones del hecho difieren: Rojas agrega un beso, que en Mitre no había, y suprime al edecán con el que San Martín ponía a esta mujer a prudente distancia. Pero, más allá de estas variaciones, lo fundamental del mecanismo narrativo se preserva inalterado: la simbiosis entre vida pública y vida privada se sostiene, aunque los datos más precisos difieran, y permite que la motivación patriótica siga siendo la causa fundamental de lo que se hace o se deja de hacer. Por entusiasmo patriótico se acercó esta mujer a San Martín; si San Martín la besó, fue por patriota, y si omitió besarla, fue por patriota también.

En *El santo de la espada,* no obstante, aumentan las referencias a los aspectos íntimos de la vida de San Martín. Rojas dice más que lo que decía Mitre, no por descubrir algo nuevo (recurre de hecho a una especie de importación latinoamericana: toma algunas cosas de la vieja biografía escrita por el chileno Vicuña Mackenna, y otras de las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma), sino por encontrar la manera de decirlas sin afectar demasiado el diáfano heroís-

mo de San Martín, que ingresa en este libro como un héroe y egresa de él como un santo. En el texto de Rojas aparece, por ejemplo, una prostituta a la que aparentemente frecuentaba San Martín en Cádiz: "Allá conoció a una mujer, a quien llamaremos Pepa la Gaditana, única silueta femenina cuyo perfil vemos pasar, sugestivamente, en la penumbra de aquellos días" (SE, 37). Esta mujer no queda registrada con su nombre real, sino con un nombre supuesto; su figura se reduce al mínimo en la descripción de Rojas, primero porque la mirada no llega a detenerla, sino que la "vemos pasar", y luego porque lo que vemos de ella es su contorno, su silueta, y aun esa silueta la vemos de perfil. Está en la penumbra, además, cosa acorde con su condición y a la vez con el período de la vida de San Martín en el que aparece. Y en cualquier caso, adquiere el carácter de excepcionalidad que se supone ha de confirmar una regla general del ascetismo sanmartiniano: es la única silueta femenina que Rojas debe mencionar, y acaso pueda entenderse que lo "sugestivo" no es solamente la forma en la que pasa, sino el hecho de que resulte un caso único en la vida de San Martín. Pero en definitiva, es la transposición a una dimensión política de todas estas marcas del mundo privado lo que termina de salvar la mención de Pepa la Gaditana en el texto de santificación de José de San Martín. Dice Rojas a continuación: "Entre los papeles del cura don Cecilio Tagle, que Vicuña Mackenna adquirió en Lima hacia 1860, se encontró una carta de mujer firmada Pepa y dirigida a un español que militaba en el Perú el año 1821. Esa mujer, 'que no podía ser sino una manola de alegre vida', según Vicuña Mackenna, decía a su corresponsal que si caía pri-

sionero le mostrase aquella carta a San Martín, dándole las señas de ella, pues la había conocido en España. Agregaba a esto, para identificarse, algunos íntimos recuerdos del tiempo en que San Martín, de guarnición en Cádiz, solía frecuentar su amistad" (SE, 37/8). El nombre supuesto, las penumbras, el sigilo, cambian de signo: pasan de los códigos propios de la "alegre vida" personal a las precauciones que, ya en un sentido político, corresponden a la entrega de un salvoconducto en una guerra conspirativa. Los recuerdos íntimos cumplen ahora una función política, ajena a la auténtica evocación personal: esta "carta de mujer" forma parte ya de la guerra en Perú, no de la vida personal del prócer. Por si algo faltara para purificar y adecentar este episodio, Rojas hace constar que la carta de Pepa la Gaditana fue encontrada entre los papeles de un cura.

Otro de los hechos de la vida privada de San Martín en el que Rojas se detiene con una particular propensión a abundar y a detallar, es el de Rosa Campusano, la amante guayaquileña de San Martín. Rojas retoma aquí la versión establecida en uno de los géneros que se pretenden alternativos a la consagración oficial, como lo son las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma, y que sin embargo se ven incorporados nada menos que en el relato de la santificación del prócer. Rojas comienza presentando la historia de Rosa Campusano por la negativa, como si fuese a refutar las versiones que la dan por cierta: "Lima había visto pocos años antes el sitio ostentoso que alcanzó la Perichole querida del Virrey Amat; y la imaginación popular o cortesana parecía gozarse ante la posibilidad de una aventura análoga aunque ajena al carácter de San Martín y a las circunstancias de su vida"

(SE, 278). San Martín sufre, según esta primera mención que hace Rojas, la misma injusticia que sufrirá luego en Guayaquil, cuando se confunda su temperamento grave y discreto con las livianas inclinaciones de Simón Bolívar; esta vez son las dudosas costumbres que había exhibido el virrey Amat las que provocan esas falsas imaginaciones que lo manchan. Sólo que Rojas, que en un principio parece orientar su relato hacia la decidida refutación de tales falsedades, acaba por conceder que la historia de los amores de San Martín con Rosa Campusano pudo tener algo de cierta. Esta concesión procura ser tentativa: "Las tradiciones de Ricardo Palma dan a entender que haya existido entre ambos una intimidad amorosa" (SE, 292); pero en realidad Palma no da a entender nada: Palma afirma abiertamente la existencia del romance, lo certifica sin dudar. Rojas se resiste entonces, tanto como puede, a dar la versión por confirmada, pero tampoco puede asumir con seguridad la certeza de una refutación. La única alternativa que le queda, en consecuencia, es tratar de salvar a San Martín de la incorrección de esta historia de amor tan irregular. El primer recurso al que apela para llevar a cabo este salvataje narrativo, es el que Mitre empleaba como principio constructivo de la privacidad del prócer: lo privado se politiza y se prestigia como servicio a la patria. La amante de San Martín pasa a cumplir, por lo tanto, una función esencialmente política: "Rosa podía ser un eficaz agente de San Martín (...)", era "(...) un instrumento de sus planes políticos ya que ella tenía influencia sobre hombres importantes del Perú" (SE, 292). El segundo recurso empleado por Rojas es el de espiritualizar el romance, elevarlo por medio de un

desmaterializador desvanecimiento de toda corporalidad: "(...) también parece que haya sido su Egeria, pues era una mujer espiritual" (SE, 292). El tercer recurso consiste en otorgarle a la aventura un carácter excepcional; de haber habido un romance, es un caso único: "Rosa Campusano ha quedado asociada a su nombre en las tradiciones peruanas, y ella es la única mujer que ha tenido ese privilegio en la singular y austera vida de nuestro héroe" (SE, 293). Curiosamente, el argumento no se debilita por el hecho de que se cite más de un caso único. El cuarto recurso consiste en salvar a San Martín por su sentido de la discreción. A diferencia de Bolívar, por ejemplo, que tendía al escándalo público, Rojas retoma a Palma casi textualmente –y en un giro típicamente peruano– para destacar la prudencia sanmartiniana: "Si San Martín pudo llegar a ser su amante, lo fue 'de tapadillo', como en el Perú se dice" (SE, 293). (Palma lo expresaba así: "San Martín, antagónico en esto a su ministro Monteagudo y al Libertador Bolívar, no dio en Lima motivo de escándalo por aventuras mujeriegas. Sus relaciones con la Campusano fueron de tapadillo").

El propio relato de Rojas, podría decirse, se impregna del carácter que destaca en San Martín: disimula, se pone discreto, evita alborotos; se vuelve, él mismo, rumor y conjetura; da cuenta del episodio de Rosa Campusano, pero sabe no incurrir en el escándalo. Ahora bien: las cuestiones de la vida privada de San Martín no siempre quedan en esta zona imprecisa de penumbras y suposiciones. A menudo, las versiones son consideradas por Rojas como decididamente falaces, y por lo tanto se computan como infamias. En este punto, la referida necesidad de resarcir a

San Martín de la maledicencia de sus contemporáneos y de su prolongación en la posteridad, funciona de la misma manera que funcionaba en el plano de la acción pública. El mandato del desagravio se repite ahora, y Rojas lo asume enfáticamente. Dice por ejemplo: "La vida conyugal de San Martín ha sido tema de leyendas calumniosas que nacieron en los días del odio contemporáneo y que han mantenido hasta hoy, con imperdonable ligereza, los rapsodas de la murmuración (...), y es una caballeresca satisfacción para el actual narrador de su vida, demostrar lo que hay de falso en aquellas especies" (SE, 352).

El más terrible de los agravios que afectan el buen nombre y honor de José de San Martín no radica, bueno es saberlo, en una puesta en cuestión de su propia rectitud conyugal, sino en una puesta en cuestión de la rectitud conyugal de su esposa Remedios. La calumnia que Rojas sale a desautorizar, con tanta energía como consternación, presume la ocurrencia de algún inconcebible desliz por parte de la buena de Remeditos. Lo paradójico es que la fuente de la que surge esta tan descarnada infamia es una carta escrita por el propio San Martín. Efectivamente, en una carta que le dirige a Guido allá por 1819, el héroe expresa con sequedad: "dirá V. que nací para ser un verdadero cornudo". Para despejar el dilema del honor o deshonor del Padre de la Patria, Rojas reproduce el texto y plantea un problema de interpretación. La frase es esa, admite, pero arguye que fue interpretada maliciosamente por los enemigos de San Martín, sacada de su contexto original para hacerle decir lo que en verdad no dice. Rojas incorpora las cláusulas precedentes y subsiguientes a la

conflictiva afirmación, recontextualiza y por ende reinterpreta el sentido de la frase: no es a su vida de matrimonio a lo que San Martín se refería, sino a lo complicada que veía su situación al frente del ejército, planificando la campaña a Perú en momentos en que se avecinaba el estallido de la guerra civil en Argentina. Que por esos mismos días Remedios dejaba Mendoza y regresaba a Buenos Aires es, para Rojas, una coincidencia irrelevante. Lo único que hay que ver en eso es un nuevo acto de sacrificio por parte del héroe. En una verdadera proeza hermenéutica, Rojas defiende la idea de que la expresión "cornudo", que es de por sí una expresión figurada, ha sido utilizada a su vez en sentido figurado. También aquí Rojas hace, con su lectura de la carta, lo mismo que San Martín hace en su vida: postergar lo familiar para privilegiar la gesta de la Independencia, sólo que aquí lo hace en un nivel netamente semántico; relega el sentido hogareño y conyugal de la expresión "cornudo", para colocar en primer plano un metafórico sentido político y militar.

Los otros momentos de indignado desagravio por parte de Ricardo Rojas se refieren a la sagrada paternidad del Padre de la Patria, y también en este terreno *El santo de la espada* avanza más allá de lo que lo habían hecho los textos precedentes de la canonización sanmartiniana. Lo que en este caso se sospecha de San Martín es que ha tenido otros hijos, hijos a los que no reconoció. El santificador está sin dudas en aprietos, porque su santo también lo está. Rojas comienza por consignar que los calumniadores "...sospecharon de infidelidad a la ejemplar esposa del ausente, y dijeron también, para vejarla del todo, que el esposo, asimismo adúl-

tero, había tenido un hijo mulato, idéntico a él, en la negra Jesús, esclava de su señora" (SE, 366). Es notable que en su respuesta Rojas prácticamente no argumenta ni presenta prueba histórica alguna, que es como habitualmente se replica a los agravios dirigidos contra San Martín. Rojas más bien apuesta al efecto retórico de la sola indignación moral: "(...) ninguna cosa de su fama salió ilesa o sin mancha, bajo el baboso y colmilludo hocico de sus calumniadores" (SE, 366). Menciona, sin que se advierta por qué habría en eso una desmentida concluyente, que San Martín inscribió en la tumba de Remedios la palabra "amiga". Y en todo caso, confía en que la idea de que San Martín haya tenido un hijo con una esclava negra resulte increíble de por sí. No deja de ser inquietante que San Martín, que no tuvo hijos ni nietos varones argentinos, pueda haber tenido aquí un hijo "idéntico a él". Pero si ese niño, como se dice, era mulato, toda refutación de la condición de mulato del propio San Martín valdrá como comprobación de que esta presunta paternidad es falsa, o al menos que es falsa como clonación de San Martín.

Existe aun un segundo caso de sospecha sobre la paternidad de San Martín. Se trata del hijo que tuvo Rosa Campusano. Esta aventura amorosa quedaba, para Rojas, en una dudosa penumbra: Rojas le concedía a San Martín el beneficio de la duda. Pero cuando se trata del presunto hijo limeño, no hay duda posible para Rojas, porque aquí la duda no puede representar más que un perjuicio. La refutación tiene que ser, ahora sí, terminante y definitiva. Que a Rosa Campusano le dieran por sobrenombre "La Protectora", podía significar algo; pero la aplicación del apodo correspondiente al niño –se *le dice* "El protector", porque

se dice que es hijo de San Martín– no significa nada, no puede significar nada: "(...) ella tuvo años después un hijo que por su edad no podía ser de San Martín, pero al que en la escuela llamaban 'El protector', con disgusto del muchacho por el apodo" (SE, 293). Más vale que Rojas saque cuentas concluyentes sobre la edad de este chico, porque la mención de su disgusto nada prueba: el niño podría indignarse porque lo que le están diciendo es mentira, pero también podría indignarse porque lo que le están diciendo es verdad. En cualquier caso, Rojas es quien se toma el trabajo de despejar el camino de paternidades innobles, para luego poder abocarse enteramente al relato de la educación de la pequeña Merceditas: Mercedes, hija reconocida y oficial, bautizada por el mismo cura que había bendecido la bandera de los Andes, tendrá la exclusiva función de condensar y resumir en sí misma el imaginario de la figura paterna que, a partir de ella, se proyecta hacia todos los argentinos.

Es evidente que, para hacer de San Martín un santo, Rojas no precisa denegar sus eventuales traspiés de pecador. Puede que deba sobrellevarlos con alguna dificultad, puede que deba emprender un trabajo de redención más o menos esforzado y más o menos convincente; pero, en cualquier caso, no tiene que suprimirlos, el mero ocultamiento no es su método. Queda claro por fin que "el héroe humano" no falta en los textos de consagración histórica: allí están su vida diaria, sus gustos personales, su cotidianeidad, su leve minucia, allí están también su trato con putas, su amante estable, sus hijos ilegítimos. Las promesas humanizadoras quedan así expuestas en su falacia, no bien se lee a Mitre o a Ricardo Rojas. Que tales prome-

sas de "rescate humano" se cumplan o no, ya no es lo que más importa, porque en realidad no hay nada que reponer, no hay nadie a quien rescatar. El hombre "de carne y hueso" existe ahí, en los grandes relatos que lo erigieron para la estatua y el bronce. Todo eso que se supone retaceado, en verdad ya está dicho en los relatos de la historia. Está también, por supuesto, debidamente salvado, o disculpado, o amortiguado, o compensado, o reconvertido lisa y llanamente en plena virtud. Pero en definitiva, la vida privada de San Martín consta, incluso en sus ribetes más delicados, en la *Historia...* de Mitre y, sobre todo, en *El santo de la espada* de Ricardo Rojas. No es esa, por lo tanto, la vía por la que se podría avanzar en una reformulación de su condición heroica, ni mucho menos en una revisión cuestionadora de su jerarquía suprema de Padre de la Patria. Si existe una "estatua de bronce", como de hecho existe, para adorar a San Martín, no está meramente "enchapada": es de bronce hasta la médula. Nada se gana entonces con horadarla, si lo que se quiere es descreer del mito heroico. Y si existe un "hombre de carne y hueso", como de hecho también existió, no hay que sonsacarlo de alguna recóndita vida cotidiana e íntima que la historia "oficial" pueda haber desalojado: se está pagando el rescate de un secuestro que nunca existió. Basta con asomarse a las páginas de la heroificación de San Martín –las de Mitre, las del relato histórico, aunque no las de las simplificaciones escolares– para encontrarlo en el error, tropezando dos y hasta tres veces con la misma piedra, y sin embargo erigido como héroe; y basta con asomarse a las páginas de la santificación de San Martín –las de Ro-

jas, las del ensayo histórico, aunque no a las imágenes de la adaptación al cine– para encontrarlo turbio, irregular, disoluto, y sin embargo sublimado como santo.

Errores, vacilaciones, imperfecciones, debilidades, amoríos, escarceos, dobles vidas: no es esa la parte delgada del hilo de San Martín. No es ahí donde se corta. El héroe perfecto es héroe también en la imperfección, el santo de la espada es santo también sin esa espada. Por eso Mitre puede contar las equivocaciones, aunque se preocupe por enmendarlas, y por eso Rojas puede contar los deslices, aunque se preocupe por desmentirlos o al menos, cuando no puede desmentirlos, por mitigarlos. El hilo no se corta por ahí: la estatua del prócer apenas si ha tambaleado. El héroe quedó tan inmutable como se lo ve en los billetes o en las estampillas. Pepa la Gaditana y Rosa Campusano figuran en *El santo de la espada*; es decir que se puede ser héroe también con vida erótica (habría que preguntarse, más bien, si es posible lo contrario).

Con o sin erotismo, San Martín es el paladín de la identidad nacional. No cualquier héroe, sino un héroe de la nación, un héroe argentino. De la argentinidad se nutre, pero a la vez él mismo la nutre: la funda, la define, la representa, la encarna y la espiritualiza, la consagra. Expresa lo que fue y lo que es, lo que es y lo que debe ser. San Martín se preserva incólume, tan héroe como siempre, o hasta más héroe que nunca, toda vez que se mantenga intacto ese principio de articulación primordial entre su esplendor de héroe y la identidad nacional que le da sentido a ese heroísmo. Si esta consagración histórica de tan notable eficacia puede quebrarse, no sería más que en este punto: en la

interrupción del circuito de retroalimentación entre San Martín y la argentinidad, su mutuo hacerse. Para lograrlo, habría que poner en cuestión ese mismo conducto que permite los traspasos, revisar el enlace de hierro que sella la unión de San Martín y lo argentino, lo que los hace inseparables, lo que los funde hasta la identificación absoluta. Se podría discutir esa sutura (ni siquiera habría que refutarla, bastaría con discutirla) que hace de San Martín el representante por excelencia de la identidad nacional. Pero también se podría dar incluso un paso más, preservando ese vínculo de representación y necesariedad, para interponer algún descreimiento a la firmeza de la fe en lo nacional (lo que implicará también a San Martín): esgrimir al menos la duda de que el tesoro de valores acuñados por y para la identidad nacional albergue una legítima trascendencia a la que haya que entregarse con entusiasta sumisión.

El heroísmo de San Martín no se verá percudido por la sola mirada indiscreta que quiera fisgonear su vida íntima, mientras el aura de la argentinidad como fundamento no sea tocado. Así se verifica en Rojas, y no porque Rojas se adentre en estos asuntos tan delicados con cierto comprensible pudor; porque se puede ser incluso obsceno (hay un libro que lo es: *Los amores ocultos de San Martín*, de José Luis Thomas) y el héroe sigue siendo héroe, toda vez que el cimiento de la argentinidad persiste y se ve confirmado. Cuando la vida erótica de San Martín es contada, pero fuera de las garantías que ofrece el paradigma argentino, entonces sí vemos a nuestro prócer tropezar, y además de tropezar caer, y además de caer ya no levantarse. Es eso lo que sucede en una novela declaradamente

erótica, *La esposa del Dr. Thorne*, que escribió un autor venezolano, Denzil Romero. Esta novela obtuvo el X Premio "La sonrisa vertical" en España en 1988, desatando un considerable escándalo en Ecuador (con réplicas indignadas de la Sociedad Bolivariana de Ecuador y el Instituto Manuela Sáenz de Quito) y en Venezuela (incluyendo un desagravio a Manuela Sáenz por parte de la Academia de Historia de Venezuela). La novela, claro está, gira en torno de la que fuera compañera de Simón Bolívar y acabó por verse reconocida, ella misma, como heroína nacional. San Martín no ingresa en el texto sino en segundo plano, como personaje literalmente secundario. Lo que más importa aquí es Manuela Sáenz, y lo que más importa de Manuela Sáenz es su abundante vida sexual. La profusa lista, que encabeza Bolívar, incluye asimismo por ejemplo a su propio hermano, a curas y monjas, o a un regimiento completo del ejército; incluye a José de San Martín, si bien en relaciones "breves y esporádicas", e incluye además a Rosa Campusano, la amante de San Martín (según sabemos por Rojas).

Por medio de un procedimiento muy frecuentado, que Denzil Romero no deja de emplear, lo privado se impregna de lo público, la intimidad encuentra su sentido en la política, la gesta erótica se concibe como gesta patriótica (se dice de la protagonista que "descubre una continuidad entre el eros y la política, la sexualidad y el poder"). El sexo y la patria piden lo mismo: actos de entrega, y los personajes no escatiman nada. Pero Manuela Sáenz, en la versión de Denzil Romero, provoca, también en esto, una sensible alteración, cuando invierte el orden habitual de los términos comparativos, la erótica definida en términos po-

líticos, y dispone la comparación en sentido opuesto, la política definida en términos eróticos. Esta fórmula modificada la aplica nada menos que a la entrevista de Guayaquil, presentada como "un coito entre los dos grandes hombres". Ninguna de las variantes del erotismo literal que practica Manuela Sáenz resulta tan inquietante como esta audacia de erotismo metafórico, que involucra ni más ni menos que a San Martín y a Bolívar, y que imprime otras resonancias a los tópicos del enigma de Guayaquil y su secreto de encuentro a solas. ¿Qué papel jugó cada uno en este "coito"? Nada se dice. Pero sí se dice cómo fueron las cosas entre las dos mujeres, la amante de uno y la amante del otro: Manuela Sáenz resulta, en términos de Romero, la más viril, y a Rosa Campusano le tocó quedar en "actitud pasiva".

Si San Martín aparece, en *La esposa del Dr. Thorne*, como personaje secundario, es porque tiene menos incidencia en la trama que Manuela Sáenz, la protagonista, pero también que Rosa Campusano y que Simón Bolívar. No obstante su lugar de "actor de reparto", San Martín asume, en cierto sentido, una importancia de primer orden (¿no ocurre acaso en *Gaspar Ruiz*, la novela de Joseph Conrad, que, entrando apenas en escena, San Martín es quien resuelve todos los conflictos y que, en cuanto sale de escena, vemos resurgir el caos?). *La esposa del Dr. Thorne* se rige por un criterio claro: el de la sexualidad como acumulación cuantitativa. De acuerdo con este enfoque, que ve en lo mucho lo bueno, Manuela Sáenz luce una foja de servicios sin parangón. En lo que hace a la figura elemental que compone la novela, una figura de cuatro vértices: los dos próceres y sus dos amantes, Manuela alcanza una valencia de tres: ha

intimado con Rosa Campusano, con Bolívar y con San Martín. Ocurre, curiosamente, que, siguiendo este criterio, que es un criterio validado por el texto, San Martín, en tantos sentidos situado a la zaga, queda aquí a la par de la protagonista. Su valencia erótica también es triple: contiene a Rosa Campusano (porque es su amante), a Manuela Sáenz (aunque en coitos esporádicos) y a Simón Bolívar (aunque en coito metafórico). En la novela así encarada, la figura de San Martín adquiere importancia definitoria.

Fuera de esto, su estampa heroica va quedando, a lo largo de la narración, progresivamente devaluada. Evidentemente ya no cuenta con el cobijo inviolable del horizonte argentino. Su gobierno en Perú no luce aquí por la austeridad, ni es asumido en un acto de sacrificio. Su comportamiento en Guayaquil difiere bastante de la modestia y el desinterés que, en los relatos vernáculos, encomian su altura moral. Denzil Romero lo muestra ambicioso (pero perdedor), perfectamente dispuesto a usar a sus tropas para ejercer presión sobre Bolívar (sólo que Bolívar, firme, no se deja intimidar). Ya en el rubro de la intimidad, Romero trama su novela de manera tal que el romance de San Martín con Rosa Campusano da comienzo, no en la distante Guayaquil, con Remeditos lejos, sino en pleno Buenos Aires, con Remeditos cerca. Las eventuales disculpas por la ausencia familiar o por las atendibles penas del que está solo, no corren en este relato. Si los amores de San Martín con Rosa Campusano transcurren "de tapadillo" (Denzil Romero también cita a Ricardo Palma), ya no es por las virtudes de la discreción de que hace gala el héroe argentino, sino, mucho menos decorosamente, porque su

esposa anda cerca y parece conveniente no levantar la perdiz.

No es el erotismo de por sí lo que afecta, en la explicitación que este género auspicia, el heroísmo sanmartiniano. Lo demuestra la vigencia del heroísmo de Bolívar y el heroísmo de Manuela Sáenz, igualmente permeables a los avatares de la vida amorosa en *La esposa del Dr. Thorne* (es lo que no entendieron, por exceso de celo, los desagraviantes miembros de la Sociedad Bolivariana y el Instituto Manuela Sáenz). No es el sexo explícito lo que atenta contra la integridad heroica de San Martín (más explícito es el libro de José Luis Thomas, y el héroe sale doblemente reforzado de esa historia), sino su "rendimiento" en este rubro: los sentidos que produce la figura de cuatro vértices, donde San Martín se expone al máximo con su valencia de tres. Con Bolívar ya sabemos que le toca perder. En esta versión de la entrevista, que es la del coito metafórico, no cuenta siquiera con el atenuante de la superioridad moral, ya que no sólo no renuncia a nada, sino que guapea con sus tropas. Pero además de este encuentro, que es sexual en sentido figurado, *La esposa del Dr. Thorne* expone las peripecias de la sexualidad en sentido literal (obtuvo un premio de literatura erótica, no de literatura alegórica). Aquí, quien puede comparar a los dos héroes es Manuela Sáenz. Ella es la que pergeña la metáfora sexual para definir la entrevista de Guayaquil y es la que asesora a Simón Bolívar, de cara a esa entrevista, en base a lo que sabe de San Martín por haber tenido trato íntimo con él. Por eso es quien puede luego revertir el mecanismo y retraducir un enfrentamiento "entre los dos grandes hombres" a un lenguaje específicamente sexual.

¿Quién más que ella podría hacerlo? Ha mantenido relaciones con uno y con otro, además de ser la amante de Bolívar y la mejor amiga de la amante de San Martín. Puede comparar, y de hecho compara. Y su veredicto es tan inapelable para la calificación de los dos próceres, como hiriente para el orgullo argentino (para el machismo argentino, sobre todo). A Bolívar le otorga el apreciado título de "trípode". En tanto que San Martín tan sólo le inspira una queja desolada, porque "además de su frialdad exterior, su hermetismo y su falta de fuego, tenía eyaculación precoz".

Consternación argentina: la frialdad exterior y el hermetismo, ¿no eran acaso dos virtudes sanmartinianas que daban lustre a su perfil? Tal vez lo sean, y Manuela Sáenz esté equivocada.

Escándalo argentino: ¿"falta de fuego"? José de San Martín, ¿falto de fuego? Un déficit irremontable para un hombre de armas, lo mismo que para un hombre a secas. Imposible intentar una recuperación virtuosa.

Debacle argentina: ¿"eyaculación precoz"? José de San Martín, ¿eyaculador precoz? El juicio femenino es lacerante. ¿A eso se refería entonces el narrador de la novela, al decir que las relaciones entre ambos fueron "breves"? El desmedro sexual, aunque cruento, no es, con todo, la peor de las alternativas. La peor de las alternativas sería esta otra: aplicar al fallo de Manuela Sáenz la traducción a la significación política que ella misma ensayara. ¿Habrá que vislumbrar entonces, en las palabras de esta tan disipada mujer, la motivación profunda de que San Martín, tras la entrevista con Bolívar, de la ciudad de Guayaquil, de Perú después, y por fin de América misma, se fuera tan rápido?

El héroe en el panteón: San Martín y Belgrano (en versión de Mitre)

Las narraciones de otras vidas enmarcan el relato de la vida de San Martín. Juan María Gutiérrez, por ejemplo, redacta una "Biografía de D. Bernardino Rivadavia" en 1857, con motivo de la repatriación de sus restos (Rivadavia había muerto en Cádiz doce años antes). Y Sarmiento despliega dos sagas en su obra, la de las biografías morales y la de las biografías inmorales, y aunque las segundas tienden a salirle más vigorosas, los textos que le dedica a San Martín ocupan un lugar de relevancia entre las primeras.

Mitre es particularmente preciso en lo que hace a narrar esa vida entre otras vidas. Sus dos grandes obras, la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* y la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, verdaderas matrices de confección de héroes nacionales, no sólo se suman, sino que se articulan. Los hechos de la historia disponen de por sí una imbricación semejante, toda vez que Belgrano y San Martín se cruzaron realmente en sus respectivas trayectorias. Pero además de las apariciones que por necesidad cada uno tiene en el relato de la vida del otro, Mitre trabaja narrativamente un principio

de articulación dialógica entre los dos próceres. Por lo demás, en las sucesivas reediciones de ambas obras, las puso a dialogar concretamente, mediante surtidas referencias mutuas que convirtieron en alternancia lo que en principio era tan sólo precedencia (la *Historia de Belgrano* apareció unos treinta años antes que la *Historia de San Martín*, pero sus versiones se fueron ampliando y enriqueciendo, y la reescritura de una terminó enredándose con la escritura de la otra).

El panteón nacional propone a los argentinos un conjunto de hombres célebres: es un espacio colectivo habitado por grandes individualidades. San Martín lo preside, pero no por presidirlo deja de integrarlo. Su figura pertenece al conjunto y se inserta entre otros próceres, su vida es contada con otras vidas. La santísima trinidad es la consabida, la de los feriados y los actos escolares: José de San Martín, Manuel Belgrano y Domingo Faustino Sarmiento (el Padre de la Patria, el Creador de la Bandera y el Padre del Aula). Belgrano es sin dudas quien podría llegar a verse equiparado con San Martín; de hecho, es el primero que se le agrega no bien la expresión "Padre de la Patria" es reformulada en el plural "Padres de la Patria". Mitre ha escrito la vida de ambos: es, de alguna manera, su gran autor.

Belgrano accede, como San Martín, al preciado don de la inmortalidad: "...jamás una gloria más pura ni más modesta se había modelado en el bronce de la inmortalidad" (HB, III, 433), dice Mitre. No muere, como San Martín, en el exilio (en más de un sentido, Belgrano es, respecto de San Martín, un héroe de cabotaje), pero muere en la pobreza y el abandono, en la soledad de la indiferencia y de la ingratitud general, y también de esta muerte debe

ser redimido a través de una "resurrección histórica". Para ser inmortal, no obstante, el héroe no está, como ya sabemos, obligado a ser perfecto: la infalibilidad no se cuenta entre los requisitos exigidos para aspirar a la vida eterna. Por eso Mitre no tiene que ahorrarle, tampoco a Belgrano, un impiadoso señalamiento de errores y deficiencias. Donde más abundan las críticas de Mitre es en la esfera de la acción militar de Belgrano, pero también apuntan a sus inclinaciones monarquistas, a sus endebles opiniones sobre las razas africanas como perjudiciales para el adelanto de la industria, y a determinados aspectos de su temperamento personal donde anidan "algunas pasiones rencorosas" (HB, I, 349) más bien reprochables.

Claro que, de las pasiones rencorosas de Belgrano, Mitre dice que son "lunares, que contrastaban con sus grandes calidades", y con respecto a las dudosas opiniones sobre los africanos, se lamenta: "Lástima es que tan bellas páginas tengan un borrón que las afee" (HB, I, 362). De manera que, con el conocido recurso de una mancha encontrada en la página más blanca, comienza la correspondiente recuperación de Manuel Belgrano. Tal como pasa al contar a San Martín, las equivocaciones se atenúan, o se compensan con aciertos, o se reconocen y se corrigen, o son generalizadas como traspiés en los que incurren todos los grandes hombres. Por lo que, en más de un caso, el patriotismo de Belgrano acaba por verse reforzado por ciertas falencias evidentes; sobre todo, el hecho de haber asumido responsabilidades militares sin contar con la formación específica necesaria redunda en el elogio de su patriótico sentido del deber. Hay un mérito mayor en asumir ese deber sin estar perfectamen-

te preparado, y esta abnegada disposición al sacrificio es el rasgo primordial en la representación consagratoria de Manuel Belgrano. Algunas de las características que explican sus errores lo ponen, paradójicamente, al borde del elogio. Cuando Mitre señala, por ejemplo, "la inocente credulidad de Belgrano" (HB, II, 140), o habla de "el alma candorosa de Belgrano" (HB, II, 19), lo hace para objetarle sus desaciertos militares al no ser implacable con los realistas o sus extravíos políticos al sostener proyectos de monarquía en América; pero esa inocencia, esa credulidad, ese candor, definen a la vez al héroe moral, cuyo idealismo puede llegar a ponerlo demasiado por encima de la realidad de su tiempo y, por eso mismo, a dejarlo fuera de lugar: No por nada Mitre habla de su "quijotesca generosidad" (HB, II, 140)).

Mitre practica con Belgrano, como lo haría en la página final de la *Historia de San Martín*, una forma muy peculiar de elogio, colmada de reticencias a las que sólo en la conclusión se opone un "pero". Es en el discurso pronunciado en la Plaza de Mayo el 24 de septiembre de 1873, en ocasión de inaugurarse allí la estatua ecuestre de Belgrano, que Mitre ensaya este encomio extrañamente asediado por la resignación y el descarte: "No era un general del genio de San Martín, ni un economista del alcance de Vieytes, ni un jurisconsulto de la ciencia de Castro, ni un tribuno de la elocuencia de Castelli, ni un escritor del temple de Monteagudo, ni un pensador de la profundidad de Moreno, ni un político de la talla de Rivadavia (...); pero fue todo eso en la medida de sus facultades" (HB, III, 434). Se trata de una ocasión esplendorosa, es la conmemoración del sextuagésimo aniversario de la batalla de Tucumán, la esta-

tua de Belgrano se erige (hasta hoy) en un lugar insuperable de la ciudad de Buenos Aires, dos grandes figuras hacen uso de la palabra: Bartolomé Mitre (el último presidente) y Domingo Sarmiento (el presidente en ejercicio), Mitre sabe que están "consagrando así su inmortalidad, al legar su imagen a los venideros" (HB, III, 433), y ni siquiera en tales clamorosas circunstancias puede la consagración de los héroes nacionales escapar de la regla del "a pesar de".

Desde la perspectiva narrativa de Mitre, San Martín y Belgrano se emparentan. Ambos brillan por su sentido de la disciplina: "(...) los dos poseían ese espíritu de orden y disciplina, peculiar a los genios sistemáticos" (HB, II, 211). Ambos prescinden de las intervenciones políticas partidarias: "(...) ajenos los dos a los partidos secundarios de la revolución, sin ser indiferentes a la política interna" (HB, II, 211). Ambos tienen sensibilidad para el arte: "con gustos artísticos uno y otro, pues Belgrano era músico y San Martín aficionado a la pintura" (HB, II, 212). Los dos comparten la virtud de la modestia, rasgo que se manifiesta en el uso de botas o de casacas remendadas; pero comparten también la debilidad de la inclinación monárquica. La Revolución de Mayo constituye, para uno y para otro, un momento de "conversión": así como San Martín, en tanto militar, se pasa de un ejército al otro, Belgrano "deja de ser el oscuro colono de la España, y pasa a ser el ciudadano ilustre de un pueblo libre" (HB, I, 284). Esta conversión no implica, para Belgrano, un "regreso a la patria", como sí lo fue para San Martín, y en esto se advierte otra vez que su figura suele quedar más acotada a la dimensión de lo argentino. Lo mismo ocurre con las respectivas

muertes: ambos merecen un rescate póstumo, pero mientras que Belgrano muere en Buenos Aires, el exilio sanmartiniano obliga a la repatriación de sus restos desde Europa.

Equiparados en sus respectivas caracterizaciones, San Martín y Belgrano actúan en una especie de correlato que no necesita ser premeditado, porque es obra de la providencia: "Por una coincidencia que podría llamarse providencial, al mismo tiempo que Belgrano trabajaba en favor de aquellas ideas, otro hombre más poderoso y de más claras vistas políticas cooperaba en su triunfo. Este hombre era San Martín" (HB, II, 273); pero además puede ocurrir que sí se lo premedite, y en ese caso, las líneas paralelas se vuelven asintóticas, y el punto en que se tocan es Yatasto. Hay que considerar, de todas maneras, que si la constitución de un panteón de héroes nacionales requiere una articulación, y no una mera sumatoria, la consagración de José de San Martín y de Manuel Belgrano no consiste sólo en ponerlos a la par, uno junto al otro, sino en conseguir que cada uno se constituya *a través* del otro. Mitre propone entonces el entrecruzamiento de un didacticismo mutuo, por el cual, mientras San Martín es el maestro de una nueva escuela militar en la que Belgrano "recibía modestamente las lecciones del nuevo general" (HSM, I, 234), Belgrano es, a su vez, "su maestro en abnegación" (HSM, I, 235) y aquel que "enseñaba a San Martín que la guerra no sólo había de hacerse con las armas, sino también con las fuerzas morales" (HSM, I, 236). De manera que Mitre guía su representación articulada de San Martín y de Belgrano por un principio de complementariedad. San Martín y Belgrano son, como héroes nacionales, complemen-

tarios. Por eso Mitre, en el momento de la consolidación de un altar de la patria, necesita la mediación de la figura de Belgrano para narrar a San Martín, así como necesita la mediación de la figura de San Martín para narrar a Belgrano. Los dos próceres se completan el uno al otro, o se cubren mutuamente en las zonas de debilidad, precisamente porque son diferentes aun en su equivalencia: "grande cada cual a su manera, se ayudaban y completaban mutuamente sin hacerse competencia" (HB, II, 212). El contraste entre los dos héroes divide campos con escrupulosa prolijidad: San Martín "había nacido para la guerra" y exhibía tanto "un temperamento varonil" como "una voluntad inflexible"; pero, a cambio de su mayúscula pericia militar, era "más soldado que hombre especulativo" y fue "político por necesidad y por instinto más que por vocación". Belgrano, en cambio, es "débil de cuerpo, blando y amable por temperamento", si se mete a militar es "contrariando los sentimientos tiernos de su corazón", y en todo caso suple sus falencias como general con su "habilidad como diplomático", buscando una solución en el rubro político a lo que fue un tropiezo, cuando no un descalabro, en el rubro bélico (HB, II, 212).

La doble consagración consiste en que, tanto para San Martín como para Belgrano, hay un plano en el que brillan por su eficacia, y otro en el que, precisamente por no ser diestros, brillan por la abnegación con que se entregan a una tarea impropia. Lo que se complementa son los respectivos planos: San Martín, soldado más que político, asume el rol político "por necesidad"; Belgrano, por su parte, hábil diplomático, se entrega por sacrificio

a la función del general, para la que carece de competencia. Cada uno detenta entonces las cualidades de las que el otro carece; cada uno hace lo que el otro no hace, o, en todo caso, cada uno hace bien lo que el otro hace mal. Hay así una zona de pericia y una zona de impericia; la de impericia se salva en términos de abnegación y sacrificio. Pero además, al articular la representación de San Martín y la de Belgrano, al contar a uno a través del otro y convertirlos a cada uno en maestro del otro, Mitre salva la zona de impericia mediante la complementariedad de ambos héroes: los dos cooperan sin competir, y así cubren mutuamente su respectiva incompletitud.

Este ajustado principio de complementariedad entre los dos más grandes héroes de los argentinos es transpuesto por Mitre, en una formulación decisiva, a los términos de una nítida delimitación territorial: "(Belgrano), reducido a la condición de entidad negativa en cuanto a la propaganda exterior, contrae sus esfuerzos a dominar el desorden interior, lucha con el desorden y lo neutraliza hasta cierto punto, mientras San Martín triunfa más allá de las fronteras" (HB, II, 287). Tal como lo expresan los respectivos títulos de las obras, la singularidad de la vida de Belgrano se proyecta a la dimensión de la Independencia argentina, mientras que la singularidad de la vida de San Martín se proyecta a la dimensión de la emancipación sudamericana. Las fronteras delimitan áreas de acción: la de Belgrano se circunscribe al territorio argentino, la de San Martín se expande más allá. Aunque cae en un reprochado involucramiento en la guerra civil argentina, de la que San Martín atina a salvarse por medio de un loable

acto de desobediencia, Belgrano quiere contrarrestar, en definitiva, lo que amenaza con ser la disolución interna del país. Con lo cual le da, de alguna manera, un respaldo a la campaña libertadora que San Martín está llevando ya rumbo a Perú. San Martín, a su vez, se convierte por ello en el continuador de la obra de Belgrano: es el que la expande y le otorga dimensiones continentales, en la medida en que lleva al triunfo el símbolo que Belgrano había creado: "(...) la independencia era ya un hecho indestructible, y la bandera que la simbolizaba iba a ser paseada en triunfo por toda la América del Sud, sostenida por el robusto brazo de San Martín" (HB, II, 387). Los próceres, además de complementarse, se completan: uno continúa al otro. Por esta continuación San Martín supera a Belgrano, con ese mismo salto de nivel que supone pasar de lo argentino a lo continental; pero al mismo tiempo contribuye a consolidar su gloria, porque la retoma y la potencia, la lleva a la cumbre de la victoria final. Mitre lo define con absoluta precisión: "San Martín es el nuevo combatiente que baja a la palestra a continuar con más grandeza y con más acierto la tarea encomendada antes a Belgrano" (HB, II, 287). Su mérito fundamental, como narrador de la historia, es haber podido plasmar esta definición en la configuración de los héroes de sus dos grandes obras, haciendo de la sola definición un verdadero principio constructivo.

El héroe en el panteón: San Martín y Sarmiento (en versión de Rojas)

Ricardo Rojas también se ocupa de Belgrano, pero lo hace de un modo más somero y con la motivación externa de un acto de conmemoración del centenario de su muerte. A través de Belgrano, Rojas puede articular igualmente su concepción integradora de la identidad nacional: la madre de Belgrano es criolla; el padre es un italiano que se naturaliza español y al que los criollos le castellanizan el apellido. De manera que también a Belgrano le cabe la comparación con "aquel mestizo Garcilaso", y su historia familiar resume con justeza la secuencia que Rojas dispone para la conformación de la argentinidad: primero una base criolla, y luego la castellanización de los italianos. Por lo demás, también Belgrano, al igual que San Martín, adquirió su formación (como letrado, no como soldado) en España, lo que enciende una vez más las pasiones del hispanismo de Rojas: "Fue de España, señores, de donde Belgrano trajo ese caudal de ideas y de ideales con que entró en la revolución. Tiempo es ya de decirlo, hoy que aparecen felizmente borradas las aversiones que engendró la guerra".

De todas formas, y más allá de ese breve texto preparado para el homenaje centenario, no es a Belgrano a quien Rojas dedica su otra gran biografía de héroe nacional. El complemento de *El santo de la espada* es, en la obra de Rojas, *El profeta de la pampa*. Rojas escribe la vida de San Martín para salirle al cruce, en 1933, a las estridencias marciales del militarismo alentado por el orden político del momento; y escribe la vida de Domingo Sarmiento, en 1945, para salirle al cruce al *raid* de justicia por mano propia del revisionismo histórico, no menos acorde con el panorama político que ya comenzaba a imperar.

En ambos casos, se percibe un mismo impulso: por un lado, escribir y publicar contra la corriente (por una extraña paradoja, *El santo de la espada* y *El profeta de la pampa*, dos columnas del templo sagrado de la historia oficial, aparecen inicialmente vigorizados con el gesto de la oposición); por otra parte, contando a San Martín o contando a Sarmiento, Rojas está queriendo siempre proponer una versión de la nacionalidad donde reinan la armonía, la inclusión de todos y la falta de conflictos. (otra paradoja: para hacer que esta versión sin conflictos prevalezca, los libros de Rojas tienen que librar conflictos diversos en distintos frentes: el del Instituto Sanmartiniano, con *El santo de la espada*; el del revisionismo, con *El profeta de la pampa*; el del bolivarismo, con *La entrevista de Guayaquil*).

La visión pacífica de una argentinidad conciliada le resulta a Rojas más costosa, más forzada, cuando se trata de Sarmiento: el propio personaje le ofrece resistencias. ¿Cómo hacer de esa vida de militancia anti-hispanista la expresión del rescate de la tradición española? La versión que da Rojas

de un Sarmiento castizo parece imponerse, una y otra vez, en contra del propio Sarmiento: "La teoría literaria de Sarmiento era peligrosa, y sólo útil para un escritor de talento como él y que además llevaba lo castizo en la sangre. A pesar de su atropellada mención de Cervantes, él admiraba *El Quijote*" (PP, 181);[1] "Sarmiento es, como San Martín, un hombre muy español por su origen y su índole, aunque parezca antiespañola su actitud de reformador" (PP, 283); "Sarmiento, raro ingenio, tan español a pesar de todo" (PP, 284). El Sarmiento hispánico de Ricardo Rojas sólo puede escribirse así: tropezando con los "aunque" y con los "a pesar de". Lo cual no obsta para que Rojas insista en rescatar esa filiación, comparando aun a Sarmiento con el Quijote y también con el propio Cervantes (aquí Sarmiento excede a San Martín: además de personaje, es escritor). Rojas puede llegar incluso a negar la polémica que Sarmiento mantuvo con Andrés Bello, con tal de relativizar su anticasticismo idiomático, y los ataques contra España que ya resultan insoslayables, los debilita y los atribuye a las vehemencias circunstanciales del polemista.

El tono esforzado de la representación de Sarmiento que hace Rojas no se agota en la laboriosa postulación de un Sarmiento castizo. El libro contiene otras, no menos particulares: la de un Sarmiento criollo y no europeizante: "yo me complazco en mostrar los rasgos de un Sarmiento criollo, campeón de una larga propaganda en contra del

[1] Las citas de *El profeta de la pampa* de Ricardo Rojas se integran al cuerpo del texto con la indicación PP y a continuación la referencia a la página correspondiente.

cosmopolitismo" (PP, X); la de un Sarmiento gaucho: "en la desesperación, propia de todo expatriado, fustigó a los gauchos, aunque íntimamente los admiraba, porque él mismo lo era" (PP, 208); o la de un Sarmiento indio: "Don Domingo descubre con orgullo la parte que puede tocarle en esas tradiciones o herencias, no solamente las del hijodalgo español, sino las de la hija del Cacique de Angaco" (PP, 26/7). La maniobra es complicada, porque si algo hizo Sarmiento a lo largo de toda su vida fue generar disputas y conflictos, y si algo se propone hacer Ricardo Rojas a través de toda su obra es disolver las disputas y los conflictos que marcaron la historia argentina durante el siglo XIX. Para lograrlo, Rojas llega a ciertas formulaciones inauditas para una obra de homenaje y exaltación, como por ejemplo poner en duda la veracidad de las afirmaciones de Sarmiento, colocándose a sí mismo en el lugar de la verdad: "(...) escribió contra los gauchos; pero yo no le creo, porque estoy en el secreto: nadie se parecía más a Facundo que Sarmiento, gauchos los dos" (PP, 170); o hacer a un lado al propio Sarmiento para posicionarse a sí mismo en un lugar adecuado de suspensión de conflictos y de reconciliación: "(...) en Sarmiento, el indio y el español coexisten y pelean; mas como el español y el indio se han reconciliado en mí, yo he podido entenderlo en sus desarmonías y compadecerlo en su dolor" (PP, XII)).

En Sarmiento, Rojas plasma, como en San Martín, su ideal de argentinidad de brazos abiertos; pero eso que en 1933 podía hacer a través del biografiado, en 1945 tiene que hacerlo a pesar de él. Es impensable que no se crea lo que San Martín dice o escribe, porque sus palabras son precisa-

mente una instancia de resolución definitiva cuando la verdad es incierta. Sarmiento, en cambio, no proporciona esa clase de garantías. La consagración de San Martín no cuenta con oponentes y no enciende polémica alguna (la confrontación con Otero se debe a los términos de esa consagración, pero no a la consagración por sí misma). Promover, en cambio, a Sarmiento –como lo hace Rojas en este caso–, a la galería de celebridades argentinas, y más aún en abierta discusión con los revisionistas, es de por sí una forma de disputa. Esgrimir a Sarmiento implica abrir, de hecho, una hostilidad; San Martín es, por el contrario, quien detenta la facultad de establecer el cese multilateral de hostilidades.

Rojas consigue, pese a todo, emparentar a Sarmiento con San Martín. Los une, por empezar, en una misma manera de narrar la infancia. Son infancias permeadas por la cultura indígena y por "las influencias telúricas" (PP, 65). Los une también en sus respectivas formaciones dentro de la "estirpe hispano - colonial" (PP, 33), una tradición con la que luego rompen por igual, aunque la de San Martín fuese institucional y castrense y la de Sarmiento fuese irregular y libresca. Los dos próceres se emparentan en la índole hispánica: "Sarmiento es, como San Martín, un hombre muy español por su origen y por su índole" (PP, 283), tanto como en el cruce de la cordillera de los Andes y la amistad con Chile: "San Martín y Sarmiento son dos acerados eslabones en la indestructible amistad chileno – argentina" (PP, 673). También se emparentan en los vínculos con la masonería y aun en las penurias del exilio y de la proscripción: "Uno y otro argentinos salieron de su patria ensangrentada por los tiranuelos" (PP, 196). Los dos padecen la áspera ingratitud

de los contemporáneos (pero a Sarmiento le falta eso que a San Martín le sobra: el paciente estoicismo del que espera que se pronuncie la posteridad). Los dos mueren fuera del territorio argentino y requieren una solemne repatriación de restos (en 1880, San Martín es repatriado, y el que pronuncia el discurso de recepción en Buenos Aires es Sarmiento; en 1888, Sarmiento es repatriado, y el buque que transporta sus restos por el Paraná tiene por nombre *San Martín*).

Esta significativa conjunción de San Martín y Sarmiento, que se produce en el nivel de la narración, se verifica asimismo en el nivel de lo narrado. San Martín y Sarmiento de hecho se juntan, un día del año 1846, en Grand Bourg (Grand Bourg es al par San Martín - Sarmiento lo que Yatasto es al par San Martín - Belgrano). Primero conversan en la casa del viejo general. Luego Sarmiento, el joven escritor, diserta en el Instituto Histórico de Francia acerca de la entrevista de Guayaquil, y San Martín concurre a escucharlo. Allí establece Rojas una primera distribución de roles, tradición clásica mediante, según la cual San Martín es el héroe, el que ha actuado, y Sarmiento es el narrador que viene a celebrar esas acciones: "San Martín, vivo aún, asistía a la escena, solemnizando el acto, como si un personaje homérico estuviera oyendo el canto de su rapsoda" (PP, 272). El rapsoda, como ya sabemos, hace posible al héroe, porque establece con su canto la existencia misma del heroísmo. Pero Rojas decide aumentar el espesor de su importancia, hasta catalogar también al rapsoda como héroe. Entonces, en Grand Bourg, los héroes resultan ser dos: "Diríase que el destino había planeado aquel encuentro del héroe viejo en vísperas de morir y del héroe nuevo

en vísperas de su consagración" (PP, 272). Y luego, ya en vena de exaltación y de equiparación, también dos resultan ser los libertadores: "El uno fue en América el Libertador militar de su tierra y el otro va a ser el libertador intelectual de sus conciencias" (PP, 272).

Es más que significativo que Rojas les conceda a ambos la condición de libertadores, si bien el uso de la mayúscula y de la minúscula preserva las debidas jerarquías, y deja en claro que lo que para Sarmiento puede ser una cualidad, para San Martín es todo un título. El pasaje decisivo, de todas formas, es el que va de "militar" a "intelectual". Hay que tener en cuenta que la representación de San Martín en *El santo de la espada* se orientaba ya hacia una relativa desmilitarización de su figura, para entender que para Rojas el prócer complementario de San Martín sea Sarmiento: porque le permite pensar al Libertador militar desde el libertador intelectual, sin resignar para nada el peso simbólico de la definición heroica, que se mantiene. Este corrimiento de lo militar a lo intelectual, en correspondencia con el que va de lo político a lo cultural, es el que se produce entre 1810 y 1837: entre la Revolución de Mayo de 1810 y la Generación del 37. Los propios miembros de esta generación se preocuparon por incentivar ese modo de dar sentido al desarrollo de la historia argentina. Rojas retoma y reproduce ese corrimiento entre 1810 y 1837, pero lo reescribe entre 1933 y 1945, entre *El santo de la espada* y *El profeta de la pampa*, entre José de San Martín (hombre de acción, héroe viejo, Libertador militar) y Domingo Faustino Sarmiento (rapsoda, héroe nuevo, libertador de conciencias).

La posición de Sarmiento es decisiva para que Rojas pueda definir su propio lugar. Para Rojas no es posible trazar una línea directa hacia él que provenga de José de San Martín. Sí lo era para Mitre, que, como historiador, había recibido directamente el legado del archivo documental de San Martín, y que, como militar, tenía que justificar su propio desempeño en la guerra del Paraguay. Rojas, en cambio, necesita una mediación. Esa mediación la constituye en cierta medida el propio Mitre, pero sobre todo la constituye Sarmiento. San Martín conserva el sitial preponderante en el régimen de culto argentino, es el gran héroe de la patria en sus orígenes, y el mandato moral que su figura vehiculiza no tiene límites de caducidad. Sólo que, para pensarse a sí mismo y para situarse a sí mismo, como ensayista y como educador, Rojas necesita interponer a Sarmiento, hacer que Sarmiento medie entre él y San Martín. Con las reglas de la representación de una gran vida singular, Rojas apuntaba en 1933 a la restricción del heroísmo de guerra y el correlativo acrecentamiento del heroísmo civil. En 1945, ese efecto se refuerza con las reglas de la articulación de las figuras heroicas en el panteón nacional: San Martín es revisitado con Sarmiento, así como, casi un siglo antes, Sarmiento había visitado a San Martín.

Al héroe máximo le toca, nadie lo duda, la paternidad suprema: él es el Padre de la Patria. Sarmiento también es padre, pero "padre del aula": su inmortalidad se la proporciona el magisterio. Como padre de Mercedes, San Martín también es un maestro, pero lo es en un sentido más disciplinario y moral que curricular (ya que, para la educación en un sentido más específico y formal, decide internar a su

hija en un colegio). San Martín es entonces un padre que ocupa vicariamente el lugar del maestro. Sarmiento, en cambio, es ante todo maestro, maestro en el sentido estricto, ya que a su hijo "le enseñó a escribir, leer, andar a caballo" (PP, 335), y en todo caso el papel que ocupa vicariamente es el de padre, porque se supone que Dominguito en verdad no era su hijo. Pero ocurre que, mientras que San Martín mantiene, incluso en el hogar, ese rígido método que lo convertía en padre y maestro también de sus soldados, en el texto de Rojas se advierte que a Sarmiento, curiosamente, el magisterio lo feminiza (por algo el suyo es un modelo que ha engendrado más que nada maestras). Ricardo Rojas registra el modo en que el padre del aula, en su función de padre, llega a transformarse en madre: "...el maestro llegó a amarlo con ternura casi morbosa, porque *como una madre lo amó*, si hemos de atenernos a su *Vida de Dominguito*" (PP, 335); y luego: "Sarmiento amó a Dominguito más con amor de madre que de padre" (PP, 677). Hay aun otra variante de reacomodamiento en la historia familiar de la patria, y es que la paternidad de Sarmiento, también por vía del magisterio, deviene abuelitud. Los pequeños alumnos lo rodean en sus años finales y le permiten que una parte de ese reconocimiento que le está destinado en la posteridad, la reciba él mismo en vida. Ese viejo rodeado de niños no es exactamente un padre de la patria, sino más bien un abuelo: "...esto quiere decir, señores, que sus oídos conocieron, en vida, el coro alado de las bendiciones infantiles; que sus montuosos ojos de *abuelo de la Patria* pudieron contemplar, en sus últimos años, a su vera, las manos como lirios y las mejillas como rosas en que el porvenir le anticipaba su

premio", decía Rojas en 1911. El altar de los padres de la patria tiene en San Martín un punto de fijeza. Él es el Padre de la Patria. Las otras posiciones se reacomodan: Belgrano puede convertirse en hermano menor, y Sarmiento en abuelo o en madre (en viejo maestro o en joven maestra).

Ya en 1945, a cien años de *Facundo*, Ricardo Rojas puede recapitular y dar una visión de conjunto del siglo XIX: "En la generación de la Independencia, hubo dos prohombres –Belgrano y San Martín– de vida muy distinta pero asociados en la empresa heroica que la patria les impuso: la liberación del territorio. Lo mismo ocurre con Mitre y Sarmiento en la empresa igualmente heroica de organizar el Estado argentino mediante la democracia y la educación popular" (PP, 694). Aquí se presentan, otra vez, dos maneras distintas, pero enhebradas, de la heroicidad. Los próceres argentinos se entrecruzan en un sistema de encuentros, de relevos y de relatos sucesivos. Belgrano se encuentra con San Martín en Yatasto y le deja su lugar al frente del Ejército del Norte. Luego Sarmiento, que no llega a conocer a Belgrano, sí puede encontrarse con San Martín en Grand Bourg. Sarmiento está en el comienzo de la serie de relatos que lo convierten en nuestro gran héroe. Luego Mitre, que mantuvo con Sarmiento períodos de amistad y de enemistad, se ocupa de narrar tanto a San Martín como a Belgrano, y de hacer de San Martín el continuador y superador de Belgrano. Rojas, que no llega a conocer a Sarmiento pero sí a Mitre, viene, bastante después, a cerrar el ciclo: narra a San Martín y a Sarmiento, y a Sarmiento como continuador de San Martín, en un heroísmo que pasa de lo militar a lo intelectual. No dice que Sar-

miento sea su superador, porque San Martín es insuperable, pero sitúa en Sarmiento el signo de una superación que al propio San Martín ya le cabe (que le cabe desde el momento en que se la encuentra ya en *El santo de la espada*). La percepción histórica de Rojas propicia no sólo la divinización de un santo, sino la designación ceremoniosa del santoral entero. La historia patria ya puede leerse como novela familiar (con padre, tío, madre, abuelo) y como libro de rezos, con el santo de la espada como dios predilecto.

El héroe en el panteón: San Martín y Sarmiento (en versión de Sarmiento)

Acaso por las deformaciones que imponen los excesos de la egolatría, Sarmiento muestra algunas dificultades para apreciar que otro hombre, al que admira, pueda ser distinto de él. La escritura le resulta un recurso tan natural como la palabra hablada, y un arma tan eficaz como el sable (o mejor aun como el Remington, que hiere a distancia). Es por eso sin dudas que Sarmiento presume que "San Martín ha debido dejar Memorias escritas" (O, III, 303. Véase también O, XXI, 43). Las condiciones objetivas eran evidentemente las ideales para que lo hiciera, porque después de los diez años de activa intervención en los destinos de América, siguieron casi treinta años de retiro en el exilio europeo, replegado en la vida privada. Esos largos años finales en Europa eran, claramente, una circunstancia propicia para la escritura: el hombre de acción que se retira, podría decirse, se retira a escribir, y ese es el sentido de su alejamiento y de su reclusión. Pero lo cierto es que no fue así como pasaron las cosas. Sarmiento infiere que un hombre que tanta importancia tuvo en los acontecimientos históricos del país, al disponer más tarde de

tanto tiempo libre, tiene que haberse puesto a escribir su correspondiente Relato del Yo. Incluso llega a parecerle inaudito que alguien así pueda prescindir de hacerlo. Y sin embargo, es eso precisamente lo que sucede. San Martín no escribe. No escribe nada, o casi nada. Deja como textos sus inmediatos partes de guerra y sus informes al gobierno, deja luego algunas cartas dirigidas a veces a destinatarios oficiales y a veces a personas de su confianza, deja las escuetas máximas para su hija Mercedes y deja para los argentinos su testamento. Pero nunca escribe el balance de una vida, ni una defensa frente a los agravios recibidos, ni una sinuosa travesía de recuerdos del pasado. En esos largos años se ocupa de colaborar con la política liberal en Bélgica, de recibir a los reverentes viajeros argentinos, de legar su sable corvo con rótulo equivocado, de ponerse a distancia de la turbulenta París de 1848, de jugar con sus nietas o de cuidar su granja; pero no de escribir. Sarmiento, el héroe intelectual de Rojas, se encuentra con San Martín, el héroe militar de Mitre, y eso implica encontrarse con un hecho inesperado: que no escribió sus memorias. Por extraño que le resulte a Sarmiento, San Martín no ha dejado memorias escritas.

Juan María Gutiérrez indica claramente esta condición: "César escribió sus comentarios; el prisionero de Santa Elena dictó la relación de sus campañas; San Martín fue parco al hablar de sus proezas aun con personas íntimas" (BSM, 46). En la saga de grandes héroes militares de la historia, se marca la gradación: César escribe directamente; Napoleón no escribe, pero hace escribir a otro en su nombre; San Martín, en cambio, no escribe ni dicta, sino

que habla, pero además habla con personas íntimas y lo hace con parquedad. Esta falta de escritura es eso justamente: una falta, una ausencia. Es un lugar vacío en la articulación de la acción gloriosa de San Martín con su encumbramiento como prócer nacional. Sarmiento se sitúa en ese lugar vacío con la seguridad de que le estaba reservado. Por eso, en sus diversos textos, la erección del gran yo heroico de San Martín como prohombre de la patria se conecta indisociablemente con la erección de ese otro gran yo, que es el del propio Sarmiento.

El centro en torno del cual orbitan estos dos hombres es el encuentro en Grand Bourg en 1846. Allí Sarmiento tiene la posibilidad de dialogar cara a cara con San Martín y oír de su propia boca el testimonio sobre determinados acontecimientos. Claro que, incluso en este caso, no se trataría más que de esa oralidad que, según Gutiérrez, San Martín entregaba sólo en la intimidad y de forma parca. Sarmiento, sin embargo, expresa: "De nuestras largas pláticas salió mi discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia (...). Aquella relación fue compuesta casi bajo el dictado de San Martín y mereció su completa aprobación" (O, XLIX, 19). Sarmiento, aunque lo atenúe con un "casi", convierte el mero hablar en un dictado; esto es, hace del mero hablar una especie de mandato para que él escriba lo que se dijo. La complicación que ofrece San Martín no es sólo que habla y no dicta, sino que cuando habla lo hace parcamente y nada más que con los íntimos. Por lo que Sarmiento no sólo viene a ser quien convierte automáticamente sus palabras en dictado, y luego en escritura, sino también quien demuestra ser capaz de hacer ha-

blar a San Martín. Al visitarlo en Grand Bourg, Sarmiento lo hace pasar de su característica parquedad a una locuacidad al menos relativa: "(...) me recibió el buen viejo sin aquella reserva que pone de ordinario para con los americanos en sus palabras cuando se trata de la América", dice en los *Viajes*. Sarmiento podrá no ser, de hecho, uno de los íntimos de San Martín, pero a cambio conseguirá crear cierta atmósfera de intimidad a lo largo de su encuentro, para predisponer a San Martín a explayarse. Esa confianza se aplica nada menos que a la famosa entrevista de Guayaquil, el episodio más y mejor preservado por un muy estricto sentido de la discreción: "Sabéis, señores, que fui el primer confidente a quien comunicó San Martín, en 1846, lo ocurrido en la memorable entrevista de Guayaquil" (O, XXII, 78), expresa Sarmiento, treinta y cuatro años después, en el discurso de recepción de las cenizas de San Martín en Buenos Aires. Claro que Sarmiento no es el receptor afortunado de una expansión circunstancial (en ese caso, no habría motivos valederos para la autoexaltación), sino el hábil artífice del rapto verborrágico: "San Martín gustaba poco hablar de lo pasado, y los que deseaban oírlo necesitaban valerse de destreza para hacerlo entrar en materia. Un retrato de Bolívar que tenía en su habitación me sirvió a mí de pretexto para hacerlo explicarse sobre la entrevista de Guayaquil" (O, XXI, 44).

Con este procedimiento se repara la contrariedad inicial de que San Martín no dejara escritas sus memorias. El propio Sarmiento recorre todos los pasos del ciclo: primero provoca el discurso de San Martín, lo hace hablar; luego convierte, de hecho, esa exposición oral en un dictado; y finalmente plas-

ma, respondiendo al presunto mandato, ese dictado en escritura. El trabajo que lee Sarmiento en su presentación ante el Instituto Histórico de Francia es el resultado acabado de este proceso; allí expone Sarmiento las revelaciones que ha obtenido sobre la entrevista de Guayaquil. El hecho de que San Martín asista, como asistió, a presenciar esta lectura de Sarmiento, nos indica hasta qué punto Sarmiento ha sido capaz de colocarse a sí mismo en una posición central: los lugares se han invertido, y en la lectura del Instituto Histórico, es Sarmiento el que va a revelar lo que pasó en la entrevista de Guayaquil, y es San Martín, nada menos, el que, como queriendo enterarse, concurre a escucharlo. Sarmiento gobierna todos los reinos de la palabra: provoca un San Martín parlante, traspone esa oralidad a la escritura (la hace dictado), escribe un texto, traspasa la escritura a la oralidad (pronuncia una conferencia) y por fin convoca a un San Martín oyente. Sarmiento da la vuelta entera al mundo de la palabra. Al cabo de ese recorrido, los brillos del protagonismo también dieron su vuelta. En la intensa elaboración de la subjetividad heroica de José de San Martín, Sarmiento funda también las bases de la exaltación de su propia subjetividad. Por eso la consagración que operan estos textos es doble y simultánea: los próceres que constituyen los artículos de Sarmiento en verdad son dos. Cuando Sarmiento define la "capacidad de escribir" como "una dote militar", invoca la figura del general Paz y el legado de sus *Memorias*; pero él mismo, en tanto militar y en tanto escritor, respondería igualmente a ese modelo doble. Por eso es a sí mismo a quien propone para complementar a San Martín, incompleto hasta su aparición, completando ese lugar vacante que es la escritura.

De acuerdo con el relato que trama sobre sí mismo, Sarmiento lo hace todo. Se dirige a los lugares pertinentes (al igual que Mitre, va a los sitios donde ocurrieron los hechos, pero antes), entrevista a los protagonistas de los acontecimientos (empezando por el propio San Martín, que no se ha confesado con otro que con él), establece los documentos en los que abrevarán los historiadores (no tanto porque reúna esos documentos, como lo hará Mitre con su archivo, sino porque puede redactar, él mismo, un documento histórico: así es como cataloga su artículo sobre la batalla de Chacabuco). En esta expansión indiscriminada de su propio yo, llega Sarmiento incluso a colocarse como testigo presencial de hechos que, por limitaciones tanto cronológicas como espaciales, no pudo haber presenciado. Cuando se produjo la batalla de Chacabuco, Sarmiento tenía seis años y se encontraba en San Juan. Pero como su padre fue quien condujo a cuatrocientos prisioneros españoles tomados en esa batalla, y su maestro, el presbítero José de Oro, fue capellán del batallón número 11, los hechos "han debido encarnarse en el espíritu del narrador y hacerle creer que ha sido testigo presencial" (O, XLIX, 102). Las figuras que le permiten colocarse en la proximidad de las hazañas sanmartinianas son entonces la del padre y la del maestro, y nada puede ser mejor que un Padre y un Maestro para erigir en héroes a San Martín y a Sarmiento.

Cuando se trata de valorizar la perspectiva del testigo presencial, Sarmiento se posiciona como contemporáneo; pero cuando se trata de destacar la meritoria distancia que permite hacer justicia tan sólo a la posteridad, se define sin demoras como miembro de la generación siguiente.

Para Sarmiento, la instancia de la justicia del veredicto histórico comienza con él mismo. San Martín seguía sujeto a la difamación, o en el mejor de los casos al olvido, hasta que la publicación de su artículo sobre la batalla de Chacabuco sirvió para rescatar su nombre y para reparar su memoria: "La batalla de Chacabuco estaba como eliminada de la historia de Chile, y olvidado estudiadamente, San Martín y el ejército de los Andes, cuando el 11 de febrero de 1841, sin antecedentes que lo provocasen, apareció en *El Mercurio* de Valparaíso, y fue leído con avidez en Santiago, el escrito en cuestión" (O, XLIX, 98). De este escrito se derivan, siempre según Sarmiento, la reincorporación de San Martín al escalafón militar chileno y la erección de una estatua ecuestre en su homenaje en la ciudad de Santiago. Consagrado como agente de la verdad histórica, Sarmiento se constituye también en agente de la reparación histórica de la memoria de San Martín.

Pero Sarmiento se coloca a sí mismo en la esfera de los grandes hombres argentinos no sólo por atribuirse el mérito de ser quien rescata del olvido a José de San Martín. En más de un caso, al narrar las acciones sanmartinianas, Sarmiento logra asociarlas con sus propias ideas e intervenciones. Cuando, por ejemplo, se define como "un político colocado más arriba de las pequeñeces de partido" (O, XLIX, 99), está proyectando sobre sí una descripción que es característica de la exaltación de la figura de San Martín. Aumentando la apuesta, Sarmiento no se limita a situarse –aunque sea un poco inverosímil– en la estela de la virtud apartidaria sanmartiniana, sino que narra además toda una parte fundamental de la actuación de San Martín en Amé-

rica, lo que se refiere a la organización de los ejércitos, en un significativo enlace con los componentes básicos de su propio proyecto político, diseñado paradigmáticamente en *Facundo*. La empresa de San Martín al adiestrar y disciplinar a los soldados con los que cuenta en el país, se presenta básicamente como una combinación de los modelos europeos que ha aprendido en su formación militar en España con la realidad de la población concreta que se le presenta en América: "De estos gauchos formó San Martín un regimiento a la europea, añadiendo a las dotes de equitador más osado del mundo, la disciplina y la táctica severa de la caballería del Imperio" (O, XXI, 28). Europeizar al gaucho, civilizar a la barbarie americana: esto es, para Sarmiento, lo que hace San Martín al organizar un cuerpo militar en Argentina. La remisión a su propia concepción de la tarea que hay que emprender en el país es obvia. El proceso no se agota, sin embargo, con la importación y la adaptación. En el discurso ante el Instituto Histórico de Francia, dice Sarmiento: "San Martín había principiado su carrera militar en las Provincias Unidas del Río de la Plata, por armar un regimiento de caballería, que llamó granaderos a caballo. Hoy empieza a ser conocida en Europa la palabra gaucho con que en aquella parte de América se designa a los pastores de los numerosos rebaños que cubren la Pampa pastosa. Es el gaucho argentino 'un árabe que vive, come y duerme a caballo'" (O, XXI, 27). El movimiento es entonces doble: hacia adentro, importación de modelos europeos, en una empresa de civilización; hacia afuera, exportación de tipos argentinos, con un afán de difusión. En este doble mecanismo coincidirían San Martín y Sarmiento, por evidente vo-

luntad del segundo. Al publicar *Facundo*, Sarmiento postula igualmente un sistema tomado de Europa, y hace igualmente conocidas en Europa las características del gaucho.

En otros momentos, la manera en que Sarmiento, construyendo a San Martín como prócer nacional, se construye como prócer nacional a sí mismo, remite no ya a *Facundo*, sino a *Recuerdos de provincia*. En *Recuerdos de provincia*, Sarmiento superpone notablemente historia y biografía, el relato de la historia del país y el relato de la historia de su vida personal y familiar. Reitera ese mismo procedimiento en un artículo titulado "Las culebrinas de San Martín". Allí se refiere al traslado a San Juan de un grupo de prisioneros tomados en la batalla de Chacabuco en 1817. El capitán de milicias al que San Martín encargó ese traslado era Clemente Sarmiento, el padre de Domingo. En este episodio del traslado de prisioneros, Sarmiento cruza historia nacional e historia familiar, cruzando a Clemente Sarmiento y a José de San Martín: a su propio padre y al Padre de la Patria. Como ocurre en *Recuerdos de provincia*, los acontecimientos de la historia patria son también capítulos de la biografía de Sarmiento: la gloria de Chacabuco entra en su relato como un hecho concreto de la vida de su padre, y de la suya propia. San Martín, como no podía ser de otro modo, recuerda puntualmente a Clemente Sarmiento: "Conocí un capitán de milicias de San Juan, don Clemente Sarmiento, a quien entregué después de la batalla de Chacabuco, los prisioneros españoles que debían llevarse a San Juan" (O, XLIX, 19/20), le dice a Domingo, quien no demora en aclararle que el personaje al que se está refiriendo no es otro que su propio padre. La memoria de San Martín funciona como puerta de acceso a la historia

patria; se ingresa en la historia argentina si se está entre los recuerdos del héroe nacional. Pero también Sarmiento recuerda, pese a que tenía nada más que seis años cuando ocurrieron los hechos. Él mismo ha sido testigo de esos sucesos, y puede evocarlos. "Yo vi llegar los prisioneros", le dice a San Martín; y San Martín relativiza: "Pero... Debía usted ser muy niño (...). Es raro acordarse" (O, XLIX, 20). A esta cautelosa reserva responde Sarmiento con la afirmación más enfática de lo que es la memoria como actualización, es decir, la capacidad de convertir el pasado en presente. Recurriendo a una frase hecha, Sarmiento dice acordarse de la llegada de los prisioneros "como si fuera hoy" (O, XLIX, 20). De manera que tanto San Martín como Sarmiento recuerdan el episodio de los prisioneros de Chacabuco enviados a San Juan, y ambos lo recuerdan a través de la figura del padre de Sarmiento. Es cierto que San Martín recuerda esos hechos desde el más central de los protagonismos, mientras que Sarmiento apenas si puede decir que los vio siendo un niño de seis años. Sin embargo, a partir de esa escena primordial comienza Sarmiento a expandir su propia figura. Por una parte, dice haberse criado entre narraciones de combates y el ruido de las armas de la milicia que se formó en San Juan; por otra, cuenta el hallazgo, entre sus papeles, del libro de órdenes del número uno de los Andes. El niño testigo de la historia patria se ve potenciado, por el hecho de disponer de este documento, a la condición de niño historiador: "...un historiador de ocho años, que se halló presente en todos los parlamentos, y vio desfilar delante de sí (...) la entrada de las tropas mendocinas a San Juan, al mando del coronel Alvarado, que después fue mi general" (O, XLIX, 21).

Sarmiento va acrecentando así su propia importancia en relación con la historia sanmartiniana. Primero se liga con ella por la participación de su padre, recordada particularmente por el propio San Martín; luego se introduce él mismo, como niño testigo, pero también como sujeto del recuerdo que consigue convertir esos recuerdos en presente y hay que tener en cuenta que Sarmiento considera que es él quien ha rescatado a San Martín del olvido en el presente). Como a esos recuerdos se suman los documentos, y como ambos acabarán atravesados por la dimensión de la escritura, ese niño testigo es ya también un precoz historiador. Aunque la llegada a San Juan de los prisioneros de Chacabuco parece ser inicialmente una escena de contemplación, en la que Sarmiento no es más que un testigo, de inmediato imagina y se atribuye una intervención activa: "(...) y he aquí mi primera campaña militar" (O, XLIX, 20). Sarmiento mismo aparece ahora como partícipe directo de la campaña de San Martín, sin tener ya necesidad de invocar la mediación de su padre o el recuerdo que pueda tener San Martín de él.

Son diversos los artilugios que emplea Sarmiento para articular pasado y presente y así poner en un primer plano a su propio yo. Sarmiento presencia los hechos, consulta testigos, concurre a los lugares, hace hablar a los protagonistas más reservados, escribe lo que se le dice, recuerda, suscita recuerdos, etcétera. Puede también inventar un narrador ficcional que lo convierta en contemporáneo de los sucesos, o bien considerarse literalmente un contemporáneo, sobredimensionando la importancia de ese niño de seis años que él era cuando San Martín vencía en

Chacabuco y su padre participaba de la batalla. Puede también apartarse de los equívocos que son propios de la contemporaneidad y, distanciándose temporalmente, constituirse en el iniciador de la rehabilitación de San Martín a la hora de pronunciarse por fin un juicio justo. Pero, en la entrevista de Grand Bourg, Sarmiento va más lejos; aplica sus fabulosos poderes de transposición temporal al propio San Martín, y lo rejuvenece. Sarmiento rejuvenece a un San Martín ya viejo; lo devuelve a lo que fue, incluso físicamente: "Entonces, animándose la conversación, lo he visto transfigurarse, y desaparecer a mi vista el 'campagnard' de Grandbourg y presentárseme el general joven, que asoma sobre las cúspides de los Andes (...). Sus ojos pequeños y nublados ya por la vejez, se han abierto un momento, y mostrándome aquellos ojos dominantes, luminosos de que hablan todos los que le conocieron, su espalda encorvada por los años se había enderezado", dice en los *Viajes*. Sarmiento tiene, definitivamente, el don de la palabra. Esa tarde en Grand Bourg se revela ya como uno de los momentos más importantes de la vida, no digamos ya de Sarmiento, sino del propio San Martín. Por la sola animación de la charla, el viejo general rejuvenece, sus ojos nublados (causantes del envío en falso del sable corvo) se aclaran y resplandecen, la espalda se endereza: el gran héroe resucita en este viejo, por obra y gracia (verbal) de Sarmiento. Si una de las características destacadas del héroe era su capacidad para rehacerse, según se aprecia en Cancha Rayada o en la caída de San Lorenzo, Sarmiento descuella aquí por su capacidad para *rehacerlo*. Sarmiento hace al héroe con sus textos, con su palabra escrita, como lo harán también Gutié-

rrez, Mitre y Rojas. Pero además, con su palabra hablada, es capaz de rehacer al héroe, afectando la realidad de su cuerpo y alterando las leyes del paso del tiempo. En la consagración definitiva de San Martín como Padre de la Patria, existe ya la promesa de la inmortalidad. Sarmiento concreta esa promesa con su poder de resurrección; se consagra a sí mismo como heredero legítimo del legado sanmartiniano y como aquel que puede hacer presente al prócer. San Martín es el beneficiario de ese acceso a la inmortalidad del que Sarmiento es agente, y que acabará por envolverlo también a él.

San Martín,
el héroe de los argentinos

Hay dos poemas recientes, cuyo autor es Fabián Casas, que tratan de San Martín. Ni uno ni otro lo mencionan, pero la alusión al prócer en ambos casos es tan nítida, que equivale a la mención explícita. El sentido de las omisiones en todo caso sería otro: evidenciar hasta qué punto, en determinados contextos, San Martín es algo que se sobreentiende. No se trata entonces de un retaceo, sino más bien de una develación: mostrar la manera en que San Martín existe más allá de la designación de su nombre. Nombrarlo implicaría fijarlo en una particularidad, en esa restringida delimitación de un objeto singular que ejercen los nombres propios. Hablar de él, en cambio, sin nombrarlo, pero sin por eso jugar con guiños o con señales solapadas –poder nombrarlo sin para eso tener que nombrarlo, como lo hace Fabián Casas– es dar cuenta del modo en que ese nombre ya habita en otros nombres –Guayaquil, Cancha Rayada– o, más todavía, la manera en que ese personaje habita un mundo que lo presupone.

Los dos poemas de Casas tientan una misma aproximación: la que se aventura a ver qué pasa entre el héroe de la historia y eso que resumidamente llamamos "la vida": el horizonte de experiencias cotidianas, cierto estar en las cosas

de todos los días. La literatura de Casas tiende, de manera general, a arrimarse a ese mundo común (diciendo por caso: "El horizonte relampaguea / como el tubo fluorescente de la cocina"). Con ese mismo tono encara, dos veces, en dos poemas, a José de San Martín.

Uno de esos poemas, "Reunión en Guayaquil", se publicó en el libro *Oda* en agosto de 2003, y dice así:

> Ahora sabemos
> que no se contaron chistes de realistas
> ni fumaron opio
> frente al mapa de la Confederación.
> Hablaron –comiendo charqui, lustrándose las botas–
> de lo difícil que es sostener una pareja,
> de guerra en guerra,
> a tanta distancia.

El comienzo arriesga la ilusión del enigma descifrado: "Ahora sabemos". La entrevista de Guayaquil ya no es una entrevista, sino una reunión, y su famoso secreto ya no sería un secreto, desde el momento en que se dice que "ahora sabemos". Pero la clave que aquí se descubriría ya no responde, según siempre se indagó, a la motivación política de una resolución histórica; ni tampoco, como proclaman los textos de humanización del prócer, a las autenticidades de lo personal, que laten por detrás de los grandes gestos de la historia exhibidos en la escena pública. Ni una cosa ni la otra: ni la verdadera causa histórica por debajo del secreto histórico, ni las verdades de la condición humana por debajo del heroísmo ampuloso. "Ahora sabemos": "Reunión en

Guayaquil" descubre un secreto, y para hacerlo descorre un velo. Pero el velo que descorre está hecho con el mismo género del enigma que ocultaba y que ahora (ahora que sabemos) queda al descubierto. Las dos cosas, la apariencia que cubría y la verdad que se descubre, pertenecen, por igual, a la esfera de la vida diaria de los hombres comunes. No se hace a un lado una versión histórica (el magno encuentro de los próceres magnos) para poner en su lugar otra versión histórica (que las órdenes de la logia masónica impusieron a Bolívar, por ejemplo). Tampoco se hace a un lado una versión de ímprobo heroísmo –dos grandes hombres se reúnen a compartir sus desvelos por la libertad americana– para poner en su lugar una versión humanizada de dos hombres de carne y hueso (por ejemplo, que uno es ambicioso y por eso incurre en pequeñeces, y que el otro está cansado y lo único que quiere es apartarse y olvidarse de todo). Casas descorre un velo aparente y con ese gesto deja a la vista una verdad, aparta lo que podría haber pasado pero no pasó y se detiene en la mostración de lo que sí pasó. Sólo que tanto el velo como lo develado, tanto lo que no pasó como lo que se supone que pasó, corresponden por igual a las minucias de la vida ordinaria de dos hombres considerados en lo que tienen de común y corriente. Lo que no hacen es contarse chistes de realistas (variante, en clave independentista, de nuestros habituales "chistes de gallegos") y tampoco fumar opio (variante, en clave decimonónica, de lo que sería una reunión actual de un par de amigotes). Y lo que sí hacen es comer charqui, lustrarse las botas y conversar de los avatares de las relaciones de pareja: prácticas que remiten, ni más ni menos que aquellas otras

que quedaron descartadas, a la "vida". En una charla signada por la duración (la duración de los gerundios: "comiendo", "lustrándose"), San Martín y Bolívar se ocupan del tema de la duración (la duración de las parejas, otro "tema" de la poesía de Fabián Casas: "Las parejas y las revistas literarias / duran casi siempre dos números"). Hacen cosas de militares (comer charqui, lustrarse las botas) y hablan cosas de hombres (hablan de mujeres); pero las cosas que hacen, como militares, remiten a cierta domesticidad de la vida castrense, en la que puede percibirse la falta de una mujer; en seguida, al saber de qué hablan, nos encontramos con eso mismo: con la vida militar vuelta rutina ("de guerra en guerra") y con la ausencia de las respectivas mujeres ("lo difícil que es sostener una pareja"). La plena entrega del patriotismo se expresa aquí como una seguidilla del quehacer bélico ("de guerra en guerra") y la travesía de la gesta, tan sólo como lejanía ("a la distancia"). En lugar del mapa de la Confederación, que remite a la actuación histórica, pero queda del lado de lo que el poema descarta, aparece el tema de conversación: "lo difícil que es sostener una pareja". Esta otra pareja, la pareja de libertadores, que tampoco podrá sostenerse (porque en Guayaquil se reúnen, pero también se separan para siempre), habla de problemas de pareja, o de los problemas que la labor heroica le trae a la pareja.

El poema pone así a San Martín en la frecuencia de la vida diaria. Lo sublime (en otros textos, lo sublime de la poesía; en este texto, lo sublime de la historia) echa sus anclas en la materia concreta de la vida prosaica. Éste es el efecto de "Reunión en Guayaquil": la escena sanmartiniana se colma con las cosas de la vida. A este poema puede

agregarse otro, el otro poema donde Casas alude a San Martín, sin nombrarlo. Se titula "Cancha Rayada", se publicó en el libro *El salmón* en agosto de 1996, y dice así:

Caminamos, con mi viejo, por la playa de estacionamiento.
Es un día de calor sofocante
y en el asfalto recalentado
vemos la sombra de un pájaro negro
que vuela en círculos,
como satélite de nuestra desgracia.
Una multitud victoriosa, a nuestras espaldas,
ruge todavía en la cancha.
Acabamos de perder el campeonato.
La cabina del auto es un horno a leña;
los asientos queman y el sol que pega
en el vidrio, enceguece.
Pero no importa, como dos bonzos
dispuestos a inmolarse,
nos sentamos y enciendo el motor:
Fabián Casas y su padre
van en coche al muere.

Se trata, como puede verse, de un poema sobre fútbol. Padre e hijo salen de la cancha; acaban de perder algo más que un partido: acaban de perder el campeonato. Sobre el trasfondo rugiente del triunfo de muchos (la "multitud victoriosa", a espaldas) se recorta el silencio de la derrota de dos ("Fabián Casas y su padre"). Nada, todavía, la atempera: es una desgracia ("nuestra desgracia"). En el fútbol se alojan, hoy en día, los restos de esa épica que hace

tiempo germinaba sobre todo en las lides de la gesta militar. Los héroes, las hazañas, las narraciones épicas y las grandes victorias, se registran hoy con más frecuencia en el deporte que en la guerra. Fabián Casas se ocupa del fútbol. En otros textos (en "El spleen de Boedo", en la portada de ese libro) Casas revela el sentido de su adhesión: San Lorenzo de Almagro, aquí tan sólo aludido con la presencia circular del cuervo, que viene a poner sombra y negrura en un paisaje donde la luz del sol enceguece. El equipo que ha perdido es San Lorenzo (club que toma su nombre del cura que lo fundó, y que recibe su apodo, el de "cuervos", precisamente del hecho de haber sido fundado por un cura). La cosa es simple: perdió San Lorenzo. Pero San Lorenzo se erige, en la enciclopedia sanmartiniana, como un nombre de victoria. Casas tiene entonces que buscar el antónimo correspondiente. Lo busca, y lo encuentra, en esta misma enciclopedia: es "Cancha Rayada", el nombre de la derrota (el nombre de "la" derrota). El hecho de perder, incluso si se trata de fútbol (o sobre todo si se trata de fútbol), encuentra su sentido en el desastre de Cancha Rayada, es decir que lo encuentra en la historia de San Martín. Aquella cancha es ahora esta cancha, la de fútbol, donde se quedan rugiendo los que ganaron; aquella debacle nocturna es ahora una debacle diurna, de sol y mucho calor; aquel error de quedarse demasiado tiempo estacionados se convierte, ahora, en una playa de estacionamiento. Otra modificación, aún más sensible: aquí ya no existen, como en aquella noche de la historia, fuga, repliegue, reagrupamiento y revancha. Esta derrota es concluyente, es como Cancha Rayada pero no

tiene Maipú, porque lo que se perdió no es un partido, sino el campeonato. Derrota final, y por lo tanto sacrificio (también final): la inmolación de dos bonzos se deriva de la acumulación de los signos del quemarse (el calor sofocante, el asfalto recalentado, el horno a leña, los asientos que queman, el sol que pega, el motor que se enciende). Estos dos derrotados no se fugan, diciéndose, como pudo haberse dicho San Martín: "Soldado que huye sirve para otra guerra" (o al menos "para otra batalla". Porque una batalla no es la guerra, pero este partido, el que acaba de perderse, era el campeonato). Estos dos derrotados no huyen, se inmolan: se sacrifican. Entonces el poema necesita un desvío en el final: se va de la historia a la literatura, cita a Borges, recurre al anacronismo (¿pero no era también anacrónico el "mapa de la Confederación" en Guayaquil?), pasa del general San Martín al general Quiroga, hace de la victoria (San Lorenzo) una derrota (Cancha Rayada) y de la derrota parcial una derrota final (Barranca Yaco).

Casas hacia el final del poema se nombra: escribe "Casas". Antes escribió *ca*ncha, *ca*lor, *ca*mpeonato, *ca*bina. Y por fin, "Casas". Es su nombre, es el nombre de su padre. "Cancha Rayada" se propone, evidentemente, como un poema sobre un hijo y su padre, a quienes une la desgracia ("nuestra desgracia", que rima y rebota en "nuestras espaldas") y une el apellido. Pero aquí el que lleva el apellido es el hijo, y por extensión va al padre: "Fabián Casas y su padre" (el hijo toma la iniciativa: una vez en el auto, es el que va a manejar). En el principio fue "mi viejo" y en el final es "su padre". Padre e hijo: también a causa de este esplendor de paternidad, el poema es presidido por José de San Martín

(y concluido con Borges). El mundo es el del fútbol, pero en ese mundo hay épica, hay victoria y derrota, hay sacrificio y hay un padre. En todo eso, por todo eso, está San Martín. No está mencionado, justamente, sino presente de por sí, en la sola idea de la épica, el sacrificio y la paternidad. En "Cancha Rayada" lo que hace Casas ya no es, como en "Reunión en Guayaquil", llevarle a San Martín algo de las cosas que pasan en la vida. Hace algo todavía más sustancial, y más interesante: traer a San Martín a la vida corriente, encontrarlo en las cosas de la vida común.

Entonces entendemos que San Martín ya no se encuentra tan sólo en los libros de historia, o en *Billiken*, o en las novelas de próceres, o en las escuelas. Precisamente porque ha sido ejecutor, y a la vez instrumento, de la fundación de una identidad, San Martín ya se cuenta entre las garantías de un imaginario colectivo, y está naturalmente integrado en un horizonte cultural bien preciso. Es emblema de paternidad, de sacrificio, de épica ganadora o perdedora, es una manera de pensar o de sentir lo que es una derrota y lo que es una victoria, o de lo que es contemplar a un padre vencido y verse, pese a todo, como un ser indisociable de él. José de San Martín, héroe argentino, reúne los atributos de la identidad nacional y de su cultura. Al igual que la identidad, al igual que la cultura, siendo puro artificio, se naturaliza. Y así existe, como un dios, al mismo tiempo visible e invisible, presente en todo y trascendente de todo, con la ambición de lo eterno.

Notas

Notas al capítulo "Un héroe de nuestro tiempo"

"Mañana en el Abasto" de Sumo integra el CD *After Chabón*, Sony, 1987.

Los datos sobre Luca Prodan están tomados de Carlos Polimeni, *Luca*, Editora AC, Buenos Aires, 1993. Analicé la figura de Luca Prodan en relación con el paradigma de las identidades nacionales en el artículo "Una manera de decir", publicado en María Celia Vázquez y Sergio Pastormerlo (compiladores), *Literatura argentina. Perspectivas de fin de siglo*, Eudeba, Buenos Aires, 2001.

A modo de ejemplo sobre el tema de las encuestas y el lugar que San Martín ocupa en ellas: el domingo 7 de septiembre de 2003, el diario *Clarín* publica una encuesta efectuada en Buenos Aires para medir cómo se ven los porteños a sí mismos y cuáles son sus valores y sus referentes. En el rubro "patriotas", San Martín obtuvo el 43% de las adhesiones, seguido por Manuel Belgrano con el 29%, Domingo Faustino Sarmiento con el 10% y el presidente Néstor Kirchner con el 9%. En el rubro "héroe nacional", San Martín obtuvo el 51% de los votos, seguido por Manuel Belgrano con el 21% y por el Che Guevara con el 20%.

María Inés Belisario, Alejandra Lugones, Nora Etcheverry y Eugenia Lugones citan "una encuesta realizada por el Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría sobre la imagen de los próceres de la historia argentina realizada en enero de 1996, entre 1000 personas residentes en la Capital Federal y Gran Buenos Aires. José de San Martín y Manuel Belgrano son las figuras con mejor imagen. Sobre nueve próceres medidos en la encuesta, el Libertador tiene el 87% de imagen positiva y el creador de la bandera el 84%". (Véase María Inés Belisario, Alejandra Lugones, Nora Etcheverry y Eugenia Lugones, *San Martín "de memoria". Consideraciones acerca del héroe en la historia y en la escuela*, Editorial Dunken, Buenos Aires, 1998, pp. 45- 46).

Para un minucioso análisis del himno nacional argentino como parte de los dispositivos de la constitución simbólica de la identidad nacional, véase Esteban Buch, *O juremos con gloria morir. Historia de una Épica de Estado*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1994. El capítulo "La música, espectáculo de la Nación", está dedicado a un análisis específicamente musicológico. El capítulo "El espectáculo de los héroes" se refiere a la versión de Charly García, y al debate sobre su carácter transgresivo o respetuoso.

La versión de la "Marcha de San Lorenzo" por La Pesada del Rock and Roll se editó en el CD de Billy Bond con La Pesada, *Lo más pesado de la pesada*, Music Hall, 1994. La versión de Charly García del "Himno Nacional Argentino" se editó en el CD *Filosofía barata y zapatos de goma*, Sony, 1990.

La cita de Eric Hobsbawm acerca de que la nación tiene el poder de hacer que los conflictos simbolicen su reconciliación en un plano más elevado y más abarcador, se encuentra en E.J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge University Press, 1993, p. 90. La editorial Crítica publicó en 2000 una versión en español.

La cita de Adorno sobre la superación y la actualidad del nacionalismo se encuentra en Theodor W. Adorno, "¿Qué significa renovar el pasado?", *Intervenciones. Nueve modelos de crítica*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1969, p.128.

En ese mismo artículo Adorno relaciona el nacionalismo con las huellas de la experiencia del nazismo. La relación que establece Jürgen Habermas entre identidades nacionales y valores universales ("... la idea abstracta de universalización de la democracia y de los derechos humanos constituye la materia dura en que se refractan los rayos de las tradiciones nacionales –del lenguaje, la literatura y la historia– de la propia nación") se encuentra en Jürgen Habermas, *Identidades nacionales y postnacionales*, Editorial Tecnos, Madrid, 1989, p.102. (Véase también pp. 92, 93 y 117). El enfoque postcolonialista de Homi Bhabha en relación con las identidades nacionales puede verse en Homi K. Bhabha, "Introduction: narrating the nation", en *Nation and Narration*, Routledge, London-New York, 1990, y *The location of culture*, Routledge, London-New York, 1994. El artículo "DissemiNation: Time, narrative and the

margins of the modern nation" está incluido en ambos libros. Para Bhabha las sociedades postcoloniales, en lugar de sostener, según una postura clásica, un nacionalismo anti-imperialista, ponen en crisis los mecanismos de definición de las identidades nacionales que son característicos de los países centrales. En un sentido más amplio aún, lo que la perspectiva postcolonial consigue es poner en cuestión el propio sistema de definición de identidad: la identidad del yo consigo mismo y la correlativa oposición yo/otro. En lugar de este tipo de oposiciones binarias, Homi Bhabha introduce la noción de ambivalencia. Desde la perspectiva de las sociedades postcoloniales, la propia definición de identidad es ambivalente, al considerar que el otro, lejos de estar afuera y oponerse al yo, está adentro. Véase también Jacques Derrida, *El otro cabo. La democracia, para otro día*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1992, donde se plantea la crisis de la idea de que una cultura sea idéntica a sí misma. Finalmente, el enfoque de Renato Ortiz sobre mundialización puede encontrarse en *Mundialización y cultura*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997. Henry Samsonowicz observa que, precisamente porque se tiende cada vez más a la globalización y la integración transnacional, seguirán acentuándose los rasgos nacionales particulares, como una forma de preservar las características peculiares de cada comunidad. (Véase "The Way to Conceive of National History", en Erik Lönnroth, Karl Molin, Ragnar Björk (editores), *Conceptions of National History. Proceedings of Nobel Simposium 78*, Walter de Gruyter, Berlin-New York, 1994, p. 269).

Entre la muy cuantiosa bibliografía teórica que se produjo en los últimos años a propósito de la cuestión de las identidades nacionales, algunos textos adquirieron el estatuto de clásicos. Uno de ellos es el ya citado de Eric Hobsbawm. Otros dos serían el de Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, London-New York, 1991 (versión en español de Fondo de Cultura Económica, México, 1993) y el de Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1988. De Gellner puede verse también *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Gedisa, Barcelona, 1989. Las posiciones de Gellner y de Hobsbawm son analizadas por Edward Said en *Culture and Imperialism*, Alfred A.Knopff, New York, 1993 (versión en español de Anagrama, Barcelona, 1996) y por John Hutchinson en *Modern Nationalism*, Fontana Press, London, 1994.

Trabajé sobre la manera en que la guerra de Malvinas fue representada por la literatura en los artículos "Trashumantes de neblina, no las hemos de encontrar. De cómo la literatura cuenta la guerra de Malvinas", escrito en colaboración con Oscar Blanco y Adriana Imperatore, revista *Espacios de crítica y producción*, N° 13, Buenos Aires, diciembre 1993 - marzo 1994, y "El fin de una épica", *Punto de vista. Revista de cultura*, N° 64, Buenos Aires, agosto 1999. Planteé la cuestión de las versiones que aportan los propios ex combatientes en la reseña de *Partes de guerra. Malvinas 1982* de Graciela Speranza y Fernando Cittadini, revista *Espacios de crítica y producción*, N° 22, Buenos Aires, noviembre-diciembre 1997.

La cita de Fogwill sobre San Martín en Malvinas está tomada de Rodolfo Enrique Fogwill, *Los Pychi-cyegos. Visiones de una batalla subterránea*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1983, p. 114. Y la de Gamerro, de Carlos Gamerro, *Las islas*, Ediciones Simurg, Buenos Aires, 1998; pp. 449,450.

Sobre la significación del juicio a las juntas militares en 1985, véase Hugo Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002. La cita de Luis Moreno Ocampo fue tomada de un video del juicio editado por agrupaciones de derechos humanos.

Notas al capítulo "El fundador y sus fundadores"

La relación entre heroísmo, guerra y situaciones de frontera, aunque ampliando la idea de "frontera" a todo tipo de situación límite, es planteada por Bill Butler en *The Myth of the Hero*, Rider & Company, London, 1979, p. 7. Sobre la manera en que el rechazo a la guerra suele llevar al anti-heroísmo moderno, veáse Andrew Rutherford, *The literature of war. Five Studies in Heroic Virtue*, The Macmillam Press, London, 1978.

Utilicé la edición de la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* de Bartolomé Mitre, de Biblioteca de *La Nación*, Buenos Aires, 1903, en seis tomos.

Sobre la geografía como construcción política, véase la entrevista "Preguntas a Michel Foucault sobre la Geogra-

fía", en *Microfísica del poder*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1979, donde se trata la cuestión del espacio y su representación desde la perspectiva de la problemática del poder; y también el análisis de Marcelo Escolar, Silvina Quintero Palacios y Carlos Reboratti, "Geographical Identity and Patriotic Representation in Argentina", en David Hooson (editor), *Geography and National Identity*, Blackwell, Oxford-Cambridge, 1994, donde se postula que los estados nacionales requieren una geografía política tanto como las naciones requieren una historia de sí mismas, y que por lo tanto toda representación cartográfica se liga con la invención de un territorio "natural" y con la legitimación de una soberanía nacional.

Sobre la significación que 1880 tiene en la definición de una cultura nacional, señala Josefina Ludmer que "la modernización de 1880 obliga a la adopción, por parte del Estado, de una cultura nacional (obliga a la nacionalización de una literatura y la literaturización de la nación) porque la nacionalidad es requisito para funcionar como 'un sujeto' en el nuevo orden mundial moderno". (Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual*, Perfil Libros, Buenos Aires, 1999, p. 43). De allí la superación de las disputas políticas precedentes, que en el caso de San Martín significa la llegada del juicio objetivo, despojado de las pasiones y los intereses de los contemporáneos: "Para el estado liberal que se autodefine como tal, las versiones opuestas de los patricios son igualmente válidas porque las absorbe o, mejor, porque postula su novedad precisamente en la absorción de las diferencias políticas de la nación anterior

a su constitución" (*Ibídem, pp.* 45,46). Esa absorción de las diferencias políticas es precisamente una de las funciones decisivas que cumple San Martín a través de los relatos de su vida de héroe nacional. Para un análisis pormenorizado del ciclo de consolidación estatal, veáse Oscar Oszlak, *La formación del Estado Argentino*, Editorial de la Universidad de Belgrano, Buenos Aires, 1985. Y para su consideración desde la literatura, nuevamente Josefina Ludmer, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988.

La necesidad de entender la historia como narración ha abierto un amplio espectro de cuestiones, intensamente tratadas por la teoría en las últimas décadas. Hayden White es sin dudas el referente fundamental para este tema, a partir de sus planteos de *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992 (primera edición en inglés de 1973), como así también en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore-London, 1978, y en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1992. Dice Hayden White en *Metahistoria*: "Considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa (...). Yo creo que en ese nivel el historiador realiza un acto esencialmente *poético*" (pp. 9,10). El historiador, para White, "hace lo mismo que el artista, aun cuando sus afirmaciones traten de hechos *reales* antes que *posibles*" (p. 393). No hay experiencia de lo históricamente real, plantea Hayden White, lo que hay es

una "organización específica de la experiencia". (*El contenido de la forma, op. cit.*, p. 117) mediante la narración que se hace de los acontecimientos. Desarrollan un análisis de este aspecto de la teorización de White: Dale H.Porter, *The emergence of the Past. A Theory of Historical Explanation*, The University of Chicago Press, Chicago, 1981, y Hans Kellner, "Narrativity in History: post-structuralism and since", en VV.AA., *The Representation of Historical Events*, Wesleyan University, Middletown, 1987. Un planteo similar al de White es propuesto por Arthur Danto en *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1989 (edición original en inglés de 1965): "(...) una narración es distinta, desde el punto de vista lógico, de los datos en que se basa; al narrar, los acontecimientos son organizados, y eso ya supone una explicación: una narración describe y explica a la vez" (p. 97).

Ahora bien, conviene no exagerar la significación que tendría Hayden White en todo este planteo, si bien es claramente quien ordenó y sistematizó la cuestión de un modo muy preciso en el marco de la teorización reciente. Si la formulación básica en los trabajos de Hayden White sostiene que, prescindiendo de la relación con los acontecimientos reales, la historia deviene un relato como otros –y más concretamente: un relato como los literarios–, ya un artículo clásico como "El discurso de la historia" de Roland Barthes proponía un movimiento análogo. (Véase "El discurso de la historia" en Roland Barthes, Tzvetan Todorov, Gillo Dorfles, *Ensayos estructuralistas*, selección de Beatriz Sarlo Sabajanes, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971. El artículo de Barthes fue in-

cluido también en *El susurro del lenguaje*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1987. (La edición original del artículo en francés es de 1967). El relato histórico, dice Barthes, "¿difiere realmente por algún rasgo específico, por una indudable pertinencia, de la narración imaginaria tal como se la encuentra en la epopeya, la novela o el drama? Y si ese rasgo –o esa pertinencia– existe, ¿en qué lugar del sistema discursivo, en qué nivel de la enunciación hay que situarla?" (pp. 9,10). Desde luego, aislados en tanto que relatos y considerados en su estructuración, no hay diferencia alguna entre el discurso de la historia y el discurso de la ficción. Ambos producen una misma "ilusión referencial", ambos producen un mismo "efecto de realidad". (Barthes propone este concepto en el artículo "El efecto de lo real", en Georg Lukács y otros, *Polémica sobre el realismo*, compilación de Ricardo Piglia, Ediciones Buenos Aires, Barcelona, 1982. El artículo fue editado también en *El susurro del lenguaje*. Michel de Certeau propone una puesta en relación de ambos textos de Barthes, "El discurso de la historia" y "El efecto de lo real", en *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, México, 1993, p. 57.)

Algunos enfoques teóricos retoman estos planteos, pero lo hacen para avanzar hacia algunas formulaciones más tajantes; por lo pronto, la lisa y llana homologación de ficción e historia. Es el caso, por ejemplo, de un trabajo de Hans Magnus Enzensberger, "La literatura en cuanto historia", en el que se parte del cuestionamiento de una distinción estricta entre ficción y no ficción para postular el carácter ficcional de la historia, y para postular también,

fundamentalmente, que los textos literarios –porque recogen detalles, porque humanizan a los sujetos, porque no disimulan quién habla– logran una representación de la historia incluso mejor que la del propio discurso histórico. (Véase Hans Magnus Enzensberger, "La literatura en cuanto historia", revista *Eco*, Nº 201, Bogotá, julio de 1978). Sobre las posibilidades del discurso ficcional para informar lo real incluso de un modo más acabado que un "discurso objetivo", véase Michel de Certeau. *Heterologies. Discourse on the Other*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1986 (particularmente, el capítulo "History: Science and Fiction"). Herbert Lindenberger llega incluso a postular –y según él, es ya un clisé– que la historia para Hayden White es poco más que una ficción. (Véase *The History in Literature: On Value, Genre, Institutions*, Columbia University Press, New York, 1990).

Estos enfoques son altamente discutibles, y de hecho es el propio Hayden White quien los discute. En algunos textos posteriores, donde se hace cargo de los debates generados por *Metahistoria*, White se detiene en la refutación de las principales atribuciones de las que procura distanciarse. Así, responde a la objeción de que su teoría conduciría a un determinismo lingüístico o a un relativismo lingüístico, a la objeción de que su teoría de la naturaleza tropológica del lenguaje disolvería la distinción entre enunciados figurativos y enunciados literales, o entre discursos referenciales y discursos no referenciales, y a la objeción de que dicha teoría implicaría que los objetos estudiados por los historiadores no se encuentran en el mundo real. White subraya que su teoría dice mucho sobre la representación,

pero nada sobre la percepción: que no niega la existencia de entidades extradiscursivas ni la posibilidad de referirlas o representarlas, sino que destaca el carácter de figuración lingüística del discurso histórico, sin disolver la polaridad entre figuración y literalidad, pero sin pensarlas ya como alternativas opuestas o excluyentes. (Véase "Literary Theory and Historical Writing" en Hayden White, *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore-London, 1999).

Sobre la presencia de José de San Martín en los billetes de moneda nacional a lo largo de la historia, véase "El peso fuerte", de María Laura Aguirre y Marina Barcia, en *Todo es historia*, Año XXXIX, Nº 397, Buenos Aires, agosto de 2000.

Acerca de la vigencia del modelo narrativo de Bartolomé Mitre en el Centenario, y hasta la década de 1930, dice Tulio Halperín Donghi: "Sin duda no han faltado durante ellas nuevos intentos de reconstruir la trayectoria de San Martín, pero aun los mejores se limitan a enriquecer un caudal de datos que continúan encuadrando en las firmes estructuras interpretativas propuestas por Mitre. Y el modesto éxito de esas obras contrasta con el de una que, cuarenta años después de la *Historia de San Martín*, alcanzó una masa de lectores mucho más vasta que ésta: desde su título mismo, *El Santo de la Espada*, de Ricardo Rojas, consuma el tránsito de la historiografía a la hagiografía". (Tulio Halperín Donghi, "La imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre", en *El espejo de la historia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987, p. 137). En este mis-

mo sentido, Eduardo Hourcade establece que, durante el Centenario, no hay en la representación de San Martín más que una recuperación y una ratificación del paradigma mitrista. Así, sobre la *Bibliografía del General José de San Martín* compuesta en cinco volúmenes por Carlos I. Salas, dice que "la repetición desde el título del esquema mitrista daba buena indicación de la perdurabilidad de la imagen ya acuñada". (Eduardo Hourcade, "Ricardo Rojas, hagiógrafo (a propósito de *El santo de la espada*)", en *Estudios sociales*, Año VIII, Nº 15, Santa Fe, 1998, p. 74). Y en cuanto a la difusión de la imagen sanmartiniana, agrega: "Si nos trasladamos hacia las formas de divulgación de unos contenidos históricos hacia quienes, para abreviar, podemos llamar "sectores subalternos", la proliferación de imágenes destinadas al consumo escolar o al de un público más amplio que se integraba a la conmemoración, nos muestran un panteón de fundadores de la nación directamente derivado de la concepción mitrista" (*Ibídem*).

En 1823, el colombiano Juan García del Río publica su temprana *Biografía del general San Martín*. Es un relato que pretende haber completado lo que debe decirse sobre la vida de San Martín, veintisiete años antes de su muerte: se edita después de que San Martín renuncia y se retira a la vida privada, como si, concluida su vida pública, estuviese concluida su vida sin más. García del Río, que fue protagonista de buena parte de los acontecimientos que relata (San Martín lo nombró Secretario de Relaciones Exteriores de la Campaña al Perú), publica este libro con el seudónimo de Ricardo Gual i Jaén en Londres, en 1823. El texto se reedita en

París en 1844, y en Buenos Aires no aparece sino hasta 1854, es decir, hasta después de la muerte de San Martín.

Entre los precedentes del corpus de canonización, hay que tener en cuenta también los tempranos ensayos históricos del Deán Funes. Por solicitud de una misión norteamericana que llega a Buenos Aires en 1818, el Deán Funes amplía su "Ensayo de la historia civil", que concluía con el Congreso de Tucumán y la designación de Pueyrredón como Director Supremo en 1816, y lo extiende hasta la batalla de Maipú. Ese texto aparece originalmente en inglés (en 1818 en Washington y en 1819 en Londres), y no es publicado en una nueva traducción a su idioma primitivo hasta 1868. El trabajo del Deán Funes, así como sus entrevistas con los delegados norteamericanos, tuvo un papel fundamental para el reconocimiento de la independencia argentina en el exterior. En lo que a San Martín se refiere, establece una crónica prácticamente contemporánea de los hechos, dentro de un trabajo histórico más general, y en este sentido parece un tanto excesiva la consideración del Deán Funes como "primer historiador de San Martín". (Véase Luis Roberto Altamira, *El Deán Gregorio Funes, primer historiador del General San Martín*, Imprenta de la Universidad de Córdoba, Córdoba, 1950).

En el mismo año en que Juan María Gutiérrez publicaba en Argentina su relato de la vida de San Martín, a partir de la inauguración de la estatua del prócer en Buenos Aires, Benjamín Vicuña Mackenna hacía lo propio en Chile, a partir de la inauguración de su estatua en Santiago: *El General Don José de San Martín, considerado según documentos*

enteramente inéditos con motivo de la inauguración de su estatua el 5 de abril de 1863. El propio Vicuña Mackenna había reclamado la erección de esa estatua desde las páginas de *El Ferrocarril* de Santiago en 1856. Por entonces, y aun conociendo textos como los de Sarmiento o García del Río, Vicuña Mackenna consideraba: "La vida de San Martín aún no ha sido escrita". (Citado por Francisco Jurado Padilla, *Benjamín Vicuña Mackenna. Historiador del General San Martín*, Imprenta de la Universidad de Córdoba, Córdoba, 1957, p. 48). En ese sentido, la primera gran biografía chilena y la primera gran biografía argentina sobre San Martín coinciden tanto en el año como en el motivo de su aparición. Vicuña Mackenna había escrito anteriormente una *Historia de la Revolución de Independencia en el Perú*, una biografía de su antepasado, el general Juan Mackenna, y textos históricos sobre Carrera y sobre O'Higgins. Juan María Gutiérrez cita estas dos últimas obras, pero los libros sobre San Martín de uno y otro autor son prácticamente simultáneos. Por su metodología, sin embargo, el libro de Vicuña Mackenna se diferencia del de Gutiérrez, y remite a lo que hará más adelante Bartolomé Mitre: una narración de la vida de San Martín basada estrictamente en comprobaciones documentales. Vicuña Mackenna vive en Mendoza hacia 1855 y eso le permite, además de tratar a los contemporáneos, consultar los archivos correspondientes. Consulta igualmente el archivo del Ministerio de la Guerra en Santiago y el archivo del Congreso de Perú; adquiere en Lima, en 1860, los papeles del cura Cecilio Tagle, lo cual le permite acceder a algunos aspectos de la intimidad de San Martín; y, fundamentalmente, en septiembre de 1860, re-

cibe de manos de Mariano Balcarce los documentos del archivo del propio San Martín, que serán luego la base documental del trabajo de Mitre. La perspectiva de Vicuña Mackenna altera algunos aspectos fundamentales de la representación argentina de San Martín: aquí se destaca, por ejemplo, que la más grande proeza de San Martín no es el cruce de la cordillera de los Andes, sino la campaña marítima a Perú, señalando que para esa campaña había sido nombrado "por el gobierno de Chile (no por el argentino)". (Benjamín Vicuña Mackenna, *El General Don José de San Martín*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires-Santiago de Chile, 1971, p. 46). Antes, en 1856, Vicuña Mackenna consideraba que "si la cuna es la patria, San Martín es argentino porque vio la luz en las riberas del Uruguay; si la patria es la gloria, San Martín es chileno, porque en la llanura de Maipó alcanzó la más grande de las victorias en los anales sudamericanos, y si la libertad, la ley y la organización civil son también la patria, San Martín es peruano porque fue su primer gobierno". (Citado por Francisco Jurado Padilla, *Benjamín Vicuña Mackenna. Historiador del General San Martín, op. cit.*, p. 35). Este corrimiento de la centralidad argentina abre otra clase de representación de la figura de San Martín. En cualquier caso, Vicuña Mackenna define en Chile una instancia igualmente fundacional en la historiografía sanmartiniana, en la medida en que coincide con Gutiérrez y anticipa a Mitre, que luego lo reconocerá como un precedente crucial.

En cuanto a la asociación entre San Martín y el Che Guevara, que la visión de la izquierda promueve, declara

Mario Santucho: "El general San Martín y el Comandante Che Guevara son nuestros máximos ejemplos. De ellos tomamos nuestros símbolos". (Citado por Esteban Buch, *O juremos con gloria morir*; *op. cit.*, p. 193). Desde esta perspectiva, la vida entera de San Martín ha sido contada en clave de lucha popular anti-imperialista, o bien en términos de un ineluctable desarrollo de las contradicciones socioeconómicas del capitalismo. Así, por ejemplo, (lo hace Rodolfo Walsh) en "Un ensayo sobre San Martín". Publicación del Centro de Estudios Argentinos Arturo Jauretche, Buenos Aires, Año 1, Nº 2, febrero de 1978; incluida en Horacio Verbitsky, *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina 1976-1978*, Colección El Periodista, Buenos Aires, 1985. Dice Rodolfo Walsh, por ejemplo: "San Martín nació en 1778, al mismo tiempo que la oligarquía porteña y el maquinismo industrial". En otros momentos destaca en San Martín lo que puede ligarse con la guerra de guerrillas: "(...) considerando las guerrillas como auxiliares del ejército, tal como un siglo después lo prescribiera Mao Tse-Tung"; con el proteccionismo económico: "(...) la nota de San Martín al gobierno de Buenos Aires en diciembre de 1816 pidiendo que se suprimieran los impuestos a los licores cuyanos y se gravaran los importados para proteger esa actividad (...)"; o con la necesidad de no pagar deudas al capital financiero: "San Martín volvió a Buenos Aires y convenció a Pueyrredón de que los 200.000 pesos traídos de Chile no se aplicaran a pagar intereses al comercio sino a comprar dos naves para la flota que debía llevar la libertad al Perú"; hasta hacer del héroe nacional un verdadero precursor de las insurrecciones populares: "(...) los con-

ceptos de San Martín, basados en la estrategia del siglo XVIII, adelantaban elementos de la del siglo XX, al utilizar las insurrecciones populares (...)". San Martín resulta un verdadero paladín, arteramente escamoteado, de la lucha nacional y popular: "El mito que oculta su personalidad fue creado mucho después de su muerte, cuando políticos inmorales necesitaron que los militares cumplieran disciplinadamente las directivas antinacionales y antipopulares que les impartían".

Un trabajo de Eduardo B. Astesano, *San Martín y el origen del capitalismo argentino*, Editorial Coyoacán, Buenos Aires, 1961, apunta igualmente a encuadrar el relato de la vida de San Martín en el marco del desarrollo técnico y económico (habla del "memorable paso de los Andes, verdadera hazaña técnico económica"); en el marco del desarrollo macroestructural del capitalismo (sostiene que "(...) los ejércitos de San Martín, y sus triunfos, sólo fueron la cresta de una gran ola revolucionaria que conmovió al país desde sus cimientos. Los métodos de llevar adelante la guerra, la estrategia y la táctica, están condicionados al sistema de producción y de cambios (...)"; o que "El mérito de San Martín es haber sabido encauzar en un sentido militar esta poderosa fuerza expansiva mercantil capitalista que tan magníficamente se le ofrecía (...)"); en el marco de una disposición a violentar la propiedad privada ("Todo el país colaboró en distintas formas para levantar el ejército libertador (...). Fue más allá de la sagrada propiedad privada (...)"); o en el marco del aliento del intervencionismo estatal ("Este impulso de cooperación sanmartiniana, por la vía del más crudo intervencionismo de

Estado, se desarrolló sobre ramas de competencia con los productos europeos (...). Así nacieron nuestras primeras manufacturas"). En una línea similar, puede verse también Fernando Nadra, *La herencia libertadora y pacifista de San Martín*, Editorial Fundamentos, Buenos Aires, 1950, en cuya solapa se lee: "Para ser fieles al mandato sanmartiniano, la tarea fundamental de los patriotas argentinos de hoy es la de salvar la Nación Argentina de la voracidad del imperialismo yanqui".

Notas al capítulo "La promesa infinita: el juicio justo de la posteridad"

El texto de Gutiérrez se encuentra en: Juan María Gutiérrez, *Biografía del General don José de San Martín*, Mónica Editorial, Buenos Aires, 1945. También en *Estudios histórico-literarios*, selección, prólogo y notas de Ernesto Morales, Colección Estrada, Buenos Aires, 1940.

Las citas de Domingo Faustino Sarmiento pertenecen a *Obras*, Belin Hnos. Editores, París, 1909 / Librería La Facultad, Buenos Aires, 1913. Existe una recopilación de los textos de Sarmiento sobre San Martín, con el título de *Vida de San Martín*, estudio preliminar de Carlos Galván Moreno, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1950, primera edición de 1939.

El texto de Rojas es: Ricardo Rojas, *El santo de la espada*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1940. La cita del prólogo de Rojas a *Los arquetipos* fue tomada de *Los arquetipos*, Librería La Facultad, Buenos Aires, 1922.

La idea de que las biografías heroicas pueden ser pensadas como monumentos verbales, aparece en Anna Makolkin, *Name, Hero, Icon. Semiotics of Nationalism through Heroic Biography*, Mouton de Gruyter, Berlin- New York, 1992; p.15.

Las dos citas de Jorge Myers sobre Juan María Gutiérrez pertenecen a "Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria", en *Entrepasados. Revista de Historia*, Año III, Nº 4-5, Buenos Aires, 1993, pp. 75,83. Acerca de la designación de Gutiérrez como rector de la Universidad, dice Myers: "En realidad, únicamente entre 1852 y 1861 puede hablarse de una carrera política de Gutiérrez, ya que en los dieciocho años que siguieron de Pavón a su muerte, el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires le ofrecería únicamente el menos vistoso destino de funcionario público. No es casual, entonces que en una vida en la que los libros siempre convivieron con las acciones, la porción más nutrida de la producción intelectual de Gutiérrez haya pertenecido a aquellos años, justamente, en que Mitre, por amistad y para mantenerlo en una situación de neutralidad, lo "becó" con un rectorado, permitiéndole gozar del tiempo y de la tranquilidad necesarios para concentrarse en sus estudios históricos y literarios". (Jorge Myers, "Los itinerarios de una Ideología", prólogo a Juan María Gutiérrez, *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires. 1868*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1998, p. 19).

Sobre la oscilación entre contemporaneidad y posteridad, es interesante notar que se verifica aun en el texto de Juan García del Río, publicado en 1823. En el principio del texto, dice García del Río: "El general San Martín (...) ha cesado de existir para el público; y aquí era donde la imparcialidad le aguardaba para fallar sobre su mérito". (*Biografía del general San Martín*, Imprenta de la Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 1950, p. 6). La promesa de imparcialidad se basa aquí en la homologación del retiro a la vida privada con la muerte; pero San Martín viviría todavía veintisiete años más. Por eso, hacia el final de su biografía, García del Río prefiere remitir el juicio definitivo a una posteridad que sigue estando en el futuro: "La calumnia ha empleado en él sus tiros; empero la posteridad, siempre justa, le asignará el lugar que le corresponde entre los ilustres bienhechores de la humanidad". (*Ibídem*; p. 43).

Las consideraciones de Tulio Halperín Donghi sobre Mitre corresponden a "Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina" en *Anuario del IEHS*, N° 11, Tandil, 1996, p. 57. Halperín Donghi agrega en este sentido que "(...) la historia de la Nación Argentina, como historia de un pasado no concluso, abierto al presente y al porvenir, sólo pudo ser organizada gracias a Mitre, gracias a su robusta fe en el destino nacional". (Tulio Halperín Donghi, "Vicente Fidel López, historiador", en *Ensayos de historiografía*, Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1996, p.43). Halperín Donghi marca las diferencias de Mitre con el criterio historiográfico de López, porque López no les da a las figuras individuales el brillo suficiente en el relato de la historia. Dice al respecto:

"Mitre (...) subraya, sobre todo, los peligros del empleo acrítico de la tradición oral recibida de quienes el historiador ve no como meros informantes sino como arquetipos de una edad heroica que la sórdida Argentina de 1880 es radicalmente incapaz de emular". ("La historiografía argentina, del ochenta al centenario", en *Ensayos de historiografía*, *op. cit.*, p. 46). La apelación a los documentos, de todas formas, no se efectúa sin notorias reticencias: "Si Mitre ha hecho un esfuerzo muy serio por no introducir en su relato hechos sobre los cuales no ha alcanzado información suficientemente fidedigna, no sólo no invita a su lector a ser testigo del proceso de búsqueda y depuración de fuentes; tampoco le ofrece siquiera modo de controlarlo mediante alguna mención precisa de las fuentes por él utilizadas, y le solicita en cambio un acto de confianza global en su probidad de erudito". ("La imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre", *El espejo de la historia*; *op. cit.*, p. 120). Es cierto, entonces, que la inflexión más decidida en Mitre es el aporte a la historiografía argentina de los métodos heurísticos de la historiografía europea de fines del siglo XIX. Pero también es cierto que, dentro de los términos de su célebre polémica con Vicente Fidel López, "Mitre no reniega –como se ha dicho alguna vez– de la filosofía de la historia". (José Luis Romero, "Mitre, un historiador frente al destino nacional", en *La experiencia argentina y otros ensayos*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1989, selección y prólogo de Luis Alberto Romero, p. 247). Y es cierto que, en la falta de precisión para certificar fuentes, aun cuando documente sus textos, Mitre apela sobre todo a la disposición a creer por parte de los lectores.

José Luis Romero señala la relación que hay en Mitre entre la certeza de la nación preexistente y el culto a los héroes: "La 'nación preexistente' adquiría la forma de lo inamovible, casi de lo sagrado, como se hizo sagrado con él el culto de los héroes". (José Luis Romero, "Sarmiento entre el pasado y el futuro", en *La experiencia argentina y otros ensayos, op. cit.*, p. 216).

Sobre la disposición de Juan María Gutiérrez a recuperar una tradición, frente a la idea de la invención *ex nihilo*, puede verse nuevamente a Jorge Myers: "(...) el pensamiento romántico argentino osciló permanentemente entre dos definiciones de su tarea intelectual: la de investigar la propia realidad para descubrir su sentido, o en cambio, para 'inventar' –es decir, construir, elaborar– el mismo". (Jorge Myers, "La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en Noemí Goldman (editora del tomo), *Nueva Historia Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1998, tomo 3, p. 425). Myers agrega que Gutiérrez "(...) deseaba dotar de una tradición histórica a las letras de su propio país, donde una vez recusada la tradición española, el único camino plausible que permanecía abierto para lograr su cometido era el de recurrir a la tradición colonial americana". ("Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria", *op. cit.*, p. 79.) Myers retoma así las observaciones de Beatriz Sarlo, que sostiene que Gutiérrez "(...) no practica un corte y una discontinuidad conflictual con respecto a la

tarea realizada por las generaciones anteriores, y muy por el contrario, valoriza y comenta esta tarea". Con esta inclinación a la continuidad encuentra Gutiérrez su colocación particular: "(...) la negación de lo español lógica y necesaria en esos días, llevaba consigo la negación de lo colonial y es un esfuerzo crítico de proporciones considerables el que determina en Gutiérrez esta visión más abierta e integradora". (Beatriz Sarlo Sabajanes, *Juan María Gutiérrez: historiador y crítico de nuestra literatura*, Editorial Escuela, Buenos Aires, 1967; pp. 36, 87).

Acerca de la teoría romántica del gran hombre, véase el análisis que hace Raúl Orgaz de la influencia de esa teoría de Victor Cousin, sobre Sarmiento en particular, en el capítulo tercero ("Cousin y la teoría del grande hombre") de *Sarmiento y el naturalismo histórico*, Imprenta Argentina, Córdoba, 1940. Esta teoría, de evidente impronta hegeliana, otorga a los grandes hombres un poder representativo del espíritu general de su tiempo, y explica en parte la preferencia de Sarmiento por las biografías. La biografía de los hombres representativos permite una interpretación de lo colectivo, más inclinada a lo sociológico. Mitre es también tributario de la teoría cousiniana del hombre representativo; de hecho, los títulos de sus grandes obras históricas expresan ya esa posibilidad de extensión de la figura individual al proceso histórico colectivo. Claro que, según señala Halperín Donghi, el caudillismo plantea un serio problema a la aplicación de esta teoría por parte de los románticos argentinos: "A los hombres del 37, como ahora a Mitre, les preocupaba menos entender y legitimar el fenómeno

del liderazgo político que darse una razón para el hecho decepcionante de que en el Río de la Plata ese liderazgo sólo efímeramente recaía en quienes estaban mejor preparados para ejercerlo, y sin embargo se veían bien pronto rechazados en sus pretensiones de desempeñar un papel dirigente. Se trataba en suma de entender las raíces de lo que se llamaba ya el caudillismo". (Tulio Halperín Donghi, "Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina", *op. cit.*, p. 65). Sarmiento, admitiendo que los grandes hombres representativos pueden serlo para el bien o para el mal, se dedica ante todo a las biografías "negativas": los textos que le dedica a San Martín, por lo pronto, no tendrán nunca el peso y la relevancia del texto que le dedica a Facundo Quiroga. Mitre, por su parte, si bien realiza su primer ensayo historiográfico sobre la figura de José Artigas (un trabajo que sólo iba a ser conocido póstumamente), se dedica evidentemente a los grandes héroes "positivos" de la nación, y a su proyección colectiva nacional (Belgrano y la independencia argentina) o continental (San Martín y la emancipación sudamericana).

Elías Palti introduce algunos matices significativos en lo que podría resultar una imagen demasiado compacta de la historia nacional en Mitre, lo que implicaría anular ciertas tensiones que se verifican, por ejemplo, en las sucesivas ediciones de la *Historia de Belgrano*, desde un texto inicial de 1856 –que aparece en la Galería de Celebridades Argentinas, junto a una biografía de Rivadavia escrita por Juan María Gutiérrez y a una de San Martín escrita por Sarmiento–, pasando por la versión ampliada de 1858-1859, y por la tercera

edición de 1876, hasta llegar a la versión definitiva que aparece en 1887, el mismo año de la primera edición de la *Historia de San Martín*. En el caso particular de la edición de 1876, Palti verifica la tensa coexistencia de dos criterios dispares: el criterio del prólogo que Mitre agrega especialmente para esta edición no condice con el criterio del resto del texto (una tensión que pierden de vista las perspectivas proclives a ver el conjunto de la obra y a sus sucesivas ediciones como un todo). En un primer momento, Mitre tiende a admitir un mayor grado de incidencia de la acción humana sobre los acontecimientos históricos, lo cual le otorgaría a la nacionalidad un carácter más construido. Más adelante, sin embargo, con la progresiva afirmación del sistema político, este criterio se hace más difícil de sostener: "Lo cierto es que este énfasis en la significación histórica de la acción de los actores, y, por consiguiente, del carácter 'construido' de la nacionalidad, dotaba a la misma de un aire de precariedad incompatible ya con las necesidades de un orden que, veinte años más tarde, comenzaba a afirmarse". (Elías Palti, "La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional", ponencia presentada en el Simposio "Representaciones de la Nación", coordinado por Oscar Terán y realizado en el contexto de las VII Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia, Neuquén, septiembre de 1999). Esta afirmación de un orden político es lo que va inclinando a Mitre a un enfoque que no estaba presente en las versiones anteriores de la *Historia de Belgrano*: una historia argentina más compacta y plena, y una concepción de la nacionalidad argentina como entidad objetiva, que precede a su efectiva constitución como tal. Las discordancias internas que existían en 1876 –en un

momento en que la posición política de Mitre, sus ideas acerca de la intervención política y su accionar efectivo, se complicaban después del fallido alzamiento de 1874– se atenúan decisivamente hacia 1887, sin que esto implique que desaparezcan del todo. El prólogo de la *Historia de San Martín*, por lo pronto, es escrito por Mitre durante su prisión en la cárcel de Luján, tras los hechos de 1874. Hacia 1887, no obstante, la historia argentina expresa para Mitre a una nación en su centralidad y en su plenitud, y es allí donde se inscribe la *Historia de San Martín*. El héroe se afirma a través de esa nación consolidada, y al mismo tiempo, por su eficacia simbólica, contribuye a consolidarla.

Las consideraciones de Lilia Ana Bertoni sobre los ritos patrios fueron tomadas de "Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891" (en Boletín N° 5 del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, 3ª serie, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires/Fondo de Cultura Económica, 1er.semestre de 1992, p. 77). Las desarrolla más ampliamente en su libro, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001. Evidentemente, 1887 es un año clave: "El afán por la construcción de estatuas y monumentos se inicia en 1887, simultáneamente con el intento de vivificar las fiestas patrias". ("Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891", *op. cit.*, p. 99). Ese año hay un decreto del Poder Ejecutivo para restaurar la Casa Histórica de Tucumán. Apenas un año después, se aprueba

un proyecto para construir un monumento al ejército de los Andes en Mendoza, se emprende la repatriación de los restos de varios guerreros de la Independencia, se erige una columna conmemorativa en el lugar en que se produjo la batalla de San Lorenzo. La gravitación de la escolaridad, en lo atinente a las fiestas patrias, confluye con su cada vez más marcada impronta militar, por ejemplo, en la organización de desfiles con "batallones infantiles". En un acto del 5 de noviembre de 1888, los niños desfilan bajo las órdenes de un capitán del ejército, cuyo nombre era Martín G. de San Martín. Para los festejos del 9 de julio de 1890, se organiza "una grandiosa apoteosis del general San Martín en el teatro de la Ópera", en la que "los historiadores y los guerreros de la Independencia fueron instalados juntos, en un palco, reconociendo con rara lucidez la doble autoría del pasado que se conmemoraba". (*Ibídem*, pp.104,105). En la celebración del 25 de mayo de 1891, un busto de San Martín encabeza el desfile de los niños que hacen las veces de soldados. De esta manera, se advierte hasta qué punto la consagración de la heroicidad sanmartiniana, en 1887, atraviesa las maniobras de afianzamiento de los ritos de la argentinidad por parte de un Estado nacional ya consolidado.

Sobre las modificaciones de la estatua de Plaza San Martín durante el Centenario, me remito a Francis Korn, *Buenos Aires: los huéspedes del '20*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989, pp. 49,50. Sobre los acuerdos y los reparos de Ricardo Rojas, puede verse Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura ur-*

bana en Buenos Aires, 1887-1936, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1998, p. 230.

Para considerar la situación de Ricardo Rojas durante el Centenario, puede verse Carlos Altamirano / Beatriz Sarlo, "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.

Eduardo Hourcade enmarca perfectamente las circunstancias de la publicación de *El santo de la espada* y la confrontación de Rojas con José Pacífico Otero. Tras señalar que el libro de Otero, pese a estar precedido por una indagación documental, no agrega algo nuevo a lo ya conocido, dice: "No pueden quedar dudas acerca de la primacía del interés uniformado en promover una visión del pasado que hacía su centro en la obra de San Martín". (Eduardo Hourcade, "Ricardo Rojas hagiógrafo", *op. cit.*, p. 78). *El santo de la espada* aparece en oposición a esta perspectiva: "(...) la obra de Rojas surgió como una contestación opositora (como una clara intervención política) al uso que de la figura del creador de los Granaderos a Caballo intentaba difundirse. Es por ello que la difusión del retrato sanmartiniano de Rojas a través del más paradigmático de los aparatos ideológicos estatales (al menos en aquellos años), entraña más de una paradoja, pues no era exactamente ésa la figura de San Martín que deseaba divulgarse". ("Ricardo Rojas hagiógrafo", *op. cit.*, pp. 81,82).

Notas al capítulo: "Retrato de un héroe, o el decálogo de la virtud"

Michel de Certeau señala la siguiente diferencia entre las biografías y las hagiografías: mientras que en las biografías hay variación y evolución, en las hagiografías todo se da desde el principio, y ya en la infancia es posible reconocer la que será la efigie póstuma. (Véase Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, *op. cit.*, p. 264). No debe extrañarnos entonces que los relatos de la vida de José de San Martín, que siempre exceden el marco de la mera biografía, culminen en la consagración hagiográfica: en la santificación de San Martín a cargo de Ricardo Rojas. Con respecto al modo en que, en el caso de los héroes, ya en la infancia aparece lo que va a desplegarse a lo largo de sus vidas, véase también Anna Makolkin, *Name, Hero, Icon. Semiotics of Nationalism through Heroic Biography*, *op. cit.*, p. 128.

La anécdota del polvorín tiene que ver con una orden de San Martín que prohibía la entrada al laboratorio de explosivos a todo aquel que llevara botas con espuelas. El centinela a quien le da la orden luego le prohíbe la entrada a ese sitio al propio San Martín, y le dice que no puede sino ejecutar la orden aun ante quien la impartió. San Martín aprecia este sentido de la obediencia y premia al soldado. El episodio se destaca en un texto de la Colección Azul de la Biblioteca Billiken que, por estar destinado a los niños, abunda en anécdotas ejemplares y edificantes. Se dice en la presentación: "(...) esta síntesis biográfica, a la que una deliberada riqueza de anécdotas presta singular amenidad (...)".(Véase Alberto

Larran de Vere, *José de San Martín. Síntesis biográfica*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1950; pp. 31,32). En esta colección infantil constan varios títulos de inspiración sanmartiniana que se deben a Arturo Capdevila: *El abuelo inmortal, Remeditos de Escalada, El niño poeta* y *La infanta mendocina.*

Las observaciones de Shoshana Knapp sobre la indumentaria de Napoleón se encuentran en el artículo "Napoleon as Hero", en Sara M. Putzell y David C. Leonard (editores), *Perspectives on Nineteenth-Century Heroism. Essays from the 1981 Conference of the Southeastern Nineteenth-Century Studies Association*, José Porrúa Turanzas, Madrid, Potomac/ Maryland, 1982. En "La maschera dell'eroe: rappresentazione e simbolo", Elisa Coppola, destacando la importancia de la vestimenta militar como elemento retórico, coincide en señalar aquella misma duplicidad en el caso de Napoleón Bonaparte: la exaltación de la imagen de general, en algunos casos, y en otros, la mayor simplicidad en el uniforme. Para una consideración más amplia sobre la cuestión de la vestimenta en la representación de los héroes, he seguido también a Stefano Susinno en "La rappresentazione romantica dell'eroe", quien postula que la vestimenta se convierte en un problema durante el romanticismo, ya que no existía en la representación del héroe clásico. Tanto el texto de Coppola como el de Susinno, aparecen en VV.AA., *L'Eroe*, Instituto Geográfico De Agostini, Novara, 1992.

La cita de la conferencia que Ricardo Rojas dio en 1920 sobre Manuel Belgrano fue tomada de "Belgrano el patricio", en *Los arquetipos, op. cit.*, p. 65.

Para el análisis foucaultiano de Edipo Rey, véase Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 1991; pp. 35-60.

Es interesante observar que, tanto la impronta disciplinaria que se atribuye a San Martín, como ese carácter ascético que *El santo de la espada* subraya, Ricardo Rojas los vuelve también sobre sí mismo para describir el proceso de escritura de su libro sobre San Martín: "Durante este último año, por vía de disciplina ascética, he estado escribiendo una "Vida del General San Martín". Muestro en ella, cómo San Martín fue el moralista de la espada...". (Entrevista a Ricardo Rojas, *Noticias Gráficas*, 10 de octubre de 1931, reproducida en Sylvia Saítta y Luis Alberto Romero, *Grandes entrevistas de la historia argentina*, Aguilar, Buenos Aires, 1998, pp.132-139).

José Murilo de Carvalho desarrolla un valioso estudio sobre la constitución de una identidad republicana en Brasil, y allí considera el recurso a las fórmulas del misticismo, la simbología religiosa y la figura de Jesucristo en la definición del héroe nacional brasileño Tiradentes. (Véase *La formación de las almas. El imaginario de la República en el Brasil*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1997; p. 97 y ss.). Murilo de Carvalho señala que "existen situaciones en las que una misma figura puede representar diferentes imágenes de héroe para diferentes sectores de la población". Propone de inmediato el ejemplo de Abraham Lincoln en Estados Unidos, que representa para la población negra de la costa este un héroe salvador del pueblo, y para la pobla-

ción de la costa oeste un héroe conquistador y civilizador (*Ibídem, op. cit.*, p. 23). De un modo semejante, en el caso de Brasil, Tiradentes fue declarado patrono cívico por un gobierno militar en 1965; y poco después, en la década del setenta, hubo un movimiento guerrillero que adoptó su nombre. "El secreto de la vitalidad del héroe radique quizá, al fin, en esa ambigüedad". (*Ibídem*, p. 111). Lo propio ocurre en nuestro país con José de San Martín, invocado desde todas las posiciones ideológicas contenidas en la argentinidad: así, por ejemplo, lo consagra la dictadura militar al celebrar el bicentenario de su nacimiento en 1978, mientras que las agrupaciones de izquierda no dudan en ponerlo junto al Che Guevara en una tradición de libertadores de América. José Murilo de Carvalho observa además: "Un héroe que se precie debe tener, de algún modo, la cara de la nación. Debe responder a alguna necesidad o aspiración colectiva, reflejar algún tipo de personalidad o de comportamiento que corresponda a un modelo colectivamente valorizado". (*Ibídem*, p. 81-82). Lo que aquí faltaría considerar es la dimensión performativa de la narración de vidas heroicas: el héroe no sólo "responde", también suscita aspiraciones colectivas; el héroe no sólo "refleja", también conforma personalidades y comportamientos.

Notas al capítulo: "El heroísmo civil del héroe militar"

El artículo de Eduardo Hourcade vuelve a ser una referencia ineludible para considerar, en términos de militarismo y desmilitarización, las diferencias que existen entre

el San Martín de José Pacífico Otero y el San Martín de Ricardo Rojas. Dice Hourcade sobre estas obras que "aunque ambas –y ése es su común denominador– comparten la mostración de un San Martín que se erige como modelo moral de la argentinidad, mientras el retrato de Otero insiste en su presentación como militar y como hombre de estado, la figura que construye Rojas lo muestra como asceta protector". ("Ricardo Rojas hagiógrafo. A propósito de *El Santo de la Espada*"; *op. cit.*, p. 84).

La cita de Ricardo Rojas corresponde a *La restauración nacionalista*, A.Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1971, p. 176.

Las citas de Juan Bautista Alberdi en este capítulo corresponden a *Recuerdos de viaje y otras páginas*, Eudeba, Buenos Aires, 1962, pp. 79, 80; *Proceso a Mitre*, Ediciones Caldén, Buenos Aires, 1967, p. 159. (Este volumen contiene el texto correspondiente al tomo V de los *Escritos póstumos*, originalmente titulado "Belgrano y su historiador"); y *El crimen de la guerra*, Editorial Sopena, Buenos Aires, 1957; pp. 25, 8, 51, 11, 50 y 148. Para una caracterización de los distintos períodos de la obra de Alberdi, véase el prólogo de Oscar Terán, "Alberdi póstumo", a una selección de los *Escritos póstumos*, Puntosur, Buenos Aires, 1988, como así también, de Oscar Terán, *Las palabras ausentes: para leer los Escritos póstumos de Alberdi*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004.

Retomando la perspectiva crítica de Juan Bautista Alberdi, dos libros recientes declararon su voluntad de apartarse del

régimen de reverencia sistemática a San Martín, para someterlo a una discusión postergada o mitigada. Esos libros son *San Martín y la tercera invasión inglesa*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1997, y *Prohibido discutir sobre San Martín*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2000, ambos escritos por Juan Bautista Sejean. Estos textos se muestran resueltos a poner en duda al héroe perfecto, a cuestionar sus virtudes de abstención política y aun a discutir su sentido del patriotismo (al menos en el momento de su decisión de regresar a América después de haberse formado en España). Pero, más allá de esta enfatizada disposición a la polémica, lo cierto es que ninguno de los dos textos avanza más allá de lo que ya quedara planteado, y con más agudeza, por Juan Bautista Alberdi, a quien Juan Bautista Sejean no deja de remitirse. Por otra parte, estos textos no solamente no apuntan a una puesta en cuestión del tipo de identidad nacional diseñada en el siglo XIX, sino que insisten en una de las características más salientes del nacionalismo criollo, la paranoia anglófoba. La relación entre la guerra de Independencia en Hispanoamérica y los intereses económicos de Inglaterra, que ha sido habitualmente reconocida y señalada en términos de una conveniente coincidencia, Sejean la expresa desde la más plena hipersensibilidad nacionalista en términos de una artera confabulación (que incluye una mención a Margaret Thatcher): "A esos hombres podrá imputárseles cierta miopía, ingenuidad, o poca sagacidad para descubrir o advertir las intenciones del lobo inglés que, como en el cuento de Caperucita, se vistió de abuela bonachona (...)", "(...) todo, hasta el detalle mínimo, fue pensado, meditado y decidido en Inglaterra (...)", "(...) San Martín fue el sucesor de Beresford y Whitelocke

(...)", "(...) San Martín se convirtió, de hecho, en un agente inglés, en un instrumento de los británicos (...)", "(...) detrás de ella se advierte nítidamente, entre bambalinas, la actuación del titiritero inglés (...)" (*San Martín y la tercera invasión inglesa, op. cit.*, pp. 70, 88, 127, 128 y 136); "¿No han advertido que la 'misión sanmartiniana', que fragmentó el cono sur del continente, es un calco de lo que consumaron los ingleses en Asia y África?" (*Prohibido discutir sobre San Martín, op. cit.*, p. 56). De esta manera, lo cierto es que algunos aspectos sustanciales de la fábula de la identidad nacional quedan finalmente reforzados. No es extraño, por lo tanto, que, en definitiva, aun aquí se admita una considerable revalidación de San Martín: "Nadie en sus cabales podría empañar el juicio histórico sobre San Martín criticando su campaña militar (...)", "(...) no es mi intención poner en tela de juicio la honestidad de San Martín (...)", "Sin embargo, a pesar de sus errores –hoy resulta fácil detectarlos y señalarlos–, debemos rendirle homenaje por haber luchado con convicción y coraje por una causa justa". (*San Martín y la tercera invasión inglesa, op. cit.*, pp. 24, 36, 70).

Las declaraciones de Leopoldo Torre Nilsson citadas en este capítulo se publican en la revista *Panorama* del 23 de marzo de 1971; y se reproducen en Mónica Martín, *El Gran Babsy. Biografía novelada de Leopoldo Torre Nilsson*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993, p. 206.

La cita de Homero Alsina Thevenet corresponde a *Censura y otras presiones sobre el cine*, Fabril, Buenos Aires, 1972, y es citada por Fernando Peña en *Leopoldo Torre Nilsson*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993, p.30.

Para un análisis de *El general y la fiebre*, puede verse el artículo de Alicia Chibán "Imagen cinematográfica de San Martín: *El general y la fiebre*, de Coscia y Fernández Baraibar", en Alicia Chibán (coordinadora), *El archivo de la Independencia y la ficción contemporánea*, Universidad Nacional de Salta, Salta, 2004. En el volumen, hay dos artículos de la misma autora en los que se analizan las representaciones literarias de José de San Martín: "José de San Martín: las ficciones del héroe" y "Vivir, escribir, pensar la historia".

Notas al capítulo "Héroe argentino, héroe americano"

La cita de *La restauración nacionalista* que se hace en este capítulo corresponde a la página 158. La de *Blasón de plata*, Hyspamérica, Madrid, 1986; está en la página 90.

En su libro sobre el género gauchesco, Josefina Ludmer analiza los mecanismos de incorporación de los gauchos al paradigma nacional y al aparato estatal, y la función que el ejército tiene en ese proceso. (Véase *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*). Allí también se propone la relación entre los dos héroes, el de la historia y el de la literatura, y entre los dos "Martines": San Martín y Martín Fierro.

Sobre el lugar que le asigna a Lord Cochrane la perspectiva revisionista, véase Francisco Hipólito Uzal, *Los enemigos de San Martín*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1975, capítulo V.

Esteban Buch analiza el cuadro de Pedro Subercausseaux, dedicado a la primera ejecución del himno nacional, en el capítulo "Imágenes del Centenario" de *O juremos con gloria morir*.

La referencia a José Ingenieros en relación con las presunciones de superioridad argentina en América Latina, tiene que ver con la siguiente afirmación: "Países en que abunden el negro y el indio, no pueden preponderar sobre otros donde el negro y el indio son objeto de curiosidad. Tal es el caso de la Argentina libre ya, o poco menos, de razas inferiores, donde el exiguo resto de indígenas está refugiado en zonas que de hecho son ajenas a la nacionalidad, aunque habiten su territorio político (...). Según la marcha de su desenvolvimiento actual y atendidos sus factores climatéricos y étnicos, en un porvenir no remoto la superioridad argentina será real en todo ese orden de manifestaciones (...). Sólo necesita dejar transcurrir algunos lustros para que se afirme su influencia moral y material en Sud América: su extensión, su fecundidad, su raza blanca y su clima templado la pondrán, naturalmente, a la cabeza de los pueblos neolatinos del continente". (José Ingenieros, *Sociología argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1988, pp. 59, 61).

Para considerar el tema del secreto y el conflicto en la entrevista de Guayaquil, partí de las clásicas consideraciones sociológicas de Georg Simmel en *Le Conflict*, Circe, París, 1995 y *Secret et sociétés secrètes*, Circe, París, 1996. Simmel plantea que el secreto puede funcionar como positividad social, aun cuando se define en términos de negatividad, y advierte hasta qué punto estas formas nega-

tivas contribuyen decisivamente a la organización de la vida social, sin resultar, por su negatividad, meramente destructivas. Simmel percibe –y en esto es, evidentemente, un precursor de Michel Foucault– la dimensión de positividad que tiene lo negativo. A propósito del secreto, dice: "Toda relación entre dos personas o dos grupos se caracteriza por la presencia y por la cantidad de secreto que comporta (...). El desarrollo histórico de la sociedad se define por el siguiente principio: alguna cosa que en otro tiempo era manifiesta tiende a ser protegida por el secreto, y a la inversa, lo que en otro tiempo era secreto puede sobrepasar esa protección y se convierte en manifiesto". (*Secret et sociétés secrètes*, p. 40). Y a propósito del conflicto, establece que, lejos de ser un elemento que atente contra la organización social, se presenta como una de las formas más activas de socialización e integración. (Véase *Le Conflict*, pp. 19, 24 y 27). Con Simmel puede pensarse entonces que el orden social se sostiene principalmente en el secreto y en el conflicto, antes que en la transparencia y el acuerdo, que son, evidentemente, categorías habermasianas. Es notable que Habermas, en el postscriptum que redacta para la edición de un conjunto de ensayos de Simmel, omita toda esta dimensión del conflicto como instancia fundacional para una sociedad. (Véase Jürgen Habermas, "Georg Simmel on Philosophy and Culture: Postscript to a Collection of Essays", en *Critical Inquiry*, Volume 22, Number 3, Spring 1996, The University of Chicago Press).

Simmel efectúa igualmente algunas consideraciones claves sobre el secreto como forma. Decir que algo es secreto en un sentido puramente formal o meramente formal, decir

que lo es tan sólo en sus formas exteriores, de poco sirve si lo que se quiere es negar la existencia del secreto, ya que el secreto no se define de otra manera que por sus formas exteriores: funciona como secreto ante todo por disponerse de una determinada forma, y en esto es independiente de su contenido. Así entiende Simmel el "encanto" y el "valor" que puede haber en el secreto: "(...) la singular seducción que puede ejercer un comportamiento formalmente misterioso, independientemente de todo contenido (...)". (*Secret...*; *op. cit.*, p. 42). Raymundo Mier habla de "cierta espectacularidad del ocultamiento", porque incluso cuando el contenido del secreto deba ocultarse, la existencia misma del secreto puede mostrarse, y para mostrarse debe adoptar determinadas formas exteriores. Puede producirse, incluso, la simulación de un secreto; pura mostración del ocultamiento, cuando en verdad nada se oculta: "(...) exhibir un ocultamiento de nada". (Raymundo Mier, "El secreto como lucidez", en revista *Confines*, Año 2, N°3, Buenos Aires, septiembre de 1996, p. 120).

El texto que Ricardo Rojas dedica específicamente a la entrevista de Guayaquil es *La entrevista de Guayaquil*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1950.

"Guayaquil" de Jorge Luis Borges se encuentra en *El informe de Brodie*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1971. Daniel Balderston desarrolla un análisis de este cuento en *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 1996. Jorge Panesi también se refiere a él en "Borges nacionalista":

"Guayaquil' es un duelo académico y nacional. 'Vencen los inmigrantes, los inmigrantes vencen' parece repetir y salmodiar este relato sobre el destino de un académico patricio que no supo engarzar su yo con el destino o la voluntad nacional". (Jorge Panesi, *Críticas*, Editorial Norma, Buenos Aires, 2000, pp.150, 151). Pero el que vence no es sólo un inmigrante, sino un inmigrante que se ha hecho ciudadano argentino, y en el hacerse encuentra las razones para vencer.

Las dos maneras de la argentinidad que se presentan en el cuento pueden considerarse desde la teoría de los dos linajes que propone Ricardo Piglia para Borges. (Véase Ricardo Piglia, "Ideología y ficción en Borges", en VV.AA., *Borges y la crítica*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1981).

Desarrollé estas consideraciones sobre Guayaquil en el artículo "El enigma de Guayaquil: el secreto de la Argentina", en *Variaciones Borges*, Nº 16, Aarhus, 2003.

Notas al capítulo "Más allá y más acá de la política"

Sobre la unanimidad de la consagración de San Martín, contemplando el caso del revisionismo histórico y del peronismo, es significativo lo que señala Diana Quatrocchi-Woisson cuando analiza los rasgos del aparato simbólico desplegado para la conmemoración del centenario de San Martín durante el primer gobierno de Juan Perón: "No había muchas figuras históricas en las que pudiera apoyarse el peronismo, dada la completa falta de consenso sobre los padres fundadores de la patria. San Martín era la única

figura respetable para todas las tradiciones políticas (...). Si el cincuentenario de la muerte de Sarmiento, en 1938, había puesto en evidencia el abismo que separaba las distintas representaciones del pasado argentino, el centenario de la muerte de San Martín debía ser lo contrario: la afirmación de una perfecta unidad nacional alrededor de la figura indiscutida del Padre de la Patria". (Diana Quatrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1995, p. 303). Con respecto a la conformación del revisionismo histórico en la década del treinta, observa Eduardo Hourcade: "Bien sabemos que el Revisionismo Histórico se conforma, aunque marginal, como una definida corriente de interpretación opuesta a la historiografía de Estado, en esta década del treinta (...). No obstante, quisiera recordar que las respectivas edificaciones del panteón histórico de la nacionalidad siempre convergieron en un punto: la elevada valoración del papel sanmartiniano, que desde aquellos años treinta se convierte en 'Libertador de América', en 'Santo de la Espada'". (Eduardo Hourcade, "Ricardo Rojas hagiógrafo", op. cit., pp. 72, 73).

Un buen ejemplo de la articulación entre San Martín y Rosas que impulsa el revisionismo, puede verse en el volumen de Ricardo Font Ezcurra, *San Martín y Rosas. Su correspondencia*, Editorial La Mazorca, Buenos Aires, 1943. Aquí es clara la intención de consagrar a Rosas a través de San Martín, considerando que, desde la historiografía oficial, ese vínculo fue reprimido y ocultado. En el prólogo de este libro, dice Ramón Doll: "Las relaciones entre San

Martín y Rosas han sido cuidadosamente soslayadas por nuestros liberales". (*San Martín y Rosas*, *op. cit.*, p. 17). Para Font Ezcurra, San Martín encuentra en Rosas una línea de continuidad respecto de sus viejas hazañas: "Su actuación, durante la época de Rosas, en defensa de esa independencia nuestra, que él tanto había contribuido a obtener, puede considerarse con justicia como la prolongación de su campaña libertadora que culminó con la toma de Lima". (*Ibídem*, p. 91). De allí la entrega del sable corvo: para San Martín, según el enfoque revisionista, sus propias acciones se prolongan en Rosas, quien es, a su vez, el que inicia el indispensable reconocimiento de San Martín. Dice Font Ezcurra: "Rosas es el primer gobernante argentino que decreta homenajes a los prohombres de nuestra independencia". (*Ibídem*, pág.49). De este modo, además de establecer una conexión "objetiva" entre San Martín y Rosas, bajo la forma de una misma defensa de la soberanía nacional, Font Ezcurra señala a Rosas como aquel de quien parte la valoración de San Martín como héroe nacional, cuestionando que ese lugar pueda corresponderle a Sarmiento: "Algunos escritores sudamericanos que han ignorado, u ocultado, todo esto, se atribuyen la paternidad de la rehabilitación de San Martín. Parece, a estar a sus manifestaciones, que San Martín también necesitó ser reivindicado (...). La pretendida "rehabilitación" de San Martín no ha existido, ni aquí, ni en Chile, porque no ha sido necesaria (...). En 1829 Rosas hizo la debida justicia a los héroes de la Independencia injustamente olvidados por sus predecesores". (*Ibídem*, pp. 72, 73). Rosas es reconocido por San Martín, y es a la vez el primero en reconocerlo;

una misma tesitura los une, según el revisionismo, y esa unión debería hacer que también Rosas se incorpore al panteón de los héroes nacionales.

Acerca de la injerencia de las fuerzas militares en el terreno político, Tulio Halperín Donghi señala que "a partir precisamente del derrocamiento de Alvear en 1815 y más aun luego de 1820, la preocupación por marginar a la fuerza militar del proceso político fue constante en los sucesivos gobiernos porteños". (Tulio Halperín Donghi, "La imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre", en *El espejo de la historia*, *op. cit.*, p. 114). Hacia 1829, Rosas demostraría una misma reticencia hacia la injerencia militar, sobre todo en sus ataques al gobierno surgido de la revolución de diciembre de 1828. La figura de San Martín, tal como los relatos de su canonización histórica la construyen, responde impecablemente a estos criterios. No así Bolívar, en cambio, de quien dice Halperín Donghi que "ofrecía un modelo extremadamente atractivo para los más inquietos jefes militares argentinos, tentándolos quizás a emprender la aventura de conquistar el poder político con la fuerza militar". Muchos años después, Ricardo Rojas volvería a valerse de San Martín para enfrentar esa clase de aventura militar, cuando la esfera militar y la esfera política ya debían estar nítidamente separadas.

En un estudio sobre el emblema de los Padres Fundadores de la Nación en los Estados Unidos, Wesley Frank Craven señala que, exceptuando a Benjamin Franklin, todos los líderes de la Revolución de la Independencia de

1776 vivieron lo suficiente como para participar de la vida política del país, y que esto más bien complicó y postergó la posibilidad de su deificación. Debió pasar algún tiempo hasta poder constituir un recuerdo común de los Padres Fundadores, más allá de las disputas que sostuvieron unos con otros. El caso de George Washington es particular, porque, si bien recibió críticas hostiles mientras ocupó la presidencia de la Nación, su deificación como símbolo de la unidad nacional comenzó durante su propia vida. (Véase Wesley Frank Craven, *The legend of the Founding Fathers*, New York University Press, New York, 1956).

La cita de los *Viajes* de Sarmiento se encuentra en *Viajes por Europa, África y América, 1845-1847*, Colección Archivos, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993, p. 119.

Notas al capítulo "El héroe imperfecto"

Mirta Varela aporta un valioso estudio sobre las biografías de los hombres ilustres, poniendo en relación la educación formal y los medios de comunicación: la escuela y los libros de lectura, por un lado, y por el otro la revista *Billiken*. Varela advierte que, en *Billiken*, "las biografías, ya lo hemos dicho, no son necesariamente ejemplares (...). Entre el ejemplo de virtud y el relato para niños, *Billiken* no duda". (Mirta Varela, *Los hombres ilustres del Billiken. Héroes en los medios y en la escuela*, Colihue, Buenos Aires, 1994, pp. 77,78). Al considerar esta cuestión en el plano de los mecanismos destinados a alcanzar una recepción abarcativa de las represen-

taciones de los próceres, es en los libros de lectura escolar donde esos próceres aparecen con una impronta de pareja perfección: "En los libros de lectura, en cambio, es constante la alusión a las virtudes del personaje biografiado como modelo para imitar". (*Ibídem*, p. 98). Mirta Varela contrasta las representaciones de un medio destinado a la infancia y las representaciones de los textos institucionales: "(...) mientras *Billiken* intenta convertir cualquier vida en una aventura, los libros de lectura colocan al personaje en un pedestal en el que no se puedan divisar fisuras". (*Ibídem*, p. 119). Esta es una hipótesis muy iluminadora respecto de lo que ha ocurrido con la difusión de las figuras históricas y con su recepción efectiva por parte de sus destinatarios, pero sería un error prolongar este contraste sobre los textos fundantes del discurso histórico, aun cuando los libros de lectura escolar los invoquen como sus fuentes y los consagren como lugares de la verdad: en los textos fundantes del discurso histórico no hay tal falta de fisuras.

Sobre la concepción de Mitre del destino histórico de la nación, cuyo desarrollo es ineluctable, y la necesaria limitación que esto supone para los méritos de los héroes individuales, dice José Luis Romero: "Masas populares y minorías ilustradas son para él, en rigor, los elementos fundamentales de la acción histórico-social. Junto a ellos se advierte alguna vez el individuo de excepción; pero no el héroe providencial, concepto histórico este último radicalmente opuesto a la sensibilidad política y a la concepción historiográfica de Mitre". (José Luis Romero, "Mitre, un historiador frente al destino nacional", *La experiencia argentina y*

otros ensayos, op. cit., p. 251). Aun así, el principio de adecuación o inadecuación por parte del individuo que actúa respecto de las tendencias históricas objetivas adquiere una injerencia suficiente para que los textos de Mitre erijan figuras heroicas fuertes en el relato de la historia nacional; así, Halperín Donghi habla de "el esfuerzo constante de limitar y relativizar el papel del héroe, cuyo mérito consiste en aprovechar al máximo las oportunidades ofrecidas por el momento fugaz, marcando así el camino que permite alcanzar con la máxima economía de esfuerzo y sacrificio los objetivos hacia los cuales tienden de todos modos las fuerzas históricas a cuyo servicio se ha puesto". (Tulio Halperín Donghi, "La imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre", en *El espejo de la historia, op. cit.*, p. 134). Las prevenciones de Elías Palti, orientadas a reconocer diferentes momentos en los textos de Mitre y a evitar una excesiva uniformización de sus características, permiten establecer la existencia de una mayor limitación a las acciones individuales a medida que se afianza el orden político, sin escapar nunca a las tensiones del caso. Por eso, la *Historia de San Martín*, escrita después de 1880, conforma decididamente una historia signada por la ineluctabilidad del destino nacional, y es desde ese paradigma acaso paradójico que se consagra la heroicidad sanmartiniana. (Véase Elías Palti, "La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional" , *op. cit.*, p. 16).

Utilizo la edición de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* de Bartolomé Mitre, de Biblioteca Argentina- Librería La Facultad, Buenos Aires, 1927, en tres tomos.

La observación que Lucio V. Mansilla le dirige a Mitre es la siguiente: "Yo hubiera deseado ver un San Martín más humano, menos mitológico". David Viñas la cita en *Literatura argentina y realidad política*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1982, p. 165.

Los textos que declaran la humanización de San Martín se encuentrane en: Ismael Bucich Escobar, *San Martín. Diez capítulos de su vida íntima*, Ediciones Anaconda, Buenos Aires, 1939, p.11; Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo*, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1950, p.10; A. Oriol i Anguera, *Agonía interior del muy egregio señor José de San Martín y Matorras*, Librería del Colegio, Buenos Aires, 1954, pp. 16, 19; Santiago Wienhauser, *Fortaleza sanmartiniana. Bosquejo psicológico*, Ediciones Theoría, Buenos Aires, 1979 (la primera edición es de 1964); Erwin Félix Rubens, *Perfil humano de San Martín*, Eudeba, Buenos Aires, 1978, p. 4.

Notas al capítulo "La mirada del valet"

El género de las tradiciones cumple una función decisiva dentro de un mecanismo no menos decisivo en el proceso de constitución de las identidades nacionales: el de la incorporación de elementos de las tradiciones populares a esa definición de identidad. Las élites letradas, que cumplen en este sentido un papel insoslayable. (Véase Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780*, *op. cit.*, p. 59), más allá de que en cierto plano sólo puedan resis-

tirse y tomar distancia respecto de las expresiones populares, siempre incorporan una formulación ligada con lo popular en la definición de las identidades nacionales. Esas manifestaciones culturales previas son concebidas a menudo como formas proto-nacionales, en el sentido de que expresan ya cierto grado de homogeneidad y de integración; pero sólo en algunos casos tales formas proto-nacionales consiguen prolongarse en la constitución moderna de los Estados nación. (Véase Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*, *op. cit.*, pp. 64, 68 y 78). Etienne Balibar tiende, por su parte, a apartarse de la idea de que en esta operación se retomen y se incorporen formas previas ya existentes, y marca más bien que la constitución de una identidad nacional se liga con la necesidad de producir el pueblo: producirlo como comunidad nacional, retomando y esencializando, pero por eso mismo inventando, manifestaciones previas. (Etienne Balibar, "The Nation Form", en Etienne Balibar-Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class. Ambiguous Identities*, Verso, London-New York, 1991, p.96). Podrían distinguirse aquí dos operaciones complementarias: una, de nacionalización de lo popular (incorporación a la definición de lo nacional de formas populares previas, ya sea que se las considere como dadas o como constituidas *a posteriori*); otra, de popularización de lo nacional (difusión de los valores de la identidad nacional entre los sectores populares). Cuando Antonio Gramsci planteaba el problema de que los escritores italianos no escribían una literatura destinada a las clases populares, apuntaba justamente a este momento de inclusión propio de la hegemonía: la dominación burguesa funciona

incluyendo a los sectores populares en una definición de lo nacional-popular. (Véase Antonio Gramsci, "Carácter no nacional-popular de la literatura italiana" y "Literatura popular", en *Cuadernos de la cárcel: literatura y vida nacional*, Juan Pablos Editor, México, 1976).

El género de las tradiciones forma parte de este mecanismo, tanto en su creación (las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma) como en sus derivaciones (las *Tradiciones argentinas* de Pastor Obligado). San Martín, héroe de la fundación nacional tanto en Argentina como en Perú, ocupa un lugar importante en ambos casos (los textos de Obligado referidos a San Martín se reunieron incluso en un volumen aparte: *El General San Martín en las tradiciones de Pastor S. Obligado*, Estrada, Buenos Aires, 1950). Estos textos apuntan a un mismo tiempo a la incorporación de lo popular en la representación de las fábulas de los orígenes nacionales, y a la difusión hacia los sectores populares de esos relatos de origen. (Analizo estas operaciones, señalando los límites de sus pretensiones de cuestionar los relatos de la historia, en "Tradición, familia y propiedad: San Martín en las *Tradiciones* de Palma y Obligado", *Filología*, Año XXIX, 1-2, Buenos Aires, 1996. Para una caracterización de las *Tradiciones* de ambos autores, luego relacionadas con los textos predominantemente sanmartinianos del escritor mendocino Luis Funes, véase Gloria Videla de Rivero (coord.), *Literatura de Mendoza. Espacio, historia, sociedad*, Centro de Estudios de Literatura de Mendoza-Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2000; especialmente tomo I, pp. 50 y ss.).

Puede señalarse que la impronta popular es mucho más fuerte en el sistema de veneración de Simón Bolívar que en el de San Martín. Las apropiaciones y las mezclas de diversos componentes culturales son cruciales en toda una franja del culto bolivariano: allí las mixturas de las culturas populares combinan tradiciones bíblicas, santoral cristiano y leyendas religiosas; la historia de Bolívar es captada en clave espiritista, y la historia de la Independencia en su conjunto es tomada en clave de cuento mágico. Estas mezclas que produce la cultura popular en torno a Bolívar, por las que el prócer aparece en medio de los ritos del espiritismo, los signos católicos y las adoraciones paganas, combinan la historia religiosa y la historia patria, la cultura oficial y las leyendas de corte popular. Yolanda Salas de Lecuna (en colaboración con Norma González Viloria y Ronny Velásquez) analiza este fenómeno en *Bolívar y la historia en la conciencia popular*, Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1987. Lecuna enfatiza sobre todo la capacidad de dar una respuesta creativa por parte de los sectores sociales sometidos a ciertos elementos culturales que les son impuestos desde afuera. Estos mismos fenómenos de adoración bolivariana desde las concepciones mágicas del mundo espiritista son considerados también por Michael Taussig, *The magic of the State*, Routledge, New York / London, 1997, pero con menos confianza en la capacidad de respuesta por parte de la cultura popular (la cultura popular definida como cultura *del* pueblo) y subrayando en cambio hasta qué punto todas estas manifestaciones extraoficiales forman parte en última instancia del discurso estatal (la cultura popular definida como

cultura *para* el pueblo), que en su dualidad opera una simultánea admisión y negación de lo ilegal, una confluencia de lo oficial y de lo transgresivo que Taussig define como "la magia del Estado". De todas formas, desde una u otra concepción, estas derivaciones del culto de Bolívar permiten advertir, por contraste, hasta qué punto la consagración de San Martín ha funcionado ante todo como dispositivo estatal, como relato letrado, como rito del sistema escolar.

Yolanda Salas de Lecuna hace un señalamiento ineludible a propósito de las representaciones populares de Bolívar: "Esta humanización y acercamiento al Libertador, análogos a la percepción de la realidad del creyente y a su modo de conocer, lejos de profanarlo y desacralizarlo, se resuelven en una divinización del mismo Bolívar". (*Bolívar y la historia en la conciencia popular, op. cit.*, p. 54).

El texto de Mitre sobre las cuentas de San Martín es Bartolomé Mitre, *Las cuentas del Gran Capitán*, en *Obras completas* (Volumen XII), Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, 1949. Existe una edición reciente de *Las cuentas del Gran Capitán*, Secretaría de Cultura de la Nación/Editorial Universitaria de Estudios Avanzados, Buenos Aires, 1994 (con prólogo de Andrés Carretero).

El discurso que pronunció el Presidente Nicolás Avellaneda el 5 de abril de 1877, y que se cita en este capítulo, fue incluido en el volumen en el que Mónica Editorial publica la *Biografía del general don José de San Martín* de Juan María Gutiérrez.

La cita de Ricardo Palma se encuentra en *Tradiciones peruanas*, Aguilar, Madrid, 1957, p. 953.

La representación de San Martín en términos de una explicitación de lo sexual, y la notoria debilidad del intento en cuanto a humanizar y desacralizar al prócer, puede verse en la novela de José Luis Thomas, *Los amores ocultos de San Martín*, El Francotirador Ediciones, Buenos Aires, 1998.

Sobre el escándalo que desató la novela de Denzil Romero (*La esposa del Dr. Thorne*, Tusquets Editores, Barcelona, 1990), véase Arturo Valero Martínez (editor), *En defensa de Manuela Sáenz: la Libertadora del Libertador*, Editorial del Pacífico, Guayaquil, 1988, donde se recogen diversos artículos más o menos indignados por los contenidos del libro. El texto de Alba Luz Mora, por ejemplo, titulado "A propósito de una difamante historia", consigna que la Sociedad Bolivariana del Ecuador y el Instituto Manuela Sáenz de Quito repudiaron el libro de Denzil Romero, si bien también recibió el desagravio de la Academia de Historia de Venezuela. "No se ve qué necesidad había de enlodar a una mujer heroica, para dar salida a las aficiones pornográficas del autor", se queja amargamente Pedro Jorge Vera en un artículo llamado "Manuela Libertad". El volumen contiene también una entrevista a Denzil Romero, efectuada por Manuel Abrizo, donde el novelista comprende hasta qué punto este tipo de representaciones son las que garantizan la gloria de los héroes militares, y no las que la ponen verdaderamente en cuestión: "Los

inmortales son precisamente aquellos que pueden soportar sobre sus memorias las mentiras históricas y las verdades literarias que sobre ellos se digan. ¿Cuántas blasfemias no dijeron los griegos de sus dioses?"

El texto de Joseph Conrad donde aparece San Martín es *Gaspar Ruiz*, Bruguera, Barcelona, 1985. Esa aparición es ciertamente episódica, por no decir fugaz, y no obstante, decisiva. El relato transcurre bajo la impronta de la desestabilización de jerarquías y el cambio de posiciones (los personajes pasan de un bando a otro, a menudo ambiguamente). Cuando San Martín aparece en escena, las posiciones se definen con nitidez, se vuelven ciertas, y las jerarquías se restablecen. Es notorio en *Gaspar Ruiz* que San Martín es quien torna unívoco lo ambiguo, da certeza a lo incierto y equilibra lo inestable. También aquí, entonces, puede decirse que la función que asume San Martín es la de fijar identidades: todas las dudas que podían tejerse en torno del personaje de Gaspar Ruiz, se despejan apenas consigue ponerse en contacto con José de San Martín. Y una vez que San Martín parte y se aleja, las cosas vuelven al estado en que se encontraban antes de que llegara: el desorden y la vacilación. Los atributos que el héroe tiene en la representación literaria se corresponden así con los que se plasman en su constitución en los relatos de la historia. Pero no porque en el texto literario se designen esos atributos o se los refiera, sino porque se los recompone desde la lógica específica de la narración literaria: el principio constructivo de la trama de la novela los erige y los sostiene.

Un principio constructivo análogo, aunque en una novela ciertamente distinta, le concede a San Martín esa misma función. En *La campaña* de Carlos Fuentes (Fondo de Cultura Económica, México–Buenos Aires, 1990), el prócer argentino pasa circunstancialmente por las peripecias del relato, pero en ese tramo alcanza a desactivar conflictos, desanudar contradicciones y dar un sentido unívoco a las acciones del personaje principal, Baltasar Bustos, hasta entonces envuelto en una situación difusa o equívoca. San Martín logra imponer la univocidad, en algunos casos porque suprime la ambivalencia, y en otros porque la preserva pero para darle una clara dirección patriótica: la convierte en un arma en ese juego de sinuosidades que fue la guerra de zapa.

Notas al capítulo "El héroe en el panteón: San Martín y Belgrano (en versión de Mitre)"

Sobre las reediciones de la *Historia de Belgrano* y la *Historia de San Martín* de Bartolomé Mitre, véase Elías Palti, "La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional".

Notas al capítulo "El héroe en el panteón: San Martín y Sarmiento (en versión de Rojas)"

Las citas de Ricardo Rojas sobre Belgrano del comienzo del capítulo corresponden a "Belgrano el patricio", en *Los arquetipos*, *op. cit.*, pp. 24, 39. La referida a Sarmiento, de

la conferencia que Rojas en 1911 le dedica al prócer en el centésimo aniversario de su nacimiento, fue tomada de "Sarmiento el educador", *Ibídem*, p. 126.

El libro de Ricardo Rojas sobre Sarmiento es *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*, Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1962.

Notas al capítulo "El héroe en el panteón: San Martín y Sarmiento (en versión de Sarmiento)"

Las citas de *Viajes* de Sarmiento de este capítulo se encuentran en la página 119.

Para abordar un objeto que revele la escritura de San Martín no se cuenta, en efecto, más que con unos pocos materiales. Analicé las posiciones narrativas de los partes de guerra de San Martín en "Los partes del todo (textos de guerra de José de San Martín)", en Alicia Chibán (coordinadora), *El archivo de la Independencia y la ficción contemporánea*, *op. cit.*.

Sobre la superposición entre historia nacional e historia familiar que efectúa Sarmiento, véase Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*", en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*.

Julio Ramos analiza la posición de transcriptor que asume Sarmiento en *Facundo*, mediando entre la oralidad del

saber del otro, el bárbaro y su desorden definitorio, y la escritura, que implica una puesta en orden, desde los valores de la modernización. (Véase Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, capítulo: "Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento"). Fuera de esa específica mediación entre civilización y barbarie desplegada en *Facundo*, Sarmiento vuelve a pensarse aquí como transcriptor, como mediador entre la oralidad y la escritura, sólo que en el caso de los textos sobre San Martín ese pasaje no va del desorden al orden, sino del silencio del que padece infamias a la declamación del que viene a hacer justicia.

Notas al capítulo "San Martín, el héroe de los argentinos"

Los libros citados de Fabián Casas son: *El salmón*, Libros de Tierra Firme, Buenos Aires, 1996, y *Oda*, Libros de Tierra Firme, Buenos Aires, 2003.

A partir de la idea de que la épica de la guerra se ha desplazado al deporte, propuse un análisis de la figura de Diego Maradona como héroe del fútbol nacional en relación con la figura de José de San Martín como héroe de la identidad nacional, en "Grandes relatos" (sobre los héroes históricos y los héroes mediáticos), en *El perseguidor. Revista de letras*, Nº 2, Buenos Aires, otoño-invierno de 1996.

Agradecimientos

Sobre el mismo tema de este libro, el de la representación narrativa de José de San Martín, versó mi tesis de Doctorado en Letras en la Universidad de Buenos Aires. Quiero agradecer en primer lugar a Josefina Ludmer y a Hilda Sábato, que dirigieron con implacable inteligencia ese trabajo de investigación. Agradezco también las valiosas sugerencias del jurado que aprobó la tesis en agosto de 2001: Cristina Iglesia, Carlos Altamirano y Oscar Terán. Entre 1994 y 2000, conté con dos becas sucesivas de la Universidad de Buenos Aires para llevar adelante este trabajo; agradezco a Noé Jitrik la orientación que me brindó como director de investigación en esa beca. En 1999, la Secretaría de Cultura de la Nación otorgó una beca de estímulo para la escritura de este trabajo; agradezco a Adriana Rodríguez Pérsico el apoyo que me dio para esa presentación y el generoso estímulo que me brinda habitualmente.

Quiero agradecer también a los colegas de la Red "Héroes de papel": Norah Giraldi, Alicia Chibán, Carlos Demasi, Ricardo Costa, Teresa Mozejko y Lelia Area, por su interés y sus aportes en nuestros encuentros de Lille.

A Fabián Lebenglik y a Adriana Hidalgo, por haberme impulsado a escribir este libro.

Y a todos los que, a lo largo de estos años, me acercaron materiales y conversaciones que me ayudaron a pensar en San Martín y en la identidad argentina: Sylvia Saítta, Fermín Rodríguez, Gonzalo Aguilar, Alejandra Laera, Mariano Siskind, Gastón Gallo, Laura Isola, Liliana Lukin, Felicitas Luna, Marcelo Eckhardt, Adrián Gorelik, Beatriz Sarlo, Edgardo Berg, Nancy Fernández, Elsa Drucaroff, Julio Schvartzman, Norma Halpern, Klaus Gallo, Ricardo Salvatore.

Indice

Un héroe de nuestro tiempo 11
El fundador y sus fundadores 35
La promesa infinita:
el juicio justo de la posteridad 49
Retrato de un héroe, o el decálogo de la virtud 71
El heroísmo civil del héroe militar 87
Héroe argentino, héroe americano 105
Más allá y más acá de la política 137
El héroe imperfecto 153
La mirada del valet 175
El héroe en el panteón: San Martín y Belgrano
(en versión de Mitre) 213
El héroe en el panteón: San Martín y Sarmiento
(en versión de Rojas) 223
El héroe en el panteón: San Martín y Sarmiento
(en versión de Sarmiento) 235
San Martín, el héroe de los argentinos 249
Notas 257
Agradecimientos 317

Esta edición de 2000 ejemplares se terminó de imprimir en Grafinor s.a.
Lamadrid 1576, Villa Ballester, en el mes de agosto de 2005
Ruff's Graph Producciones, Estados Unidos 1682 3er piso
ruffs@speedy.com.ar